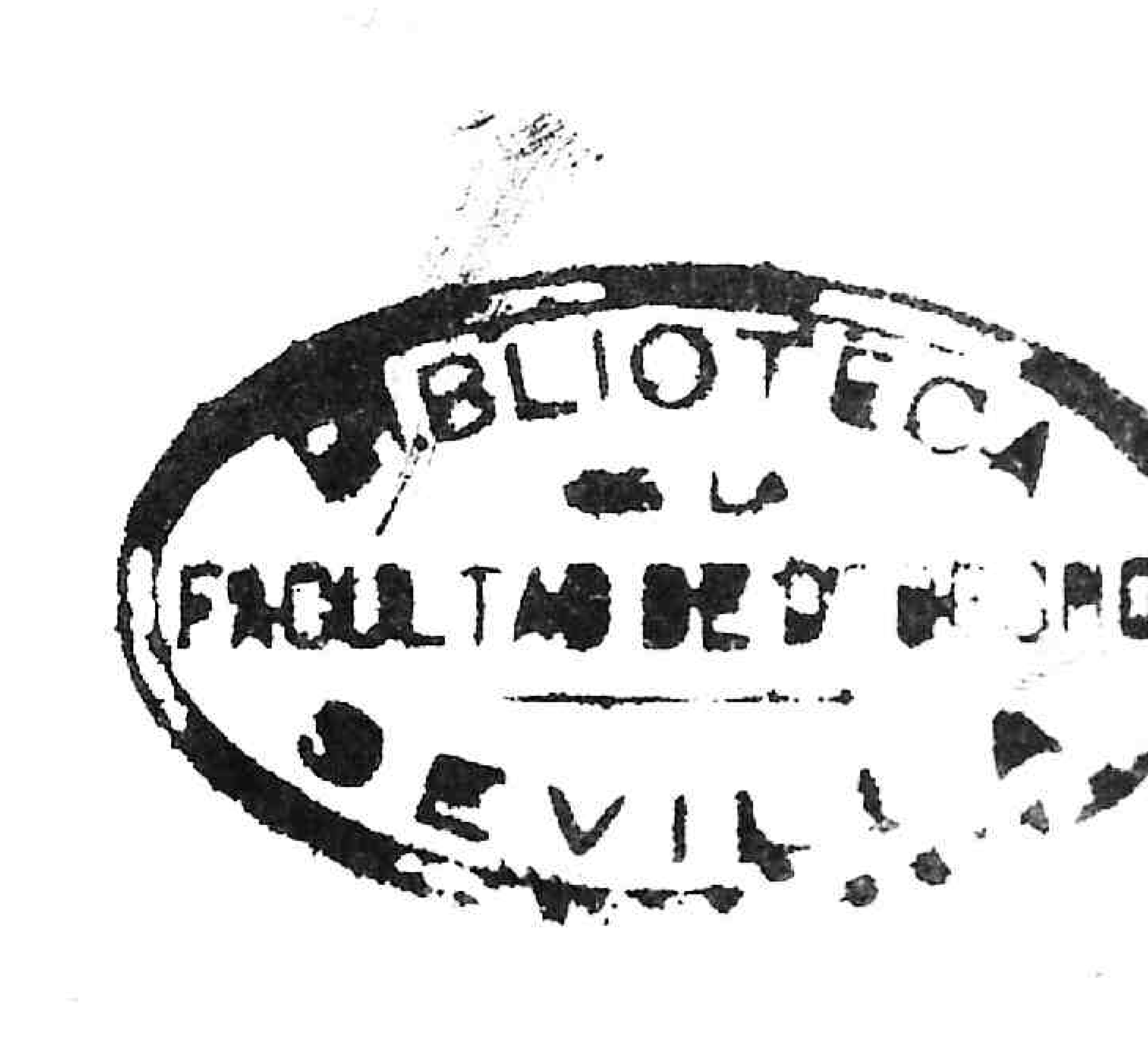
LA RUSIA CONTEMPORANEA,

POR

EMILIO CASTELAR.

BOCETOS HISTÓRICOS.





MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXXI.

MADRID, 1881.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

ADVERTENCIA.

El espectáculo de un imperio autocrático que muere, y de una democracia misteriosa que avanza, embarga los ánimos con su dramático interes en tales términos, que nadie puede apartar los ojos de esa Rusia, esperanza de la reaccion universal ayer, hoy teatro de maquinaciones demagogas y presa de fiebres revolucionarias, las cuales, con misterioso impulso, la llevan desde su antigua sumision hasta el delirio y el crímen. Imperio semi-asiático; iglesia semi-bizantina; pueblo semi-bárbaro; aristocracia de sin igual cultura; siervos apénas llegados á la libertad; ejércitos abigarradísimos y semejantes á los nómadas de las grandes irrupciones germánicas; cruzadas propias de la Edad Media, que van á Constantinopla como nuestros padres iban á Jerusalen; czares creidos de su omnipotencia y tratados peor que las reses en las carnicerías; conspiradores cuyos cuerpos en la horca testifican su existencia, pues los tomariais por seres sobrenaturales y fantásticos, segun los misterios en que van como envueltos y las catástrofes que siem-

bran; expediciones comparables á las más atrevidas de los tiempos mitológicos; pueblos evocados del sepulcro donde dormian despues de cinco siglos; trasformaciones progresivas: hé ahí todo cuanto nos ofrece Rusia en su historia contemporánea, la cual parece una creacion dramática, llena de inverosímiles aventuras, desenlazadas por grandes é irreparables tragedias.

Aunque se quiera, no puede la historia contemporánea escribirse sino á la manera que se escribian las crónicas antiguas: al dia. Y aunque así escritas carezcan de los juicios profundos que sólo puede pronunciar la posteridad, tienen, á cambio de tal carencia, el frescor de las verdaderas emociones, y un sentimiento de la realidad, que suple ventajosamente la falta de ideas definitivas con la sobra y la exuberancia de vida. Contraje desde mis primeros años la costumbre de trazar en hojas de papel mis emociones políticas todos los dias y guardarlas con cuidado. No me creerán mis lectores si les digo que á los doce ó catorce años tenía volúmenes enteros escritos de ese modo en las horas de vagar que me dejaban mis rígidos estudios. Todos aquellos escritos de la infancia desaparecieron, rasgados por mí, el dia en que, asunto mi nombre y mis obras de la curiosidad pública, temia que pudieran pasar á la estampa, no porque renegára de lo dicho, sino porque, con fundamento, desconfiaba de la manera como lo habia dicho. Pues algo semejante me sucede ahora. Escribo mis emociones al dia sobre los sucesos más graves, y no tengo la libertad que tenía en la niñez de leerlos para mi capote y rasgarlos en seguida. Una serie de sucesos inevitables os agar-

ra vuestras cuartillas y se las lleva, con pedazos de vuestra conciencia, como la rueda dentada de una máquina suele, por vuestro mal, agarraros el traje y llevárselo, y con el traje, reducir á pedazos vuestro cuerpo. Sea de ello lo que quiera, todas estas improvisadas narraciones que reuno ahora en este libro tienen mis ideas capitales y mis capitales sentimientos : el horror á la tiranía y á la injusticia, el entusiasmo por la libertad y por la democracia.

EMILIO CASTELAR.

LA GUERRA TURCO-RUSA.

El primer anuncio de la guerra turco-rusa fué el discurso de Moscou, pronunciado en este otoño é imbuido en las ideas eslavas que despide hasta de sus piedras esa ciudad, con razon llamada la Santa Roma ó la Sacra Jerusalen de los rusos, en la imaginacion popular exaltada por la riqueza de sus cien áureas cúpulas y por el horror sublime de aquellos patrióticos sacrificios, de aquel incendio, á cuyas siniestras llamaradas huyeron los franceses para perderse en los hielos del Bereuna, perseguidos por el ódio de una raza implacable y herida en su independencia. Ahora, á las orillas del Pruth, en la frontera de Rumanía, al revistar sus tropas, aquel grito de guerra se repite, amenazando sembrar de nuevo por la península de los Balkanes la desolacion y la muerte. Los optimistas, todavía confiados en reducir la guerra presente á una competencia entre

turcos y rusos, echan de ver con dolor cómo se calla en la proclama imperial aquella protesta, reclamada por las exigencias de la política y tantas veces reproducida en las conversaciones diplomáticas, de no aspirar á ninguna anexion de territorio. Se dice que la espada moscovita busca la emancipacion de los cristianos; pero no se dice que dejará en manos de sus actuales poseedores, ó de otros pueblos autónomos, el territorio invadido. Poco á poco, pasará lo mismo que ha pasado en todas las últimas guerras: el vencedor, en su soberbia y en su deseo de no repetir iguales conflictos, creerá no haber conseguido victoria alguna si no la ha sancionado con la conquista. Así es que cuantos alentaban á Rusia creian hallarse frente á frente de un Mesías redentor, y se encuentran frente á frente de una desapoderada ambicion.

El primer acto de la guerra ha vulnerado los tratados internacionales. Imposible comprender para qué estos códigos europeos, con nombre de tratados, se escriben, si no obligan á nadie y resultan letra muerta cada uno de sus artículos. Fundada Europa, despues de las revoluciones y tras la reaccion realista, sobre los tratados de 1815, conocidos con la denominacion de *Tratados de Viena*, comenzó á destruirlos en cuanto comenzaron los pueblos á despertarse, por creerlos contrarios

al espíritu de nuestro siglo y propios sólo para conservar el desmembramiento de las naciones y la autoridad de los déspotas. Y hé aquí por qué causa, principios saludables como estos pactos internacionales de mutuo apoyo y auxilio, preparadores á épocas de tendencias verdaderamente humanitarias, se perdieron y malograron, explotados en su propio provecho por el despotismo. Y sin embargo, no puede negarse que estos convenios han mejorado las relaciones internacionales y la naturaleza de las guerras, destruyendo el corso, asegurando la propiedad de los neutrales, poniendo algun alivio á la exacerbacion de la guerra, y es bien triste que á cada paso resalte su inutilidad y su manía, como si una fuerza ciega destruyera los mejores propósitos y apagára las más hermosas ideas. El primer paso de Rusia ha hollado y destruido el tratado de París.

El principado de Rumanía es casi un principado independiente. Puede decirse que, exceptuando las relaciones exteriores, cuya representacion le disputa Turquía, tiene todos los atributos de nacion soberana. Pero, incluida en cierta distribucion geográfico-política dentro del Imperio turco, siempre que la guerra exterior se empeñe, resultarán dificultades invencibles. Rumanía pretende el carácter de neutral, y que su neutralidad

tenga la garantía de Europa, como le sucede á la neutralidad de Bélgica y á la neutralidad de Suiza. Últimamente, en dos ocasiones supremas, cuando se inició la conferencia europea y se proclamó la nueva Constitucion turca, hirieron sus clamores á los representantes de Europa, que no pudo acceder á demandas, ni bien fundadas en el derecho internacional, ni bien justificadas por las tradiciones diplomáticas. Un artículo del tratado de París, artículo confuso, concede á Turquía el derecho de ocurrir con el gobierno rumano, en caso de agresion extranjera, á la defensa nacional. Y el caso ha sobrevenido, y la advertencia turca ha acompañado al caso; pero Rumanía olvida las leyes internacionales y se considera como Estado independiente y autónomo, cuya única obligacion consiste en el pago de algunos millones de francos anualmente al Imperio turco. Así es que, no pudiendo contar con el auxilio de Europa, debia proveer por sí misma á su propia seguridad. Su posicion geográfica, entre el Imperio turco y el Imperio ruso, la destina tristemente á campo de batalla donde sobrevenga el primer encuentro y el primer choque entre los dos beligerantes. El rio Pruth la separa de los rusos; el rio Danubio la separa de los turcos. Por el Pruth podia acometer su frontera y violar su independencia un pueblo con el cual sólo tiene las rela-

ciones existentes entre los pueblos autónomos; por el Danubio podia acometer su frontera y violar su independencia un pueblo con el cual tiene relaciones de cierto vasallaje, no extinguido todavía en los códigos internacionales. Sin embargo, los rumanos han juntado sus tropas allá en las fronteras del Danubio, por donde los turcos podian venir, y han desguarnecido el Pruth, por donde podian venir los rusos. Y los rusos han venido, y han entrado, y han recorrido sus campiñas, y se han instalado como en su casa en Jassy, destruyendo ya una de las barreras que la diplomacia les habia opuesto, y violando uno de los más fundamentales artículos del tratado de París. Cierto es que el príncipe Cárlos ha protestado; cierto que ha cedido á la fuerza; cierto que ha convocado apresuradamente á las Cámaras; pero tambien es cierta su flojedad manifiesta en todos estos actos y su aficion al más impaciente y temerario de los dos enemigos en guerra. ¡Triste nacionalidad aquélla, que á cada paso ve su territorio violado por tropas extranjeras, sus ciudades por extranjeros ocupadas, sus ciudadanos dispersos, huyendo á un invasor, tanto más de temer, cuanto que no es dado adivinar á primera vista si viene como enemigo ó como amigo, en las tinieblas amontonadas sobre los problemas de Oriente! Los rusos, pues, han penetrado por tres puntos

distintos en la tierra rumana, cuyo espacio parece hoy como una dilatacion de Rusia. Y el proceder de Rumanía tiene importancia, no tanto por sí mismo, como por la política que revela. El mundo entero sabe que, miéntras el príncipe Cárlos reine, será Rumanía un feudo, y su Gobierno un teniente de Alemania. El mundo entero sabe que, en los últimos tiempos, cuando el príncipe Bismarck ejercia la alta magistratura política, Rumanía no siguió el movimiento del Montenegro y de la Sérvia, impulsados por los agentes rusos, demostrando de esta suerte una política bien diversa de la política eslava. Ahora, indudablemente, Rusia ha recordado á Alemania que sin la neutralidad moscovita no hubieran sucedido las victorias de Sadowah y de Sedan; deuda de gratitud impresa en la memoria del Emperador y borrada en la memoria de su Canciller. Por consecuencia, Rumanía ha debido recibir de su verdadero protector, el Imperio aleman, órden de no hostigar á Rusia. Y hé aquí la Rumanía invadida, y declarada la guerra.

Tres documentos principales ilustran estos primeros y críticos instantes: la proclama del Emperador, la circular del Canciller ruso y la circular del Gobierno turco. La proclama del Emperador tiene todos los aspectos de una proclama oriental, dicha por aquel que á caballo es gene-

ralísimo; en el trono, Emperador; bajo las bóvedas de la iglesia, Pontífice máximo; especie de Dios sobre la tierra, como los que se encuentran entre las ruinas de los antiguos imperios asiáticos. Así invoca á Dios como un profeta, y envia, en nombre de Dios, los pueblos á la muerte, como si ejerciera un ministerio providencial y divino. Esta proclama, que huele á guerra religiosa, y que parece dicha por un Mesías guerrero, cabalgando sobre un caballo apocalíptico cuyas crines destilan sangre, ha resonado con sublime resonancia en la ciudad de los profetas panslavistas, en Moscou, y se ha leido en los púlpitos de todas las iglesias, para mostrar que el Pontífice ha agarrado la espada exterminadora y se apercibe á combatir con los infieles. El Emperador Alejandro, que desde el comienzo de su reinado parecia, por emancipador de los siervos y por enemigo de la guerra, un príncipe europeo, resulta ahora una especie de cosaco ortodoxo animado por la idea de Katkof ó por las constantes aspiraciones del más sólido panslavismo. Así oye la voz que oian Atila, Genserico, Ataulfo, Alarico, oye la voz que les llama á posesionarse de una ciudad misteriosa, de Constantinopla, tan codiciada por él desde la estepa, como Roma por los antiguos germanos.

Las dos circulares de las dos Cancillerías ex-

tranjeras son los alegatos de un pleito. Miéntras el Canciller moscovita expone el triste estado de los cristianos y la crueldad de Turquía, el Canciller turco expone la sinceridad de sus promesas y lamenta las injustas agresiones de Rusia. El uno dice que su enemigo ha desoido el voto de Europa, y dice el otro que su enemigo ha violado el derecho europeo. Para Rusia nada hay tan natural como su intervencion directa en los asuntos de Turquía y en los intereses de los cristianos, y para Turquía nada hay tan anómalo. Aquella potencia cree que los derechos de los cristianos se encuentran á merced de la arbitrariedad de los turcos, y esta potencia cree que los súbditos de Turquía tienen una seguridad superior á la seguridad de los súbditos de Rusia. Y en tal estado, para dirimir tan grave contienda, se entrega la sentencia á un juez imparcialísimo, competente, al cañon, que resuena en estos momentos con estruendo y que derriba y demuele ciegamente la fortuna de Europa.

Ahora, en este momento, salta á la vista cuán incierto, y por lo mismo, cuán dañoso ha sido el proceder de Inglaterra. Enfrente de grandes peligros, no hay más remedio que apelar á grandes resoluciones. Cuando Inglaterra se ha acordado de mandar un diplomático tan eminente, un sabio tan ilustre, un conocedor de la cuestion oriental

tan profundo como mi respetado y querido amigo Mr. Layard, todo estaba ya perdido. Los antiguos liberales, oyendo ántes al sentimiento ciego que á la razon fria, extraviaban la opinion haciéndola ver en la espada de Rusia un instrumento de emancipacion y de progreso, con lo cual Rusia encontraba sus cómplices allí mismo donde debia haber encontrado sus naturales enemigos. Luégo el Gobierno británico no influia bastante sobre el Gobierno otomano para moverle á la conducta única que podia conjurar la guerra, para moverle á las reformas verdaderas, rápidas, radicales, capaces de serenar los ánimos y de traer soluciones satisfactorias á la cuestion de Oriente. Por un lado, el error de la oposicion, y por otro lado, la indolencia del Gobierno, han traido las mismas consecuencias funestísimas. Rusia acaba de hablar en público y no ha repetido lo que tenía dicho en secreto. La promesa de renunciar á toda extension de territorio no aparece por ninguna parte, ni en la proclama del Emperador, ni en la circular de su primer ministro. Y el Pruth ha sido atravesado, y el pueblo rumano herido en su independencia, y el Danubio amenazado, y la guerra empeñada, y la invasion decidida, y la suerte de Europa entera, de esta Europa tan culta, puesta entre las legiones de Turquía y las legiones de Rusia, á merced

completamente de dos ejércitos. Nos encontramos, pues, en supremo trance y en suprema angustia.

Todas las ventajas de la guerra volviéronse, durante el verano, del lado de los turcos, y desde comienzos del invierno se han vuelto del lado de los rusos. El calor favorece á los soldados de los desiertos inacabables; el frio, á los soldados de las nieves eternas. La Naturaleza hace su oficio reparador ó destructor, sin curarse para nada de la causa ó de la idea que favorece con sus implacables elementos. La guerra entra, pues, en el número de las fatalidades que nos oprimen y que coartan con sus fuerzas ciegas la humana libertad, como los terremotos, como las tempestades, como las pestes.

La campaña de Asia, en que brilló con esplendor tan inusitado la media luna, concluye á favor de la cruz griega. Los turcos se han refugiado en Erzeroum, y los rusos se aperciben á declarar buena presa los territorios de la Armenia, aumentando así el número de conquistas que desde los tiempos de Pedro el Grande han hecho de su region vasto imperio, semejante al que tuvieron los Ciros y los Tamerlanes antiguos. Armenia, célebre por sus montes, entre los cuales se eleva el Ararat, consagrado en las tradiciones bíblicas; célebre por sus rios, entre los cuales se encuen-

tran aquellos en cuyas orillas y bajo cuyos sauces lloraron los profetas hebreos su largo cautiverio; célebre por su posicion geográfica, que le diera importancia tan decisiva en las mayores guerras asiáticas de otros tiempos, en el combate de Ciro con los medos, en las conquistas de Alejandro sobre los persas, en los conflictos de Mitrídates y de Antíoco con los romanos; Armenia, dividida hoy entre turcos, rusos y persas, pasará á manos de Rusia, soberana en Asia de tierras innumerables, y que podrá, desde las mesetas del Asia Menor, enseñorearse así de Persia como de Turquía, y amenazar á Teheran y á Constantinopla con sus contínuas invasiones, posesionándose cada dia más fuertemente del mar Negro y corriéndose más deprisa hácia el golfo Pérsico, árbitra suprema del Oriente.

La campaña en Europa no ha sido ménos adversa y nefasta para los invadidos. Chumla y Silistria quedan completamente abiertas á las asechanzas del vencedor; Plewna, sitiada con empuje y tenacidad, fia toda su defensa á los víveres que le van faltando, y cuya falta la obligará tarde ó temprano á rendirse. Y entre tanto aplican los rusos á Bulgaria el mismo método que aplicaron los alemanes á Lorena y Alsacia: nombran prefecto, y se enseñorean de un país que devolverán cuando les plazca, si alguna vez les

place. El ejército rumano, que, contra la letra de los pactos internacionales y contra el ministerio confiado por la civilizacion occidental á sus débiles fuerzas, léjos de amortiguar el choque entre los dos colosos de Oriente, lo ha precipitado; ese ejército, desertor de sus deberes militares, ya no existe, embebido en el gran contingente ruso como una division cualquiera de la Siberia ó de la Ukrania. De suerte que, en Bulgaria y en Armenia, á las orillas del Danubio y á las orillas del Tígris, los emancipadores de las razas oprimidas, de las nacionalidades muertas, de las tierras manchadas por las letales sombras mahometanas, se han convertido en acaparadores de vastos territorios, dando á su guerra de libertad el carácter por mí señalado desde los comienzos de este conflicto : el carácter de una guerra de conquista.

Bien es verdad que no habiamos menester de una excesiva penetracion para adivinarlo y comprenderlo fácilmente. Los grandes inspiradores de esta guerra, aquellos que en Moscou se recogen como en apartado santuario, y á la sombra de sus áureas cúpulas, resplandecientes cual tronos aéreos de santos moscovitas, cual calendario plástico en piedras y en mosaicos, sueñan con una leyenda de Edad Media, con una guerra de supersticiones, con una especie de tutela ortodoxa

sobre toda Europa, conversa al cristianismo oriental por los Sínodos militares de la Santa Moscovia; en reuniones y en periódicos, ora con la palabra profética de Atkasoff, ora con la pluma penetrante de Katkof, anuncian que Rusia no puede ceder, como no cambien los pueblos cristianos la tutela turca por la tutela rusa, cuya virtud y cuya eficacia se conocen por el ejemplo que ofrece al mundo la feliz y envidiada Polonia. Si la guerra va mal, dicen que el honor no permite rehuirla; y si la guerra va bien, dicen que el interes aconseja explotarla. Por consiguiente, no vemos con claridad cuándo llegará el dia de que la matanza cese y se detenga ese diluvio de sangre, en que parece ahogarse todo sentimiento de humanidad y toda idea de justicia.

El discurso último de Disraelli no ha bastado á ilustrarnos sobre este dificilísimo punto. Si le quitais el epigrama asestado al pecho de Gladstone, cuando le dice que los cosmopolitas aman á todos los pueblos ménos al suyo propio, no se encuentra en él, ni idea que no sea vulgar, ni frase que no sea vulgarísima. Abandonado de la diplomacia, que no ha querido asistir á la fiesta; enfrente del embajador turco, que ha brindado, ignoro si con vino ó con sangre; el primer ministro de Inglaterra ha dicho cómo la mejor manera de servir á Turquía estaba en abandonarla

á sus propias fuerzas. Justamente, y abandonada á sus propias fuerzas, los Sultanes se han sucedido como los vértigos en las cabezas enfermas; los crímenes mayores se han perpetrado hasta en el palacio de los ministros; el único estadista que amaba desinteresadamente á Turquía y contaba con una política liberal y fija ha caido en desgracia y ha andado errante por el destierro; los ejércitos más heroicos se han disuelto; Armenia está casi perdida, y Bulgaria eleva sus fortalezas como picos aislados sobre universal inundacion; el pobre y prisionero Murad conspira en sus hierros por volver al sólio de donde lo ha derribado su impotencia; los partidarios de unos y otros pelean en los serrallos miéntras los ejércitos caen desplomados en los campos; la estrangulacion vuelve á ahogar la protesta; y Constantinopla se siente amenazada por el conquistador que desde luengos siglos la busca y la codicia. De suerte que ha hecho bien el primer ministro británico pronunciando con santa humildad una palabra que resume admirablemente su situacion crítica en Oriente: la palabra *paciencia*. Es una virtud cristiana, muy cristiana; pero poco, muy poco guerrera. ¿Se habrá pronunciado para invitar al Imperio británico y al Imperio turco á una resignacion forzosa en su derrota?

RUMANIA Y AUSTRIA

EN LA

GUERRA DE ORIENTE.

Miéntras los rusos acampan, como en tierra propia, por las llanuras de Rumanía, contrafuerte elevado entre Turquía y Rusia, á fin de evitar los choques contínuos de dos potencias tan implacablemente enemigas, publican los periódicos un convenio diplomático, mediante cuyas cláusulas queda el principado convertido en verdadera provincia moscovita, como si esta guerra de emancipacion no pudiera iniciarse sino revelando en seguida, por una serie de actos fatales, su carácter predominante, su carácter de guerra de conquista. Hubiéramos comprendido que, débil Rumanía, desamparada de Europa, sin seguro para su neutralidad, sin esperanza de conservar su independencia, dejase á la fuerza y á la violencia disponer de sus destinos, limitándose á formular una protesta, elevada y elocuente, para

que resonase de alguna manera en la conciencia de Europa, siquiera hubiesen de responder á ella ese desden y esa indiferencia que nos hielan y que destruyen la especie de anfictionado europeo, tan necesario á la civilizacion universal y á sus futuros progresos. Pero desentenderse de los deberes con Turquía, rasgar el tratado de París, poner todo género de obstáculos al paso de los beligerantes turcos por el Danubio y todo género de franquias al paso de los beligerantes moscovitas por el Pruth; escribir un pacto, que cuenta ya con la solemne ratificacion de las Cámaras, y que asegura libertad entera al ejército del Czar, y que entrega, así los correos como los telégrafos, así las vías férreas como las vías ordinarias, y que facilita, por medio de la Administracion rumana, el servicio de campamento, y que cede desde los empleados hasta el material para la construccion de puentes; hacer todo esto equivale á instituirse en lo que tantas veces llamaron sus enemigos á los directores y príncipes de los Estados danubianos: en sargentos del ejército invasor, en cortesanos de sus generales, en implacables enemigos del Occidente, á quien deben las primeras bases de su frágil y combatida independencia. El crímen sube de punto tratándose de aquel principado, que se ufana de ser español é italiano, que lleva sangre latina en sus venas,

que habla lengua análoga á la nuestra, que desciende en línea recta del gran Trajano, y que, léjos de coadyuvar al engrandecimiento de razas enemigas nuestras, debia sentir cuánto necesitan los pueblos meridionales, situados en regiones tan codiciadas y tan felices, oponerse á los esfuerzos de la amenazadora conquista. Un príncipe aleman puesto á la cabeza de un pueblo latino parece llamado á proceder como procedió la casa de Austria con nosotros, á subordinar sus vasallos, en toda grave crísis y en todo supremo conflicto, al interes de la raza á que pertenece. Y, sin duda alguna, el príncipe de Rumanía recibe órdenes superiores de Berlin, que indican, ó bien próximas intervenciones en la cuestion de Oriente, ó bien anexion de las amenazadas provincias holandesas, que los alemanes consideran como medios indispensables á su poder marítimo, complemento de su poder y de su engrandecimiento terrestre.

Es una tradicion cortesana en Alemania el supersticioso respeto á Rusia. La familia que se asienta en el trono de Berlin ama con amor entrañable á la familia que se asienta en el trono de San Petersburgo. Para estos dioses mayores de las naciones, Rusia, á pesar de las corrientes subterráneas que la conmueven, será siempre la fortaleza de la autoridad; como Francia, á pesar

del órden que hoy la rige, será siempre la fortaleza de la revolucion. É iguales preocupaciones tiene la córte de Austria. Todos cuantos en los dorados salones de Viena abominan el régimen constitucional de Andrassy, y suspiran por la restauracion del régimen absolutista de Metternich, ponen sus esperanzas en Rusia. Es verdad que la ingratitud del año cincuenta y cuatro enemistó mucho á las dos córtes, pero tambien es verdad que ha sido harto castigada Austria con la pérdida del Milanesado y del Véneto, y harto redimida con largo arrepentimiento. De aquí la alianza entre los Emperadores, con desprecio quizás de las rivalidades entre los pueblos. Pero esta alianza, que en todo tiempo me pareció ilusoria, se fundaba sobre el *statu quo* en Oriente. Interrumpido por la insurreccion de la Bosnia y de la Herzegovina, regiones completamente eslavas, Austria no pudo hacer más que prestarse á un mejoramiento del *statu quo*, proponiendo las reformas á este fin conducentes, como medio único de evitar la guerra. Rusia lo comprendió, y trató de satisfacer al Austria. Así es que las invitaciones del Canciller moscovita á las simultáneas ocupaciones de las provincias bosnias y herzegovinas por el ejército austriaco, y de las provincias búlgaras por el ejército ruso, y la paz entre Sérvia y Turquía, que resultaba tan difí-

cil y que por la influencia diplomática se facilitó y concluyó tan prontamente, han sido concesiones de Rusia al Austria para que la deje ésta libre en su cruzada panslavista. Mas el Gobierno austriaco no puede todo lo que quiere; no puede apagar el ódio de los húngaros á los croatas, cuyas legiones arrancaron á Hungría su Gobierno autónomo en la grave crísis de la reaccion europea; no puede contener la agitacion panslavista en Bohemia, que siente hervir el espíritu eslavo en sus principales regiones; no puede calmar el ódio de los maggyares á los rusos y el entusiasmo por los turcos, de sangre mongólica tambien, como ellos; no puede impedir las rivalidades de los ruthenos y los dálmatas con las demas razas de su Imperio; no puede cooperar á una guerra en favor de los eslavos de Turquía, sin que esta guerra ceda en favor de los eslavos de Austria, y por consecuencia, en detrimento de su autoridad y de su poder sobre el Oriente. Para los que suelen pagarse de frases de proclamas, de promesas, la guerra de Oriente tiene por objeto emancipar á los eslavos; para los que miran al fondo y á la esencia de las cosas, los eslavos permanecerán siempre bajo el yugo de estas cuatro potencias: Hungría, Austria, Rusia y Turquía, miéntras su tutela sea como el premio que entre sí disputan, y que de las manos se arrebatan, to-

dos aquellos que se creen y se llaman conquistadores y fuertes en el Norte de la triste y perturbada Europa.

Pero lo cierto es que el ejército moscovita se mueve ya dentro de territorios, si no pertenecientes á Turquía, de Turquía tributarios. Y nadie puede explicarse, sino por indolencia y fatalismo orientales, cómo esta potencia, tan amenazada, no se ha movido todavía en su legítima defensa. El menosprecio de los rusos ha sido tal y tanto, que han pasado el Pruth sin prévia declaracion de guerra, y han notificado á la Puerta el rompimiento de hostilidades por agentes tan poco diplomáticos como albañiles y herreros, cuyos martillos y piquetas acaban de arrancar las armas y blasones al palacio de la embajada rusa en Constantinopla.

Pocas veces Europa se mostró tan vivamente agitada como en este gravísimo período de misteriosa crísis. Los sucesos que pasan á nuestra vista parecen tan inexplicables y tan extraños como si pertenecieran á tiempos de una oscurísima historia. Difícilmente podemos recoger la idea que de ellos se desprende y exhala. Por un lado vemos antiguos poderes despóticos, cual ese poder del Sultan, que ha oscurecido por tanto tiempo el Oriente de Europa, desplomarse entre el humo de la guerra y al estrépito de sus propias

victorias, miéntras por otro lado vemos la libertad, la emancipacion, la nueva era de los pueblos opresos, defendidas por otro poder igualmente despótico, por el poder de la autocracia rusa. ¿Quién hoy en el mundo no desea que los pueblos cristianos de Turquía, reducidos á triste inferioridad por la fuerza brutal y la victoria ciega, recobren aquellas condiciones de derecho, en la sociedad tan necesarias como las condiciones de vida en la Naturaleza? Mas ¿quién no teme que tras estos pobres siervos manumitidos se levante, como su protector natural y como su patrono, ese inmenso Imperio ruso, que, so color de ampararlos, vuelva de nuevo á oprimirlos, pretendiendo onerosas tutelas con el ensoberbecimiento que han dado á todos los poderosos la fortuna y la victoria?

No se cumplen desgraciadamente en la realidad de una manera omnilateral y plena todos los progresos políticos. Grecia no pudo llevar su genio de libertad al Asia sino perdiéndolo ella misma y abdicándolo en la persona de Alejandro. Roma no pudo realizar la igualdad universal de sus ciudadanos y la idea de la humanidad, á cuyo influjo todavía vive, sino en aquel monstruoso imperio que aniquiló todas las libertades y todas las virtudes antiguas de la República. La emancipacion del Oriente quizá no sea posible sino

oponiendo á una autocracia otra autocracia; al jefe de los creyentes musulmanes, el jefe de los creyentes griegos; al despotismo oriental de los mahometanos, el despotismo oriental de los eslavos, máquina guerrera destinada á una obra de emancipacion y de progreso. Pero así resultan los grandes conflictos históricos. Rusia, que respecto al Oriente representa un progreso, respecto á nosotros los occidentales representa una retrogradacion tan grande, que bien pudiera convertirse en verdadero peligro para el mundo.

Despues de todo, en el fondo de la cuestion de Oriente se disputa y contiende sobre la influencia rusa ó la influencia inglesa en Europa. No desconocerémos nosotros el carácter de egoismo y de aislamiento que ha tomado en los últimos tiempos la política inglesa, merced, quizá, á un principio exagerado de la escuela de Manchester: al principio de la paz á toda costa. No desconocerémos que en el conflicto último entre dos grandes potencias, en cuya virtud se han cambiado las bases de la política europea, Inglaterra observó despues de Sedan tal neutralidad, que rayaba casi en verdadera indiferencia, letal siempre á los gobiernos y á los pueblos. Ya un ilustre estadista inglés, Lord Russell, se quejó amargamente de esta indiferencia cuando dijo que habia reducido la nacion de la libertad á una fábrica

de algodon, y sus gloriosas escuadras á una simple marina mercante. Ya un orador popular inglés señaló, al ver cómo Francia se desgarraba é Inglaterra se retraia, la sangre de las venas francesas y la vida de la honra británica corriendo mezcladas tristemente por los suelos.

Mas, á pesar de todo esto, á pesar de verdaderos desfallecimientos, no podemos olvidar que, miéntras Rusia degolló, el año 48, en Hungría y se opuso á la libertad en Alemania y en Italia, Inglaterra ha favorecido el régimen parlamentario entre nosotros; ha trabajado por la unidad y la independencia de Italia; ha devuelto las islas Jónicas á nuestra madre la Grecia. Entre una influencia más progresiva que la influencia británica, y esta influencia cada vez ménos pujante, el mundo no dudaria un minuto; pero entre la influencia inglesa y la influencia moscovita, no hay que dudarlo, el mundo se inclina al *statu quo*, temeroso de mayores males y de más tristes é irreparables retrocesos.

En la cuestion de Oriente hay un tema que nadie puede discutir ya ni negar: el tema de la necesidad de una reforma en los pueblos cristianos sometidos á Turquía. El sentimiento general reclama y necesita el remedio á una opresion ya insufrible y al triunfo de una igualdad verdaderamente inevitable. La diferencia estriba en las

garantías que han de darse á la realizacion de estas reformas. Miéntras los unos creen que bastan la palabra y los propósitos del Sultan, los otros creen que urge la intervencion de las armas. Miéntras los unos piden que Inglaterra ocupe el Bósforo, Austria la Bosnia con la Herzegovina, y Rusia la Bulgaria, los otros creen que esta ocupacion equivaldria á la muerte del Imperio turco, y la muerte del Imperio turco, al engrandecimiento excesivo del Imperio ruso. Turquía, espoleada por Inglaterra, presenta un proyecto de Constitucion, con el cual pretende demostrar su decision irrevocable de admitir en el seno de sus instituciones petrificadas la vida del siglo. Y Rusia, que no está por Constituciones, y que ademas sabe cómo se oprime con esbirros y pretorianos á los pueblos declarados libres por las leyes, repugna el considerar como garantía suficiente medida tan utópica. Ademas, de sobra sabe la opinion que esas Constituciones, fraguadas en este momento de peligro, desdicen del espíritu religioso y secular de Turquía; minan la base de su organizacion histórica, que se encuentra en el Califato, cuya dignidad altísima une las dos potestades terrestres, y pertenecen á un partido denominado la Jóven Turquía, puesto hoy en boga por Midhat-Bajá, merced á un conjunto de circunstancias en el fondo pasajeras, y

combatido rudamente por el Gran Vizir y por el Sultan mismo, acostumbrados al antiguo absolutismo y convencidos de su incontrastable necesidad entre los fanáticos pueblos del religioso Oriente. Lo que en realidad dificulta toda transaccion es que Turquía entera, con todas sus leyes, con todas sus instituciones, se levanta sobre el Koran, y el Koran desecha, como obra que es de fe y de propaganda, la confusion de los musulmanes con los cristianos, sometiendo indefectiblemente estos últimos á una inferioridad absoluta. Pueden transigir, y transigen, los pueblos acostumbrados á tener sus leyes por obras humanas, sujetas á la imperfeccion propia de nuestra naturaleza contingente, y á las correcciones exigidas por esta misma imperfeccion; pero los pueblos que creen oir la voz del cielo en las alturas del Gobierno, obedecer á leyes dictadas por Dios mismo en la eternidad, guardar libros inenmendables, esos pueblos, ántes que modificarse, mueren y desaparecen. El Koran, escrito cuando el Cristianismo llevaba algunos siglos de existencia y de propaganda, para pueblos ménos cultos que los contenidos en el inmenso Imperio romano, desconoció el gran principio evangélico de separacion absoluta entre los dogmas de la teología y los dogmas de la política, regulando desde la higiene hasta la administracion; y seme-

jantes dilataciones abusivas lo han reducido á una inmutabilidad, en la cual se encierran al fin y al cabo verdaderos peligros de muerte; que todo cuanto no se trasforma, desaparece en el mundo. Esto debe enseñar á todas las naciones que la existencia de gobiernos incompatibles con la cultura y la libertad europea entrañan siempre gérmenes de guerra general, pues todas las últimamente empeñadas han partido de tres absolutismos : del absolutismo austriaco en Alemania é Italia, del absolutismo bonapartista en Francia, y del absolutismo turco y ruso en el Oriente.

Dicho esto, paréceme natural examinar el estado del problema oriental en los diversos pueblos europeos. Mandando el partido conservador en la Gran Bretaña, no habia para qué dudarlo, el dogma de la integridad de Turquía estaba destinado á renacer con toda su fuerza y á imponerse en toda su integridad. Digan lo que quieran el Jefe del Gabinete y el Ministro de Negocios Extranjeros, la tradicion inglesa supera á todo y toma una fuerza avasalladora é incontrastable. Rusia, ocupando militarmente á Bulgaria, quiere decir Rusia oprimiendo con todo el peso de su fuerza la península de los Balkanes, y dominando desde aquel centro las playas donde se asienta la codiciada Constantinopla. Y Constantinopla, sometida directa ó indirectamente á Ru-

sia, quiere decir disminucion del influjo británico en el Mediterráneo, y obstáculos á su navegacion intercontinental, tan necesaria al florecimiento de su comercio. El Gobierno ruso ha dicho, por boca del Czar, en una conferencia, al Embajador inglés de Petersburgo, que la ocupacion de Constantinopla por los rusos sólo se dice en las leyendas y sólo se cree por los ignorantes de la política y de la historia. Pero el pueblo inglés, que no se pica de conocer leyendas, y que tiene un gran sentido práctico, á guisa de mercader y comerciante, recuerda cómo en las empresas de Asia Rusia declaró que no queria conquistar á Kiva, y al cabo la conquistó, á pesar de haber dicho ántes de esa conquista, poco más ó ménos, lo mismo que ahora dice de la conquista de Constantinopla. Así es que á las afirmaciones del Czar se han opuesto recuerdos que llegan al fondo de la conciencia del pueblo y agitan hasta la médula de sus huesos. Durante el verano, la opinion se encontraba en sentido muy diverso de ahora. Los horrores cometidos por los turcos en Bulgaria habian animado al pueblo inglés tanto como en otro tiempo le conmovieron los horrores cometidos por los rusos en la martirizada Hungría. Gladstone aprovechaba esta emocion general para proponer en Oriente una política humanitaria y opuesta á la política puramente británica del par-

tido conservador. Lord Russell mismo, á pesar de creerse mucho más inglés que Gladstone, volvia á sonar la campana de rebato á favor de los cristianos oprimidos, exponiéndose á que le llamase viejo imbécil y chocho el órgano en Constantinopla de la antigua Turquía. El pueblo inglés acostumbra á seguir la opinion de sus grandes oradores y á escuchar la tribuna de su Parlamento, como el pueblo griego escuchaba el oráculo de Délfos; una y otra, verdaderas instituciones nacionales. Pero cuando ha visto surgir tras estas expansiones de sus sentimientos humanitarios el poder autocrático, el panslavismo de la Universidad de Moscou, el rostro burlon de Katkof, cuya pluma se halla consagrada á despertar los recuerdos de Ivan el Terrible, y á maldecir esa loba marina que se llama la Gran Bretaña, su compasion por las víctimas y su horror á los verdugos ha disminuido, en el temor de una complicidad inocentísima con la eterna enemiga de su preponderancia en el mundo y de su destino en la historia.

En Rusia la opinion difiere por completo de Inglaterra. Aquí se quiere la integridad del Imperio turco, y allí su destruccion; aquí las reformas aseguradas por la buena fe de la Puerta, y allí las reformas aseguradas por la intervencion de la Europa. En el inmenso Imperio moscovita,

si hay una idea viva, si hay una leyenda universal, si hay una política extendida, es la idea, es la leyenda, es la política de favorecer en todas partes á la raza eslava, confiada en la fuerza y en el valor de su pueblo más grande, del pueblo ruso; y aunque unos se muevan por móviles revolucionarios, por el afan de extender y propagar ese municipio eslavo, que es tipo del comunismo, y otros se muevan por móviles históricos, por la conquista de Santa Sofía y el rescate de la tumba de Cristo, cual en tiempo de las Cruzadas, todos tienen el mismo ódio al Imperio turco, y la misma conviccion de que recogerán y guardarán sus despojos. El Emperador, como queriendo sustraerse al poder de esta opinion avasalladora, ha huido de las gentes y se ha retirado á Livadia, de la misma suerte que huye de las gentes y se retira á Varzin el príncipe de Bismarck cuando idea y prepara alguna de sus guerras generales en Europa. Allí ha hablado con el Embajador de Inglaterra y le ha dicho que rusos é ingleses deberán entenderse en el mismo pensamiento y dividirse el trabajo de regir á Europa, lo cual sería tan difícil como en lo antiguo la inteligencia entre griegos y persas ó la inteligencia entre romanos y cartagineses. Y despues de dichas estas palabras y dadas estas promesas de inteligencia y de cordialidad, ha ido á Moscou, á la Roma

de los eslavos, á la Jerusalen del rito moscovita, á la ciudad cuya ortodoxia revelan al viajero cien doradas cúpulas, concluidas por la cruz helénica de los tres brazos; y en aquel centro, donde se elaboran todos los ensueños épicos sobre conquista del Asia y toma de Constantinopla, ha hablado, sin miramiento ni reticencias, de la necesidad en que se veria, para salvar el honor de su pueblo y defender á los cristianos opresos, de sacar su espada y blandirla en una guerra indispensable y santa. Ha hecho más, ha demostrado, despues de alabar extraordinariamente á los montenegrinos y herir y vejar á los pobres sérvios, harto probados por sus desgracias y por sus derrotas, que el núcleo de ese ejército, así como su direccion, estaba en manos de rusos, si bien voluntarios, los cuales nunca se hubieran movido, nunca viajado, nunca escapádose de su tierra imperial, sin el permiso y el asentimiento expreso de la omnipotente autocracia. Aunque la guerra de Oriente se plantea cada diez años en la historia moderna, unas veces por la insurreccion de Grecia, otras por los levantamientos del Epiro y la Thesalia; ya merced á los rumanos, ya merced á los sérvios; ora porque el candiota pide libertad política, ora porque el habitante de la Bosnia y de la Herzegovina pide autonomía administrativa, lo cierto es que el conflicto último ha sido

engendrado por el Austria y sostenido y agravado por la Rusia. Hay siempre en Oriente la llama viva de una insurreccion irremediable, como donde quiera que se violan los principios fundamentales de justicia; pero hay tambien una mano que la atiza y un soplo que la alimenta. El general Ignatieff, valiéndose de una franqueza que confina con la brutalidad, ha conspirado en Bizancio y ha hecho cosas parecidas á la de aquel predecesor suyo del tiempo de Nicolas, que se presentó con el polvo de la estepa en el uniforme, el látigo en la mano y las botas de montar ante la augusta persona del Sultan. La Sérvia de Aubich, la épica Sérvia de las derrotas cruentas y de las victorias increibles, que si no ha combatido, ha conspirado, constituyéndose independiente por una mezcla singular de astucia y heroismo, ahora ha caido en los campos de batalla siempre rota, siempre desdichada. Ha sido necesario que el Emperador de Rusia levantase su voz con fuerza, y se hiciese oir con pujanza, para lograr un armisticio que detuviera á los turcos victoriosos en el camino de Belgrado y salvase un reino deshecho, el cual jamas se lanzára á la guerra sin la seguridad del socorro y del auxilio. Hé aquí, pues, por qué se pactó el armisticio. Turquía, deseosa de prepararse, lo pidió por seis meses; Rusia, deseosa de optar pronto entre la paz ó la

guerra, lo ha reducido á muchos menores plazos, y la Conferencia se halla reunida en el momento en que escribo, despues de haber visitado las córtes de Europa el enviado de Inglaterra, Salisbury, recogiendo grandes muestras de simpatía, si bien escaso, escasisímo éxito político.

¿Y qué hace Alemania? Indudablemente, Rusia no plantea problema tan complicado sin el consentimiento de Alemania. Hoy no puede moverse una hoja en el árbol de la política europea sin el expreso consentimiento del Dios de las batallas, que tiene su residencia y su santuario en Berlin. La hora de agradecer y de pagar aquella neutralidad entre Austria y Prusia y entre Prusia y Francia, que diera por resultado Sadowah y Sedan, el predominio prusiano en Alemania y el predominio prusiano en Europa; esa hora tan presentida de todos ha sonado en el reloj de los tiempos. Los dos cancilleres se hallan indudablemente entendidos para mayor gloria de sus respectivos imperios. Uno y otro sostienen guerra á muerte contra dos poderes caducos: el despotismo austriaco en Alemania y el despotismo turco en Oriente. Uno y otro hablan de libertad civil y religiosa, de autonomía administrativa, de unidad de razas, para cohonestar con principios revolucionarios sus sendas maniobras políticas. Inglaterra, en su angustia, se ha dirigido

por el órgano de la ciudad, que todos los dias se lee en el retiro de Varzin, y le ha dicho cómo en sus manos se encuentra, cual en los pliegues del manto que llevaba el senador Régulo, ¡ay! la tranquilidad ó la guerra en el mundo. ¿De qué sirven ya las alianzas dinásticas? La Princesa de Gáles nació en Dinamarca, y se llama, en el tierno lenguaje monárquico de Inglaterra, la rosa dinamarquesa; pero no ha podido llevar ni un buque inglés en defensa de la integridad de su nacion. La hija mayor de la reina Victoria es la heredera del Imperio germánico, la destinada á llevar en sus sienes la corona de Federico Barbaroja, y no puede mover un soldado aleman en defensa de su tierra nativa. El Duque de Edimburgo se ha casado con una archiduquesa moscovita, con una hija del emperador Alejandro; pero ese anillo de boda no ha juntado, no ha eslabonado los intereses de ambos pueblos. La política está hoy en manos de los primeros ministros de sus respectivos parlamentos, como no puede ménos de suceder, dado que vamos desde el régimen de los privilegios, desde el gobierno de los ménos, al régimen de los derechos, al gobierno de todos. Y por consecuencia, interrogamos al Canciller de Alemania sobre los secretos del Imperio aleman, quizá ignorados por el mismo Emperador. El Canciller no se muerde la

lengua. Su política no tiene relacion alguna con esa política de misterios que ha privado durante mucho tiempo en los consejos de Europa. Reune, pues, en espléndido banquete parlamentario á sus amigos, y habla con ellos de las contingencias y de las probabilidades de lo porvenir. Y en efecto, comienza por decir que Alemania es un elemento de paz y de seguridad en el mundo, lo cual era de rúbrica. Y luégo añade que este elemento de paz y de seguridad en el mundo no puede evitar una próxima guerra. Quizá debiera dirigir algun consejo, hacer alguna advertencia, llamar altas consideraciones sobrado embargadas por la algazara que promueve una raza en delirio hácia los peligros de la guerra; pero se calla por no herir la susceptibilidad de un pueblo tan susceptible como Rusia. Lo único que podrá hacer, cuando la guerra haya estallado, cuando ambos contendientes se hayan herido y desangrado, cuando hayan visto que á cada paso surgen dificultades y dilaciones, lo único será interponerse amistosamente para llegar á un arreglo definitivo y honroso para los dos. Rusia no vencerá á Turquía tan fácilmente como cree el vulgo, ni Inglaterra terciará en la contienda con necesidad tan inevitable como á primera vista pudiera suponerse. La guerra entre Rusia y Turquía ha de tener por necesidad una grande lentitud, y el

auxilio de Inglaterra á esta última potencia no pasará de auxilio á la verdad indirecto. Por consecuencia, lo único que desde este momento mismo puede anunciar *urbi et orbi*, lo que verdaderamente tranquilizará á todos, allende el Rhin, es saber cuán profunda amistad reina entre el Imperio austro-húngaro y el Imperio prusiano-aleman, decididos á sostener las mismas soluciones en Europa. Hasta aquí el Canciller. Una sencilla reflexion bastará á desvanecer ese optimismo oficial, que no puede realmente contrastar el pesimismo incontrastable de la tristísima realidad presente. Tambien se decia que entre Rusia, Austria y Prusia reinaba una completa inteligencia. Y ahora resulta que, si Prusia hubiera podido, evitára la guerra que hoy nos amenaza. Tambien se decia que la alianza de los tres emperadores equivalia á la paz del mundo, y ahora resulta la guerra.

Por fin, estalla en Europa, y todos los intereses se quebrantan, y todos los ánimos se apenan, y generaciones llenas de vida se preparan á caer segadas en brazos de la muerte, y la espada brilla más que la idea, y la fuerza bruta impera sobre la razon y sobre el derecho. Nuestra conciencia se ha esclarecido mucho, los proyectos de paz perpétua han madurado en los entendimientos, las nociones del derecho humano y de

la soberanía popular han crecido; y sin embargo, esclavos de la fatalidad, todavía, cada diez años, una guerra estalla; y una guerra entre las muchedumbres inmensas de los ejércitos modernos y con nuestros medios de matanza y de exterminio. Líbreme Dios de creer que la idea pura no modifica la impura realidad, sujeta á contínua metamórfosis. Pero convengamos en que las trasformaciones progresivas se verifican lentamente, mucho más medidas por la impaciencia que nos inspira la idea del bien y los febriles deseos de su inmediata realizacion sobre la tierra.

Desde el punto y hora en que el protocolo aplicó al problema oriental procedimientos análogos á los procedimientos de la malograda conferencia, debian esperarse análogos resultados. Se imponia al Imperio turco la intervencion extranjera, y el Imperio turco la rechazaba con furia. Caso grave y que prueba cómo en los asuntos más trascendentales suele deslizarse la confusion, propia solamente á producir irreparables desgracias. A esta hora no sabemos si Turquía es un Imperio autónomo, como el Imperio británico, por ejemplo, ó una potencia extraña, que, caida por su vejez en la infancia, necesita irremisiblemente de próvida tutela. Es verdad que Europa entera ha salido fiadora de su independencia; pero tambien es verdad que estas

fianzas no se dan sino á cambio de cierto patronato, que obliga á inspecciones cuya totalidad constituye una verdadera intervencion. Así es que Europa tenía derecho á exigir de Turquía una política interior que la preservase de los conflictos exteriores, y ha debido usar con más empeño y más actividad de ese derecho, siquiera con el fin de evitarnos este amargo trance de la guerra.

Un inmenso imperio, verdadera confederacion de razas unidas por el sable, y semejante á las antiguas tribus armadas que sobre Europa cayeron en los siglos IV y V de nuestra era, viene, desde sus desoladas estepas, á estas luminosas regiones del Mediterráneo, eternamente acariciadas como un paraíso lleno de vida y de poesía por los nacidos y criados bajo las escarchas y las nieblas del Norte. Un conflicto entre razas de antiguo enemigas mueve esa inmensa ciudad militar, que aparece nómada y errante del Norte al Mediodía, moviéndose como en otro tiempo se movieron los godos y los normandos. Al verlos en tanta muchedumbre, cambiando de sitio como si no tuvieran patria, con sus carros de guerra innumerables, fuertes á la manera de los hijos de la Naturaleza, altos y fornidos, de pelo rubio y ojos apagados, diríase uno de aquellos pueblos descritos en las crónicas que comienzan la histo-

ria moderna, y sometidos por la cólera del cielo en castigo á nuestras culpas. Dícense defensores de una parte de su raza opresora, como los otros se decian á su vez vengadores de aquellos cautivos que habian acompañado al vencedor romano en la Vía Sacra, y de aquellos atletas cazados en las selvas para ser ofrecidos como holocausto á un pueblo ebrio de orgullo en los circos y en las naumaquias. Quizá se vea en esto un exceso de aproximaciones históricas; pero lo cierto es que la guerra presente no es un conflicto entre Turquía y Rusia, sino un conflicto entre las razas orientales y las razas occidentales; un conflicto entre el Oriente y el Occidente, como el de Grecia y Persia en los campos de Plutea y en las aguas de Salamina; como el de Roma y Cartago en las costas de Sicilia, en las tierras de España, en los desiertos de África; como el de los pueblos cristianos de Occidente y los pueblos muslímicos de Oriente en tiempo de las Cruzadas. Quiera ó no la diplomacia europea, en esta catástrofe de tanta magnitud late una idea de toda esa incóntrastable fuerza.

CRIMENES DEL DESPOTISMO.

Esa emperatriz Catalina, que mata á su marido por mano de sus generales, y tiene, hasta la edad de cuarenta y dos años, cautivo á su hijo primogénito, puede figurar dignamente en la historia de aquellos atridas crueles é implacables, los cuales se perseguian y acosaban entre sí con exterminadora rabia. Para saber cómo procedia, no hay sino recordar cómo trató á una de sus rivales; trato inmortalizado en la memoria humana, como la tragedia de Francesca de Rimini y del Conde Hugolino, por la tradicion y por el arte. Era una jóven y hermosísima princesa de sangre imperial, á quien todo el mundo creia vástago de la familia de Pedro el Grande, y designaba, naturalmente, en las eventualidades de lo porvenir, con méritos y derechos para subir al trono de su raza. Próvida mano la habia apartado de Petersburgo y conducido, para preser-

varla del puñal ó del veneno, á Roma, en cuyos museos añadió á las dotes naturales de su prestancia personal y de su ingenio nativo, la cultura artística, que tanto esmalta toda inteligencia, y más aún la inteligencia tierna y poética de una jóven inspirada y hermosa. Dejándola en aquel retiro, quizás hubiera pasado tranquila vida y tenido un esposo que la diera con su amor la paz del alma y la ventura del hogar. Pero Catalina, en su ambicion y en su soberbia, no toleraba ninguna amenaza á la posesion de su trono, y concibió una idea digna de su imperial conciencia. Mandó uno de sus gentiles-hombres más hermosos y apuestos á Roma, con expreso encargo de enamorarla y traerla á Petersburgo en las redes de este fingido amor. A los pocos meses, el matrimonio de la Princesa y el Chambelan se verificaba en la embajada rusa, y los jóvenes y felices cónyuges salian á pasar la luna de miel á las orillas del Neva y á recibir las señaladas muestras de proteccion que les guardaba Catalina, cuyo esclarecido nombre apadrinára la boda. No puede aguzarse más el ingenio para cometer un crímen. En toda esta terrible tragedia se mezcla la crueldad bárbara de una tribu asiática con el refinamiento maquiavélico de una familia florentina. El amor santo convertido en cebo, el matrimonio legítimo en trampa, los afectos más

naturales en causa de perdicion, la confianza de una pobre muchacha en suplicio; todo esto tiene tal carácter, que no se encuentran en las humanas lenguas palabras de bastante expresion para referirlo, ni de bastante acerbidad para condenarlo. La Princesa llega, y en el dia mismo de su llegada la encierran en húmedo calabozo, donde no podia penetrar casi ni el aire ni la luz. Un dia que el Neva salió de madre y la inundacion llegó hasta las puertas de su cárcel, se la comieron las ratas. Decidme si el crímen puede tener más crueldad, ni puede dar más horror. Pues lo que han hecho con los individuos han tenido por fuerza que hacer con los pueblos. Para componer ese vasto Imperio han degollado á catorce naciones vivas, y han repartido sus miembros disyectos entre reyes hambrientos y legiones ebrias. Y para degollar á catorce pueblos, los campos han debido ser talados, las poblaciones incendiadas, los aires apestados con el miasma venenoso de la putrefaccion, las familias exterminadas; que las naciones se resisten, como todos los seres, á la muerte. Nadie nos lo ha contado; nosotros lo hemos visto en nuestro tiempo, bajo la dominacion del humano czar Alejandro, ir los cosacos á la iglesia y fusilar, al pié de los altares, cuando oian misa, en el momento de alzar á Dios, á los pobres polacos, que oraban, como los cristianos

de las catacumbas, por sus mártires, y que pedian al cielo, por no encontrar piedad en los hombres, la libertad de su patria. Todos estos crímenes se cometen con facilidad si se tiene el poder supremo; pero se pagan sin remedio en el curso de los tiempos y ante el tribunal de la Historia. La amarga lágrima que rueda de la mejilla de una pobre mujer; la gota de sangre que cae de las venas de un exaltado jóven; el grito de un niño huérfano; el lamento de un desterrado á Siberia; los suspiros de las víctimas desgarradas en sus entrañas y heridas en sus sentimientos; los últimos suspiros de los moribundos que han dado su vida por la libertad; todas estas evaporaciones del martirio llegan á componer en los aires inmensa nube, de la cual llueve, tarde ó temprano, un diluvio de sangre, que anega á los tronos y ahoga á los tiranos.

LA AGITACION DE RUSIA.

Pocas veces se sucedieron y se enmarañaron en la política europea tantos y tan diversos asuntos. La agitacion rusa constituye por sí sola uno de los fenómenos más extraños que la ciencia social puede conocer y apreciar. Esa nacion silenciosa pasa por dias semejantes á los dias primeros del reinado de Luis XVI y de la convocatoria de los Estados generales. El peso de sus instituciones la abruma, y la necesidad de nueva vida la agita. Arriba, un poder despótico, que, ilustrado y humano, ha contribuido á la emancipacion de los siervos, sin conseguir él mismo emanciparse de su vieja y gastada complexion histórica; cerca de ese poder, y en medio de asiática sociedad, una aristocracia instruida y educada á la europea, que suspira por intervenir en la legislacion y en el Gobierno; junto á esa aristocracia, un comienzo ó rudimento de clase

media, esencialmente revolucionaria y republicana; en las universidades, las jóvenes almas, á quienes les enseñan tristemente en su cautiverio el horizonte infinito de la ciencia, y que no pueden recorrerlo por faltarles las resistentes alas de la libertad; en el pueblo, la parte más atrasada y ciega, bajo el yugo de la clerecía burocrática y bizantina, miéntras la parte más animosa, en el seno de las extravagancias nihilistas; por doquier aspiraciones vagas, ideas fulgurantes, combates de las conciencias estremecidas, sacudimientos nerviosos de un pueblo enfermo; en dos palabras: estado de revolucion.

Nada más curioso que ver cómo se emancipan estos pueblos inmóviles, y cómo se lanzan de un salto á novedades incompatibles de todo en todo con su temperamento y con su historia. Hace poco, el Japon era un pueblo como la China. Su poder religioso habitaba, no diré en los misterios, porque misterios apénas pueden caber en estos pueblos de porcelana, más mecánicos que morales; en los apartamientos de un casi divino retiro y en la absorcion de su celeste autoridad. El poder político seguia al poder religioso como la sombra al cuerpo. Las jerarquías sociales se levantaban unas sobre otras, como sucede por necesidad en esos inmensos territorios de Asia, donde brota por tan natural manera la vegeta-

cion venenosa de las castas. Y un dia, sin que nadie lo esperára ni lo advirtiera, súbita revolucion de palacio degüella á unos cuantos magnates, y á consecuencia de este degüello, un nuevo estado social se inaugura en aquella monótona y uniforme historia. Todos hemos visto los ídolos japoneses, con su flor del lotho en las manos y su aureola de santidad en la cabeza, vendidos al peso, y trasladados desde los altares religiosos, donde despertaban oraciones y ofrendas, á los museos de Europa, donde sólo despiertan curiosidad y extrañeza. Todos hemos visto á los japoneses, con su cara amarilla bajo el ala de un sombrero inglés, y con su cuerpo enano metido en las costuras de un frac parisien. Hoy llaman al Japon los Estados viudos de Asia. Pues algo semejante pasará en Rusia. Hasta ahora, para cambiar las direcciones várias de la política, han bastado unos cuantos asesinatos de czares degollados como cerdos. Ahora entra en escena una idea y un pueblo. La guerra por los eslavos búlgaros y sérvios ha sido en la córte del emperador Alejandro II algo de lo que fué en la córte del rey Luis XVI la guerra por los americanos. Los cruzados de la libertad no pueden comprender que den ellos este principio divino y lo difundan por todas partes sin poder poseerlo y gozarlo. En verdad, hubiera sido extraño, allá por los siglos

medios, que se impidiese llamarse cristianos á los rescatadores del sepulcro de Cristo. Y la agitacion de los militares se halla naturalmente mantenida por la agitacion de los estudiantes, combinándose así contra la estabilidad de la política rusa dos corrientes : una de fuerzas ciegas, y otra de exageradas ideas.

LOS PROBLEMAS ORIENTALES.

La misma cuestion de las tierras del Este; la agonía del Imperio turco; las amenazas apocalípticas extendidas sobre Constantinopla; la resurreccion de los pueblos eslavos y rumanos, que parecian soterrados bajo la inmensa pesadumbre del fatalismo histórico; la competencia entre Alemania y Rusia por la posesion del Bósforo; los procedimientos de Inglaterra; todos estos incidentes del drama universal, representado en este inmenso escenario de la tierra, contienen hoy, no sólo muchas y várias enseñanzas políticas, sino tambien mucha y muy vária poesía, como todo aquello en que puede mezclarse con sus combinaciones de luz y de sombras, con sus dias claros en el cielo y sus misterios profundos en la conciencia, el inmenso Oriente. ¡Cuán terrible destino el de esos jefes mahometanos, últimos descendientes de los califas que fundaron los

imperios de Bagdad, de Córdoba, de Damasco, cuyo brillo deslumbró á la Edad Media, perseguidos, acosados, vacilantes, en una agonía tal, que puede compararse, por lo grande, con su antigua autoridad y con su colosal poderío! Ahí teneis al Emperador de Marruecos, oprimido y casi aplastado entre las insurrecciones de sus kabylas, que se levantan como las arenas del desierto, y las intrigas de la diplomacia europea, que se apercibe á contender por su herencia; ahí teneis al Emir de Cabul, que soñára en su soberbia con una confederacion de príncipes musulmanes, como las presididas por los jefes antiguos de los almohades y de los almoravides; ese Emir insensato, circuido de extranjeras tropas, desacatado de sus propios vasallos, hecho cautivo al pié del aborrecido trono de Inglaterra; ahí teneis al último Khedive de Egipto, desterrado en Nápoles, donde no encontrará la luz del Cairo ó de Alejandría, ni el abrigo de las mezquitas, ni la solemnidad del desierto, miéntras su pobre sucesor, víctima de los gobiernos extraños, cuyo esclavo es, tiene ahora que habérselas con un levantamiento de abisinios, esos hijos de la noche, negros como el azabache, y tan robustos y tan sufridos como las tribus más vigorosas del Norte; ahí teneis al jefe de los creyentes, al Monarca y Pontífice, al que obtiene en el Cuerno

de Oro tantos homenajes como el Profeta en la Meca, al Sultan de Constantinopla, encerrado en su serrallo como en triste sepultura, viendo cada dia caerse un pedazo de su territorio, en torno del cual se extienden esos ángeles exterminadores, venidos á su debida hora en todas las catástrofes de la Historia, para extender por los cuatro vientos el polvo de las grandes ruinas y las cenizas de los inmensos cadáveres.

El problema se vuelve á presentar tal como estaba en las guerras del siglo pasado, como una competencia entre el Austria y la Rusia; competencia que oculta realmente una porfía de la raza eslava con la raza germánica, esas dos enemigas irreconciliables. El Austria se dirige poco á poco desde Croacia á Bosnia, desde Bosnia á Novi-Bazar, desde Novi-Bazar á Salónica, donde se detendrá un momento á recogerse y medir sus fuerzas, y reflexionar con reflexion profunda si puede sin riesgo acercarse y entrar en Constantinopla, donde, en la efusion de su victoria, en el goce de la tierra más hermosa y más importante que tiene Europa, en el seno de semejante ciudad, cabeza de continentes y reina de mares, podrá renunciar á Viena, á sus nueve millones de alemanes, á Hungría misma, si se quiere, para convertirse en grande imperio semi-asiático, que dirija el Oriente de Europa y que contenga las

ambiciones de Rusia; hasta que, barridos los restos de la dominacion turca y conjuradas las amenazas de la utopia panslavista, pueda la eternamente jóven y eternamente heroica raza helena desmontar esa máquina de guerra y convertirla en una República democrática digna de heredar el nombre, el prestigio y el valor de la antigua Grecia.

Por de pronto, las miras del Gobierno austriaco se dirigen á posesionarse de Salónica, la ciudad asentada en Macedonia, que es como llave del camino estratégicc de Austria á Constantinopla, cual Filípolis es como llave del camino estratégico de Rusia á Constantinopla. Segunda ciudad de la Turquía europea, en el golfo de Thermaica, al pié del monte Hortash, entre dos promontorios, con la mitad casi de sus setenta mil pobladores repartidos entre la religion cristiana y la religion judaica, será en lo porvenir una factoría necesaria al comercio aleman por el Egeo, y es en lo presente un puerto de refugio á las esperanzas sobre Constantinopla, y un sitio de seguridad para cualquier combinacion ulterior que exija la futura guerra de Oriente. Hé ahí aquel Imperio que Cárlos V pensó tener unido á la corona española, de cuyo pensamiento le apartaron, así las sublevaciones de los príncipes protestantes y la entrada de Francisco I en Lorena,

como tambien la necesidad de combatir en Hungría á los turcos; hé ahí ese Imperio, destacado de nosotros por las complicaciones orientales, cumpliendo el destino que le asignára su fundador, enfrente de Turquía y amenazando á Constantinopla, como aquellos reinos de Astúrias, de Aragon y de Castilla, tan modestos en sus orígenes, y que en sus desagües llegaron á extenderse y á dilatarse por Palermo, por Nápoles, por Orán, por Argel y por Túnez.

La Sérvia, que miraba de hito en hito á la Rusia, tendrá que adscribirse ahora á los intereses austriacos, pues sus líneas férreas no encontrarán otro entronque mejor que el entronque inmediato con las líneas férreas del Austria, y tendrá que renunciar á su ensueño de oro, alimentado por la poesía y por la historia; es decir, al hallazgo en los futuros combates, de la corona perdida por su desgraciado Emperador en Kosovo, en ese Guadalete de los eslavos. El Montenegro, que tambien recibia órdenes de Petersburgo, y que últimamente se ha visto separado de esta capitalidad, á la cual prestaba de grado su homenaje, por la ocupacion austriaca de Bosnia y Herzegovina, envia su príncipe Nicolas á Viena, donde entra como solian, allá en otros tiempos, entrar los príncipes vasallos del feudalismo en los palacios y castillos de sus superiores y sobe-

ranos; humildad y modestia, en cuyas genuflexiones y cortesías se oculta una soberbia aspiracion á captarse territorios albaneses en el dia no lejano en que venga, tras la irremediable catástrofe del Imperio turco, el nuevo y codiciadísimo reparto de sus yertos y mutilados despojos. Y miéntras tanto, Austria sigue incansable su camino, bajo la sombra de Alemania, con la complicidad inevitable del Sultan, entre los recelos de los eslavos y las amenazas de los turcos, apartándose de los territorios de Albania, donde pudiera encontrar invencibles resistencias, y yendo paso á paso, con mesura y recato, hácia el objeto capitalísimo de su empresa, hácia la deseada Salónica, que abre el camino de los ensueños orientales, el camino de las orillas del Bósforo. Si María Teresa, si José II levantáran con su frente la losa abrumadora de sus sepulcros, ¡cómo habian de ver que sus recelos respecto á las empresas moscovitas estaban justificados por el tiempo, pues, á más andar, viene una guerra entre sus sucesores y los sucesores de Pedro y Catalina, guerra que habrá de ser espantosa y sangrienta!

Ahora se columbra que la política de Bismarck respecto á la Iglesia católica forma parte de un plan vastísimo, del remate ideado á la unidad alemana, á esa aglomeracion, há largo tiempo

preconcebida, de todas las razas germánicas en el Imperio; y como quiera que esas razas pertenecen á Austria, la cual, en su catolicismo histórico, vendrá indudablemente á acrecentar las fuerzas de Roma, vese el Canciller precisado á transacciones y acomodamientos, hoy necesarios, é inútiles cuando predomina en Alemania una confederacion protestante, presidida y encabezada por la histórica hegemonía de Prusia. Así el problema oriental, que, al inaugurarse últimamente, parecia reducido á una guerra entre Turquía y Rusia; que, al extenderse, parecia complicado con una amenaza de rompimiento entre Rusia é Inglaterra; se desenlazará mañana por una guerra inevitable entre Rusia y Alemania, que puede resultar, y resultará sin duda, el toque de rebato anunciando á todos los pueblos y á todas las gentes, sin excepcion, la hora terrible del incendio universal. Hé aquí por qué fijo á la contínua mis ojos en los cielos y en los horizontes orientales.

La cuestion de Oriente se halla implícita en todas las cuestiones europeas. Interesa á los pueblos en ella más inmediatamente complicados, é interesa á los pueblos que parecen á ella más ajenos. Pero en ninguna parte tiene la trascendencia que en Italia. Esta nacion, de tan fabulosa fortuna, cree posible, despues de todo lo inten-

tado y conseguido, intentar y conseguir aún que el Trentino, su defensa del lado de los Alpes del Tyrol; que Trieste, su puerto oriental, austriaco por las leyes de la política, italiano por el sentimiento y la opinion; que una parte de Albania, en otro tiempo dependiente de la Serenísima República veneciana, se guarezca bajo el techo amigo de su gloriosísima nacionalidad. A esta creencia contribuye muy principalmente la heroica imprevision de Garibaldi, que acostumbrado á tantos milagros, á sostener el sitio de Roma, á iniciar la célebre retirada hácia Venecia y sus lagunas, á destruir un trono con presentarse en una isla, cree posible hoy, con una grande agitacion moral y un grande esfuerzo militar, conseguir resultados análogos, olvidando aquel célebre dicho arrancado á Cárlos V en sus últimas derrotas: «La fortuna, como las mujeres, no gusta de los viejos.» Y en verdad, á todo el continente europeo, á toda la raza latina, al espíritu moderno, interesa, y mucho, que Italia sea una gran nacion, porque ha de apoyar y sostener por fuerza, necesariamente, sin remedio, el vigoroso principio de la libertad, y porque ha de impulsar la corriente del humano progreso. Pero no hay que equivocarse: en política, cuando se intenta más de lo posible, se cae en lo absurdo, y se corre el riesgo de encontrar, no el éxito, obediente siem-

pre á la prudencia, la más triste rota y la más irremediable ruina. Reconquistadas Nápoles, Palermo, Venecia, Milan, Verona, ese coro de ciudades inmortales para la libertad y para la patria, no debe pensarse, no, en fabulosas epopeyas; debe, por el contrario, recogerse la jóven Italia en sí misma y atender á su organizacion militar, á su organizacion administrativa, á su organizacion financiera, con lo cual preparará victorias ruidosísimas para lo porvenir, que le alcancen lauros, más tarde seguros y hoy pasajeros, por la facilidad con que en la Historia, como en la Naturaleza, se malogran todas las cosechas tempranas. Tenga dentro de sí misma mucha libertad hermanada con el órden, muchos progresos pacíficos, buena administracion, buena hacienda, política sensata, y esté segura Italia de que la suerte de los grandes pueblos se encuentra siempre en sus propias manos, en su voluntad y en su pensamiento.

LOS ATENTADOS CONTRA EL CZAR.

No podriamos, aunque quisiéramos, apartar el pensamiento de los sucesos de Rusia. Para todos los partidarios de la reaccion presentábase el vasto territorio como la América Sajona para todos los partidarios de la libertad; es decir, como el polo inmóvil, donde ponian su vista y que determinaba su marcha política. Y Rusia no es una region liberal, pero es una region revolucionaria. Hace algunos dias, el Emperador se paseaba solo por una de las aceras pegadas á su palacio de invierno, aprovechando la mañana y el ejercicio para acerar un poco sus nervios, exaltados por las preocupaciones políticas, y enriquecer en el oxígeno de un aire puro su sangre, empobrecida por la asfixiante atmósfera de los palacios. Padece el emperador Alejandro de una pertinaz melancolía, y procura, como todos los melancólicos, la soledad, necesaria ciertamente

á las grandes tristezas del alma. De hermosa presencia, de buen natural, de largo reinado, querido hasta ahora en su pueblo, al que ha procurado muchos adelantos; respetadísimo en Europa, sobre cuya suerte ha ejercido tan desmedida influencia, debiera sonreirle completamente la felicidad, si no fuese por esas enfermedades morales que se contraen allá en las cúspides del poder absoluto, y que parecen como un contraste y contrapeso puesto por la Naturaleza sábiamente á los arrebatos de la soberbia y á los endiosamientos de la omnipotencia.

La voluntad, obligada por coacciones morales y materiales á ejercer máximo imperio sobre las demas voluntades, se embota y se desmaya cuando trata de extenderlo á sí misma. La historia habla de muchos grandes generales, que vencieron á los demas y no acertaron á vencerse á sí mismos. De haber superado la propia ambicion, como superaron las fuerzas ajenas y contrarias, brillarian César y Bonaparte con la aureola de la libertad, y tendrian en la historia futura, implacable para los conquistadores y para los tiranos, un nombre tan puro como el nombre de Milcíades ó el nombre de Washington. ¡Parece imposible! Los fuertes con los demas contraen una debilidad extrema consigo mismos. Y de esta debilidad nacen los desarreglos nerviosos que los lle-

van á las tristezas profundas. Ese Emperador, incapaz de verter por su propio albedrío una gota de sangre, ha tenido, por fatalidades hereditarias, que coger un pueblo medio resucitado y encerrarlo de nuevo por fuerza en su antiguo sepulcro. ¡Cuánta sangre, cuántas lágrimas arrancadas, por las necesidades del nacimiento y de la estirpe, á corazones á quienes quizás hubiera amado, de nacer en otra condicion más humilde y poder oir con más libertad los latidos de su corazon y las voces de su conciencia!

¡Quién no recuerda con horror aquellas procesiones de niños, de mujeres, de jóvenes, todos inermes, que pedian al eco de los himnos religiosos, con la uncion de los mártires, una patria, y por toda satisfaccion los sicarios rusos los fusilaban, tendiendo más de doscientos muertos al pié de las efigies de la Vírgen, miéntras los supervivientes iban á las fortalezas como á resucitar los tiempos heroicos del Cristianismo en sus combates, elevados á verdaderos holocaustos por la libertad y por la conciencia! No es maravilla, pues, que todas estas terribles necesidades de su posicion hayan amargado la vida del emperador Alejandro, y que toda esta amargura haya traido á su complexion fisiológica un gran desarreglo nervioso, y á su complexion moral una melancolía terrible.

Bien es verdad que tiene algo de hereditaria esta enfermedad en su familia : Pablo I, su abuelo, padecia de tales genialidades, que no podian sufrirle ni la nobleza, ni el pueblo, ni siquiera sus propios hijos. Una conspiracion palaciega, por sus más cercanos amigos y áun deudos confabulada, intentó tan sólo arrancarle violentamente la abdicacion, y le arrancó la vida. En la faja de uno de los oficiales de su guardia murió ahorcado aquel insensato. Pues esa melancolía, más ó ménos agravada, trasmitióse como vínculo hereditario por toda su familia. El emperador Alejandro I, uno de los hombres más distinguidos de principios de este siglo, pasaba con rapidez vertiginosa de unas á otras ideas y de unos á otros sentimientos; ya místico hasta el iluminismo, ya filósofo hasta la impiedad; ora fomentando las libertades modernas, como un legislador de Cádiz, cuya constitucion adoraba con idolatría; ora poniéndose al frente de la Santa Alianza, cuyas reaccionarias ideas patrocinaba y personificaba, como poco ántes las ideas democráticas; inquieto y tornadizo, cual si buscára en los oleajes de sus varios pensamientos un lenitivo al tumulto de sus alteradas pasiones. Y todo el mundo sabe en Europa que Nicolas, el hermano de Alejandro I, el padre de Alejandro II, hoy reinante, murió semi-suicida, por haber salido

á pasar revista en fria mañana, con fiebre terrible en la sangre, y á cuerpo, como buscando una pulmonía fulminante que le acabase para siempre; pulmonía encontrada, cual le anunciaba su médico, que llegó á lanzarse á la cabeza del caballo y hasta cogerle por la brida, para impedir una resolucion de despecho, equivalente á una sentencia de muerte.

Lleva en sí Alejandro II la tristeza, como lleva la corona, por razon de su cuna y por trasmisiones de la herencia.

Así paseaba su melancolía en una de estas melancólicas mañanas de Rusia. Apénas puede figurarse uno, desde nuestras costas, ceñidas por el Mediterráneo y perfumadas por el azahar, esas mañanas del helado Petersburgo; apénas puede uno comprender la necesidad que habrá allí de agitacion y de movimiento para dar un poco de su calor á los nervios rígidos y á la piel aterida. Movíase el Emperador en este agitado movimiento, cuando vió venir hácia él una especie de empleado público, vestido con su correspondiente uniforme, de aire distinguidísimo, de andar resuelto, de presencia gallarda, de maneras finas. Por una de esas revelaciones que los instintos de conservacion sugieren, tanto al ánimo como al organismo, el Emperador, al verle dirigirse hácia él, pensó maquinalmente si querria matarle en aque-

lla soledad, y esquivó un poco su cuerpo. Mas el asesino dió un salto, se plantó enfrente, sacó un revolver, y le asestó casi á boca de jarro, ó mejor dicho, á quema-ropa, tres ó cuatro tiros. Una mujer que pasaba á la sazon, y un centinela que hacía guardia no léjos de allí, salvaron milagrosamente al Emperador, y salieron con algunas contusiones y heridas en la lucha porfiada entre sus fuerzas y las fuerzas del criminal. Su víctima le dirigió solamente algunas tristes reconvenciones y se entró en palacio á dar cuenta de su milagrosísima salvacion.

El reo quiso suicidarse con un veneno que llevaba á mano, y no pudo conseguirlo, porque le hicieron tragar inmediatamente un contra-veneno. En presencia de estos hechos, sólo se ocurre decir: ¡cuántos crímenes engendra el absolutismo! ¡Cuán horrible es la creencia de que el crímen puede dar de sí ningun bien jamas! ¡Cuán resueltos deben estar todos los que amen la libertad á difundirla, defenderla, salvarla por los medios lícitos y justos, pues el arma del crímen se vuelve siempre contra la causa misma que la emplea!

Este atentado ha descubierto dos cosas ignoradas por los resignados á las impurezas de la realidad: la descomposicion del Imperio y la fuerza de sus enemigos.

No es fuerte un Estado cuando es absoluto y desconoce al hombre sus derechos y á la sociedad sus leyes. La fuerza de los Estados se encuentra en la libertad. Bajo una Iglesia encargada de postrar las conciencias en el seno de inmóvil ortodoxia; bajo una autocracia que paraliza todo impulso de la voluntad individual; circuidos por policía pública y secreta, que se extiende desde los hogares hasta las oficinas; amenazados de la deportacion y áun de la muerte; los sectarios sacuden su servidumbre, y saltan como las primeras chispas de una erupcion desde los abismos insondables, donde al fuego de las pasiones hirvientes se forja una nueva Rusia, una nueva tierra de lava, sobrepuesta á la antigua tierra de hielo. No les pregunteis á esos sectarios qué ideas concretas tienen, ni qué programas prácticos enseñan: la furia les ciega, y el instinto de destruccion les posee.

Como llevan sobre los hombros el peso inmenso de una sociedad tan servil y de un poder tan omnímodo, no se curan de cómo sustituirlos, sino de cómo derribarlos. Caiga todo, dicen; la catedral bizantina de mil colores, donde brillan los santos rígidos como la liturgia moscovita, porque es un sepulcro de las inteligencias; el palacio donde centellea y fulmina el Czar, porque es una ergástula de los ciudadanos; y el cuartel

donde habita el ejército, porque es como la losa funeraria de los pueblos; la oficina de toda la administracion, porque alberga los esbirros que espian hasta la expresion de los ojos ; el preso no se lleva ni una piedra del calabozo donde ha dejado el vapor de sus lágrimas y el eco de sus maldiciones. Reconocedlo; despues de las últimas reformas, abiertos los parlamentos en toda Europa; erigidas las tribunas donde ántes se erigian las tiranías; gobernándose, por regla general, á sí mismos los pueblos en la plenitud de su derecho; solamente queda una nacion revolucionaria en el mundo, aquella que no puede pensar, aquella que no puede oir á sus oradores, aquella que no puede hablar, aquella que no puede obtener una representacion de su voluntad y de su inteligencia, la más fuerte en apariencia, y en realidad la más débil : la nacion moscovita.

Así está llena de sociedades secretas, que, si algun dia salieran á la luz y aplicáran sus ideas, las moderarian por fuerza y las realizarian muy cambiadas por necesidad; pero que hoy, miéntras habiten el misterio y vivan en las sombras, tendrán el carácter de todas las ideas misteriosas y se resolverán en el estallido de una negacion tremenda. Acordaos de lo que eran los masones á los ojos de una sociedad absolutista, los más revolucionarios de los hombres, y ved lo que son

los masones á los ojos de la sociedad moderna, los más prudentes y mesurados quizás entre todos los liberales. Si le hubierais preguntado á un mason de otros siglos qué deseaba en presencia de una monarquía absoluta, quizás, confundiendo la monarquía con el Estado y la sociedad, hubiera dicho que destruir el Estado y acabar con la sociedad. Y hasta cierto punto, no puede ménos de suceder así. Á las afirmaciones extremas del poder, se levantan las extremas negaciones de la oposicion. Si el uno es la autocracia, desengañaos, por ley lógica incontrastable, la otra debe ser necesariamente el nihilismo.

Así, no busqueis en esta secta la riqueza de ideas y la variedad de horizontes que tenian las antiguas sectas socialistas, las cuales eran teológicas, cosmológicas, artísticas, místicas, sin dejar de ser por eso esencialmente económicas.

El nihilista dice: nada de Estado, porque todo Estado oprime; nada de propiedad, porque toda propiedad corrompe. La nacion debe morir, como el Estado; la patria debe desaparecer, como la propiedad. Una serie de municipios, donde todos gobiernen y sean gobernados al mismo tiempo, y donde todos posean la tierra en comun, debe componer una sociedad sin variedades y sin categorías. El artel cosaco, que emigraba como si fuera prendido á las pezuñas de sus caballos nó-

madas; la tribu eslava, que reproduce el antiguo patriarcado indio : hé ahí el bello ideal de los humanos progresos. No busqueis en el seno de este gran movimiento ninguna otra idea que lo impulse; no creais encontrar ningun nuevo apocalípsis social en la altura del fragor que producen y de los terrores que derraman los apocalípticos sectarios. La negacion tiene la misma bárbara sencillez que la autocracia.

Y los sectarios se hallan organizados de bien maravillosa manera. Se conocen entre sí por signos cabalísticos, y ningun agente del poder los conoce. Se reunen, y ningun esbirro ha podido sorprender sus reuniones. Publican periódicos, cuyas hojas diarias caen del cielo de la cama donde el Czar se acuesta, y de las copas de los árboles que en las estufas del palacio crecen. Tienen un gobierno tan recatado, que jamas se averiguan las personas, y en todas partes se ven los actos. Tienen tribunales que juzgan y acuerdan, cumpliéndose sus acuerdos como las fatalidades de la Naturaleza y como las sentencias del destino. Y con jueces tienen tambien sus verdugos. Un prefecto de policía lee la hoja misteriosa que le notifica la sentencia de muerte, y se alza de hombros; pero en el número de los esbirros con que persigue á sus víctimas se encuentra el ejecutor de tal sentencia, quien le mata sin piedad

y huye sin recelo. Parece imposible; mas el conspirador se desliza en el seno de los tribunales, en la cátedra de las escuelas, en el despacho de los ministros, en la vivienda de los czares, por tan misteriosos medios y con tan porfiada constancia, que lo creeriais la córte, el Gobierno, la Iglesia, la administracion, la sociedad entera. Se ha mandado poner á la puerta de cada casa dos guardias, como si las casas fueran cárceles, y estos guardias no pueden evitar el estallido de bombas y petardos, terribles tanto por el daño que hacen como por el terror que siembran.

Las alarmas contínuas cunden por las calles, y el recelo penetra hasta en el retiro de las casas, como en los tiempos neronianos. El condenado á muerte por el tribunal oculto aparece tendido en las calles, cual si hubiera puesto fin á sus dias un rayo del cielo. Hay familias que no salen sino con numerosas escoltas. Hay ministro que no recibe ni á sus secretarios. Hay potentado que no deja acercarse persona extraña ninguna á sus dominios, como si las cercanías estuviesen apestadas y él fuera un caballero feudal. Verdaderamente, nunca el terror de abajo, en ningun tiempo de la historia, se impuso arriba con tan formidable imperio. Parécese tal estado social á esos movimientos subterráneos que espantan por misteriosos, y que amagan trocar en sepultura

la tierra misma que os sobrelleva y os alimenta.

El Gobierno ha llevado la represion á sus últimos extremos, y no ha podido desarmar á sus enemigos. En tiempo de Nicolas se prohibia á las universidades tener cierto número de alumnos, y en tiempo de Alejandro se revocó tal prohibicion. Pues ahora se cierran y se abren con frecuencia; se despide ó se llama á los alumnos con arbitrariedad; se declara que continúan los cursos, pero no continúan las cátedras con escándalo. Hay necesidad de tener una policía que cele á la policía, y un ejército que cure del ejército. Las ciudades se han convertido en campamentos, y los generales mandan como pudieran mandar en una batalla. El defensor de Sebastopol, Totleben, reina en Odesa, parecida á una nueva Varsovia. El general Gurko pasa por las calles de las capitales como si pasára por los desfiladeros de los Balkanes. La mitad de los rusos espía á la otra mitad. Llénanse los caminos que conducen á Siberia, de proscriptos sin número y sin consuelo, y las minas de esta region nefasta llénanse de condenados sin proceso y sin sentencia. La pena de muerte, poco aplicada en los tiempos de más funesta reaccion, renace con terrible recrudescencia. El gendarme tiene que defenderse y atacar como una fiera rabiosa. La horca se dibuja en los aires, como si hubiéramos

vuelto á los tiempos de la Edad Media. El alférez Dragmanof, con cuatro reos más, ha sido fusilado una de estas mañanas. Ya no cabe ni más rigor, ni más crueldad, ni en la policía mayores medios, ni en el ejército mayor fuerza, ni en la política mayor reaccion; pero tampoco cabe mayor impotencia. Si el estado de sitio permanente, si el mando de los generales arbitrario, si la policía aumentada, si las guarniciones en pié de guerra, si los destierros en leva, si la vigilancia de cada casa por dos guardias, si la Siberia poblada miéntras se despueblan los hogares, si los fusilamientos en masa y la horca en perspectiva no pueden conseguir nada, ¿dónde buscará el Gobierno nuevos medios de represion y nuevos elementos de combate?

Estas revoluciones toman tal carácter de universalidad y arrastran con tanto ímpetu á las naciones, porque nacen de todas las inteligencias como ideas, y como interes arrastran en sus corrientes á todas las clases. ¿Por qué el Emperador se ve sorprendido en su lecho por las proclamas nihilistas? Porque es revolucionaria la córte. ¿Por qué los cuarteles se inundan de estas hojas? Porque es revolucionario el ejército. ¿Por qué la policía no encuentra á los conjurados? Porque es revolucionaria la policía. ¿Por qué las víctimas designadas por el gobierno misterioso caen exá-

nimes, atravesado de puñal su corazon, y no hay quien las defienda ni quien las vengue? Porque es revolucionario el pueblo. La fórmula nihilista, por más llamativa, por más extraña, atrae la atencion universal y la embarga, como aquellas célebres definiciones de la propiedad dadas por Proudhon, las cuales perdian todo su veneno letal en cuanto perdian su aparato retórico y dejaban de aparecer en toda su desnudez paradisiaca y en toda su nativa brusquedad. Lo más grave del caso es que en torno de este nihilismo tan aterrador se unen clases enteras, gentes de todas procedencias; los deseos sin límites á la libertad sin restricciones; en una palabra, la revolucion. De un estado así, ya tenemos muchos ejemplos en la historia. Cuando el siglo XVIII comenzó á desplegar sus fuerzas reformadoras, y el espíritu moderno á recoger en su seno y aplicar á la vida práctica las inspiraciones de arte que tuvo el siglo XVI y las inspiraciones de filosofía y de ciencia que tuvo el siglo XVII, toda la aristocracia francesa y parte considerable de la aristocracia europea abrazaba la revolucion, é iba, como llevada por la Providencia, á desatar los huracanes que debian arrancar bajo sus plantas los castillos feudales y de sus sienes las antiguas coronas.

Entónces el Papa recibia las dedicatorias que le enviaba Voltaire; el Emperador daba las leyes

josefinas como principio y comienzo al nuevo Estado láico; los Borbones expulsaban á los jesuitas, y con los jesuitas á los ejércitos permanentes de la autoridad tradicional; las damas se deseeñian sus complicadísimos tocados, y bajaban á los teatros campestres á recitar las églogas pastoriles de la igualdad natural, y á representar las comedias revolucionarias del socarron Beaumarchais; entre los caballeros que iban á combatir por la independencia y por la República en América se contaba Lafayette, y entre los aliados de esos republicanos, dos reyes como Cárlos III de España y Luis XVI de Francia; entre los innovadores que aspiraban á montar en el globo aerostático recien descubierto y á difundir la filosofía racionalista recien divulgada, se veia un príncipe de la sangre, como el Duque de Orleans; entre los grandes oradores del nuevo Evangelio social campeaba el Vizconde de Mirabeau; un Talleyrand llevaba mitra; y un Sièyes era abate, sin contar con otros, como Gregoire; de suerte que la idea revolucionaria habia subido á los altares, á los castillos, á los tronos, en su ascension constante y misteriosa, impulsada por las leyes inexcrutables de la Providencia, cuya luz resplandece desde las primeras á las últimas páginas de la humana historia. Pues lo mismo su-

cede en Rusia : la aristocracia es la primera en impulsar el movimiento avasallador, que no podrá ser contrastado por ninguna fuerza, ni detenido por ninguna resistencia, pues son siempre incontrastables las grandes aspiraciones de la libertad.

LOS NIHILISTAS.

La tentativa de asesinato contra la persona del Czar ha suscitado de nuevo la curiosidad general, y la ha convertido hácia esa extraña secta, propia del misterioso y dilatado imperio moscovita. Ante estos crímenes frustrados, persuádese el más ciego á reconocer por enseñanzas incontestables la ineficacia del mal para logro del bien. Ó no prevalece la maldad, ó de prevalecer, consigue fines contrarios á los que intenta. La Providencia mide el resultado conforme á la intencion. Y no quiere dar á malos intentos prósperos fines. El que asesinó á Enrique III, por su tolerancia con los hugonotes, no pudo impedir el reinado de Enrique IV, autor ilustre del tolerantísimo Edicto de Nántes. El que asesinó á César, por fundador del Imperio, no pudo asesinar á su heredero Augusto. Nosotros hemos visto á reyes y emperadores, señalados por el destino con la

marca de la reprobacion, salvarse de los asesinatos para perderse en las revoluciones. Dios no quiso que unos cayeran al empuje de la máquina infernal; otros, al estallido de las bombas de Orsini; otros, al puñal del fanático sacerdote: se reservó Él mismo herirlos con esas tempestades misteriosas y providenciales, llamadas revoluciones, quizás para que fueran viva enseñanza y ejemplo en el destronamiento y en el destierro, á los desapercibidos poderosos, de cómo sucumben cuantos pugnan con el espíritu del siglo y contrastan las corrientes del progreso. El puñal de un asesino jamas abrirá los manantiales purísimos de libertad en que se abrevan los pueblos oprimidos; necesítase para eso la vara milagrosa é incruenta de un Moises, que, bendecida por el Dios de la justicia y del derecho, hiende las peñas y fecundiza los desiertos. La idea difundida desde las bases á las cimas de la sociedad, como la savia primaveral desde la raíz á las copas de los árboles; el *sursum corda* que pronuncian los labios sedientos de justicia; el *excelsior* sublime que impulsa los deseos á volar por el inmenso luminoso éther de esos cielos espirituales, donde brillan como soles tantos pensamientos; la obra santísima de la redencion universal, que debe derribar en el polvo los ídolos y romper en mil pedazos las cadenas; este poema, en el cual vemos

mártires que han sabido morir y no matar, redentores que han ahogado á los déspotas, no asesinándolos, sino ofreciendo en holocausto la sangre de sus venas para limpiar á la tierra de sus manchas; todo este conjunto de grandezas, nada tiene que ver con el crímen, y nada puede esperar de los criminales, porque dejaria de ser la condensacion progresiva de la conciencia humana sobre la tierra, y la aproximacion misteriosa á la hermosura y al bien perfectos, á los eternos arquetipos en la eternidad. Reprobemos el crímen, sea cualquiera su móvil; maldigamos al criminal, sea cualquiera su nombre ó su causa; que sembrando semilla de males en los caminos de los humanos progresos, no puede recogerse y cosecharse la verdad y el bien.

Pero el despotismo, que es el mal por excelencia, engendra el mal por necesidad. En todas las córtes de los déspotas brota el asesinato como una sombra proyectada por sus tenebrosas coronas. Elevaos con el pensamiento á la fundacion del imperio romano, y decid si es aquel pueblo de gentes ebrias en el circo, de pretorianos sangrientos, de conjurados y criminales, el pueblo enaltecido por las austeras virtudes republicanas. Todos los primeros césares mueren violentamente: Tiberio, ahogado en su lecho bajo el peso de sus almohadas, que le lanzan á la cabeza sus

propios domésticos; Calígula, traspasado por la espada de sus pretorianos; Neron, constreñido á matarse por huir de la muerte que le preparaban sus guardias; Galba, á manos de sus gentes; Othon, al filo de su propio puñal, despues de la victoria de Vitelio, en el campo de Betriaco; Vitelio, arrastrado al Tíber como una carretada de inmundicias. Y lo mismo sucede en la historia del imperio ruso.

Los límites de un artículo no consienten las largas disertaciones históricas. Si las consintieran, ciertamente no habria cosa tan fácil como probar que en Nougorod, Moscou, Petersburgo, como en la Roma y en la Constantinopla imperiales, corta el crímen las dificultades que no puede desatar el derecho. Sin ningun órden cronológico, al acaso, invocando los surgidos casualmente en la memoria, aparecen innumerables nombres en tropel á demostrar una tésis elevada, por esta serie de ejemplos, á la categoría de verdadero axioma. El príncipe Alejo ó Alexis, primogénito de Pedro I, sufre un proceso semejante al proceso del príncipe Cárlos, primogénito de Felipe II, y muere de sus resultas, herido por un ataque apoplético. Andres I cae en el patio de su palacio de Bogoliobouf, traspasado por las lanzas y espadas de sus guardias. Ana, madre de claros emperadores, muere en oscuros calabozos.

El cuñado de Fedor II, especie de furiosísimo Machbet, asesina al jóven Demetrio, de cuyo asesinato provienen aquellos falsos Demetrios, autores y víctimas de tantos crímenes. Bien es verdad que cierto destino nefasto parece unido á este nombre legendario, pues ya á principios del siglo XIV, otro Demetrio fenece asesinado por los señores feudales de Rusia. Su antecesor, Youri, que habia subido al trono por un asesinato, cae asesinado del trono. Igor es asaltado en una emboscada y hendido en dos, como dicen las historias bizantinas. Ivan IV, que reinára desde la cuna, encuentra enemigos hasta en el tálamo, y fenece apuñalado por un partido á cuya cabeza se encuentra su propia mujer, la emperatriz Isabel; caso parecido al tristísimo de tantos infelices. Millail II acaba por una sentencia de muerte, ejecutada entre los tártaros. Otropied, despues de haber sido adorado como un dios, es perseguido, acosado, muerto como un perro. ¿A qué cansarnos? Desde que Valdimiro el Grande, fundador en Nougorod de las bases sobre los cuales el Imperio moscovita se levanta, y que asesina á su hermano, hasta Alejandro I, propagador de la grandeza y de la autoridad rusa en Europa, y que recibe la corona de una conjuracion de regicidas, los czares rusos parecen como una serie de espectros, con el cetro

de hierro siempre en las manos y la guadaña de la muerte siempre sobre la frente, triste y necesario aditamento á sus nefastas diademas. Semejantes al verdugo, matan con la frialdad de las leyes, sin poder muchas veces remediar este horrible ministerio, impuesto por su adverso destino, y mueren tristemente en el ódio universal. Y á ningun sér en la historia pudo aplicarse, como á ellos, aquella piedad suprema, reclamada por el primer poeta de nuestro siglo en versos inmortales, pues la tiranía habrá podido oprimir á los tiranizados, pero ha deshonrado y perdido en todo tiempo á los tiranos.

Lo que resulta de todos estos tristes ejemplos rusos verdaderamente es la inutilidad de las instituciones absolutistas para la educacion progresiva del género humano. Los que creen posible educar á un pueblo por el despotismo, siquier le llamen ilustrado, engáñanse tristemente. En la ceguera política á que los esclavos se hallan reducidos, piérdese primero la medida de la distancia entre lo ideal y lo real. Todos estos siervos de los grandes imperios sueñan apocalípticamente en cíclicos poemas de conquista militar, de apostolado religioso, de reforma social. A sus ojos, llenos de sombras, aparece el Czar, con su corona y su tiara, su cetro y su sable, montado en caballo ligero como el viento, segui-

do de legiones que piden como los cuervos la matanza, señor de tierras inacabables y de imperios inmensos, confidente y ministro del cielo, como uno de esos seres fantásticos cuyo antojo dispone arbitrariamente, no ya de las fuerzas sociales, sino tambien de las fuerzas ciegas que sirven á la naturaleza, y hasta de las fuerzas mágicas que obran el milagro sobrenatural, y por consecuencia, pídenle á una la realizacion de las esperanzas más irrealizables, como los idólatras á sus dioses.

De esta concepcion fantástica de la sociedad, inspirada por las terribles grandezas del poder absoluto, nacen precisamente dos partidos extremos: el tradicional, compuesto de los panslavistas, que piden al Czar la dominacion del mundo por Rusia, y el revolucionario, compuesto de los nihilistas, que piden á Rusia la ruina entera, no ya del Czar, del Estado, y la difusion por toda la tierra de un socialismo demoledor y anárquico. En el fondo, los dos partidos son uno solo y mismo partido; que la demagogia roja y la demagogia blanca se confunden y se identifican allá en igual abismo, como entre nosotros se confunden é identifican los dos extremos de los partidos españoles, y concurren por sendas opuestas á una misma causa, y obtienen el mismo resultado. Los panslavistas dan á Rusia un ministerio

religioso, imperial, ortodoxo, como los católicos de la Edad Media al Emperador ó al Papa; y los nihilistas dan á Rusia un ministerio innovador, propagandista, revolucionario, como los jacobinos de principios del siglo á los vencedores Bonapartes: los panslavistas quieren y esperan ver á Rusia entrando en Constantinopla á derrocar la media luna de Ostman, que mancha las cúpulas de Santa Sofía, y en Jerusalen, á poner guarnicion griega y rito griego sobre el sepulcro de Cristo, y en Persia y en la India, á destruir así este imperio inglés como aquel imperio musulman, y en Roma, á hacer del Papa de los latinos un vicario del Patriarca de los helenos, y en Berlin, y en Lóndres, y en París, á convertir los reyes y los pueblos occidentales en feudatarios del Norte; y los nihilistas quieren lo mismo, y lo mismo esperan, aunque á servicio de la revolucion universal, y para no dejar en las sociedades antiguas piedra sobre piedra: los panslavistas detestan la capital moderna, Petersburgo, por anti-eslava y germánica y liberal, miéntras los nihilistas la detestan á su vez por militar y burocrática: aquéllos quisieran volver á los tiempos anteriores á Pedro el Grande, en busca de un nuevo Ivan el Terrible, que sometiese la conciencia universal á su ortodoxia, y el planeta á su imperio, miéntras éstos quisieran volver á los mismos tiempos, en

busca de aquellas tribus primitivas, medio asiáticas y medio patriarcales, que ignoraban el tuyo y el mio, cual los pastores del Siglo de Oro, viviendo por virtud de la propiedad colectiva en el seno de un bárbaro comunismo; pero ambos á dos llevan la utopia por númen, lo imposible por enseña, la guerra por instrumento, y por fin, la ruina y la destruccion universal.

Podria demostrarse muy bien cómo el partido avanzado, que hoy degenera en nihilista, y el partido reaccionario, que hoy degenera en panslavista, se formaban casi al mismo tiempo y se dirigian casi al mismo objeto, aunque con ideales diversos y medios radicalmente contrarios. No hay, para convencerse de esto, sino hojear un libro, que se lee con el encanto mismo con que se lee una novela ó un cuento, las Memorias del brillantísimo Hertzen, á quien los emigrados españoles conocimos en Ginebra, y cuyo recuerdo guardaré siempre en la memoria, porque era para mí, imposibilitado de emprender más extensos estudios, como el oráculo de Rusia. En él y en sus amigos observé con prolija observacion la fisonomía del revolucionario moscovita. Su menosprecio por las clases medias, que constituyen como los núcleos de los partidos liberales y conservadores en la Europa culta; su inexperiencia de la política práctica, que tiende á cumplir el

ideal sin violentar la realidad; su inclinacion á un sistema encadenado con mucha trabazon lógica y compuesto de una larga serie de ideas puras; el vuelo de sus imaginaciones desbocadas, y la impaciencia de sus deseos generosos, todo acusaba en ellos la secta y los sectarios de la revolucion, creidos de que basta llegar un dia al Gobierno y tener un minuto el Estado, para trasformar la sociedad por un milagro de sabiduría y un impulso de omnipotencia. Y así como conocí en Ginebra, durante mi emigracion forzosa, á los revolucionarios, conocí más tarde en París, durante mi emigracion voluntaria, á los panslavistas. Y los observé con mayor observacion todavía que en Ginebra, porque entónces comenzaba el problema de los problemas, la guerra de Oriente. Y en su exaltacion por la raza eslava; en sus ideas arraigadísimas respecto á la superioridad de esta raza; en su ódio fanático al Koran y á los mahometanos; en su menosprecio por el Occidente; en sus ideas épicas sobre la suerte de Rusia; en los horizontes de sus inciertos ideales, vi dibujarse esos profetas que dirigen los ejércitos á las conquistas, como los ángeles exterminadores de las antiguas teogonías, invisibles á los ojos de carne y perdidos en los aires, dirigian los pueblos asiáticos en armas á las terribles matanzas. Los revolucionarios tenian sus catedráticos

en los Granouskis, sus teóricos en los Galakofs, sus dialécticos en los Starzekevitchs, sus críticos en los Belinskis, sus eruditos en los Krioukofs, sus organizadores en los Bakounnines, sus periodistas en los Hentzens; que todos fomentaron con plena conciencia ó sin conciencia, con voluntad ó sin ella el ideal eslavo de un municipio, donde la posesion de la tierra tuviese carácter de colectiva y comun, siendo así los fundadores de esa utopia nihilista, que derrama por todas partes vientos de inmediata tempestad y gérmenes de inextinguible revolucion. Los panslavistas, como si quisieran que este viento de revolucion pudiese alimentar alguna llama, predicaban lo más revolucionario en los pueblos oprimidos: la guerra. El heroico Rostopchine, que hizo de Moscou la Numancia del Norte, abrasándola en presencia de Napoleon el Grande, pasaba á ser una especie de santo en la leyenda nacional. Kamekof maldecia de la cultura germánica, sobrepuesta á las tradiciones moscovitas, y asaeteaba á todos los alemanes con los dardos de su dialéctica. Chichkof soñaba con escribir como se escribia ántes de Pedro el Grande. Aksakof se dejaba crecer las barbas, prohibidas por este innovador autócrata, y se ceñia la gorra de pieles moscovita, de tal suerte arqueológica, que el pueblo mismo de Moscou lo tomaba en la calle por un persa. Los

dos hermanos Kireyefskis andaban como dos aparecidos que hubieran rasgado sus sudarios, bajo las bóvedas de los panteones y sobre las piedras de los sepulcros. Todos ellos querian restablecer el Kremlim, restaurar la Iglesia bizantina, oir los crujidos del Knout llevando los ejércitos semi-tártaros á someter la demagogia europea, habitar el artel cosaco á guisa de patriarcas y guerreros á un mismo tiempo, destruir Petersburgo para sustituirlo con Moscou, y Moscou, si era necesario, para sustituirlo con alguna ciudad más primitiva; encerrar el género humano, bautizado por la inmersion ortodoxa, en aquella vasta cárcel que se llama imperio, y que se extiende desde la Alemania al Polo y desde el mar Blanco hasta el mar Pacífico. Pero querian esto por la guerra; y al querer la guerra, en realidad, querian los panslavistas retrógados, lo mismo en esencia que los revolucionarios llamados entónces occidentales y hoy nihilistas, la conmocion terrible, á cuyos estremecimientos se abria el período de las trasformaciones, acompañadas, allí donde no hay soplo alguno de libertad, con gran cortejo de irreparables catástrofes.

Así el autócrata por excelencia, Nicolas, se trocó en instrumento de la revolucion por necesidad, desde el dia y hora en que provocára las naciones occidentales á singular batalla. El clarin

que reunia las legiones guerreras despertaba las ideas revolucionarias. Como en las cruzadas á Jerusalen los siervos de la Edad Media se vieron á una en el campo y en el combate igualados con sus señores, en la guerra llamada de Crimea vió el pueblo que su Czar necesitaba de los hijos del pueblo para pelear y para vencer. La victoria áun mitigára las consecuencias contenidas en esta revelacion súbita; pero vino la derrota con todos sus desengaños á recrudecerlas y exacerbarlas, apocando el ánimo del pueblo. Entónces vieron los ojos, ofuscados por las deslumbradoras apariencias de la tiranía, todo el mal que en la política moscovita se encerraba. Aquel gran imperio resultó podrido con su Iglesia burocrática y su sínodo encabezado por un general de caballería, y su censura asfixiante, y su ejército-máquina, y su policía secreta, y su administracion pretorianesca, y sus oficinas semejantes á cuarteles, y su aristocracia frívola, y su plebe brutal, y su vida estancada, y sus siervos petrificados, y su Gobierno que sólo sabía aniquilar las almas con una ortodoxia bizantina, sustentada por el clero blanco y el clero negro, al igual ignorante, y enflaquecer los cuerpos con aquel aguardiente propinado por el gran monarca, por el gran pontífice, por el gran estanquero, por el autócrata de todas las Rusias, adorado hasta entónces como omni-

potente, y roto y vencido cual el último y el más débil de todos los mortales. Entónces Nicolas acabó con su sistema, y el grito de emancipacion de los siervos subió desde las ergástulas del campo á las alturas del trono, surgiendo necesariamente una nueva Rusia. El siervo pasó á manumitido, el municipio se emancipó con el siervo, el jurado entró en los tribunales, y hasta cierta representacion provincial inspiró la fundada esperanza de ver pronto más ámplias y más liberales Asambleas.

Pero aquí se detuvo el progreso, y comenzaron por ende aspiraciones mayores que ántes, las cuales fueron, si no reprimidas con igual fuerza, contrastadas con tenaz resistencia. Y en este intervalo cumplíanse las más nobles aspiraciones del liberalismo europeo. Nuevos pueblos surgian á la libertad en las orillas del Danubio; la Hungría, ahogada en sangre por Nicolas, resucitaba; la Italia, tenida por una expresion geográfica, entraba en el uso de las nacionalidades independientes; vencian los alemanes, inspirados por las ideas del 48, al Austria del Concordato; y miéntras el trono temporal de los Pontífices se desplomaba sobre las ruinas de Roma, la tierra de las tradiciones y de los recuerdos, España entraba en el período tempestuoso de la revolucion radical, y la tierra unitaria y cesarista, Francia,

en el período glorioso de su libre y democrática República. Naturalmente, el eslavo oprimido se despertaba y se erguia á cada uno de estos ejemplos, buscando con anhelo impaciente el rayo de luż y el soplo de aire que le tocaba en las renovaciones de la vida europea y en la resurreccion inesperada de tantos y tan gloriosos difuntos. Y como no encontraba ninguna satisfaccion á sus anhelos, ningun lenitivo á sus dolores, ningun resquicio á su esperanza, resolvíanse las nobles aspiraciones á la libertad en una negacion tremenda, cuya gravedad se encierra toda entera en ese terrible pero expresivo nombre de nihilismo. Yo he visto á los nihilistas en los congresos de la revolucion europea, exaltados, como los profetas en los desiertos asiáticos; febriles, por haber comunicado á su sangre todo el calor de sus almas; agitadísimos, cual si las ideas se convirtieran en chispas eléctricas y atravesáran en corrientes misteriosas todos sus nervios; dogmáticos, cual los pontífices; revolucionarios, cual los jacobinos; sin idea ninguna de libertad y sin sentimientos de justicia ni nociones de derecho; pidiendo una inquisicion atea para quemar á cuantos creyeran en Dios; clamando por la ruina de todos los Estados en la igualdad comunista, y por la aglomeracion todos los hombres como rebaños en la propiedad colectiva; y he atribuido

estas enfermedades de su corazon y de su inteligencia, no á ellos, enloquecidos en la servidumbre, sino al despotismo, que engendra esas monstruosidades, como engendran las tinieblas esas pobres aves nocturnas, incapaces de resistir en sus rectilíneas pupilas el claror de la luz.

No hay que equivocarse ahora. Si el nihilismo ha crecido tanto, débese con especialidad á la guerra de Bulgaria, como se debió el primer movimiento de emancipacion de los siervos á la guerra de Crimea. Los reaccionarios que han soplado en la trompa épica de la historia moscovita, y han evocado los tártaros y los cosacos á guisa de aquellos magos de Atila que evocaban á las brujas; y han puesto empeño en desquitarse de una batalla concluida hace más de cinco siglos; y han hablado de ir á Constantinopla para entonar el *Te Deum* griego en la tierra donde espiró aquel último emperador bizantino, cuyos borceguíes de púrpura brillaban entre la sangre, como los arreboles del sol entre las nubes del ocaso; y han movido todos los sentimientos de una raza móvil hasta el exceso, resultan los únicos responsables de esta sobreexcitacion universal, en la que puede fácilmente consumirse un grande imperio. Han emancipado pueblos, han reunido asambleas, han puesto guardias al pié de la tribuna donde se proclamaba la soberanía inmanente de los pue-

blos y el derecho natural de los hombres, y exigen que los manumisores de búlgaros y servios, y montenegrinos y bosniacos, se reduzcan y se resignen á llevar la marca de una esclavitud eterna y á vivir bajo el peso de una vergonzosa tutela. No puede ser. Si el Imperio hubiera llamado á la libertad por lo ménos á una clase social, en esa clase encontrára algun auxiliar ó algun amigo; pero deteniéndolas á todas en servidumbre igual, no debe extrañarse que de la desesperacion surgiera la demencia, y la demencia lleve al nihilismo, como sucedia en aquellos imperios asiáticos donde los cautivos incendiaban su propio calabozo y morian abrasados por las llamas, con tal de incendiar el santuario de los adversos dioses y el palacio de los aborrecidos tiranos.

EL PROBLEMA ORIENTAL

Y LOS

PROBLEMAS EUROPEOS.

No ocultemos la trascendencia de todo cuanto en esta hora solemne sucede. El gran moribundo, el Imperio turco, agoniza; pero de su agonía, que anuncia cuantiosísima herencia, no se aprovechan ni aquellas razas griegas, que tantos títulos tienen al agradecimiento de la humanidad por sus glorias históricas, ni aquellos pueblos de la luz y de la civilizacion, asentados á las orillas del Mediterráneo, el mar de las inspiraciones y de las ideas, y que miran con temor cómo las negras nieblas del Norte avanzan sobre sus límites orientales, donde tantas veces se han decidido los destinos del mundo en la sucesion de los siglos.

La guerra marcha con una lentitud propia de los pueblos del Norte. Desde que el emperador Alejandro dió la imperiosa órden de atravesar el

Pruth hasta ahora han corrido mucho más de tres meses sin ningun encuentro formidable y sin ninguna batalla decisiva. Y eso que los rusos caminan á su arbitrio, cual si no tuvieran enemigo alguno en los largos espacios recorridos, atravesando y venciendo líneas casi infranqueables de defensa con escaramuzas ligerísimas. El Pruth era uno de los seguros trazados contra Rusia, una de las defensas señaladas á Turquía. El príncipe que lo celaba, el Príncipe de Rumanía, vasallo nominal del Imperio turco, estaba allí como el centinela en la fortaleza, y la ha entregado cuando tenía el deber de defenderla. Y al entregarla, ha entregado tambien las riberas orientales del Danubio. Larguísima la preparacion del paso de este rio; pero segura, gracias á los recursos ofrecidos por el vasallo infiel á los enemigos de su señor. La primera tentativa se verificó por la Dobroutzka, cerca ya de la desembocadura, no léjos del mar, con las dos desventajas considerables de tener el flanco izquierdo amenazado por la escuadra turca; la retirada, imposible; el aprovisionamiento, difícil; la tierra, empapada en lagunas inmensas; y el aire, saturado de palúdicos miasmas. Pero indudablemente este paso por tan desventajoso sitio no tenía más objeto que encubrir la gran maniobra de atravesar el rio cerca de Sistova, no léjos de Rustchut, en territorio

más abierto á la invasion y ménos ocasionado á peligros y á daños. Los turcos no han opuesto la resistencia debida al progreso de los rusos. Ora sea por tener sus tropas empeñadas en la guerra del Montenegro; ora por considerar supersticiosamente casi imposible el paso á traves de aquellos mares interiores, formados de los brazos del caudaloso rio; ora por guardar mucha gente inútil en las fortalezas, tras cuyos muros pelean como fieras; ora por repetir la estratagema de Asia, donde han dejado internarse al enemigo para caer luégo sobre él con gran golpe de gente y obligarlo á desalojar la Bulgaria, como lo han obligado á desalojar la Armenia, resulta, como un hecho comprobado á ciencia cierta, que los turcos han mostrado flojedad é inercia incomprensibles en los comienzos de esta decisiva campaña.

Inmediatamente han procedido los invasores como procedieron los alemanes al penetrar en aquella Alsacia que pensaban retener bajo su victoriosa bandera; inmediatamente han tomado posesion del territorio, han establecido sus autoridades, han puesto sus guarniciones, han declarado poco ménos que propiedad perpétua del Imperio ruso aquella importantísima parte del Imperio mahometano. Verdad que el Canciller persevera en sus declaraciones de completo des-

interes, y en sus protestas de resistencia á toda anexion y á todo engrandecimiento; pero verdad tambien que las decisiones de los imperios no dependen tanto de las notas diplomáticas como de los artículos periodísticos; y los artículos periodísticos, por los cuales se escapa la voz de Rusia y se impone su voluntad soberana, piden con verdaderas instancias la anexion de la Bulgaria como una de las compensaciones indispensables exigidas por los grandes sacrificios de la guerra. Pero, áun dado el caso de que la fidelidad al juramento hecho en los comienzos de la campaña, y el temor á las amenazadoras complicaciones, decidieran al vencedor, hasta en los vértigos de la victoria, por una constitucion autonómica de Bulgaria, el Imperio turco estaba definitivamente perdido. La negra águila que anida en las orillas del Neva extenderia sus garras hasta las orillas del Bósforo. La raza eslava se extenderia imperiosa por la antigua Tracia, donde la historia y el derecho piden á una el predominio de la raza griega. Y entregado el Pruth á un agente de Rusia, al principado rumano; entregado el Danubio á otro agente de Rusia, al principado búlgaro; libre y franqueable, por consecuencia, la gran fortaleza natural de los Balkanes; un camino directo se abriria desde el corazon de las estepas rusas hasta el corazon de las tierras tur-

cas, por la posesion de la línea del Henio, y por la facilidad de caer, desde las cordilleras que separan la antigua Tracia de la Mesia antigua, en la nueva Rumelia, hasta llegar al Ponto Euxino y apoderarse del codiciado talisman que está contenido en el anillo donde se juntan y enlazan Asia y Europa, y que se llama Constantinopla, tan deseada de las razas del Norte hoy como en otro tiempo la omnipotente y prestigiosa Roma. Y como el mundo no se apoya todavía en la razon del derecho, sino en la razon de la fuerza; como los eslavos, apoyados en sus hermanos los rusos, aparecen como los fuertes y tendrian con seguridad siempre á su lado la espada incontrastable del grande imperio, no hay que dudarlo: toda la victoria conseguida por la civilizacion se reduciria á esclavizar á los griegos, despojándoles de aquellas tierras, en completa armonía, por su luz y por su belleza, con el carácter y el alma de la divina Grecia.

Los asuntos de Oriente tienen tales complicaciones, que no pueden decidirse los votos de los liberales con aquella rapidez y aquella resolucion con que se decidieron, por ejemplo, en la guerra entre Austria é Italia. Entónces tratábase de abierta contienda entre la nacion opresora y la nacion oprimida: nuestros corazones se inclinaban, como siempre, movidos por la fuerza que la

idea del derecho tiene en nuestras conciencias, del lado de los oprimidos. Pero hoy se trata de combatir un despotismo que todos odiamos, el despotismo turco, y sustituirlo con otro despotismo, odioso tambien, el despotismo ruso. Se trata de libertar una raza oprimida, la raza eslava, mas para convertirla en raza opresora; sí, en opresora de los griegos. Allá por los años de 1867 y 1868 se empeñó un combate litúrgico, sobre el cual no acertó á fijarse la atencion pública de Europa, y que encerraba en sus apariencias teológicas todas las cuestiones políticas de Oriente. Los búlgaros cristianos, pertenecientes en su mayor parte á la Iglesia griega, demandaban la separacion del Patriarcado glorioso que reside todavía en Constantinopla, y que tiene dividido el mundo cristiano en imperio oriental de Bizancio é imperio occidental de Roma, como si no hubiera muerto el antiguo mundo. Los griegos de las orillas del Bósforo; los residuos de la antigua nacion, esparcidos por las florestas de la Tracia y de la Mesia; los mismos atenienses comprendieron al momento, con esa finura de percepcion natural en su raza, el secreto de toda aquella agitacion, el espíritu político encerrado en todas aquellas manifestaciones litúrgicas, el cual se reducia á constituir una especie de nacionalidad espiritual búlgara, mucho ántes de que exis-

tiese la nacionalidad política, en competencia con lâs helenas, y en prevision de la muerte inevitable de Turquía y de la participacion necesaria en su cuantiosa herencia. Así es que porfiaron contra la autonomía religiosa de Bulgaria, por opuesta á la supremacía de los griegos, y por apoyada del Sínodo de Petersburgo, muchas veces presidido por un general de caballería, y apoyada tambien del embajador moscovita, personaje tambien de espuela y látigo, como si todo en Oriente debiera oler á pólvora. ¡Ah! El mismo Sultan contribuyó á la independencia religiosa de Bulgaria, en venganza del proceder de Grecia con la insurreccion de Creta, sin prever ni presentir que al separarla de los griegos, ¡imbécil! la unia estrechamente con los rusos. Ved ahora cómo tras la cuestion religiosa se plantea en toda su desnudez la cuestion política.

Y los rusos avanzan á más andar en sus excursiones al interior de Turquía, donde habrán de detenerse ó habrán de suscitar inmediatamente la guerra europea. Y despues de franquear las dos líneas de la defensa turca, el Pruth y el Danubio, franquean la tercera, los desfiladeros de los Balkanes. Esos jinetes cosacos, que parecen unidos con sus caballos, de una ligereza y de una rapidez incomparables, andan leguas y leguas sin cansarse nunca, especie de monstruos

como aquellos soñados por la mitología ó como aquellos descritos por los historiadores de las irrupciones bárbaras; esos cosacos han atravesado los Balkanes y han recorrido sus vertientes meridionales, desde cuyos riscos amenazan la Rumelia, contemplándola con la codicia con que contemplaban los mercenarios y su general Anníbal la florida Italia desde las altas crestas de los Alpes. Semejante operacion les da medios de fortificar las cabezas de puentes, necesarias así á la invasion como á la retirada, y de tener bajo su mano la línea férrea que liga Constantinopla con Andrinópolis. No cabe dudarlo: el objetivo de la campaña es manifiesto: la ciudad de Constantino, donde se proclamó la libertad del Cristianismo y se estableció la Iglesia de Oriente. ¿Qué harán Austria é Inglaterra? Dejemos la palabra á los acontecimientos.

Y por cierto que hablan bien alto. En cuanto sucede se ve, se toca la próxima caida de ese Imperio turco, que hace tres siglos dominaba con dominio incontestado é incontestable el Oriente de Europa. Todas las noticias confirman la gravedad de los sucesos y revelan la eficacia de sus inmediatas consecuencias. No es una operacion atrevida pero pasajera, ni una estratagema hábil que apunta lejanos proyectos, ni una de esas exploraciones de vanguardia que los ejérci-

tos acometen con temeridad, rebasando su línea de operaciones y retrocediendo en seguida; es el paso de unas cordilleras tenidas por inexpugnables, en sus desfiladeros más agrios y más peligrosos, y con tal número de gentes, que ya hay al otro lado de los Balkanes, en la vertiente del Mediodía, todo un gran cuerpo de ejército, dispuesto á desprenderse como inmenso alud sobre la maravillosa Constantinopla. De los ciento veinte mil ó ciento treinta mil hombres que la inercia turca ha dejado instalarse en la orilla derecha del rio, una parte se ha dirigido contra Rustchut para amenazar el cuadrilátero; otra parte sobre Nicópolis para tener siempre abiertas las comunicaciones con el Danubio, á fin de ocurrir al aprovisionamiento y precaver una retirada; miéntras la mayor parte, con la celeridad del rayo, como queriendo detener y petrificar el enemigo á virtud de los prestigios propios de la audacia, se encuentra aquende esa cordillera, en cuyas crestas parece erigida por el poder divino la invencible defensa de Turquía. Al paso quizá más peligroso le ha llamado la intuicion de los pueblos Puerta de Hierro; y en esa puerta de hierro no tenía la imprevision que acomete á los imperios decadentes más que un solo batallon, como si confiase la propia seguridad á la ciega

resistencia de la Naturaleza, á la milagrosa intervencion del cielo.

Lo cierto es que el nombre del general ruso, acometedor de esta empresa, quedará, si triunfa, entre los nombres más gloriosos; y si cae, entre los nombres más tristes de la historia, como expresando una ciega y estéril temeridad. Pero lo juzgado sin apelacion é irremisiblemente perdido en la conciencia pública es ese Imperio turco, que ni siquiera sabe pelear con ardor y morir con gloria. Los sucesos que han sobrevenido de dos siglos á esta parte señalaban la decrepitud; pero los sucesos de ahora señalan una fuerza de descomposicion ya irresistible. Es el cadáver que pide tierra con su hedor. Aquellos sultanes que aparecian y desaparecian como en teatral espectáculo; aquellos ministros de la Guerra á quienes bastaba una guarnicion mal segura para deponer y cambiar el jefe de los creyentes; aquellos softas que se insurreccionaban é imponian su voluntad tumultuaria; los grandes dignatarios sorprendidos en sus consejos y asesinados; el vizir que habia logrado dar á la política cierto sentido progresivo, depuesto como un criminal y lanzado al destierro cuando el Imperio necesitaba de sus defensores; todos estos hechos demuestran tal descomposicion, que no hay esperanza ninguna

de un nuevo despertamiento á la vida, y por consecuencia, de nuevas fuerzas y nuevos recursos para la guerra.

Miéntras no parece un destacamento turco por los sitios donde más Turquía necesitaba defenderse, cuéntase cómo Gourko ha tomado el paso de Chipka, que fortificará ántes de perderse en ese hondo valle, por donde corre el Hebro de los antiguos, el Maritza de los modernos, y que conduce á Andrinópolis, verdadera clave de Constantinopla. Todo el tiempo de espera empleado en los diversos pasos del Danubio se ha resarcido con esa rapidísima campaña de los Balkanes. Diríase que los invasores tienen alas en los piés, segun caminan. Diríase que los turcos han sido devorados por la tierra, segun desaparecen. Apénas sabemos el paso del Danubio, cuando ya sabemos que han tomado á Nicópolis; apénas la operacion de los Balkanes, cuando ya el franqueamiento de las Puertas de Hierro; apénas el franqueamiento de las Puertas de Hierro, cuando la fortificacion de los principales puntos estratégicos; apénas la fortificacion de los principales puntos estratégicos, cuando la presencia al frente de Filipópolis. Esta ciudad, como su nombre indica, perteneció á los antiguos reyes de Macedonia, y se asienta á las orillas del aquel rio Hebro, de cuyo nombre tantas conjeturas se han sacado para

demostrar el parentesco entre los primeros pobladores de la antigua Grecia y los primeros pobladores de la antigua Iberia. Y esta ciudad dista unas treinta leguas de Andrinópolis, distancia que revela cómo, dados estos adelantos, ni la fuerza de la nacion invadida, ni las maniobras de la diplomacia europea, podrán impedir que llegue el invasor á su verdadero objetivo: al codiciado Bósforo.

Y las operaciones auxiliares á esta fundamental continúan con idéntica fortuna. La línea trazada por Trajano á fin de impedir el paso de los bárbaros y defender la region oriental de su imperio en Europa ha sido atravesada. La Dobroutzka está ya en poder de los rusos como una presa necesaria á sus conquistas. Un cuerpo del ejército vencedor acampa ya á la vista de los muros de Widin, y otro cuerpo se dirige á marchas dobles hácia Varna. El objeto principal de esta operacion no puede desconocerse: entretener las guarniciones del cuadrilátero, impedirlas salir, para que los empeñados en las maniobras de allende los Balkanes puedan moverse con toda libertad, sin temor alguno, ni á una sorpresa de flanco, ni mucho ménos á un ataque por retaguardia. Y miéntras tanto, nos preguntamos atónitos: ¿Dónde está el ejército turco? ¿Qué se ha hecho de esa escuadra, cuyos fuegos tanto eran de temer

allá en la desembocadura del Danubio? ¿Qué piensa Inglaterra del aflictivo estado á que ha venido su pupilo, cuya existencia tanto importa á su existencia? ¿Cómo el Austria puede resignarse á este grito de guerra á favor de los eslavos, que resonará muy pronto desde sus posesiones de Bohemia hasta sus posesiones de Croacia? ¿Qué harán los griegos cuando vean que sobre esta esperanza de la resurreccion de Grecia se extiende la helada estepa de Rusia? Bismarck mismo ¿puede ver sin recelo el crecimiento de una raza enemiga de su raza, y el triunfo de una potencia que áun posee como tierras de conquista provincias alemanas en las orillas del Báltico? Francia, España, Italia, ¿no tienen ningun interes en Oriente; no preven, como naciones católicas, el dia en que pudiera la capilla del Santo Sepulcro convertirse en un oratorio del Czar, autócrata en toda la extension de la palabra, Emperador y Pontífice, con la espada victoriosa en una mano y las llaves del cielo en la otra? El problema de Oriente contiene en sí todos los problemas europeos.

LAS REFORMAS TURCAS.

La deposicion de Midhat-Bajá y su destierro han demostrado á Europa la ceguera de entendimiento que aqueja á los sultanes, y la irremediable insensatez de su política. En medio de las complicaciones más graves, los dueños de Turquía, amenazados á cada paso de destronamiento y de muerte, quieren aprovechar el poder y sus goces como si en medio de la mayor paz se encontráran, y tener aquel presupuesto de otros tiempos y aquella omnímoda facultad de gastar á su arbitrio las rentas del Estado. Como es natural, un repúblico, penetrado de las necesidades de la situacion y del benéfico influjo que pueden tener las reformas encaminadas á disminuir esos desenfrenos del poder, ha puesto coto á tanta arbitrariedad, y ha encontrado, á consecuencia de ello, un inesperado castigo, como en los dias nefastos del antiguo absolutismo. Si en vez de

la dulzura de costumbres que lleva consigo el espíritu de este siglo hasta el seno de los poderes más fuertes, tuviéramos las supersticiones religiosas y monárquicas de nuestros abuelos, veriamos con verdadera indiferencia ese destierro, y acaso imagináramos digno, á quien se atrevia hasta refrenar á su soberano, de aquel cordon de seda enviado á los vizires frecuentemente para que se ahorcasen cuando tenian la desgracia de perder la gracia de sus amos. Pero hoy, en esta época de trasformacion, que obedece al principio moderno por excelencia, al principio de libre exámen, un soberano obligado á promulgar ámplia constitucion y que luégo no la practica; con su hacienda en bancarota, y perdiéndola todavía más, si cabe, á impulsos de sus caprichos y excesos; resuelto á no realizar en sus resoluciones las ideas promulgadas en sus leyes; un soberano así puede sostenerse materialmente de pié sobre el terremoto que le amenaza, pero está moralmente destronado. Las causas ocasionales de la caida de Midhat-Bajá son dos especialísimas: primera, su empeño en separar el presupuesto del Estado y el presupuesto del Sultan; segunda, su sábia presentacion de nombres cristianos como candidatos al gobierno de las provincias. Lo primero ha ofendido en el jefe de los creyentes los sentimientos de autoridad, y lo segundo, los sen-

timientos de religion. Cúmplese aquí una ley misteriosa de la Historia. El poder que dimana de la opinion choca abiertamente con el poder que dimana de la herencia. Hay hombres superiores por sus ideas y por sus méritos, que han logrado ganar la conciencia de todos y no han podido ganar la conciencia de uno solo, de aquel que en el trono se asienta. La opinion los impone al Monarca, y cuando llegan impuestos, se encuentran con una sorda resistencia, contra la cual muchas veces se estrellan. Á Midhat-Bajá le sucede hoy lo mismo que le sucedió á Turgot en la época de la revolucion francesa. Llega, en período de crísis gravísima, con ideas progresivas que aconsejar á poderes absurdamente reaccionarios, impuesto por la opinion, decidido á la reforma; y al poner mano en su obra, se encuentra con que la autoridad real y la familia reinante, á quienes quiere salvar, están empeñadas en perderse; ¡desengaño terrible para sus almas inteligentes y grandes! Asuntos económicos determinaron la caida de Turgot; asuntos económicos han determinado la caida de Midhat. Pero éstas son causas ocasionales, ciertamente, motivos de segundo órden. La causa principalísima, el motivo soberano y casi único, el impulso es, ciertamente, la incompatibilidad irremediable entre los poderes que bajan de la teología, de la tradicion,

de la casta, de la herencia, y los poderes que suben de la opinion, del sentimiento público, fundados en el mérito personal y henchidos de progresivas ideas. Mas no hay que equivocarse. Las leyes de la Historia son ineludibles. En estos conflictos, la primer victoria es para el poder histórico y antiguo; pero esta victoria misma contribuirá á la derrota definitiva y á la total ruina.

Ya puede presentirse, sin necesidad de grandes encarecimientos, cómo irá formándose en Europa la opinion general respecto á Turquía, y cómo serán sus inapelables fallos. Todo el mundo recuerda aquella palabra profundísima de Cavour al dirigirse á Napoleon, que demandaba reformas al Papa; esos poderes tan pagados de su autoridad mueren, pero no se modifican. Un hombre educado en la idea de que todos los hombres le deben acatamiento religioso no puede, en esta estrecha comprehension de su derecho heredado, comprender el derecho natural de los demas hombres. Sacerdote, rey, general, con el cetro en una mano y el alfanje en la otra, se cree casi un profeta, un delegado del cielo para gobernar á la tierra; un sér superior á los demas seres humanos; un vizir celeste, hasta el cual no pueden llegar las bajas pasiones que hormiguean allá en los abismos, donde nacen y crecen el resto de

los mortales sujetos á errores desconocidos de las divinas naturalezas de sus señores, á quienes ha predestinado la Providencia al goce de la autoridad y al ejercicio del gobierno. Por consiguiente, la imposibilidad de la reforma aparece cada dia con más claridad á los ojos de aquellos que la creian más hacedera y más fácil. Un dia corre la nueva de que el Sultan se ha vuelto loco, y otro dia la nueva de que el Sultan ha sufrido un ataque y una enfermedad mortal, sin duda porque nadie cree que ciertas determinaciones puedan provenir de mentes sanas y de cuerpos robustos. Otro dia se dice que Edem-Bajá, el nuevo Gran Vizir, sucesor de Midhat, padece una debilidad general en su organismo. Lo que realmente está enfermo, pero enfermo de muerte, es ese antiguo Imperio, que no puede vivir en su antigua atmósfera sin asfixiarse, y no puede respirar el aire vital de las vidas modernas sin descomponerse y sucumbir. Tal es el destino de todas esas gigantescas instituciones que han formado los siglos, y que, grandes un dia, resultan luégo incompatibles con el espíritu y con la tendencia de tiempos sujetos á la norma y al ideal de otros principios. Así es que la incompatibilidad del Imperio turco y de la civilizacion moderna proviene de la naturaleza misma del uno y de la otra, demostrándose á cada paso con hechos que son inevitables,

consecuencias dimanadas de esta superior verdad, ya incontrovertible.

Mas resulta el contrasentido de siempre : dificultada toda solucion radical por el proceder de la potencia que pretende heredar á Turquía, por el proceder de Rusia, empeñada en explotar una causa justa para satisfacer sus particulares ambiciones. Grave caso el presente. Los pueblos cristianos de Turquía tienen la desgracia de que su valedor sea un imperio autocrático. Si la última circular de la Cancillería rusa hubiera salido de un pueblo libre, seguramente conciliára más voluntades y reuniera más votos á favor de los oprimidos y de los esclavos. Pero, ideada allí donde se oprime á tantas razas, no puede infundir muchas esperanzas, ni despertar ideas de paz y de concordia. El que oprime está imposibilitado para emancipar. Los redentores pertenecen siempre á los tiranizados, y no á los tiranos. Si Rusia quiere defender el principio de libertad en Oriente, que empiece por ser libre. Tan sólo así podrán creerla los siervos y aquellos que sostienen la causa de los siervos en toda la Europa moderna. Los imperios autocráticos están imposibilitados de defender las libertades naturales. No los creerá jamas la conciencia humana.

Así es que la opinion cada dia protesta con mayor fuerza contra las maquinaciones de Rusia.

Un pueblo como el pueblo frances, que al salir de su último conflicto y consagrarse á pensar en el próximo desquite acariciaba á la gran potencia del Norte como para lanzarla sobre Alemania, vuelve en sí ahora con presteza, y comprende cuántos peligros correria el Occidente si dejára á merced de los autócratas moscovitas la suerte del Oriente. Un Emperador como el Emperador de Alemania, aliado natural de sus próximos parientes los Romanoffs, sobrepone las razones de Estado al clamor de la amistad y de la sangre, anunciando en pacífico y tranquilizador discurso su propósito de no alentar ninguna ambicion y no comprometer los amenazados intereses europeos en peligrosas aventuras. Este discurso del Emperador germánico ha desvanecido muchas dudas y calmado muchas aprensiones. Se creia, dado el lenguaje de la prensa alemana, que estábamos abocados á gravísimo conflicto entre las dos potencias centrales, que tan terrible encuentro tuvieron allá en los campos de Sedan. Inútilmente las inteligencias previsoras decian que agresiones injustificadas ceden siempre en daño del agresor injusto y engendran contra él coaliciones necesarias, que se resuelven por fuerza en pavorosas catástrofes. Nada empuja tanto á irreparables derrotas como el abuso ciego de la victoria. Napoleon el Grande fué como sus amigos

impudentes ó como sus enemigos resueltos quieren que sea el Príncipe de Bismarck; Napoleon el Grande suscitaba una guerra extranjera siempre que convenia á su política interior, y desafiaba, confiando en su genio y en su fuerza, á todos los poderes de Europa, en cuanto su naturaleza guerrera sentia impulsos de guerra. ¿Y qué le sucedió? Que todos los poderes ofendidos se coligaron contra el poderoso y omnipotente, y lo redujeron á la prision de aquella isla, donde pasó el resto de sus dias y murió de rabia, devorado y consumido por la fiebre de su genio. El gran Canciller comprende que una potencia amenazadora se trueca bien pronto en una potencia vencida. Así no expondrá la paz europea, necesaria á todos los pueblos, más necesaria todavía al pueblo aleman por su estado económico; no expondrá esa paz tan preciada á nuevos peligros y nuevos quebrantos. El discurso último del Emperador, dictado por estas razonables ideas, y propio de un político previsor, pone un límite á las ambiciones de Rusia, y por medio de un silencio elocuente alecciona á los que, llevados de imprudentísimo patriotismo y ensoberbecidos con las últimas victorias, predican una guerra que sería al cabo desastrosa para la nacion provocadora. Al proceder así ha procedido con justicia y merece un aplauso.

Muy alarmada se muestra la opinion, y por consiguiente, muy falta de estas satisfacciones en las amenazas de guerra que á todas horas la perturban y la desconciertan. De un lado, si la pobre Servia, engañada por los panslavistas y herida en cien derrotas, admite resignadísima una situacion semejante á la que tenía por los dias anteriores á su última desastrosa guerra, el Montenegro, más valeroso y más vencedor, tasca su freno muy difícilmente, y quisiera que la sangre vertida por sus venas, y las vidas sacrificadas de sus montañeses, no se desvaneciesen como el humo y el vapor de un inútil holocausto. Así pide aumento de territorio, y en este aumento de territorio, un puerto que le abra camino al mar cuyas ondas relacionan y comunican todo el Mediodía de Europa: al mar Mediterráneo. Mas parece que no solamente el Imperio turco, sino tambien el Imperio austriaco, ambos á dos comprometidos de análoga manera en los problemas orientales, se miran mucho en estas rectificaciones de territorios, que pudieran dar fuerza á un príncipe animoso y poder á una region importantísima, para convertirse en centro de las maniobras y de las algaradas eslavas. Y esta dificultad podria muy bien hallarse pendiente de terminacion al terminarse el armisticio, y traer

un peligroso rompimiento de hostilidades, que prendiera fuego á la pólvora explosiva de la guerra europea. Y todo es de temer, cuando el consulado ruso de Jassy anuncia que el ejército de su Emperador romperá la línea del Pruth para el 8 de Marzo; cuando las tropas se aumentan por el Cáucaso y suben á ciento cincuenta mil hombres y doscientos ochenta cañones; cuando los agentes moscovitas murmuran palabras de desquite en los oidos abiertos á toda excitacion de los humillados servios, al mismo tiempo que se pactan tratados de alianza con los persas, comprometidos á poner treinta mil hombres de guerra que puedan caer sobre Bagdad; cuando todos tememos una doble guerra en Asia y en Europa, una guerra que reabra nuestras mal cerradas heridas y renueve antiguos y no bien remediados conflictos.

Así no me extraña la prudencia con que la cuestion oriental se trata en el Parlamento británico. Creiamos que la oposicion iba á quemar su último cartucho, y hemos visto que enfrente del Gobierno ha usado una prudencia bien apartada de sus temeridades de cajon en las grandes reuniones del pueblo. Estos discípulos de la escuela de Manchester, que han tenido á Inglaterra en aislamiento moral, bien contrario á los

intereses de la libertad y de la cultura europeas, proponen ahora una intervencion activa á favor de los eslavos opresos. Intervencion activa, gritan los ministeriales, y vosotros, cuando Rusia propuso la modificacion del tratado de París en su favor, resististeis á sus exigencias y no os doblegasteis sino para la ley de la necesidad, viendo á la Francia vencida y á la Alemania inclinada en contra vuestra. Así es que al Duque de Argill, representante de los *whigs* en la Cámara alta, ha podido decirle Disraelli que, léjos de seguir una política sin consecuencias y sin resultados, ha podido con la conferencia evitar la guerra europea, y con sus obsesiones al Sultan, obtener promesas y garantías de que en lo porvenir se mejorará la suerte de los cristianos y se cumplirán las prometidas reformas.

Muy necesario es todo esto. El único medio de desarmar á Rusia es obtener las reformas de Turquía. Los eslavos cristianos tienen derecho á su libertad, y en este nuestro siglo todos estos derechos prevalecen, á pesar de las fuerzas que los niegan y que los combaten. Nuestro siglo es hijo del siglo décimooctavo, y el siglo décimooctavo llevó sus ideas regeneradoras hasta Rusia y hasta Turquía. No consintamos que un autócrata represente la idea capital de nuestro tiempo.

Todo aquel que no respira el aire vital de su siglo, es como todo aquel que no respira en su atmósfera. Yo sostengo que el siglo décimooctavo comprendió la idea del derecho, y que el siglo décimonono la realizará.

COMPLICACIONES.

En la cuestion de Oriente se eleva hoy como problema capitalísimo el problema de Rumanía. Tenía esta nacionalidad un destino capitalísimo en estos graves problemas: interponerse desde el Pruth hasta el Danubio entre Turquía y Rusia, para amortiguar los choques de estos dos imperios rivales y disminuir sus implacables odios. Por esa causa el tratado de París, que ha sido desgarrado en las cercanías de Plewna, juntó los dos principados de Moldavia y de Valaquia, y les unió el importantísimo territorio de la Besarabia, verdadera clave de las bocas del Danubio. La idea tenía verdadera importancia, de haberse completado con una declaracion de neutralidad eficaz, puesta bajo la garantía de todas las naciones europeas. Parece que esto no importa cuando se atiende á la fragilidad de los tratados internacionales, pero importa mucho cuando se atiende

á la enseñanza de las experiencias históricas. Suiza tuvo una neutralidad relativa, proclamada por el tratado de Westphalia, y todas las naciones se creyeron en el caso de violar esta neutralidad. Suiza adquirió la neutralidad efectiva en los tratados de 1815, la neutralidad asegurada por la garantía de toda Europa, y desde entónces, á pesar de haberse mantenido en sus fronteras combates tan gigantescos como los últimos de la guerra franco-prusiana, jamas ha visto vulnerada su neutralidad ni desconocida su independencia. Creada para el fin de impedir la guerra, línea separatoria entre el poderío turco y el poderío moscovita, íris de paz extendido en los nubarrones tempestuosos que engendran las corrientes del Danubio y las olas del Bósforo, debia Rumanía haber recibido, si no los territorios, los ejércitos, los recursos indispensables á este elevado fin, el seguro incontrastable de una neutralidad firmísima, apoyada en el comun sentir y acuerdo de todas las naciones europeas, que le hubiera dado, no la fuerza material, sino la fuerza moral bastante á impedir á los rusos que pasáran el Pruth y á los turcos que pasáran el Danubio, con lo cual apareceria hoy como arca de paz y de alianza en el triste y perturbado Oriente. No lo hicieron así, quizá por prever mayores peligros de guerra, las naciones signa-

tarias de los tratados del 76, y el amortiguante de los choques turco-rusos los ha acelerado con gran celeridad y los ha recrudecido con verdadero recrudecimiento. Al primer asomo de conflicto, Rumanía ha entregado á Rusia su frontera, que debia ser inviolable; su rio, que debia estar preservado de toda invasion; sus ferro-carriles neutrales; su administracion independiente; sus ejércitos, armados y sostenidos por el derecho internacional europeo sólo para defender la autonomía de aquella naciente independencia.

El primer aliado de Rusia fué Rumanía, sí, Rumanía, que ha hecho prodigios de valor y que ha empapado en sangre los disputados territorios de Bulgaria. Así es que, iniciada la guerra, entrados sus ejércitos en línea de batalla, perdida la neutralidad relativa á que la sujetaban los tratados, apresuróse á romper el vasallaje aparente que la juntaba con Turquía, y á proclamar una nacionalidad consagrada por las leyes y por las costumbres, y que para acabar de completarse solamente necesitaba el distintivo aparatoso de un nombre. Al confundir su bandera con la bandera del poderoso Imperio moscovita, su ejército con los ejércitos de la victoria y de la conquista, quizás soñaba con adquirir tan crecidos premios como adquirió en otro tiempo el Piamonte al unirse con los poderosos imperios de Occidente,

y creia tocar la Transilvania, la Boscovina, pedazos de sus entrañas, y anexionarse, para mayor gloria y grandeza, la ajena Dobroutzka, viniendo de esta suerte á emular las ventajas y las dichas de su gloriosa madre la Italia, como heredera natural de su fortuna, de su habilidad y de su prudencia. Sólo por estos impulsos podia, con erario tan mermado, arriesgarse á los gastos de la guerra; con ejército tan diminuto, al riesgo de los combates; con rey tan débil, á los azares de la revolucion y de la guerra. Las ilusiones crecian á medida que crecian los sacrificios. Mas ¡qué terrible despertar! Tras la toma de Plewna, despues del tratado de San Estéfano, en el momento de realizar sus esperanzas y de recoger sus cosechas, hase encontrado Rumanía con que todas sus esperanzas se helaban como las madrugadoras flores del almendro á las heladas de Marzo, y con que la despojaban de la Besarabia, de la tierra que fuera su mayor defensa, cuna de ilustres héroes y fundadores de su nacionalidad, para darle en triste compensacion la Dobroutzka, parte de la Bulgaria turca en el bajo Danubio, especie de península pantanosa, con aires envenenados, donde vegetan, devoradas por la fiebre, nómadas y salvajes, diez y seis mil familias de várias religiones y razas, las cuales parecen esperar, como los cristianos del siglo décimo, la

hora del juicio final, y por lo mismo, no pueden ser ni fuerza, ni importancia, ni seguridad en ninguna de las naciones orientales. Rumanía ha mandado su gran agente Bratiano por toda la Europa central, y en ninguna parte ha tenido refugio ni encontrado valedores. El Czar de Rusia le dijo que habia jurado sobre los manes de su padre Nicolas no descansar hasta recoger todos los dominios perdidos en la guerra de Crimea, y por lo mismo, tenía propósitos incontrastables de reivindicar la Besarabia, tomándola, si así le obligaban, á mano airada y por la fuerza de sus armas. El Imperio austriaco no ha estado ménos repulsivo á mezclarse en los asuntos de Rumanía, la cual molesta de contínuo á Hungría en demanda de territorios suyos, que cree injustamente detentados. El Príncipe de Bismarck mismo, que tiene en Bucarest un monarca de la dinastía imperial alemana, se ha negado á recibir su embajador, ni á darle ninguna esperanza. Desengañado el feudatario que ciñe la incierta corona rumana, de sus patrones, ha dicho que aceptó aquella monarquía creyendo interesada á Alemania en la libertad del Danubio; pero desde el punto y hora en que línea tan principal caia en tan incomprensible desprecio, no le quedaba á un Hohenzollern otro recurso sino descender del elevado trono y ocultar en

triste retiro su deshonor y su desgracia. Debia, en mi sentir, Alemania acordarse de que la rota de Maximiliano en Méjico determinó todas las desventuras de su protector, el Imperio frances, en Europa.

Verdaderamente el Imperio de Alemania no sabe qué hacer en esta crísis, ni qué resolucion tomar á medida que suenan las terribles horas de las grandes soluciones. Unido con Rusia por la identidad de dinastías, ambas alemanas; por el crímen de Polonia, que uno y otro Imperio perpetraron; por los recuerdos de las guerras contra Napoleon, á quien todos juntos vencieron; por la gratitud á la libertad concedida en los conflictos con Austria y Francia, contra el sentir de los panslavistas; quisiera encerrarse en la más estricta neutralidad, y no salir de un ministerio pacífico, mediando, si posible fuera, entre los beligerantes. Su ideal principalísimo, la union de los tres imperios del Norte, con cuya virtud contaba para dominar á Europa, se desvanece como el sueño fantástico de una noche de verano. Su enemiga implacable, la Francia, cuya sombra turba sus sueños, puede rehacerse, alentarse, pedir la Alsacia y la Lorena nuevamente el dia en que cuente con una aliada natural, tan poderosa como Inglaterra, desasida de aquella indiferencia histórica que la redujera tristemente á

perder toda influencia en las procelosas cuestiones de Europa. Despues, el Emperador ha seguido á Bismarck en todas sus fantasías revolucionarias: en lanzar al Austria de la Confederacion germánica, como hubiera podido hacer el más exaltado ideólogo de la asamblea de San Pablo; en traer el sufragio universal, que ha llenado de socialistas las asambleas políticas; en arremeter con el clero y sus obispos, lo cual ha introducido la discordia religiosa por los palacios y las cámaras imperiales; en destruir el poder político de los papas, y afianzar las dos obras, democráticas por excelencia, de nuestro siglo, el reino de Italia y la república de Francia; en mil tortuosidades análogas; y no sería justo que ahora le llevase á reñir con su querido pariente y elevadísimo cofrade, el divino Emperador de todas las Rusias. Así es que ha desoido á Inglaterra, ha abandonado á Rumanía y ha puesto el mayor empeño posible en alejar al Austria de toda alianza con el Occidente. Su modestia raya tan bajo, que ni siquiera se atreve á dar un consejo de moderacion á Rusia, temiendo molestarla. El gobierno que ha fundado, la monarquía que ha convertido en poderoso imperio, la política de la unidad que ha iniciado, aseméjanse, con toda su majestad y toda su magnitud, á una sucursal moscovita. Nadie se acordará de Alemania cuan-

do el Danubio esté en poder de Rusia, y la Rumanía y la Bulgaria sean feudos rusos, y San Petersburgo tenga un puerto en la desembocadura del Neva y otro puerto en las orillas del Bósforo, y el Imperio de los Czares se eleve á potencia mediterránea, por sus reinos anejos así en las orillas del Egeo como en las orillas del Adriático, y la propaganda panslavista subleve á los ruthenos, á los croatas, á los husitas, como ha sublevado á los bosniacos, y pierda Austria su esencialísimo ministerio histórico, único por el cual áun queda de pié la germanizacion de la Esclavonia, rusificada y mantenida por un apocalíptico Emperador-Pontífice, para lanzar sus legiones, á guisa de ángeles exterminadores, sobre el centro y el Occidente de Europa. Pero todo el mundo dice aquello de Luis XV: «Despues de mí, el diluvio.» Todos se imaginan que la mayor parte de las dificultades se resuelven cuando se aplazan. Y todos, temerosos de las responsabilidades, se abrazan á las abstenciones. Pero ¡ah! que las abstenciones valen poco y las responsabilidades vienen á más andar, con mayor pesadumbre, cuando se cree haberlas evitado. A la larga, en la Historia, los mayores bienes suelen convertirse en males, si han querido eludir leyes ineludibles. Parecia un privilegio del Imperio bizantino preservarse con tanta fortuna

de las irrupciones germánicas; y luégo esta preservacion milagrosa no le evitó el caer á la hora en que comenzaba el florecimiento y madurez de la civilizacion moderna, bajo el yugo ominoso de los turcos, esclavitud sin remedio y sin esperanza. Gran fortuna para Francia preservarse de entrar en las cuestiones de Dinamarca y en las batallas de Sadowah, para caer luégo herida en Sedan. Gran ventaja para Inglaterra preservarse del conflicto de Sedan, para tener á los siete años el conflicto de Oriente. La prueba mayor de triste decadencia que puede darse en el mundo es rehuir en los trances supremos las grandes responsabilidades. No vaya el Canciller á confirmar aquel dicho que se le escapó bromeando un dia en familia: «Veréis cómo empiezo por ser un grande hombre, y concluyo por hacer una barbaridad.» Si aquel Federico, que, abandonado de Europa, vendido por sus aliados, solo en medio de la tempestad, luchando y venciendo por milagros de genio y de fe, levantára la cabeza de su sepulcro, que es como el núcleo de la moderna Prusia, y viera á sus sucesores, á aquellos, capaces por su esfuerzo y por su fortuna de las mayores empresas, retroceder cuando tienen cuatro mil cañones y mandan mucho más de un millon de soldados; vacilar cuando pueden con una sola palabra reunir poderosas alianzas; so-

meterse por una mal entendida gratitud, incompatible con los deberes políticos, á la fatalidad; habia de creerlos tan indignos de invocar su glorioso nombre, que significa ánimo y resolucion, como de concluir su maravillosa obra, que es la independencia y la unidad de Alemania.

Tambien Austria vacila. De un lado, su Canciller quisiera seguir á sus anti-rusos compatriotas los húngaros; y de otro lado, el Emperador quisiera seguir á sus rusos aliados, los Romanoffs. El Conde Andrassy habrá tocado ya las consecuencias de aquel su falso axioma, por el cual decia que cuanto ménos parte tuviera en la guerra, más parte tendria en la paz. El tratado de San Estéfano diríase escrito para desmentir tales ilusiones. Sin consultarlo, queda resuelto despojar á Rumanía de Besarabia; sin consultarlo, extender una Bulgaria rusa por la antigua Tracia, ó sea la moderna Rumelia; sin consultarlo, erigir una Servia amenazadora á sus mismas puertas; sin consultarlo, extender y dilatar la diminuta monarquía del Montenegro hasta las orillas del Adriático; sin consultarlo, dejar los pobres griegos de Macedonia, de Thesalia y del Epiro, los pobres eslavos de la Bosnia, de la Herzegovina y de la Albania, á merced completamente del poder tiránico y arbitrario de Turquía. Naturalmente, Andrassy ha debido conmo-

verse profundamente, en parte por amor al Imperio que dirige, y en parte por puntillo de honra y por amor propio. É inmediatamente que ha recibido la herida, se ha quejado. É inmediatamente que se ha quejado, ha tenido á su puerta el general Ignatieff, célebre embajador ruso en Constantinopla, causante primero de la guerra, alma de toda expedicion, que, caido en desgracia cuando iban mal dadas para su gente, se ha elevado á inaccesible altura, de un salto, despues que la victoria ha sonreido á Rusia en las célebres cercanías de Plewna. Y Austria ha pedido que, formada una Bulgaria rusa, le dejen formar á su vez á ella una Thesalia austriaca, en cuyo seno pueda encerrar, como reinos feudatarios, parte del Epiro y de la Macedonia, toda la Servia y todo el Montenegro, y las dos primeras provincias insurrectas, la Bosnia y la Herzegovina. Rusia ha debido resentirse al ver estas ambiciosas demandas. Y para limitarlas, no ha encontrado otro medio más oportuno que interceder con Alemania, á fin de que detuviera las decisiones del Canciller húngaro, y maniobrar en la córte, á fin de que arriba, en el palacio imperial, se sostenga la alianza de los tres emperadores. Y estas manipulaciones rusas han logrado detener por algunos momentos la política decisiva del Austria.

¿Si será verdad que Inglaterra se encuentra

completamente aislada en sus tendencias de guerra con Rusia? ¿Si será verdad que no puede contar con ninguna potencia europea? Lord Derby lo ha dicho en el Parlamento. Segun él, Francia no quiere ni puede moverse; Italia sigue el impulso recibido de Alemania; Alemania se une indisolublemente con Rusia; y en el Imperio austro-húngaro, el Austria está á toda costa por la paz, miéntras Hungría, más belicosa y más amiga de la alianza británica, nada puede hacer, porque la detiene y paraliza para todo el entusiasmo panslavista de sus soldados eslavos. Sin embargo, desde el dia y hora en que Inglaterra se ha movido con decision, el problema europeo ha cambiado de aspecto. Aun pesa con grande gravedad la corona británica en la balanza de los destinos del mundo. Adelantaban los rusos hácia Constantinopla, y los ingleses detuvieron esa marcha con sólo adelantar sus escuadras en los estrechos. Firmaban Turquía y Rusia el tratado de San Estéfano, y las firmas se han detenido con sólo pedir Inglaterra la sujecion del tratado á un Congreso europeo. Decian sus enemigos que la Gran Bretaña era una potencia ante la cual sólo temblaban ya los reyecillos de la India, y han temblado los Emperadores del Norte. Todos caen ahora en la cuenta de que la Gran Bretaña tiene mucho dinero, y de que es el dinero la verdadera

fuerza de la guerra. Sus riquezas han subido hasta el punto de que las rentas sujetas á tributo montan á catorce mil millones de francos. ¡ Cuánta pujanza revela eso, cuando se considera que no están sujetas á tributo las rentas inferiores á dos mil quinientos francos! Inglaterra puede subir en mil millones de francos más sus ingresos con sólo aumentar ligeramente el impuesto sobre la renta. De suerte que un imperio pobre y arruinado como Rusia debe mirarse mucho ántes de luchar con un imperio tan rico y poderoso como Inglaterra. Luego el teatro de un conflicto anglo-ruso debia ser el Asia, y en Asia no puede concentrar treinta mil hombres la Rusia, ni del cuerpo de ejército que acampa en el Cáucaso, ni del cuerpo de ejército que acampa en las orillas del rio Amor, ni del cuerpo de ejército que acampa en el Tuerkestan, miéntras que la Inglaterra puede llegar á grandes y temerosas fuerzas á la frontera rusa con sesenta mil hombres, y decidir en los territorios centrales del continente asiático la suerte futura de los dos mejores imperios de Europa. ¡ Dios bendiga á los mantenedores de la libertad y del progreso!

POLITICA PERPLEJA.

¿Logrará el general Loris Melikoff aplacar las conspiraciones rusas con los últimos indultos, cuya eficacia ha sido tal, que ha devuelto seis mil desterrados á su familia y á su hogar? La curiosidad europea no se cansa de seguir esas aventuras misteriosas y llenas de incidentes; esas apariciones súbitas de conjurados innumerables; esas máquinas infernales, que ora estallan bajo una vía férrea, ora bajo un imperial palacio; esa especie de caza establecida contra un soberano, al cual llamaron los pueblos padre en otro tiempo, y bendijeron los siervos redimidos sobre el terruño donde habian dejado las ligaduras de su servidumbre y recogido los derechos á la libertad. La gente pensadora sigue con mayor cuidado todavía el curso de esa revolucion política, que entra en el seno de un viejo Imperio y conmueve con terrible conmocion sus instituciones fundamentales,

ofreciéndonos fenómenos como aquellos que ofreciera el siglo décimosexto en sus convulsiones religiosas, y el siglo décimooctavo en sus convulsiones sociales. No puede, no debe confundirse el nihilismo ruso con ningun partido político ni con ninguna secta socialista del continente europeo. Como es ruso el sínodo, presidido por un general de caballería; rusa la division del clero en blanco y negro; rusa la policía burocrática, que está en todas partes y no averigua nada; ruso el panslavismo; rusos los estancos de aguardiente; rusas las deportaciones á Siberia; rusa la autocracia, es ruso tambien, exclusivamente ruso, el nihilismo aterrador, que se revela por la extravagancia de sus ideas y el fragor de sus catástrofes. Muchas escuelas comunistas ha producido Europa, ya inspiradas en la república platónica, ya en el misticismo católico; materialistas unas é idólatras otras; fundadas éstas en un neo-cristianismo, que traducia los axiomas evangélicos á sentencias políticas, y fundadas aquéllas en las series hegelianas, que aplicaban el principio dialéctico de la contradiccion á la economía política; pero con su pontificado industrial reemplazando al pontificado religioso; con sus tetradas, reduciendo todas las ideas y todas las cosas á una especie de trilogía; con sus palacios falansterianos, renovadores de la naturaleza entera rehecha y hermoseada;

con sus talleres burocráticos mantenidos por la omnipotencia del Estado ; con todas sus utopias y todos sus absurdos, no pueden asemejarse absolutamente á esa doctrina nihilista, especie de demencia con inclinaciones al suicidio, como la demencia del condenado á prision perpétua, que se rompe en pedazos los huesos de su cráneo contra las paredes de su calabozo.

Cuando estudiamos los asuntos de Rusia creemos encontrarnos en edades distintas de las nuestras. El progreso de las costumbres, la perfeccion de las instituciones, los principios de seguridad universales á todos los partidos, los sentimientos arraigadísimos de derecho, dan á nuestra sociedad un aspecto mucho más humano que el aspecto de las sociedades antiguas. Un sitio como el de Jerusalen, referido por Inefo, en que las madres se comieron á sus hijuelos; un trágico incendio, como el de Roma por Neron; una guerra como aquella de la Edad Media, en que un pueblo extirpaba á otro pueblo y lo cubria de sal; una lucha como la lucha de los Papas con los Emperadores, que extirpaba por el hierro, por el fuego, por el veneno, por el cadalso, á una dinastía tan ilustre como la dinastía de Suabia; un Pedro el Cruel, que extermina como la peste, y que es perseguido y acosado como una alimaña salvaje ; todos estos horrores pueden

aparecer en otros tiempos más bárbaros, pero apénas se comprenden ahora, en este tiempo, cuyas características son la libertad y la paz. Cuando se han cometido crueldades como las de Pelissier con los árabes, y venganzas como las del croata con los húngaros, y crímenes como el crímen de la Comunidad de París, un grito de indignacion, escapado á la conciencia pública, los ha maldecido y reprobado con maldiciones y reprobacion tales, que nos aseguran la imposibilidad, y si no la imposibilidad, la dificultad de ver nuevamente esas crueldades manchando nuestra historia. Pero, en este siglo tan humano, apénas se abren los anales de Rusia, se halla algo que en barbarie y crueldad la acerca y asemeja á los anales de la antigua Asia.

Continúan las dificultades en Oriente: el erario turco, cada dia más seco, y el Gobierno búlgaro, cada dia más dificultoso; Servia en litigio con Austria por el ferro-carril que, partiendo de Pesth, ha de acercar Viena á Constantinopla; Prusia en litigio con Rumanía por el otro ferro-carril, que ha de acercar el comercio germánico á la desembocadura del Danubio; los rusos, sin saber si dirigirse ó no á Merw, en la tierra de los turcomanos; los ingleses, sin saber si dirigirse ó no al Herat, en la tierra de los afghanes; los montenegrinos y los albaneses, todavía en lucha

por haber dispuesto de estos últimos el tratado de Berlin, como si en vez de pertenecer á montañas donde se respira en la pureza del aire el amor á la independencia, pertenecieran á esos hatos que se llaman pueblos dóciles y siervos; las agitaciones más amenazadoras extendiéndose en Sirga, donde Midhat-Bajá ha corrido el peligro de ser asesinado, y el disgusto extendiéndose en Chipre, donde obedecen, pero no aceptan, la ocupacion británica; Grecia, cada dia más animosa y ménos satisfecha, miéntras el Imperio de los Osmanlies se descompone en descomposicion más irremediable cada dia, y envenena el aire de Europa con los letales miasmas de la guerra, demostrando todo esto que, si no tenemos ánimo para intentar con decision y resolver con acierto el problema oriental, caerémos en la ruina que trae á los continentes el hallarse cara á cara con dificultades de todo punto insuperables y con problemas de todo punto insolubles.

Los que ántes se ufanaban de sus ventajas en las llanuras tracias, y de sus rápidas marchas hácia el Bósforo, ahora retroceden maltrechos á los desfiladeros, y aguardan, para rectificar una campaña resueltamente malograda, nuevos é indispensables refuerzos. Es verdad que tienen tres cuerpos de ejército, y que estos tres cuerpos de ejército ascienden á mucho más de trescientos

mil hombres. Pero tambien es verdad que, diseminados estos tres cuerpos de ejército, uno en Bulgaria, donde se encuentra con las formidables plazas fuertes de los turcos; otro en Dobroutzka, donde las fiebres lo diezman, y otro en los desfiladeros de los Balkanes, acosado y desencantadísimo, tienen una posicion bien difícil y corren peligros bien ciertos. No cabe dudarlo. Osman-Bajá y Soliman-Bajá, que ahora impulsan las operaciones, ostentan ó mayor pericia ó mayor fortuna que sus predecesores. Y así no es mucho que en los cafés de Constantinopla, donde tambien debe haber gran número de charlatanes políticos, se les ajusten á los vencidos las cuentas, y se proponga que sean arrastrados ante el palacio de los sultanes, allí ceñidos á la cola de sus caballos de guerra, y, por último, abrevados con la plata de su vajilla, fundida para escarmiento de los presentes y ejemplo de los venideros. Como quiera que algun europeo calificára de bárbaros estos proyectos turcos, respondióle un musulman que su Imperio no tenía la cultura necesaria para perdonar con facilidad á los traidores. De todos modos, la campaña va lentamente, y la victoria no se compra al vil precio que ántes creiamos. Hay quien anuncia una inmediata batalla, no decisiva, pero sí influyente, en el curso de los sucesos. Y hay quien añade que toda accion

se suspenderá por lo avanzado de la estacion, y los ejércitos se quedarán donde se encuentran, imposibilitados de moverse hasta la próxima primavera. No creo tan rápida la suspension de armas, ni tan largo el plazo que mediará entre las pasadas y las futuras campañas. Lo cierto es que esta Europa, cuya sensibilidad se encuentra muy excitada, como la sensibilidad de todos los cuerpos realmente enfermos, se removeria ayer sobre las victorias rusas como sobre carbones ardientes, y hoy se entrega á una absoluta confianza en la continuacion de la paz occidental; compensacion mezquina, pero compensacion al cabo, de los terribles conflictos orientales. Avivan estas esperanzas los viajes del Conde Andrassy á Lóndres con ánimo de preparar una mediacion; la entrevista del Emperador de Austria y el Emperador de Alemania con propósito de estrechar su mutua inteligencia, y el discurso de la reina Victoria en la clausura del Parlamento británico, tan extremadamente tranquilizador para toda Europa.

Periódico inglés hay que pinta con bien sombríos colores la suerte del Emperador de Rusia, y que preve y presiente bien tristes sucesos para los dias últimos de su azaroso reinado. Recluido con su estado mayor en la vendida Rumanía, no se atreve á avanzar hácia un ejército en

cuyas filas solamente encuentra la derrota, ni retroceder hasta los palacios de una capital en cuyo seno solamente encontrará las maldiciones de los suyos y la reprobacion pública. Hombre verdaderamente de nuestro siglo, rechazó Alejandro la guerra con todo su corazon. La corona de una empresa tan humanitaria como la emancipacion de los siervos estaba en la seguridad completa de la paz entre los hombres. Su Imperio no es uno de esos imperios fuertes como el de Alemania, donde la unidad del sentimiento y de la idea impulsan á la unidad de la accion. Su Imperio tiene innumerables problemas que lo embarazan. No hay crítica en la prensa, no hay ni siquiera una tribuna; pero, en cambio, la utopia socialista, esa enfermedad de los pueblos decadentes, acalora las inteligencias más elevadas y perturba á las clases más conservadoras. Las cuestiones territoriales se complican con la cuestion social. Hay cuestion de Siberia, que acaricia allá en su apartamiento del centro ser en la historia del Imperio ruso lo que fueron los Estados-Unidos en la historia del Imperio inglés; hay cuestion del Cáucaso, donde una raza indómita se somete tan difícilmente á los rusos como los eslavos de los desfiladeros de la Bosnia y de la Bulgaria á los turcos; hay cuestion de las provincias alemanas del Báltico, que suspiran por

reincorporarse á su gloriosa patria; hay cuestion de la Lithuania, que pretende una autonomía cercana á la independencia; hay, al extremo Oriente, la enemiga de las razas asiáticas, poco dóciles á la espada que les obliga á una disciplina para ellas odiosa, y al extremo Occidente, la ira de los polacos, sujetos, pero no resignados á una sujecion completamente contraria á sus derechos de pueblo libre y repulsiva á sus sentimientos, á su conciencia y á su historia. ¿Cómo en este laberinto de cuestiones podrá soportar la abrumadora carga de la cuestion de Oriente?

El Emperador no queria la guerra, y presencia la más cruel que ha visto nuestro siglo. Dios no consiente que esas tempestades de ódio se desencadenen, sin que arrastren por necesidad en pos de sí toda suerte de calamidades generadoras de toda suerte de catástrofes. La peste sigue á un ejército como la sombra al cuerpo. El muerto mata con sus miasmas, y parece que se venga de la inhumanidad y de la barbarie que lo ha sacrificado. Manadas de perros hambrientos, nubes de cuervos siniestros, aparecen por los campos de batalla. La tala y el incendio extienden con sus desolaciones el desierto donde ántes brotaba la vida. Pero á estos males, propios de toda guerra, se unen hoy en la que presenciamos excepcionales horrores. Las bandas de búl-

guros degüellan á las mujeres mahometanas, á los niños mahometanos, en cuanto una victoria rusa se dibuja en el horizonte. Por el contrario, las bandas mahometanas descabezan á las mujeres cristianas y á los niños cristianos, así que sucede algun encuentro favorable á los turcos. A tales bandas de sendos vengadores se unen los kurdos del Asia rusa, los bazi-bazouks del Asia turca, salvajes feroces con el crudelísimo instinto de la destruccion y del aniquilamiento universal. Los perros que aullan por las noches husmeando la muerte, los cuervos que entierran en sus insaciables vientres los cadáveres insepultos, tienen más humanidad que esos ejércitos exterminadores, semejantes á los genios del mal en las antiguas teogonías. No se pueden leer, sin que la conciencia se subleve y se mueva el estómago, las ferocidades de esos hombres, que arrancan los ojos, las entrañas, las lenguas á sus víctimas, para darles una muerte lenta. El mundo está indignado, y se diria que retrocedemos á los tiempos de los sacrificios humanos.

LAS CAMPAÑAS RUSAS.

Dicen las gentes que el telégrafo inglés engaña á Europa; otros dicen que el poder ruso aniquilará á Turquía; pero todos convienen hoy en lo esencial, en el quebrantamiento de ese ejército, que parecia destinado á inmediatas conquistas, y en la pérdida de esa campaña, que parecia desembocar triunfante en Constantinopla. El Pizarro de Rusia, el general Gurko, ha desandado su camino de victorias, y el paso de los Balkanes, que, seguido de éxito, pudiera contarse entre las hazañas mayores de la Historia, tendrá el carácter de grosera temeridad, debida pura y simplemente á ciega confianza, la cual sólo puede comprenderse y explicarse por el desconocimiento completo de las propias y de las ajenas fuerzas. Los rusos hacen cuanto pueden por ocultar sus desastres, y tienen unidos á sus esperanzas casi todos los corresponsales de la prensa europea.

Mas vemos con claridad todo aquello que materialmente palpamos, y palpamos que ninguna de las plazas fuertes sitiadas en Bulgaria se ha rendido; que ninguno de los cuerpos de ejército rotos en Plewna se ha rehecho en su moral ni se ha atrevido á progresar en su camino; que la empresa de Armenia está completamente perdida, y los avances por Asia, trocados en ignominiosas retiradas; que todos aquellos triunfos por la Rumelia, y tomas del camino férreo directo entre Andrinópolis y Constantinopla, han resultado ilusiones del deseo, y que la verdadera espina dorsal de la invasion, el ejército del gran Duque Nicolas, está amenazado por tres divisiones ya cercanas, y cuya conjuncion puede traer, no una derrota, un aniquilamiento de todas las fuerzas comprometidas por Rusia en esta desastrosísima aventura. Los únicos síntomas favorables que hasta ahora el invasor presenta se reducen á síntomas políticos, escasa compensacion á las heridas en su honor militar; cierta amistad de Alemania, muy importante; ciertas tendencias de insurreccion en Grecia, que no debiera pelear sino por su propia cuenta, ya que Constantinopla le pertenece de derecho y no puede pertenecer á los rusos; cierta insurreccion de Creta, que toma, como en el año 67, grandes proporciones, y cierta inquietud de Sérvia, que revela intrigas di-

plomáticas de Viena, dirigidas sin duda desde San Petersburgo y desde Berlin.

Todos cuantos han estudiado las guerras de Oriente convienen unánimes en las inmensas dificultades que tienen para Rusia. Llevadas á cabo en el siglo anterior con grande fortuna, creíase y esperábase igual resultado en el siglo presente. Mas en el siglo pasado los ejércitos rusos iban impulsados por el genio, por Pedro el Grande y por Catalina Segunda, miéntras en el siglo presente van impulsados por la inepcia política y la impericia militar. En el siglo pasado Turquía estaba completamente desorganizada, así por la trasformacion de su aristocracia, tan necesaria á su estabilidad interior, como por el aniquilamiento de sus genízaros, tan necesarios á su fuerza militar, y en el siglo presente Turquía se ha reorganizado. Y sobre todo, en el siglo pasado brillaban con mayor brillo la estrella y la fortuna de Rusia. Tres campañas capitales han tenido los rusos en estos últimos tiempos: campaña del año 28, campaña del año 45 y campaña del año 77. Y aunque la primera fuese en sus resultados la mejor, todas tres, militarmente consideradas, deben calificarse de adversas y desastrosas. En el año 28, la resistencia del Cuadrilátero y la formidable amenaza de Schuma obligaron á la paz de Andrinópolis, paz de algunos resultados, es verdad,

pero no de tantos y tan pingües como se habian propuesto y creido los rusos. En el año 44, la terrible esfinge mostró cuán grandes proporciones le daban el apartamiento y el silencio y el misterio. Y ahora, cuando la creiamos agrandada de nuevo por la emancipacion de sus siervos, y por la organizacion de su ejército, y por el apoyo de su aliada Alemania, héla ahí maltrecha á los piés de un ejército asiático y semi-salvaje como el ejército de Turquía. Bien es verdad que la campaña ofrece dificultades enormes: el Danubio corta siempre toda retirada; el cuadrilátero amenaza, sea cualquiera el camino que se tome, los flancos del ejército invasor; la tierra ocupada ofrece la desolacion con la miseria y exige una administracion militar de primer órden; la Dobrutzca tiene envenenados los aires, y la Bulgaria divididos de tal suerte sus habitantes, que las victorias de unos y otros resultan igualmente desastrosas para todos, por la crueldad de los desquites y de las venganzas; los Balkanes oponen una muralla natural, que prueba con cuán seguro instinto dejaron á un lado los bárbaros, los primeros invasores del Imperio romano, los Alpes tracios, para tomar las líneas de los rios y franquear los Alpes ilirios, camino mucho más seguro y mucho más fácil á sus conquistas y á sus victorias.

De todos modos, el prestigio militar de Rusia

sale quebrantadísimo de esta prueba terrible. Si en vez de la fuerza propia lo salva el socorro ajeno, de protector se convertirá en protegido, y harto sabemos cuánto en el mundo político pierden todos aquellos que tienen ó tutor ó tutela. Cuatro hombres han contribuido principalmente á enredar esta aventura, en que Rusia se ha metido sin medir sus propias fuerzas y sin calcular los probables resultados. Ha sido el principal ese Gran Duque heredero, opuesto en todo á su padre, como sucede en los imperios mayores, donde nunca falta un príncipe Cárlos para un Felipe II. Enamorado de la raza eslava y de sus ensueños y aspiraciones; mecido en las leyendas de la Santa Rusia y de Ivan el Terrible; discípulo de la escuela ortodoxa, que tiene su asiento en Moscou y su pontífice en Katkof; enemigo implacable de esa Inglaterra, que le disputa el dominio del Asia, y de esa Alemania, que pone sobre su fibra moscovita el áureo barniz de la cultura europea; el Gran Duque ha creido que para engrandecer su política é inaugurar su reinado no habia cosa como una campaña bendecida por la Iglesia, comparable á las antiguas cruzadas en poesía religiosa, y terminada por la elevacion de la cruz, que remata el Kremlim y corta los tristes cielos de la estepa en los espléndidos horizontes del Bósforo, y sobre la rotonda sublime de la basílica de Constan-

tino, devuelta al cristianismo oriental, y purificada por el Santo Sínodo de Rusia, que suele presidir ¡oh prosaico contraste! un general de caballería con látigo y espuelas. Y si el Príncipe heredero fué el principal motor, ha sido el segundo el Príncipe Gortchakoff. Cuentan que los laureles de Cavour no dejaban dormir á Bismarck. Pues los laureles de Bismarck no dejan dormir á Gortchakoff. El estadista italiano y el estadista aleman hicieron una Alemania y una Italia. Pues el estadista ruso hará algo más importante que esas unidades nacionales ya anticuadas: hará la unidad de una raza. Pasando sobre todas las dificultades filológicas, etnológicas, fisiológicas, geográficas, históricas, el ruso se declarará eslavo. En vano protestará Polonia contra esta usurpacion de su prosapia y de su sangre. En vano dirá que el ruso es mongol, tártaro, asiático, todo ménos eslavo, ese árabe de ojos azules, ese griego del Norte. En vano recordará que, si algo tiene de eslavismo la Rusia, es lo difundido en sus venas por las antiguas conquistas de Polonia, tan maldecidas hoy, tan desquitadas con esta larga opresion. En vano recordará que la parte más eslava de todo el Imperio es la llamada Rusita, ó pequeña Rusia, antiguo feudo polones. Todo esto no importa al ruso, que si fuera tártaro y mongol, sería hermano de los turcos, cuando quieren ser á toda costa de

pura estirpe y pura sangre europea. Y por tanto, declárase el ruso puramente eslavo. Y declarándose eslavo el ciudadano de Bohemia, ilustrada por el martirio de Juan Hus y Jerónimo de Praga; el pastor de la Bulgaria, que apacienta sus ganados por las orillas del Danubio; el guerrero de la Croacia, y de la Dalmacia, y de la Transilvania, que tantas veces montó la guardia á las puertas de San Márcos de Venecia, y ajustició á los italianos y á los húngaros; el insurrecto de la Bosnia y de la Herzegovina; el ciudadano de la extincta República de Cracovia, como el súbdito de la descuartizada monarquía de Polonia; los soldados de la Montaña Negra, tan valientes, y los montañeses de la Albania, tan indóciles; una parte considerable de los rumanos y todos los servios, aquellos que cayeron en el siglo décimocuarto, y en nuestro siglo se han levantado con el inmortal Milosch; estas várias gentes, para cuya exacta enumeracion se necesitaria el estro que ha ideado la *Iliada* ó la *Eneida*, deben reincorporarse al inmenso Imperio ruso en nombre de un principio verdaderamente progresivo y revolucionario, en nombre de la unidad de las razas. ¿Dónde se quedarian Cavour y Bismarck en comparacion de un hombre que une las razas como aquéllos unieron las provincias? Esta ambicion ha llevado á un estadista del temperamento dul-

ce, que todo el mundo reconoce en el canciller moscovita, á los azares de la guerra. El otro impulsor de tamaña empresa ha sido el Ministro de la Guerra Miloutine. Pocos saben que un general suele dirigir el Sínodo ruso, y mucho ménos saben que el Ministro de la Guerra brilla por sus cualidades, bien excepcionales, de economista. Miloutine, acompañado de un hermano suyo, muy sobresaliente y verdadero estadista, se empeñó en la emancipacion de los siervos, y por esta razon tuvo contra sí constantemente á los aristócratas y á los ortodoxos, es decir, á los reaccionarios de todas procedencias y colores. Cuando en los consejos privados defendia el derecho de los opresos, cohonestaba su humanidad en presencia del opresor, con la promesa y la esperanza de conseguir pronto un ejército de ciudadanos que conociera y amára la patria, en reemplazo del ejército antiguo, caido como las piedras inertes de un muro feudal. En las competencias por la emancipacion representó la extrema izquierda, y aconsejó la necesidad de convertir al siervo, no solamente en ciudadano, sino en propietario tambien, con el propósito único de forjar un grande ejército á la alta temperatura de una grande libertad. Victorioso en este generosísimo empeño, dedicóse á demostrar su tésis y á tener un ejército que la verificase en la experiencia, áun á los ojos de los

más reacios. Envanecido de su obra, ha intentado demostrar al mundo que tambien nacian al extremo Norte de Europa grandes organizadores de ejércitos. Como la gloria de Bismarck ha seducido al canciller de Rusia, la gloria de Moltke ha seducido al Ministro de la Guerra. Pero, sobre todo, el más perseverante y resuelto fué el general Ignatieff, embajador en Constantinopla. Ninguno con tantos motivos como él para conocer los pueblos orientales, puesto que luchó muchos años, con gloria para sí, sin provecho para su patria, en los campos asiáticos; ninguno con tantos motivos para conocer especialmente Constantinopla, puesto que llevó la voz de Rusia en las orillas del Bósforo, esa voz del desierto, que apagaba hasta el rumor del Océano, representado por la política inglesa. Y debia saber que no era tan fácil como á primera vista se creia, el derrotar á los turcos. Y debia comprender que ochocientos mil hombres, sobrios como espartanos, valientes como héroes, feroces como tigres, apoyándose en desfiladeros y en fortalezas tan formidables, opondrian verdadera resistencia. Y debia saber que una humillacion ante potencia tan debilitada como Turquía, era nefasta para un Imperio tan colosal como Rusia. Y por consiguiente, debia aconsejar mucha mesura en el proceder y mucha seguridad en el resultado ántes de tamaña em-

presa, cuyas incidencias podian retrasar un siglo los progresos pacíficos de su patria.

La prensa rusa reconoce que su país se halla gravemente amenazado, y recuerda con este motivo al Canciller y al Emperador de Alemania deudas antiguas de agradecimiento. Al comienzo de la campaña, cuando Rumanía se entregaba sin protesta, y el Danubio se pasaba sin resistencia, y los Balkanes parecian arrodillarse como un camello para que los montára Rusia, el ensoberbecimiento de la victoria llegaba hasta la amenaza; porque si algo odia el puro eslavo, es á su vecino el aleman. Pero hoy, que la fortuna se muestra tan ceñuda con quien se mostrára ántes tan plácida, comienzan los recuerdos de los antiguos servicios, como reclamos para una inmediata alianza. Y se puede notar á primera vista que el mundo oficial germánico se conmueve ya á favor de Rusia, miéntras el mundo universitario, que tanto poder tiene sobre las corrientes de la opinion, persevera en su abierta oposicion á los eslavos, esos bárbaros que rodean con sus odios al sacro aleman imperio. Lo primero que el Emperador ha hecho, á consecuencia de sus compromisos y de sus recuerdos, ha sido llamar la atencion de Europa sobre los horrores perpetrados por los turcos, y omitir, con diplomática crueldad, los horrores perpetrados por los rusos.

Lo segundo ya parece mucho más fructífero. El Canciller del Imperio aleman y el Canciller del Imperio austriaco se han visto, y á consecuencia de esta entrevista, la entrada de Servia en campaña parece resuelta. De suerte que Austria, tan solicitada unas veces por Inglaterra, y otras con Inglaterra tan solicitante, se decide al cabo por tomar una parte en los despojos del Imperio turco, como captadora tambien de la herencia. Pero estos convenios suelen ser funestos á los débiles. Tambien lo hizo en Gastein con Prusia para inmolar á las provincias del rio Elba, y cosechó la rota de Sadowah. Tambien lo hizo con Francia para ceder el Veneto, y en vez de la alianza que buscaba, encontró el aislamiento y el abandono. Así como una guerra de Alemania con el Imperio austriaco suponia, tarde ó temprano, otra guerra con el Imperio frances, una guerra de Rusia con Turquía lleva fatalmente en sus entrañas otra guerra de Rusia con Austria. ¡Pobre Emperador austriaco! obligado á contentar á los reaccionarios de puertas adentro en su palacio, y á los constitucionales de puertas afuera en su política; con el corazon en Viena y la cabeza en Pesth; viendo que hoy le cierran el Danubio, como ayer el Adriático; sin fuerzas morales para contener á sus ocho millones de germanos, que se van con la grande Germania; sin fuerzas ma-

teriales para contener á sus diez y siete millones de eslavos, que se van con su mayor enemigo, el panslavismo; necesitado de mediar entre dos opiniones tan conciliables como éstas: una que le pide su union á Turquía, y otra que le pide su union á Rusia; temerario si toma algun partido, imprevisor si no le toma; aquí amenazado por la separacion de Bohemia, y allá por la separacion de Trento; con más dificultades que ningun otro príncipe, y sin más esperanza, de inclinarse á un lado, que la amistad incierta de Inglaterra, y á otro, que la amistad homicida de Alemania y Rusia. Así es que todo el mundo se indigna ó se rie cuando estas dos grandes potencias, Austria é Inglaterra, hablan de su neutralidad y la encarecen con tantos encarecimientos, pues no pueden pasar en realidad por otro punto, como no se decidieran á esos raptos de audacia que salvan ó pierden definitivamente á los pueblos.

DESGRACIAS DE ORIENTE.

Desgraciadamente, la Europa oriental no se encuentra mejor que la Europa occidental. Por todas partes se extiende el malestar y la ansiedad. Los rumanos continúan doliéndose de la pérdida de Besarabia, y asustándose del crecimiento que toma Austria en los negocios de Turquía. Los búlgaros, recien salidos de la esclavitud, se encuentran como esos ciegos que acaban de recobrar la vista y que no tienen la medida de las distancias. Así, el príncipe á su trono elevado se apercibe á imitar otros régios ejemplos, y á irse, cansado de un radicalismo que no puede sufrir, de unas Cámaras que no puede entender, y de una Constitucion mediante la cual no puede gobernar. Los griegos, á su vez, se cansan de pedir á la implacable indiferencia turca una rectificacion de fronteras, indispensable á su seguridad, y jamas obtenida en contínuas é interminables

conferencias. Luchan sangrientamente los albaneses con los montenegrinos, que no quieren cambiar la autoridad del Sultan por la autoridad del príncipe Nicolas, como los tiroleses aquellos, de quienes hablaba con tanta gracia Enrique Heine, muertos á racimos heroicamente en sus desfiladeros por si habian de tener un rey con casaca blanca ó un rey con casaca celeste.

No se puede comprender, sino estudiando la Historia, cómo se repiten á traves de los siglos los fenómenos políticos. Los negocios de Oriente se hallan casi en los mismos términos que en el pasado siglo. El Austria y la Francia sienten hoy contra Prusia la misma enemistad que sentian María Teresa y Luis XV contra Federico el Grande. Rusia entiende entónces que no puede ser potencia europea sin Prusia, y que no puede influir sin Austria en Oriente, puesto que debe combatir al mismo tiempo con Turquía y con Inglaterra, y debe excitar los griegos á la independencia, pero no hasta el punto de que eclipsen á los eslavos. Exactamente lo mismo que ahora. Y no es mucho, pues épocas más remotas se reproducen y casi se renuevan en estos nuestros dias. Hace poco, embargado con el aspecto que ofrece la cuestion religiosa á nuestra misma vista, estudiaba yo con atencion religiosa una época muy apartada de nosotros, muy diversa

de la nuestra y á la nuestra muy contraria, por su carácter religioso, artístico y científico: la época en que la pintura se llama Rafael, la ciencia Erasmo y Vives, la poesía Ariosto, la política Borgia ó Maquiavelo, la escultura Miguel Angel, la elocuencia Savonarola, el pontificado Leon X, la monarquía Cárlos V, la arquitectura Brunelleschi, la revolucion Lutero y la reaccion Ignacio de Loyola. Es la edad en que los Concilios de Basilea y de Constanza condensan las ideas revolucionarias; en que las Academias de Florencia resucitan la antigüedad; en que los artistas encuentran en las ruinas de Roma la estatua clásica y la coronan con la aureola católica; en que Vasco de Gama resucita la tierra de lo pasado, donde han nacido los dioses, y Colon encuentra la tierra de lo porvenir, adonde van á desaguar todas las ideas; en que Copérnico revela el cielo, y la universal agitacion del espíritu humano revela tambien todo el poder de la humana conciencia.

Y sin embargo, historiando la segunda mitad del siglo décimoquinto y la primera del siglo décimosexto, historiamos los aspectos principales del problema religioso, tal como hoy está planteado en todo el mundo cristiano. Entónces el Concilio de Florencia trató la naturaleza de ese cisma griego, que se extendió y se arraigó

en los pueblos del Norte y del Oriente de Europa, merced á la caida en poder de los turcos de esa Constantinopla próxima hoy á entrar de nuevo en poder de los cristianos. Entónces la reforma moderna de Lutero fundó la Iglesia protestante y monárquica de Alemania, y la Iglesia aristocrática y parlamentaria de Inglaterra, tan poderosa la una en el centro de Europa, y tan influyente la otra en todos los pueblos liberales del mundo.

Entónces Zuinglio y Calvino predicaron en Suiza el protestantismo democrático, que educó á los cantones helvéticos, á los republicanos holandeses, á los peregrinos de Inglaterra y á los profetas de la democracia en el Norte de América. Entónces Savonarola recogió la pura tradicion evangélica en los labios mismos de Cristo, resucitado nuevamente por sus éxtasis y traido del cielo á la tierra al llamamiento de sus oraciones; esa tradicion evangélica, por la cual San Benito desarmó con las ideas el mundo de la barbarie, y San Francisco llevó la democracia al seno del feudalismo; esa tradicion evocada en San Márcos de Florencia para demostrar cómo la libertad y la república y las instituciones democráticas son compatibles con el catolicismo; de suerte que entónces nació tambien la escuela católica liberal, á cuya doctrina han pertenecido

tantas grandes almas, y que parece abrirse ahora paso desde la conciencia solitaria de algunos pensadores aislados á las alturas mismas del trono pontificio. Entónces se fundó tambien por Ignacio de Loyola ese catolicismo probabilista, jesuítico, casuístico, ultramontano, absolutista, cuyas dos últimas fórmulas han sido el *Syllabus* y la infalibilidad de los papas. ¿No os parece estudiar los mismos problemas y asistir á las mismas agitaciones de nuestro tiempo?

Así puede comprenderse que suceda igual fenómeno en la cuestion de Oriente. En 1769 sigue Federico de Prusia proceder muy semejante al que siguió Bismarck en 1875, al comienzo de la guerra oriental, sosteniendo por un lado á Rusia y por otro lado maquinando contra Rusia. Dirigíanse entónces á Prusia el Imperio moscovita y el Imperio austriaco, cual hoy se han dirigido al Imperio aleman. Como Bismarck, Federico se desligaba más de los dos Imperios aliados en el fondo, siempre que aparecia con ellos más unido en la apariencia y en la forma. Entónces los rusos triunfaron difícilmente en Khotin sobre los turcos, á la manera que ahora han triunfado difícilmente en Plewna, y á consecuencia de este triunfo difícil, fueron dueños de Moldavia y Valaquia, como ahora dueños de Bulgaria. En 1770, Kaunistz, el primer ministro de Austria, hace lo

mismo que acaba de hacer un siglo más tarde Andrassy: halaga fingidamente á Francia, como Andrassy halaga fingidamente á Inglaterra, y concluye por irse en definitiva con Prusia, por buscar en Oriente, más que un límite á la ambicion rusa ó una garantía á la conservacion del Imperio turco, un pasto á las propias ambiciones y una base á su futura grandeza. No acabariamos nunca si hubiéramos de referir á la menuda todas las analogías existentes entre la cuestion oriental como se encontraba en el siglo pasado, y la cuestion oriental como se encuentra en nuestro siglo. Limitémonos, á guisa de secos cronistas, limitémonos á narrar los más recientes sucesos.

Ninguno tan curioso como el combate diplomático empeñado entre el Embajador de Inglaterra y el Sultan de Constantinopla. Un turco, perteneciente á las castas teocráticas del Imperio, cayó en el singular atrevimiento ¡caso rarísimo en Turquía! de traducir á su lengua los libros santos, sin duda con ánimo y propósito de esparcir doctrina tan austera como la doctrina protestante en mongoles tan mahometanos como los vasallos de la Puerta. Un luterano, sobre todo si pertenece á la Iglesia de Inglaterra, no duda nunca de la virtud de su propaganda. Lo mismo se dirige al chino, casi privado de toda nocion devota, que al indio, circuido de dioses

tan numerosos como las gotas de agua que componen los caudales del Gánges. Con la misma fe entrará á buscar un nubio en las ruinas de Egipto, que un malayo en las selvas de los archipiélagos asiáticos. Yo los he visto, bajo el cielo más espléndido de España y á la puerta de las catedrales más magníficas, alargar á gentes ahumadas de incienso y extáticas á los acentos del órgano, libros, que rechazaban como una horrible tentacion al pecado. Hombres de esta fe ya pueden creer que la Biblia entrará en el corazon de los mahometanos, donde anidan de antiguo el patriarca Abrahan, el ángel Gabriel y otros personajes bíblicos. Cuando estudiais los orígenes del islamismo, sentis indudable extrañeza, considerando cómo aquellos nómadas de Arabia, que veian refugiarse en sus desiertos y en sus oásis tantos judíos ortodoxos y alejandrinos, tantos herejes de todas procedencias, tantos cristianos de todas sectas, tantos pensadores que sacudian de su manto el polvo de lejanas tierras, y de su mente las ideas de lejanas iglesias, tantos misioneros de creencias diversas, permanecieron indiferentes á pesar del poco apego que tenian á sus ídolos, y sólo se exaltaron y se movieron á la voz de un Profeta, cuya doctrina cuadraba tan perfectamente á la particular índole de su naturaleza y á la genuina inspiracion de su genio. Y

áun hay una gran distancia entre los árabes puros y estos mongoles, que forman la raíz verdadera de la gente turca. Los que con tanta facilidad abandonaron el budismo por el mahometismo, y luégo con tanta dificultad abandonan el mahometismo, han hallado en esta religion el centro de sus almas. El paraíso material rebosante de placeres, poblado por las huríes, cuya saliva endulzaba los mares, y cuyo amor excluia el cansancio y el hastío, aparece como ideado con el pensamiento puesto en la raza materialista y voluptuosa que compone hoy el sacerdocio más puro y el ejército más entusiasta del Islam. Por consecuencia, como no hay miedo de que abandonen el Koran, reconozcamos dos cosas : primera, el candor de los traductores de Biblias al turco, y segunda, la inutilidad de las leyes preventivas dadas por los Sultanes para preservar á su tenacísimo pueblo de las apostasías.

Y un pastor aleman, Kolle, ha creido útil traducir la Biblia al turco, y un molah, Tewfik, la ha traducido, y un prefecto de policía turco, Hafiz, ha castigado al molah, y un embajador de Inglaterra, Layard, ha pedido los papeles del pastor, la libertad del molah, y las penas más severas para el prefecto, so amenaza de abandonar, en caso de no encontrar satisfaccion, la embajada y romper las relaciones de Inglaterra con

Turquía. Los turcos, que la echan, y con razon, de hábiles diplomáticos, y que saben, como si los tuvieran escritos en la uña, sus derechos y los límites de estos derechos, objetaron que no veian razon valedera para que un extranjero protegiese á un súbdito turco, ni un embajador inglés reclamase por un sacerdote aleman. Afortunadamente para Mr. Layard, intervino en sazon oportuna el Embajador de Alemania, pues entre visitas ofrecidas y luégo revocadas por unos, entre audiencias dadas y luégo negadas por otros, entre notas más ó ménos apremiantes y defensas más ó ménos fundadas, el asunto se iba terriblemente enmarañando en dificultades insalvables. Parece que los papeles se le han devuelto al pastor, que el castigo se le ha remitido al molah, que la prefectura se ha quedado con su prefecto, y que el Embajador ha puesto su último empeño en que se dieran algunas excusas por el Gobierno, dadas ya oficialmente. Y creo que esta reclamacion equivale á la gota mínima de agua por la cual se vierte un vaso rebosante. Inglaterra está empeñada en que Turquía reforme su política y su administracion, pero la reforma nunca llega. Hay pueblos que saben morirse y no saben reformarse. Todos los proyectos más sabios se han perdido en cuanto han llegado á la práctica. Todas las Constituciones más avanza-

das se han desvanecido con el humo y el estampido de los cañonazos que anunciaban su promulgacion. La jóven Turquía, que se asemejaba á un retoño de primavera en un árbol de cien siglos, se ha podrido con la pobre sávia y la triste carcoma de que brotára. Tener legislaciones inmóviles, inspiradas por una sabiduría infalible, códigos fundados en la divina omnipotencia, política consagrada por la religion, y luégo pedir reformas y más reformas á quien se cree eterno, sobrenatural, impecable, ¡ah! es uno de los mayores desvaríos que acaricia hoy la diplomacia europea. El tiempo puede tender sus velos sobre estas instituciones seculares y mitigarlas un poco; pero no hay medio de reformarlas cuando se necesita destruirlas. Podeis pedir al Sultan que borre la sujecion aparente de Rumanía, que reconozca un nuevo reino en la Sérvia, que arrastre sus albaneses hasta el pobre trono alzado en la montaña negra, que entregue la Bulgaria al primer príncipe designado por Rusia, y que deje la Rumelia á cargo de una administracion diplomática, y la antigua Chipre á cargo de una administracion europea, pero no podeis pedirle que reforme, por ser la reforma, no sólo superior á sus fuerzas, sino incompatible con su existencia.

Ahí teneis al Sultan en su kiosko de las estre-

llas, desde el cual se descubre panorama tan espléndido como su antiguo Imperio, gallarda muestra de la Naturaleza, tan sujeta á la fatalidad como su conciencia musulmana. En otro tiempo reinaban allí la autoridad y la fuerza, y se abria completamente á las caricias del aire y al culto de los hombres. Hoy triple muro lo rodea; treinta mil soldados lo guardan; vana sombra de antiguos emperadores, personificada en un débil jóven, lo habita; y el Kran, y la Sublime Puerta, y el Mambein lleno de servidores, y el Haren lleno de odaliscas, y los eunucos negros, y los trescientos cocineros, y los cuatro mil dependientes que comen de sus sobras, y el lujo oriental, y la riqueza incalculable que áun queda por su palacio, como los resplandores del dia sobre el ocaso, no han logrado reanimar esa grandeza, perdida por incompatible con el espíritu de nuestro siglo, y por contraria radicalmente á la libertad del hombre, una de las primeras leyes de Dios.

Al verle decaido, trémulo, enteco; guardado contra sus propios vasallos; reducido á pedir proteccion á las naciones extranjeras; rodeado de un ejército que le atribuye su hambre y sus derrotas, y de un sacerdocio que lo aclama en sus plegarias públicas y lo maldice en sus conversaciones secretas; puesto en la necesidad de oir cómo cada dia se emancipa de su tutela histórica uno

de sus pueblos siervos, y se cae de su diadema imperial uno de sus preciados diamantes; áun el ánimo más cierto de que tamañas desgracias son merecidas, duélese considerando cómo representa más que por sus propias culpas, por culpas de sus antepasados y de sus creencias, este decaimiento, el cual deja en los Honorios y en los Augústulos, en la última de las grandes familias, una mancha indeleble y una desgracia inevitable, cuya duracion se confunde con la duracion misma de la Historia.

Mirad : la Grecia le pide el Epiro y la Macedonia; Rusia le arranca la presa de Bulgaria; Austria se cierne sobre Salónica, despues de haberle desposeido de Bosnia y Herzegovina; Sérvia y Rumanía le niegan hasta el antiguo nominal vasallaje; el Montenegro le obliga tristemente á que vuelva las armas contra los mismos fieles á su bandera; hasta sus amigos históricos se quedan con Chipre; y si la última guerra ha pasado el Danubio y los Balkanes, la próxima llegará hasta el Bósforo y le obligará necesariamente á volverse á sus tierras del Asia. No hay salvacion; no puede haberla para el Imperio turco en Europa.

EL IMPERIO ALEMAN

Y

EL IMPERIO BRITÁNICO.

Si el Imperio turco está en decadencia, el Imperio aleman está en auge. ¡Contrarios y extraños destinos! Este Imperio germánico nació bajo el ala maternal de la Iglesia, en los tiempos más tristes y oscuros de la Edad Media. Los carlovingios, que en la Noche-buena del año 800 recibieron la corona imperial, guardada por el Papa entre las ruinas de Roma, dejáronla caer de sus sienes en ménos de un siglo. Y los papas, que por su ministerio universal, por su carácter cosmopolita, por sus luchas internas con Italia, necesitaban de un poder extranjero, entregaron á los Othones de Sajonia el título brillante llevado desde Carlo Magno por los sucesores de Clodoveo de Francia. Agapito II, si no estoy trascordado, fué el primero en conocer la necesidad que tenía, para contrastar el poder del patriciado laico sobre el

trono pontificio, de un magnate poderoso y lejano que le diese su fuerza y no le molestase con su presencia. Y así entra en escena, al mediar el siglo décimo, la gran fuerza política llamada Imperio aleman, que, disgregada y dividida del Imperio carlovingio, venía, rebasando los Alpes, á posesionarse de la direccion política de toda Europa, merced á los conjuros de la Iglesia.

Señora del espíritu, la Roma católica llamaba necesariamente á su regazo á todos los hombres, sin distincion de familia, de raza ni de naciones; y señora tambien de un territorio reducido y limitado á las necesidades de la política diaria, debia combatir como reina á los mismos á quienes debia amar y bendecir como madre. En los tiempos feudales, tiempos de guerra, el poder político de los Papas sosteníase por la fuerza y amparábase tras el seguro de las armas. No consentia tal cosa la naturaleza del poder espiritual, y de aquí una contradiccion permanente ó un conflicto perpétuo entre los deberes del Pontífice y los deberes del Rey. Así, todos los príncipes extranjeros fueron llamados á Italia por los Papas reyes. Si los primeros Pontífices la preservaron de las irrupciones bárbaras, y si no la preservaron, supieron de tal suerte endulzar estas grandes calamidades, que se modificáran á su prestigio y cedieran á su poder moral; luégo las invasiones len-

tas, contínuas, tenaces, pertenecen exclusivamente á los Papas. Leon III corona á Carlo Magno. Estéban IV llama á Ludovico Pío. Pascual I exalta á Lotario. Sergio II invoca al rey Luis II, á quien Leon IV corona Emperador. Benedicto III convierte los ojos á Bizancio. Juan VIII exalta á Cárlos el Calvo y á Cárlos el Craso. Formoso conjura á Arnolfo para que se mueva contra Roma. Juan IX se esfuerza para asegurar el dominio de Lamberto. Benedicto IV corona á Ludovico de Provenza. Juan X ofrece al inquieto Berenguer la corona imperial. Juan XI trae al rey Hugo hasta el castillo de San Angello, y Juan XII, hijo de Alberico, desmintiendo la política de su padre, llama á los alemanes y funda el nuevo Imperio germánico, protector de la Roma católica, que tan funesto debia ser en el trascurso de los tiempos á toda la gente latina.

Así, el Imperio aleman ha sido hasta Meternich, hasta nuestros dias, á un tiempo la oposicion y la fuerza de la Iglesia. Por circunstancias históricas, de todos alcanzadas, el antiguo Imperio católico ha pasado á una dinastía protestante. El humilde elector del Brandeburgo ha eclipsado al César de Austria. ¿Por qué? Porque desde el siglo décimosexto ha representado, así en los conflictos que sucedieron á la Reforma, como en los conflictos que engendraron la paz de West-

phalia, así en el siglo décimosexto como en el siglo décimoséptimo, así en el siglo décimoséptimo como en el siglo décimooctavo, el representante de las ideas y del espíritu moderno. El Príncipe de Bismarck parece que olvida muchas veces semejante tradicion, pues la combate hoy con sus tendencias económicas y con sus tendencias políticas. Las leyes dadas con motivo de la agitacion socialista, leyes enteramente reaccionarias, léjos de embotarse y perder sus filos con la ausencia del peligro, se recrudecen y se enconan. Y por este camino, sobre todo si el Austria perseverára en su política liberal y parlamentaria, puede irse muy léjos. Es menester que el solitario de la Pomerania, semejante, en su retiro, á un pensamiento abstracto y á una voluntad ciega semejante á las fuerzas ciegas de la Naturaleza, baje de ese aire irrespirable de las alturas al valle, para sentir una verdad idéntica en el fondo, aunque opuesta en la forma á la verdad, que empieza hoy á olvidar la nacion, su enemiga y su víctima. La República francesa será conservadora, ó no será; y no será, si no es liberal, y progresivo, y avanzado, por no decir revolucionario, el Imperio aleman, á quien puede perder todavía el mismo que lo ha hecho.

El movimiento de la política europea entra en período regular de relativa calma, tras tantas

amenazas de guerra como provenian de arriba, y tantas perturbaciones como abajo se arremolinaban, á causa de las leyes de armamento convenidas por los Gobiernos de Alemania y Austria, y propuestas ó votadas en las últimas legislaturas parlamentarias. Las palabras del emperador Guillermo dándonos un año entero de respiro; la revolucion interior de Rusia impidiendo todas las agresiones moscovitas en Oriente; la inteligencia entre los Gobiernos de Viena y de Berlin embarazando á uno y otro para moverse con libertad en los preliminares de cualquier empresa y en los campos de cualquier guerra; la necesidad que tienen: Italia, de su interior reconstitucion; Francia, de su República pacífica; Inglaterra, de su comercio y de sus dominios, nos aseguran, con grande seguridad, una época de paz, más ó ménos duradera, benéfica siempre á los intereses públicos, y bastante á restañar las enconadas y cancerosas llagas de tantas crudas heridas como nos han abierto las recientes y pavorosas catástrofes que todavía tienen el suelo teñido de sangre, el aire cargado de miasmas, los corazones llenos de ódio, y las conciencias oscurecidas por espesas y letales sombras. Un año de respiro es un año de respiro, y ya verémos cómo llegamos á términos de que puedan evitarse nuevos conflictos y robustecer las insti-

tuciones liberales en el progreso pacífico del trabajo, que todo lo trasforma, y en el comercio de los intereses y de las ideas, que renuevan casi la faz del planeta é impulsan con verdadero empuje hácia adelante las sociedades humanas.

El interes de la política europea se concentra en las elecciones inglesas, no solamente por el combate á muerte entre el partido liberal y el partido conservador, sino por la complicacion de los asuntos británicos, cual en ningun otro tiempo, con todos los asuntos europeos. Los liberales recuerdan, y recuerdan con razon, que la nueva Inglaterra se debe á las reformas, concebidas por su inteligencia innovadora, y aceptadas tarde y de mal grado por los conservadores, cuando se han visto á dos dedos de revoluciones parecidas á la del continente, ó bien por su ciega oposicion, ó bien por su punible resistencia. Los conservadores, á su vez, dicen que la política liberal, inspirada en la escuela de Manchester, proponia una abstencion rayana de la indiferencia é incompatible con el poder y el influjo de Inglaterra. Dicen los liberales que la abstencion suya, tan cacareada, no ha debido ser sistemática en el grado supuesto por sus enemigos, cuando lograron, durante la última guerra franco-prusiana, llevar á las dos partes beligerantes á formar un convenio que asegurára la independencia y la

autonomía de Bélgica, miéntras los conservadores, con todas sus alharacas y todas sus promesas, no han podido, en el último conflicto europeo, asegurar la independencia y la libertad de Turquía. Y, verdaderamente, una reflexion salta á la vista en cuanto se convierte á contemplar la política británica de este largo período, una reflexion de extremada sencillez y de absoluta verdad. El predominio inglés, tal como los conservadores de hoy lo entienden, aprovechará mucho á Inglaterra, pero aprovecha bien poco al resto de Europa. Cuando los ingleses de otros tiempos recababan el predominio inglés, sabian dar á su obra los eternales fundamentos y bases de las ideas, sobre las cuales se funda y se fundará eternamente lo sólido y lo duradero en el mundo. Predominio inglés era tanto como decir apoyo á los cristinos contra los carlistas en España; apoyo á los patriotas contra el rey Bomba en Nápoles; apoyo á los liberales contra los miguelistas en Portugal; apoyo á la independencia, á la autonomía, á la libertad de Bélgica; apoyo en todas partes y por todos los medios imaginables al régimen constitucional en todo el continente europeo, trasformado sin duda merced á su iniciativa y á su influencia. Entónces contaba esta obra de progreso con el auxilio de toda la opinion liberal europea. Pero hoy dia, cuando no se

invoca ningun principio, cuando no se acaricia ningun ideal, cuando no se mira á ningun norte; hoy dia, en que la toma de Chipre sólo quiere decir aumento de riqueza y de patrimonio, la ocupacion del Herat lo mismo, las guerras con las tribus del África lo mismo; en esta coyuntura, el egoista predominio inglés, soñado por la viva fantasía de un novelista más ó ménos brillante, podrá seducir y cautivar á los ingleses, pero de ninguna suerte al mundo entero, que se mueve al vapor de más claras y, sobre todo, de más progresivas ideas.

Comprendiendo esto, los conservadores han querido interesar á todos los Gobiernos en su victoria, ya que por la victoria de los liberales se interesan todos los pueblos. Y queriendo interesar á todos los Gobiernos, han traido en su auxilio la prensa alemana del Norte, y lo que es más grave y más inexplicable, la persona misma del Emperador de Austria. Parece que éste habia dicho al Embajador inglés cuánto le complaceria la victoria de los conservadores, y si no se lo habia dicho, lo contó el Embajador en todas partes. A tal agresion, Gladstone, cuya verde inteligencia conserva aún la lozanía de los primeros años, arremetió á fondo con coraje, en elocuente arenga, á la casa de Hapsburgo, y la puso como digan dueñas, segun la frase consa-

grada por nuestros clásicos. Mal ha parecido á los conservadores europeos que un Presidente del Gobierno inglés maltratára al Soberano de una nacion amiga; pero peor, mucho peor les ha parecido á todas las gentes de sentido comun en Europa que el Soberano de amiga nacion haya intervenido en los asuntos ingleses, y mostrado su preferencia por uno de los bandos en guerra, cosa que le vedan los más rudimentarios deberes de su posicion y las más sencillas exigencias de su autoridad y su soberanía. Gladstone habrá podido correrse un tanto al escozor de la herida, pero el Emperador se ha olvidado por completo de sí mismo. Despues de todo, si el grande orador inglés ha dicho que la casa de Austria se ha opuesto en todas partes á la libertad, ha dicho un axioma histórico, plenamente confirmado por la eterna sucesion de los siglos. La casa de Austria quiso ahogar á Suiza en su cuna y detener á Italia en su desarrollo; la casa de Austria descabezó las libertades castellanas en el patíbulo de Padilla, y las libertades aragonesas en el patíbulo de Lanuza; la casa de Austria persiguió á muerte todas las regiones alemanas, que nacian avivadas por las llamas del espíritu moderno; la casa de Austria combatió la libertad religiosa en Bélgica y Holanda; la casa de Austria devoró un gran fragmento de la infeliz Polonia en su terrible

crucifixion; la casa de Austria fué el carcelero de Hungría, de Milan y de Venecia, y el verdugo á quien la Santa Alianza entregó el triste ministerio de inmolar á cuantos pueblos se levantaban en el mundo por la necesaria reivindicacion de su derecho, siendo, por tanto, la antítesis de todas las afirmaciones liberales, la contradiccion de todos los movimientos progresivos, la triste sombra en el animado cuadro de la vida moderna, el águila que ha roido nuestras entrañas y que ha paralizado por largos siglos la necesaria resurreccion de Europa. Si el gran orador inglés ha indicado todo esto, con sólo indicarlo ha dicho una verdad que será repetida por todas las generaciones en toda la redondez de la tierra y en toda la sucesion de los siglos: que son eternos, para las dinastías reaccionarias, los profundos infiernos de la Historia.

La agitacion electoral toma grandes proporciones, á pesar del escaso tiempo que trascurrirá entre la disolucion del antiguo Parlamento y la convocatoria del nuevo. El Presidente del Consejo ha escrito una carta, encareciendo su política, que es la política del engrandecimiento británico. El jefe oficial de las fuerzas liberales en el Parlamento, M. Hartingthon, ha acusado al Gobierno inglés como parte de una alianza diplomática dirigida contra el Gobierno de la Re-

pública francesa. El elocuentísimo orador mister Brigth, que pertenece á la estirpe gloriosa de los genios, cuya palabra ilustrára los anales británicos, ha contado con detenimiento todos los progresos traidos á la vieja Inglaterra por el partido liberal, que ha emancipado el pensamiento y la conciencia; que ha avivado nuevas clases en el seno de la representacion nacional y en los regazos del derecho moderno; que ha sabido dulcificar leyes demasiado duras, destruir privilegios demasiado absurdos, elevar el ideal de justicia, traer á una nacion puramente aristocrática, sin daño, ni del órden ni de la autoridad, una vivaz y ardiente democracia, cuyas fuerzas y cuyas ideas renovarán desde la tierra hasta la conciencia en su augusta y vieja patria. Y Mr. Gladstone, á su vez, ha podido decir que él ha libertado á Irlanda de su antigua y tiránica Iglesia protestante; que él ha comenzado, con sus leyes territoriales, á resolver el problema social irlandes, tan amenazado por los conservadores; que él ha sabido juntar en el ejército todas las clases de la nacion británica, separadas por tantos y tan terribles y tan absurdos privilegios. No sabemos si triunfará el partido liberal; quizás el predominio de los intereses de un dia sobre los intereses de todos los tiempos le quiten su palma y su corona; pero sí sabemos que la representa-

cion de los conservadores disminuirá mucho en el próximo Parlamento, y que, al ingresar de nuevo el partido de nuestras preferencias en el poder, por lo mismo que habrá tardado algun tiempo, ingresará robustecido.

Tomada Plewna, la marcha de Rusia ha sido marcha triunfal, sin que ningun obstáculo pueda detenerla. Con el Cuadrilátero al flanco izquierdo, pero imposibilitado de hacer daño; con la cordillera de los Balkanes, sobrepujada y rebasada; sin ningun ejército considerable que intente, no ya cerrarles el paso, pero ni siquiera detenerles un momento en su camino, Tracia, desde Andrinópolis á Constantinopla, como despojo queda hoy de la arbitrariedad del vencedor, cuyas legiones, á su grado, podrán retroceder ó adelantar, sin otra inspiracion que la del propio instinto, ni otro cuidado que el de los propios intereses. Diríase que asistimos á las invasiones de los primeros tiempos de la Historia, cuando un pueblo se lanzaba sobre otro pueblo como una fiera sobre otra fiera, y deshaciéndolo y triturándolo, arrojaba sus restos á los piés del sacrificador, para que los devorase y los consumiese en las hogueras consagradas á sus antropófagos ídolos. Las invasiones de Atila, precedidas por los atambores mágicos en aquellos carros de guerra donde erraba aullando un pueblo nómada,

todo él en armas, no aterraron á los latinos como aterran á los turcos estas invasiones de eslavos. Antes que aguardar á sus conquistadores, prefieren los otomanos recibir la muerte. Se les ve á bandadas, llevando sobre sus hombros las reliquias más queridas y los objetos más preciosos, con sus hijuelos desnudos delante, con sus mujeres maltrechas y aspeadas á la espalda, errar por los desiertos de hielo, extraviándose en los caminos, borrados por las inclemencias de la estacion, hasta morir con maldiciones terribles en los labios al estrago del frio, de la desesperacion y del hambre. Cuentan que, hace pocos dias, partíase inmenso tren de una de las ciudades intermedias entre el Bósforo y los Balkanes. La poblacion, para la guerra inservible, queria irse toda entera, y clamaba con siniestros clamores, á fin de impedir que la dejasen allí á merced del ejército conquistador. Pero ¿cómo un tren, ni dos, ni tres pueden trasportar una poblacion entera? Los que temian quedarse echábanse en tierra y ponian sus cabezas en el frio hierro de la vía, prefiriendo que el empuje de las locomotoras los aplastase á que los encontrára la enemiga venganza. Y miéntras tanto, el ruso avanza y amenaza á un tiempo Galípoli y Constantinopla.

¿Qué hace Inglaterra? Paralizada por los discursos de la oposicion, dividida entre las ideas

tradicionales de su política y los nuevos sentimientos de sus tribunos; en verdad, no sabe qué hacer ni cómo arreglárselas para arbitrar alguna manera de intervencion más ó ménos directa en el problema de Oriente, capitalísimo para sus intereses y para su prestigio. El Parlamento se reune á deshora, lo cual prueba ciertas inquietudes, y el Gobierno se aprovecha de la apertura para afirmar su neutralidad. Naturalmente, al oir esto, la oposicion pregunta por qué, si tanto persiste el Gobierno en su anterior proceder, convoca en sazon tan intempestiva las Cámaras. Y se publica la correspondencia diplomática, y se ve en su publicacion cómo por un lado quisiera seguir Inglaterra las tradiciones de su diplomacia, y por otro lado satisfacer las exigencias de su oposicion. Impedir el avance de los rusos y la guerra á un mismo tiempo sería todo su ideal. Pero los rusos, sabiendo cuán poco deben temer de su antigua rival, avanzan deseosos de ilustrar este su siglo con una entrada en Constantinopla; deseo que coincide con las primeras leyendas de su historia y con los primeros mitos de su nacionalidad. No sabiendo qué hacer el Ministerio, acude á la Reina misma en persona, y la obliga imprudentemente á que telegrafie al vencedor un ruego en pro del vencido. En los torbellinos de la guerra, cuando se rige nacion como Inglaterra, valen las amena-

zas y no valen cosa alguna las súplicas. El Czar siente que la Reina ruegue, por lo mismo que él no puede acceder. En vano preguntan los diputados qué dice la respuesta á semejante demanda; en vano qué proposiciones de paz guarda *in pectore* el triunfador; la *Cancillería Británica* parece un periódico pobre y vulgar, completamente falto de noticias. Si en vez de pasar la guerra en el Bósforo, teatro ántes principalísimo de la influencia británica, pasára en la luna, quizás tuviera más medios de saber y de influir el *Foreing-Office.* Jamas se vió tanta decadencia y tanta resignacion al mismo tiempo. Todas las naciones que últimamente han descendido, Francia, Austria, la humilde Dinamarca, descendieron combatiendo. Solamente á la Inglaterra de nuestro tiempo le reservaba el destino tamaña caida sin que fuera acompañada de ninguna protesta. El pueblo inglés se ha procurado singular consuelo á su desgracia singularísima, como decir que ningun interes suyo se encuentra comprometido en la toma de Constantinopla. Que pasen, pues, en buen hora los Balkanes; que tomen á Andrinópolis; que conquisten toda la Tracia; que se queden con una parte considerable de la Armenia; que reincorporen á su Imperio la Besarabia; que aumenten la Rumanía con la Dobroutzka; que emancipen la Sérvia y la acrecienten con los despojos de Turquía; que dila-

ten hasta las riberas del Mediterráneo la dominacion del Montenegro; que entreguen al Austria la Bosnia y la Herzegovina; que dominen el Golfo Pérsico; que acaparen los Estrechos; todo esto no le importa cosa á la flema británica, pues no llega directamente, ni á la India ni á la Irlanda.

Ya sabemos lo que hace Inglaterra; veamos lo que va á hacer la segunda potencia más interesada en este conflicto; veamos lo que va á hacer el Austria. Interésale á Inglaterra el paso por los Estrechos, la libertad del Golfo Pérsico; interésale al Austria el paso por el Danubio, la libertad de sus várias desembocaduras en el mar Negro. Interésale á Inglaterra, poseedora del Imperio índico, que ningun pueblo aventaje su influencia en Asia; interésale al Austria, soberana de tantas naciones eslavas, que ningun pueblo vincule y amortice la exclusiva representacion del eslavismo. No se puede tocar á Gallípoli ni á Constantinopla sin que la prepotencia marítima de Inglaterra se conmueva; no se puede tocar á ninguno de los principados danubianos sin que la prepotencia territorial del Austria se conmueva tambien. De aquí un fenómeno extraño, el fenómeno de que sean los dos únicos veladores de Turquía en la tierra, por una antigua tradicion, el pueblo inglés y el pueblo austriaco. La gran Austria habia dicho á cuantos se educaron en el

ódio á su antigua política reaccionaria, y movidos de este ódio deseaban su desaparicion casi del mapa europeo, que áun le quedaba un gran ministerio político: iniciar en la civilizacion y en la libertad á los pueblos eslavos, oponiéndose á la autocrática influencia rusa y reemplazándola por la civilizadora y liberal influencia germánica. Así, en el dia de sus grandes desventuras, cuando le arrancaban las hermosas llanuras de Lombardía y las prestigiosísimas costas de Venecia; cuando le obligaban á reconocer la independencia de Hungría; cuando la amenazaban con erigir de sus fragmentos nuevos reinos como Bohemia, y con anexionar los habitantes del Ducado de Austria al imperio á quien pertenecen integralmente, al Imperio aleman; defendíase la antigua monarquía de Meternich, recordando su poder en la raza eslava, su ministerio de educacion y de progreso en esos pueblos, que, abandonados por ella, iban á caer de hinojos ante Rusia, agrandada por tal hecho en términos que sería á las puertas del Occidente europeo, como el antiguo Imperio meda á la puerta de las confederaciones helénicas, un eterno peligro. Y sin embargo, ahora deja que Rusia se incorpore moral y materialmente casi la Rumanía; que el inmenso espacio extendido entre el Danubio y los Balkanes quede, por la fundacion de esa Bulgaria, reino independiente en

apariencia, y en realidad provincia moscovita, quede, iba diciendo, como un puente inmenso echado para ir con toda facilidad la ambicion rusa con su fantasma panslavista desde las orillas del Neva hasta las orillas del Bósforo. ¿Qué se han hecho aquellos húngaros, tan enemigos de Rusia y tan contrarios á todas las maquinaciones eslavas? Pues no pueden desconocerlo ni dudarlo. Al levantamiento de los bosniacos, de los búlgaros, de los servios, de los montenegrinos, de todos esos enemigos del Imperio turco, sucederán los levantamientos de los bohemios, de los croatas, de los ruthenos, de todos los eslavos enemigos del Imperio austriaco; que nada hay en el mundo tan contagioso como las revoluciones. Ahora el Imperio austro-húngaro se callará, porque recibe en premio de su inercia y de su silencio la Bosnia y la Herzegovina; pero más tarde, cuando los sucesos presentes tomen todo su desarrollo y las ideas sembradas den todas sus consecuencias, verá que con ese aumento de territorio no ha hecho ni podido hacer otra cosa más que aumentar su debilidad en los inmensos é inenarrables conflictos de un próximo é inevitable porvenir. ¡Que Dios salve al Occidente de Europa!

LOS ESLAVOS DE AUSTRIA.

Fortalecido el Gobierno frances, veamos qué le sucede al Gobierno austriaco, digno de atencion y estudio bajo muchos y muy varios aspectos. Ya hace tiempo que el ministro Andrassy dejó el poder y que le reemplazó el ministro Taafe. Pues en este largo tiempo no ha podido todavía constituir un ministerio. Y no ha podido constituirlo, porque en Austria, como en Italia y hasta en Francia, la Cámara alta se encuentra en disidencia con la Cámara baja; mas, al reves de Italia y Francia, ostenta tendencias mucho más liberales y mucho más progresivas la alta que la baja Cámara. Si el Gobierno resulta muy conservador, oposicion segura en el Senado; y si resulta muy liberal, oposicion más segura todavía en el Congreso. Para evitarse las contingencias de cualquiera de estas oposiciones, ha encontrado el Ministerio un recurso: quedarse incompleto. Y anda así, con muchas carteras ménos hace ya dias, debili-

tando su autoridad é imbuyendo la creencia de que carece absolutamente de facultades nutritivas, y de que está condenado á morir sin tocar en el término necesario de la madurez y del crecimiento. Cierto que la flexibilidad austriaca promete maravillas, pues la izquierda del Congreso, al tratar las cuestiones referentes al número del ejército, ha encontrado trazas de vencerse á sí misma, dividiéndose en várias fracciones, á fin de aparecer con la doble inconciliable naturaleza de oposicion y ministerial. ¡Ah! El asunto de los asuntos hoy se compendia en el reino de Bohemia, poco satisfecho de la suerte que le han deparado, y decidido á reivindicar su respectiva autonomía. Grave, gravísima la cuestion de esta singular nacionalidad, opresa por los alemanes tantos siglos, y enamorada, bajo su secular servidumbre, de la propia independencia. Centro geográfico de Europa; fortaleza natural á causa de sus montañas, erigidas entre llanuras inmensas cual muros y ciudades inexpugnables en espaciosos campamentos; con selvas que recuerdan las virgíneas y primitivas de América; con razas de una voluntad indomable y de una complexion valerosísima; Bohemia, en el mundo germánico disuelta, y unida tan sólo por estrecha lengua de tierra con sus hermanos de historia y de sangre, conserva indeleble el concepto de su personalidad superior, y

está resuelta, con resolucion de todo punto incontrastable, á hacer predominar este concepto en las asambleas de Austria y á hacerlo valer en los consejos de Europa. Mucho han hecho los alemanes para asimilarse á los bohemios ó cheques, pero no han podido conseguirlo.

Y parece cosa fácil su asimilacion cuando se convierten los ojos á un mapa y se observa que Bohemia está metida en tierras alemanas, como el corazon en las costillas, y que la rodean, de un lado, los austriacos, ó sea la Alemania del Mediodía, y de otro lado la Sajonia, ó sea la Alemania del Norte, y cuando se convierten los ojos á la Historia, y se observa que, así en la guerra de los treinta como en la guerra de los siete años; así en los antiguos conflictos entre el Austria semi-española y las regiones verdaderamente germánicas, como en las luchas de Federico el Grande y María Teresa, y en las luchas del rey Guillermo y el emperador Francisco José, Bohemia ha sido el punto estratégico por excelencia y el campo principal de batalla por necesidad. La constancia de los alemanes en asimilarse tal tierra y germanizarla sube de punto á medida que surgen mayores dificultades históricas; pero la resistencia de Bohemia raya en verdadera tenacidad. Iniciadora de la reforma protestante, á la cual se adelantó más de un siglo

por Juan Hus y Jerónimo de Praga, la guerra religiosa y la hoguera inquisitorial han podido arrancarle de la conciencia la fe y convertirla en feudo espiritual del catolicismo, pero no han podido arrancarle aquellos sentimientos arraigados en la complexion física y que dimanan de la Naturaleza misma; no han podido arrancarle el sentimiento de consanguinidad con su antigua raza y el sentimiento de amor á su histórica independencia. Cuando veis un hijo de Bohemia, lo confundis con un hijo de Alemania, por lo claro del color y lo rubio del cabello. Pero si os fijais un poco en su tipo, veréis los caractéres esenciales á la raza esclavona, como decian nuestros padres; veréis el cráneo más vasto, los pómulos más salientes, los ojos más vivos, la movilidad de la fisonomía mucho más pronunciada. En el siglo sexto se establecieron allí; en el siglo décimo se abrazaron al cristianismo. Retaguardia de las tribus indo-europeas, que componen las irrupciones germánicas, como los cimbrios y teutones fueron la vanguardia, un horror invencible sienten aún hácia los tártaros, sus enemigos históricos, hácia los turcos y los húngaros, como sienten un amor hácia sus hermanos, hácia los rusos y los pueblos todos de pura sangre eslava. Estos afectos promueven al cabo dificultades políticas sin cuento, superadas unas veces, y

otras insuperables. El húngaro, parte de la misma nacion que el cheque, viviendo bajo la misma bandera, sujeto al mismo Emperador; número necesario de la enorme suma llamada Estado austriaco, el húngaro pertenece á la raza mongólica, y odia de muerte al ruso, y se interesa con vivísimo interes por la conservacion del Imperio turco. Y esta oposicion de sentimientos origina larga serie de oposiciones políticas entre uno y otro reino, y entre estos reinos y el Imperio. Los hijos de Bohemia quieren á toda costa la independencia propia, como los hijos de Hungría. El recuerdo de Juan Ziska, de aquel general exterminador, les sostiene en tales pretensiones. Creen que va hoy mismo á levantarse en la mística montaña del Tabor, y presidido por el cáliz colgado de las banderas antiguas, va, ciego y desgraciado, pero implacable, al redoble del tambor forrado con las pieles de sus enemigos, á despertar las legiones de héroes y de mártires, cuyos sacrificios nuevos reproducirán los antiguos esfuerzos, consiguiendo levantar de su postracion la libertad y la patria. Y á estos sentimientos históricos, de los cuales no pueden prescindir en Europa los hombres políticos, suscítanse odios y enemistades, así contra húngaros como contra alemanes. Cuando visitais á Praga, llamada por Humboldt la cuarta ciudad de Euro-

pa, pues para él eran las tres primeras Constantinopla, Lisboa y Nápoles, lo que os enseñan principalmente es el sitio donde estaban los estercoleros, en cuyo cieno ahogaron y enterraron á los emisarios del Imperio que dieran, creo que allá por el año 1618, la extraña órden de tapiar todas las ventanas de la ciudad, comienzo terrible á la más espantosa y más desoladora de las guerras. Hoy el aleman constituye una parte principal de la sociedad en Bohemia, la clase media generalmente. Pero, en cambio, la aristocracia y el pueblo, el extremo social que manda y el extremo social que obedece, quien tiene el sentimiento y quien tiene la riqueza, lo más alto y lo más bajo, hablan la misma lengua, recuerdan la misma historia, entonan la misma música, su arte favorito, acarician el mismo ideal, y piden con grande empeño á su Emperador la antigua independencia. Podrán negarla hoy, pero tendrán que concederla más tarde, porque sentimientos tan arraigados no se ahogan, é ideas tan vivas no se apagan fácilmente. Lo que han hecho los austriacos con los húngaros, y los húngaros con los croatas, tendrán que hacerlo todos, austriacos, húngaros, croatas, quieran ó no, con la tenaz y decidida Bohemia. Estas grandes causas, que abraza un pueblo y que unas á otras se trasmiten cien generaciones, vencen siempre.

COMPLICACIONES RUSO-BRITÁNICAS.

Quéjase Bohemia en sus montañas, é Irlanda en sus mares. Las reformas del partido radical, no obstante haberse extendido desde la Iglesia hasta el campo y desde la conciencia hasta la propiedad, aparecen como nuevos paliativos sin verdadera eficacia. El hambre que reina por todas las regiones de la tierra céltica; la situacion de los propietarios, forzados á optar entre la tiranía ó la ruina; el malestar profundísimo de los colonos; la confusion babilónica que esteriliza los arrendamientos; las quejas que por doquier se oyen; las amenazas revolucionarias que en todos los horizontes centellean; todas estas concausas elevan la cuestion de Irlanda, en el concepto público, á la más grave quizás entre las gravísimas complicaciones europeas. Para mayor fatalidad, el representante principal de esta aspiracion, el ya célebre Parnell, ha pasado los mares y ha ido

á esa privilegiada tierra de América, en cuyos espacios las ideas resuenan con mayor resonancia cuando se dirigen á la libertad de los opresos y al castigo de los opresores. Á pesar de la voracidad con que aquella tierra vírgen y fecunda recoge las raíces de las razas asentadas recientemente en su seno, y les presta la savia y el jugo de su nativa democracia, no puede desconocerse ni negarse que, así como existe en los Estados Unidos una importante fraccion alemana, que ejerce en las elecciones decisivo influjo, existe tambien una importante fraccion irlandesa, compuesta de muchos millares de ciudadanos, y con una natural influencia, tanto por su orígen como por su número. Y no podrán, materialmente, pesar gran cosa en los asuntos irlandeses, pero moralmente pesarán mucho. Hablando la misma lengua; sintiendo al traves del espacio los mismos dolores; apoyados unos y otros, los irlandeses europeos y los irlandeses americanos, en el amor que hácia los desgraciados siente la gran rival de Inglaterra en el Océano; esta complicacion exterior agravará el gravísimo estado interior de la infeliz Irlanda, y obligará al Gobierno inglés, ó bien á una guerra violenta é injusta con súbditos quejosos, ó bien á reformas radicales, impropias de su carácter conservador y de sus compromisos históricos. Así el célebre

orador democráta Mr. Dilke ha podido decir en una frase gráfica, al examinar las innovaciones retóricamente ofrecidas por el discurso de la Corona para ántes de las elecciones, que no hará el Gobierno en seis meses lo que no ha querido ni podido hacer en seis años. En tal apuro, el gran novelista Disraelli continúa en su gran política novelesca; combate en los climas abrasadores del África, donde murió el más directo é inmediato retoño de los Bonapartes; combate en las mesetas frias del Asia alta, donde sufriera el pabellon británico irreparable afrenta; combate en el Diván turco y en el Gobierno persa, moviendo á aquél á reformas, todos los dias anunciadas y nunca cumplidas, y á éste á expediciones militares, que pueden enemistarle para siempre con Rusia, mucho más cerca de Persia ahora que ántes, merced á las posesiones acaparadas en el Asia Menor y á los pasos dados hácia Meru; complicacion gravísima, muy capaz por sí sola de dar en tierra con cualquier ministerio más fuerte y ménos gastado que el ministerio conservador en Inglaterra. La mayor de las dificultades se encuentra en la eleccion de lo que debe hacerse del Herat, reino afghano, tendido en la vertiente Nordeste del Iran, especie de istmo fertilísimo entre rocas desnudas de vegetacion y desiertos llenos de sal, que interesa mu-

cho á los persas, por colindar al Oeste con su provincia de Korasan, y que interesa mucho á los rusos, por colindar al Norte con las estepas turcomanas, eterno teatro de las correrías moscovitas, y proemio eterno de sus futuros proyectos sobre las tierras centrales de la tentadora tierra asiática, la Eva que va á sacarnos del paraíso de la paz; la Elena que va á traernos la funesta manzana de la guerra. Si pudiéramos de una sola ojeada mirar el inmenso continente, manantial de todas las religiones y cuna de todas las razas, veriamos dos ejércitos: uno inglés, que opera en el Imperio de los afghanos, y otro ruso, que opera en las soledades de los turcomanos; los cuales aparecen separados por anchos espacios, que, separándolos tanto, no pueden impedir ni amortiguar un choque tremendo, si el ejército ruso llega en algun tiempo á posesionarse de Meru y el ejército inglés del Herat.

Este conflicto aparece más temible desde que, al abrirse el Parlamento, se ha visto el Ministerio en la dura necesidad de suprimir todos los documentos relativos á las relaciones sostenidas entre el Gobierno imperial de San Petersburgo y ese audaz Sultan de Cabul, que ha obligado á los ingleses á esta tremenda guerra. Todo indica que la posicion de Inglaterra en el Asia Central la arrastra por necesidad á una guerra con Rusia.

Y á fin de impedirla, ó por lo ménos de aplazarla, Disraelli no ha tenido más remedio que olvidar antiguos tratados, fruto de señaladas victorias, cuya letra impedia á los persas toda conquista del Herat, y abrir ahora á sus ambiciones ese camino, para que se interpongan, como los serafines armados del Koran, resueltamente en las temibles correrías de Rusia, y le impidan nuevas y más espantosas conquistas. De todas suertes, el partido liberal inglés, viendo que la guerra se prolonga sin resultado en Africa; que las dificultades crecen con amenazador crecimiento en Asia; que la influencia británica disminuye en Constantinopla; que la posesion de Chipre obliga por necesidad á una política de conquistas en Oriente; que la creacion de Bulgaria no responde á ninguna de las esperanzas concebidas en Berlin; que la guerra entre Albania y Montenegro puede caer sobre la pólvora amontonada en todas las antiguas posesiones turcas; que los conflictos del Gobierno de la Sublime Puerta con el Gobierno de la pobre Aténas nunca llegan á verdadero término, podrá presentarse á las futuras elecciones diciendo cómo toca de derecho á su política y á su programa la aplicacion de otras ideas y de otros procedimientos mejores al régimen de las tierras británicas y al crecimiento y extension de sus venerandas libertades. Y los

próximos comicios darán, á no dudarlo, la razon á los liberales.

Y conviene en verdad, no porque se satisfagan nuestras ideas avanzadas; por otra razon: porque andando así, corre gran peligro la potencia liberal de convertirse, el dia ménos pensado, en potencia guerrera. Y los amantes de la libertad, inseparable siempre de la paz, tememos que de todas estas armas erizadas, y de todas estas empresas militares, se desprenda, como su fruto naturalísimo, el despotismo, que puede hacer de nuestra Europa un Asia, deteniendo el movimiento universal hácia la libertad y esterilizando los esfuerzos creadores del trabajo. Todos los discursos oficiales nos hablan de la paz perpétua, y todas las maniobras oficiales se encaminan á la guerra eterna. De paz habló la Reina Victoria, de paz el Emperador Guillermo, de paz los presidentes de la Cámara húngara y de la Cámara austriaca, y todavía no han acabado tales idilios, cuando ya resuena el cañon guerrero en la Montaña Negra y en los desfiladeros afghanos, ya arman todos sus súbditos los imperios de Alemania y Rusia, ya votan crecidísimo contingente militar las asambleas de Viena, ya amenazan con venir á las manos Turquía y Grecia, ya preparan sus ejércitos como si marcháran á una inmediata campaña, más ó ménos horrible, todos los pueblos

aquejados de esta manía bélica, que á todos los enfurece por cortos instantes, y luégo á todos los rebaja y los debilita irremisiblemente. Muchas veces las victorias suelen aparecer con mayores dificultades que la derrota, como ha sucedido en Africa á los ingleses; pues habiendo cogido prisionero á su implacable enemigo Pretorio, presidente de la República de Transvaal, no saben qué hacer con tamaña presa. El jóven general luterano, que venció al Emperador Cárlos V en el Tyrol, en la ocasion en que, viéndose derrotado éste dijo que la fortuna, como las mujeres, no gusta de los viejos, aquel jóven é ilustre general luterano rehuyó apoderarse de la cesárea y augusta presa, por virtud de esta reflexion sencillísima: «¿Dónde tengo yo jaula para un pájaro tan grande?» Pues bien, todo el mundo quiere ahora correr esos riesgos, en que la victoria puede resultar tan trágica como la derrota, y las naciones debilitarse y enflaquecerse por las conquistas. Mr. de Bismarck aumenta los cuadros á su ejército y disminuye los estudios á sus estudiantes; rejuvenece á los reclutas rebajando la edad para el ingreso en las armas, y avieja el soldado exigiendo más años de servicio; sube el contingente militar á sus mayores proporciones, y baja los grados que señalan la altura de la riqueza pública bajo cero; y luégo achaca todas estas maniobras

suyas al excelente y amenazador estado militar en que se encuentra Francia, constreñida á él por las amenazas de Alemania, tan pobre como fuerte en este bélico período de su larga y tormentosa historia.

En medio de estas tendencias guerreras, dos naciones caminan rápidamente á una trasformacion. Es una de ellas Turquía, que no puede continuar en sus antiguas bases sin arruinarse para siempre; y es otra Rusia, que no puede contener el total desplomamiento de sus viejas y carcomidas instituciones autocráticas. El nihilismo crece en tales términos, que ya penetra en los dos cuerpos conservadores por excelencia, en el clero y en el ejército, miéntras la confianza decrece tanto, que nadie cree posible la resistencia. Precisa indudablemente, si Rusia ha de alcanzar paz interior, que el régimen constitucional, más ó ménos lato, pero régimen constitucional á la postre, suceda inmediatamente al antiguo régimen autocrático; cual precisa, si Turquía ha de ahuyentar al azote guerrero, que la amenaza tristemente á ella y que puede herirnos á todos, la iniciacion de una serie de reformas, no pensadas en abstracto, como fantástica obra de las conspiraciones europeas, sino concebidas por entendimientos experimentados, y puestas en armonía con la complexion y el carácter de tan extraño pueblo. Una

y otra potencia deben, para iniciar su reforma interior con fruto, proceder con tiempo á dar satisfaccion á dos naciones infelices, á Polonia y Grecia. Rusia no puede pensar en las eventualidades de lo porvenir, si olvida las tristezas de Polonia, y Turquía si desoye las quejas de Grecia. Esta cuestion griega se recrudece más cada dia, y siembra toda suerte de terrores en los ánimos, y suscita toda suerte de dificultades en los territorios de Oriente. El griego tiene razon de quejarse, y no tiene razon alguna el turco para resistirse. Los sitios más consagrados por la historia helénica, la cuna de tan heroica é inspirada familia de pueblos, los espacios de los oráculos y las fuentes de la poesía yacen aún, cuando tantas regiones semi-bárbaras se han redimido, en poder de Turquía, como un jardin de sus serrallos. El Olimpo, en cuyas inaccesibles cimas habitaron los antiguos dioses de Grecia; el Pindo, vestido de laureles y poblado de musas; el Pelion y el Ossa, llenos de tradiciones sublimes, se hallan profanados por la media luna, despues de haber procurado á la guerra de la independencia sus héroes y sus cantores. A tanta luz, á tanta hermosura, donde el cielo resplandece con tales reverberaciones deslumbradoras, y la tierra guarda recuerdos tan sublimes; entre razas que han concebido la filosofía, que han dado el arte, que han puesto

casi la estética en nuestros pechos, que han tenido el privilegio de adelantarse á todos en la libertad, no pueden, no, durar mucho tiempo las cadenas, más pesadas á medida que más se siente la luz de la inteligencia en el cerebro y el calor de la inspiracion y de la fe en el corazon. La tierra del Peloponeso es un eterno templo de las almas; sin ella no se hubiera educado Roma en el derecho y en la política, ni Alejandría en las ciencias matemáticas y astronómicas; sin ella, el Asia hubiera hechizado eternamente al género humano con su mágia, y Europa hubiera eternamente carecido del arte, de la filosofía, de la libertad; su pensamiento dió la metafísica al Cristianismo, y su línea el eterno modelo á la inspiracion plástica; donde quiera que nos volvamos, á nuestras estatuas, á nuestros cuadros, á nuestras nomenclaturas sábias, tenemos que encontrárnosla sin remedio: que los helenos son los dioses de la tierra, y el helenismo una especie de religion para la humanidad. Así, no hay remedio, es necesario satisfacerla, reintegrarla, erigirla en nacion, darle aquellas condiciones de vida; primero, porque es nacion, y segundo, porque es Grecia, la musa de la historia, la gloria de la tierra, la madre de los pueblos.

Trazando estas líneas, nos anuncia el telégrafo una horrible noticia. Celebraba la familia

imperial de Rusia gozosa fiesta, y tenía convidadas al banquete de rúbrica todas las dignidades mayores del Imperio y una parte considerable de lo que podriamos llamar corporacion diplomática. La puntualidad, decia Luis XIV, es la educacion de los reyes; y á la hora prefijada, con la cortesía debida en los asuntos cortesanos, hallábanse reunidos, discurriendo por los espléndidos salones del Palacio de Invierno, todos, absolutamente todos los convidados. Mucho fuego encierra bajo sus polares costras de hielo el Imperio moscovita; y, sin embargo, nadie presumiera que la erupcion abriese un nuevo boquete y echase su encendida lava por las mismas raíces del trono, bajo las cámaras imperiales, en el salon de guardias, allí donde se concentran como en su unidad suprema todas las fuerzas resistentes de la autocracia, el estado mayor del ejército, la alta policía, la jefatura de la Iglesia, la personificacion de la sociedad, el que todo lo compendia en su persona: pontífice, general, czar, semi Dios. Aun estaban por los salones los convidados y la córte, sin pasar al comedor, cuando á la hora de antemano prefijada para la comida estalla con horrible estampido, que hace bambolear todo el palacio, una mina, indudablemente cargada de las nuevas materias explosibles, cuya fuerza excede en tanto á la fuerza que tiene la pólvora. Saltó en

fragmentos el suelo de la sala de guardias; abrióse ancha boca en el suelo tambien de la gran sala, donde la comida debia celebrarse; cayeron muertos siete soldados, y mortalmente heridos más de cuarenta: ¡catástrofe apénas explicable sino por el fanatismo y la supersticion que la esclavitud engendra en los esclavos, decididos, por cuantos medios estén á su alcance, á ser hombres, y hombres libres!

El haber retardado una hora la comida ha sido la causa única de salvacion. Mas, á pesar de todo, el terror de esa pobre familia imperial, digna de compasion ciertamente, que ve llegar los conjurados hasta sus propias alcobas, al pié de la cama donde duerme y de la mesa donde come; ese terror pánico, que sobrecoge á un ejército, y con mayor razon á seres desprevenidos é indefensos, debe darle una vida peor cien veces que la misma muerte. Y no hay medio de defensa alguno, cuando en la capital, donde residen todos los elementos del poder y están aglomerados todos sus recursos; con la policía más numerosa de la tierra; con el celo natural de las autoridades, convertido en recelo por los últimos sucesos y las contínuas amenazas, puede abrirse á los cimientos del Palacio de Invierno una mina inmensa, que estalla bajo el cuerpo de guardias destinado á su presidio y á su custodia. No, no tiene remedio; debe

reconocerse que esos bárbaros atentados, reducidos exclusivamente á Rusia, no imitados en ninguna otra parte, pues si hay crímenes individuales por doquier, no hay corporaciones enteras y partidos enteros que los premediten y los perpetren; esos bárbaros atentados, decia, repetidos, continuados, perseverantes, sin que alcance á prevenirlos la policía, ni á detenerlos el Gobierno, ni á ahogarlos la conciencia pública, provienen de una organizacion política y social que debe reformarse inmediatamente, ó decidirse á sufrir los estallidos diarios de los más terribles hechos que haya visto en sus páginas, manchadas por tantos crímenes, la humana historia.

LOS IMPERIOS DEL NORTE

Y

LA POLÍTICA EUROPEA.

Para dar una idea de la política universal á mis lectores, cúmpleme tratar el estado de Oriente, cuyas primeras consecuencias se tocan ya en la guerra de Asia, y cuyas últimas consecuencias, dadas las afinidades políticas de los Estados-Unidos, pueden tocarse muy pronto en las naciones de América. Nosotros hemos todos visto dos potencias poderosas apoderándose de dos ideas modernas, y blandiéndolas como si fueran cetros de autoridad, cuando en realidad eran rayos de fulminante revolucion. Estas dos potencias, que dieran su base más firme á la Santa Alianza, llamábanse Prusia y Rusia. Engendros sus dos tronos de las edades históricas, fundados en la tradicion monárquica, revestidos de potestad absoluta, fomentadores de reacciones, semejantes á dos inmensas barreras levántadas por los instintos de

la conservacion social, para que á sus piés fueran á estrellarse con rabia y á convertirse como en vana espuma las henchidas olas del espíritu moderno. Mas como quiera que las ideas progresivas empujan á las sociedades humanas, cual las fuerzas cósmicas á los cuerpos celestes, penetró en la conciencia de Prusia la idea de la raza germánica, y en la conciencia de Rusia la idea de la raza eslava, como dos gérmenes de inesperados progresos. Y Rusia aspiró á presidir y encabezar la unidad eslava, y Prusia aspiró á presidir y encabezar la unidad germánica. Y la unidad germánica, como la unidad eslava, eran dos ideas revolucionarias. Y las ideas revolucionarias no pueden prevalecer sino combatiendo los intereses creados por ideas anteriores, que tienen toda la fuerza de los poderes históricos. Y Prusia, en su empresa, habia de humillar al Austria; y Rusia, en su empresa, habia de humillar á Turquía. Y para humillar al Austria, necesitaba Prusia servir á la revolucion, sirviendo á los enemigos de Austria, como Italia y Hungría. Y para humillar á Turquía, necesitaba Rusia servir á la revolucion, sirviendo á los enemigos de Turquía, como Rumanía, Sérvia y Montenegro. De suerte que las dos potencias más reaccionarias de Europa se convirtieron, por virtud de la libertad, en dos potencias cooperadoras de la revolucion universal.

Mas toda revolucion se frustra, ó por lo ménos se detiene, en sus comienzos. La conservacion social tiene por sí misma tanto poder, y los intereses creados tanta trabazon, que, áun servidas las ideas progresivas por poderes tan fuertes como Rusia y Prusia, se malogran en sus primeros esfuerzos y retroceden á sus primeros pasos. Prusia, despues de haber ostentado todas sus ambiciones en 1848, se humilló en Oltmuz; y Rusia, despues de haber ostentado todas sus ambiciones en 1854, se humilló en Sebastopol. Si está en las leyes de la Historia que toda iniciacion revolucionaria tropiece con obstáculos, tambien está que no puede iniciarse una revolucion sin llegar tarde ó temprano á soluciones que son verdaderas victorias para el progreso universal y para el espíritu moderno. La Prusia de Olmutz recabó los tratados de Praga y de Versálles; la Rusia de Sebastopol recabó los tratados de Lóndres y de San Estéfano. En presencia de estos hechos, no hay que deslumbrarse ni tomarlos por definitivos y eternos. Las ideas revolucionarias, en su período de combate, pueden apelar como á un arma á los imperios; mas en su período de victoria tienen que desechar tal instrumento, como peligroso y amenazador á su victoria misma. De aquí las dificultades encontradas por Rusia y Prusia en sus triunfos, mayores ciertamente que las encontra-

das en sus batallas. Prusia quiso prusificar á la raza germánica, y Rusia quiso rusificar á la raza eslava, sin comprender que el todo debia vencer y subordinar á las partes, siquier tuviesen éstas la importancia inmensa de ambos imperios. Las pretensiones de Prusia se hallan más justificadas: primero, porque esta nacion es la que desde el siglo décimosexto representa el espíritu moderno en Alemania; segundo, porque esta nacion, teniendo á Federico el Grande, ha tenido el iniciador de nuestra edad; tercero, porque esta nacion, obligada á disputar el predominio aleman á imperio tan fuerte como Austria, ha necesitado organizarse formidablemente; cuarto, porque esta nacion se dirige en su cruzada á un territorio verdaderamente apropiado para contener un solo pueblo; quinto, porque todo indica que, en contacto Prusia con pueblos tan civilizados como ella misma, su predominio político cederá á las presentes circunstancias históricas, y su autoridad predominante se enlazará como parte de un verdadero organismo en la totalidad de Alemania.

Pero Rusia, que para dominar á la raza eslava debe extenderse fuera de sus límites naturales, con grave daño de toda Europa; Rusia, que oprime á pueblos civilizados de antiguo, como Polonia y las regiones alemanas del Báltico; Rusia, que disputa á Grecia en el Bósforo de

Tracia el pedazo de cielo y el pedazo de tierra que á Grecia han dado la Historia y la Naturaleza; Rusia, que ha devorado veinte naciones para formar verdadera ergástula de esclavos; Rusia representa, no la armonía de su raza en una sola nacionalidad, como representa Prusia, sino la fuerza, y la guerra, y la dominacion, y la conquista. De aquí un deber para todo el mundo civilizado, el deber de emancipar el Oriente sin caer en complicidad ninguna con las maniobras y las tendencias del Imperio ruso. Que la raza eslava sea libre en buen hora; mas que no sea de ninguna suerte una raza rusificada. Lo primero es una necesidad de nuestro tiempo; lo segundo sería un grave peligro para todos.

¿Cómo se encuentra, al terminarse el año, la cuestion de Oriente? En el cumplimiento de la paz ó tratado de Berlin. ¿Y qué es el tratado de Berlin? Un término medio entre el tratado de París, límite de las derrotas, y el tratado de San Estéfano, límite de las victorias moscovitas. Por lo mismo, el tratado de Berlin es un poco vago en sus términos, un poco indeciso en sus aspiraciones, un poco flexible en sus máximas; expediente para conservar una paz precaria, ántes que solucion para salir de una guerra espantosa. Así es que á la independencia y soberanía de la Puerta, reconocidas en 1856, ha sucedido la de-

leznable fundacion de Imperio extraño, con límites apénas perceptibles, y obligado á ceder una parte de las propias tierras á sus antiguos vasallos, otra parte á sus nuevos vencedores; tal fragmento á sus rivales de siempre, tal otro fragmento á sus mismos aliados y amigos. Con tales caractéres, debe tener, y tiene realmente, la paz de Berlin mucho de arbitraria, y por lo mismo, mucho de difícil y áun de peligrosa para su ejecucion y cumplimiento. Turquía ha perdido aquel supremo dominio, siempre disputado, sobre el valeroso Montenegro, y sobre el núcleo de la monarquía eslava, que se denomina Sérvia, y sobre el territorio poblado primero por los antiguos dacios, despues por los colonos hispalenses é italianos, que áun recuerdan las glorias trajanas, y sobre porciones considerables de la Thesalia y el Epiro cedidas á Grecia, y sobre los territorios que encabezan las ciudades asiáticas de Ardahan, Kars y Batum, y sobre otros fragmentos arrancados por la fortuna implacable en sus últimas derrotas. Y no ha bastado con semejante disminucion material; hanse empeñado las potencias en una disminucion moral tambien, que sujetará al Imperio turco definitivamente al arbitrio de Europa, y le han impuesto como artículos de un tratado diplomático las libertades religiosas y las reformas administrativas li-

bradas en otro tiempo á su completa soberanía, y garantidas por la espontaneidad de sus palabras y de sus promesas. ¿Cuántos gérmenes de guerra no se contienen ya en esta intervencion contínua de Europa entera sobre el restringido Gobierno de Turquía?

Pues si en la organizacion interna de los restos que han quedado sobrenadando por el naufragio último hay encerradas todas estas causas de guerra, ¡cuántas no habrá en la solucion dada al problema de Bulgaria! Protegida esta tierra, más que ninguna otra, por los designios de Rusia, no tanto á causa de sus pobladores, oriundos de diversas razas, como á causa de su situacion geográfica, á la derecha del Danubio, constituyó en los preliminares de San Estéfano un Estado, que luégo se ha visto restringido por las exigencias de los diplomáticos en la paz definitiva de Berlin. Al Norte de los Balkanes se ha constituido una Bulgaria, que tendrá Príncipe propio y autonomía administrativa, aunque bajo la tutela eminente del Sultan, y al Sur de los Balkanes se ha constituido otro Estado sin propia autonomía, sin facultades administrativas, sin Príncipe reinante, sometido por completo al Sultan. Estas diferencias que separan territorios ántes unidos; estos Gobiernos diversos, que pesan sobre poblaciones compuestas de una misma suerte; los san-

grientos desquites de los búlgaros vencedores al Norte, y la rabia de los turcos vencidos; el orgullo de éstos al Sur, y la rabia de aquéllos; las encontradas ambiciones de otras razas tambien sometidas y tambien desasosegadas; la tradicion de los visires y el ódio de los cristianos á toda solucion que no encierre su libertad completa; la pertinacia de la ocupacion rusa en detentar territorios ya rescatados, y las desgracias de las comisiones europeas, perseguidas como rebeldes vulgares, cuando estaban como amparadas por la sombra de la diplomacia universal; todas estas complicaciones hacen de esos dos fragmentos de Bulgaria dos incendios voraces, cuyas terribles llamaradas, más ó ménos reprimidas, dan pábulo excesivo al recelo, cada dia mayor, de una nueva guerra.

No es ménos anómalo, ni ménos increible, el estado tristísimo de la Bosnia y la Herzegovina, á las cuales se debe el comienzo de las crísis últimas en la cuestion turca. Desde que Rusia se ha encaminado por el Oriente á Turquía, se ha encaminado Austria por el Occidente. Aquéllos, que ven con horror el crecimiento de la política panslavista, no encuentran otro remedio á sus desapoderadas ambiciones que contrastar el poder de Rusia con el de Austria, y entregarle á ésta en el botin tantos pueblos eslavos del Me-

diodía como adquiera su rival en el Norte. Hasta se aseguraba, durante las primeras insurrecciones bosniacas, que se movian aquellas tribus por pertenecer al Emperador de Austria en vez de pertenecer al Sultan de Constantinopla, como dice Heine que se sublevaron los tiroleses por si habian de tener un rey con uniforme blanco ó un rey con uniforme colorado. Lo cierto es que, obedeciendo á tales ideas, se ha quedado Austria con la administracion y el gobierno de las dos provincias, aunque dejando la soberanía eminente al Sultan. El caso es tan difícil, y el arreglo tan confuso y enmarañado, que en ambas provincias nombra un poder los gobernadores y los jueces, miéntras otro poder distinto da el *exequatur* á los cónsules. Así es que todos los habitantes han protestado á una contra el arreglo que disponia de ellos sin consultarlos, tanto los cristianos, por verse en manos de una potencia que detestan, como los musulmanes, por verse desposeidos de privilegios que alcanzaron merced á una traicion y á una apostasía de sus antepasados. La fuerza los ha sometido, pero han peleado unos y otros con verdadero heroismo contra la fatalidad de su destino. Y en realidad, la ocupacion de los pueblos bosniacos y herzegovinos por los soldados del Austria, como la ocupacion más ó ménos simulada de los pueblos búlgaros por los soldados

de Rusia, revela bien á las claras el compromiso de todos en un tratado donde realmente buscan, más que otra cosa, posiciones estratégicas bastante fuertes y seguras para aguardar un próximo é inevitable rompimiento.

No se pueden contar las causas de malcontento encerradas en el tratado de Berlin. Esos pobres armenios, que han adoptado el traje y la lengua de sus dominadores los turcos, sin poder adoptar ni la religion ni la nacionalidad, ven sus haciendas á merced de la rapacidad fiscal, y sus vidas á merced de las irrupciones kurdas y circasianas. Esos montenegrinos, que han peleado contra el poder de Turquía como los cántabros contra el poder de Roma, quedan, por unos capítulos del tratado, independientes; por otro, en ciertas circunstancias, sujetos á la antigua tiranía; sin pabellon y sin buques de guerra, medio sometidos, como los habitantes de Bosnia y Herzegovina, á potencias rivales y á legislaciones contradictorias. Sérvia misma no ha ganado su independencia absoluta y su extension de territorio sino admitiendo ciertas humillaciones en su legislacion interior, sobre todo en la esfera religiosa, que, si bien exigidas con justicia, denotan cierta incapacidad, por todos reconocida, para el difícil gobierno de sí misma. Y no hablemos de Rumanía. La cesion de territorios queridos,

que la han desmembrado en provecho de Rusia, y la anexion de otros nuevos que le han traido dificultades sin cuento, revelan una inquietud, que agravará en porvenir no lejano todos los graves problemas de Oriente. Y no satisfechos todavía con tantas y tan enmarañadas dificultades, han sembrado odios inextinguibles, añadidos á odios seculares entre Grecia y Turquía. Al comienzo del Congreso, el jefe y director de la política británica encareció la necesidad de satisfacer las antiguas y nobles aspiraciones griegas, tan exaltadas allá en dias mejores por su pueblo; y al terminarse el Congreso, alardeando de una inconstancia incomprensible, trató sus propias ideas como ensueños poéticos y fábulas de imaginaciones calenturientas.

Así, todas las satisfacciones dadas á Grecia hanse reducido á una vaga rectificacion de fronteras, que deberá tratarse entre Grecia y Turquía, ó como si dijéramos, entre el cordero y el lobo. Y la fábula artística, el ensueño poético, han á estas horas engendrado sublevaciones en Macedonia y en Thesalia, donde han muerto, de muerte natural y verdadera, muchos infelices, creidos sin duda, por arrebatos de sentimiento estético, que la patria de Byron, dirigida hoy por un poeta, guardaba todavía su antiguo culto por la divina Grecia. Así es que la paz de Berlin

resulta forzosamente la guerra organizada y próxima. Los rusos ocupan la Bulgaria para excusar nuevos pasos del Danubio y nuevos asaltos á las crestas de los Balkanes. Los turcos se arman hasta los dientes, sabiendo que el Bósforo de Tracia no puede quedar ya por mucho tiempo en sus manos, resueltos á vender cara, muy cara, la última hora de su dominacion tristísima en Europa; los ingleses ocupan Chipre, como punto estratégico de primera importancia militar; y los rusos ocupan las plazas fuertes de Armenia, sin más objeto ni más fin que estar acampados en la Turquía asiática, cual están acampados en la Turquía europea. La paz de Berlin ha sido, en suma, la organizacion de formidable guerra.

Lo he dicho muchas veces en estas notas, que, si no tienen otro mérito, tienen la indiscutible virtud de abogar siempre por los oprimidos y por los desgraciados. La indiferencia de Inglaterra en los comienzos de este gravísimo conflicto acarréale más tarde complicaciones sin cuento. Ya empieza, tristemente, á sentirlas; porque, miéntras ella preparaba al Sultan de Constantinopla con diplomáticas arterías á cederle Chipre; Rusia, herida, preparaba al Sultan de Cabul para que le diera un satisfactorio desquite, agraviando á su abominada rival. No ha tenido la Gran Bretaña guerra en Europa, y la ha tenido en Asia; y hoy

no tiene guerra con Rusia, porque ésta se encuentra enflaquecida y arruinada; pero así que Rusia se reponga, ó bien por el curso natural de los tiempos, ó bien por el refuerzo de una poderosa alianza, la tendrá, y sangrienta y formidable. Lo más seguro en política es prever las dificultades con tiempo y preparar las soluciones con madurez. Dos razas tienen derecho á la herencia de los turcos : la raza eslava y la raza helena. Tras la raza eslava se encuentra todo el Oriente europeo; tras la raza helena se encuentra todo el Occidente europeo. Los pueblos del antiguo Imperio sérvio, ora estén bajo el poder de Austria, ora bajo el poder de Turquía, ora alcancen de todo en todo su nativa independencia, mirarán siempre á Rusia; y los pueblos que compusieron el antiguo imperio griego volverán siempre los ojos á Italia, á Francia, á España, á Inglaterra, á todo el Occidente. Y dígase lo que se quiera, ya es hora de pensar en que la sucesion del Imperio turco no caiga enteramente en la ergástula rusa. Cuanto más se aplica la libertad á Turquía, más se comprende su irremediable contradiccion con el espíritu moderno. Y todo aquello que no avive ese espíritu perecerá pronto en el suelo europeo, santuario destinado de antiguo á la libertad. El helenismo constituye un arte, una religion, una ciencia, una política en el mundo, como el cris-

tianismo. Si Judea no pudo meditar por tanto y tanto tiempo en el dogma de un solo Dios sin traernos lógica y necesariamente esa base de toda religion, Grecia no pudo cantar como cantó, escribir como escribió, dibujar como dibujó, esculpir como esculpió, pensar como pensó, sin que sus escuelas, sus artes, sus inspiraciones, sus formas de gobierno entráran, cual entraron, en los tuétanos de la moderna civilizacion. Despues de todo, el catolicismo, el derecho canónico, el pontificado, se prepararon por la antigua Roma; y el arte, y la política, y la democracia, se prepararon por la antigua Grecia. Hay en aquel cielo y en aquella tierra una fuerza creadora, que ni han agotado ni agotarán jamas los siglos de los siglos. El helenismo brotó en el extremo oriente de Europa, y llegó desde el Guadalquivir hasta el Gánges. Suya fué la base de la civilizacion romana, y suyos fueron los dogmas fundamentales añadidos por el cristianismo al judaismo. Cuando las irrupciones germánicas inundaron á Europa, solamente la civilizacion helénica pudo salvarse del naufragio. Aquélla, su Iglesia, conservó el cristianismo en el Oriente y lo llevó hasta la helada Rusia. En el Renacimiento, Grecia fundó la cultura moderna; y vencida por la fuerza de los turcos, Grecia se conservó íntegra y conservó la esperanza de una resurreccion hasta en los pueblos

que hoy le disputan sus títulos de gloria y sus laureles de inmortalidad. Desconocer la fuerza de Grecia es desconocer la solucion del porvenir. No hay remedio: si no se sustituye la Turquía con la raza helena, se la sustituirá con la raza eslava. ¿Y se puede dudar ni un momento? La raza eslava en Constantinopla es la victoria del Oriente sobre el Occidente. Y como las decadencias comienzan tan pronto y se remedian tarde, la Europa libre puede convertirse en una triste sucursal del Asia. ¡Dios nos preserve de tamaña calamidad y nos quite las responsabilidades que pudieran venir sobre los que hayan visto el peligro y no lo hayan anunciado!

AGITACIONES SOCIALES.

Deteneos ante cualquiera de las grandes agitaciones políticas que hoy se encrespan tumultuosamente en el seno de Europa. Tomad la más aguda, la agitacion de los socialistas alemanes por el trabajo, la agitacion de los colonos irlandeses por la propiedad, la agitacion de los nobles bohemios por la autonomía, la agitacion de los epiritas helénicos por la patria. Pues ninguna de estas agitaciones, aunque grandes y revolucionarias bajo cierto aspecto, ninguna puede tomar la bárbara grandeza que toma la agitacion de Rusia. Toda tentativa de asesinato á un monarca resulta individual y aislada en Europa. Esas máquinas, esas minas, esos barriles de pólvora, esos quintales de dinamita, esos estallidos de palacios inmensos y de líneas férreas, todo eso es propio, exclusivamente propio, de las naciones tiranizadas en el grado que lo está Rusia, nacion falta de concien-

cia, porque ha apagado esa luz divina en los hierros de su servidumbre. Lo mismo, exactamente lo mismo, sucede en Turquía. Un Sultan ha muerto como pudiera morir un perro, ayer mismo. Su sucesor ha desaparecido, como si en vez de ser una persona fuera un misterio. Y ahora mismo se dice que acaba de descubrirse una máquina infernal, destinada á hacer saltar la vivienda poética que ocupa en las orillas del Bósforo de Tracia la cuasi divina personalidad del Sultan de Constantinopla. Desengañaos: el despotismo engendra siempre una catástrofe. La Comunidad de París debe imputarse, no á la República que nace, sino al Imperio que muere y deja, tras veinte años de tiranías, ese legado de horrores. Los Sardanápalos y los Baltasares envian sus vasallos á la guerra para que les traigan, como reses muertas, pueblos esclavos al palacio imperial, especie de santuario donde fulminan relámpagos de su cetro y rayos de su espada, y donde viven circuidos de cuarteles que guardan su sueño, y de serrallos que fomentan sus locuras; entregados al culto de sí mismos y á la opresion de los demas; condenados fatal y necesariamente al crímen, que ejercitan para sostener una autoridad, imposible sin el crímen mismo, hasta que un dia el cielo, á primera vista indiferente y tranquilo, se nubla, el huracan se despierta, los ángeles exterminadores se

bajan del Empíreo, los esclavos hambrientos suben de la ergástula, y el Emperador muere en su lecho de púrpura, acribillado de heridas, y el imperio se disipa en tempestuosas nubes de rojizo humo. En las páginas de la Biblia encontraréis, descrita por los profetas antiguos, la suerte de todos estos babilónicos imperios. Los conjurados feroces de Rusia, únicos en su especie, brotan como lógica consecuencia de la autocracia rusa, única en su especie tambien.

La doctrina nihilista es rusa tambien, es esencialmente tártara, fruto venenoso de la estepa. El Czar se parece á Timur como una gota de agua se parece á otra gota de agua, y el decantado municipio moscovita se parece á la horda mongólica como un huevo á otro huevo. Reunidos todos los guerreros en tribus, gozaban á una de la tierra en comun y servian fielmente á su jefe, elevado á verdadera omnipotencia. Hé ahí la Rusia actual con bien escasas modificaciones. Pedro I imaginó que con afeitar á sus nobles, poner en pié de guerra un ejército, construir en los arsenales una escuadra y rehacer los trajes, fundaba una civilizacion europea sobre esta barbarie asiática. ¡Inútil empeño! Ni siquiera la benéfica emancipacion de Alejandro ha servido á la cultura pública. El siervo emancipado continúa hundido en la vida animal como ántes de su emancipacion.

Así el mundo moscovita se asemeja de todo en todo á los reinos visigodos, fundados sobre las ruinas del Imperio romano, con su córte bizantina en las eminencias de la sociedad, y su barbarie germánica en la base. Dos ciudades representan los polos de esta sociedad : Petersburgo, esencialmente europea, llena de una burocracia y de una policía, que quieren el progreso por impulso de arriba, y de una clase media socialista, que quiere el progreso por la revolucion de abajo; y Moscou, verdadero panteon, de aspecto oriental por sus cúpulas doradas y sus templos monstruosos, salon de cortesanos arruinados, academia de doctrinas panslavistas, museo de tradiciones arqueológicas, ventisquero donde se aglomeran todos los témpanos de hielo que amenazan la libertad y la cultura de Occidente, sometida como un esclavo á la fortaleza del Kremlim, sobre cuyas cimas anda errante la sombra de Ivan el Terrible para llamar á los ortodoxos á las conquistas y á las matanzas. Yo he visto los dos extremos de esa sociedad rusa; he visto al Czar Alejandro, blanco, rubio, erguido, apuesto como un aristócrata sajon; revelando en su tez, y en sus pómulos, y en sus ojos, que podia llamarse romano por necesidades de la política, pero que tiene tan sólo sangre germánica en sus venas; extendiendo por todas partes, á pesar de su poder y de su majestad,

la tristeza aneja al reinar sobre un pueblo que ya no puede sufrir más tiempo el despotismo, y que no ha adquirido ninguna de las virtudes necesarias para la libertad; y he visto tambien al nihilista Bakounine, que parecia reunir en su persona todos los rasgos de las razas esparcidas en su patria, solemne como un patriarca asiático, de aspecto guerrero como un czar á caballo, de pómulos eslavos por lo salientes, de ojos tártaros por lo pequeños, de movilidad cosaca, de cabello anillado y barba crespa como un moujich, hombre destinado por la Providencia á las revoluciones, pues si hubiera tenido un pueblo, como cualquiera de los fundadores de sociedades, y no esa helada estepa, donde caen como hojas yertas todas las ideas, con sólo ceñirse la camisa roja de los bateleros del Neva, el pantalon bombacho, la bota de montar, coger el hacha de leñador, y hablar cual hablaba en los concilios de la demagogia nihilista, hubiera podido derribar por tierra la vieja encina de su Imperio.

Pero ved ahí lo que principalmente falta en Rusia: un pueblo. Si lo hubiera, el drama, en vez de parecerse á los incidentes de un serrallo turco, se pareceria en todo á los incidentes de una revolucion europea. Carlayle ha escrito un libro muy original sobre el movimiento revolucionario, que cierra la última centuria y abre la nuestra,

sobre el movimiento revolucionario en Francia. Y encuentra un protagonista: el pueblo. Es verdad que los filósofos piensan; pero sin el pueblo, donde se encarnan y se hacen vida, los pensamientos quedarian como meras entelequias allá por el velo azul de las puras abstracciones. Verdad que los oradores hablan; pero sin el pueblo, sin el público, sin el auditorio, la palabra no podria encontrar el eco de las pasiones. Verdad que los héroes pelean y triunfan; pero con el auxilio de ese pueblo, que ofrece sus hijos á las legiones, su fe á las creencias, su sangre á las causas: que Mirabeau sin las muchedumbres se asemejaria por completo á un Dios sin mundos, y la Marsellesa fuera una armonía más ó ménos feliz si no la recogen los ejércitos en sus labios, y no la cantan en coro al són de los cañones, y no aterran á los soldados de la tiranía, y no consagran victorias como las de Valmy sobre los reyes coligados de Europa, con sus épicas cadencias y sus arrebatadoras estrofas enrojecidas en revolucionarias ideas. ¿Dónde vais á encontrar un pueblo en Rusia? No en esos disidentes que juran vagar nómadas toda la vida por la estepa helada, ó que creen al Czar el Antecristo apocalíptico, ó que llegan, en su locura increible, á mutilarse como Orígenes, aquejados todos de verdaderas enfermedades asiáticas, bien opuestas al sentimiento de

la política práctica y á la idea del derecho humano, que ha producido todas las revoluciones de Europa y América; no en esas tribus pastoras, restos de los tártaros caidos casi á un tiempo sobre Jerusalen y sobre Moscou en las irrupciones de los siglos medios; tribus cuya religion se parece á un budismo degenerado, que jamas enseñará los ideales de la moderna democracia; no en esos cosacos del Volga y del Don, acostumbrados á vivir, como los hunnos de Atila, á caballo, que ayer tenian bazares de esclavos y que hoy han perdido su antigua igualdad social en el seno de burocrática aristocracia, más idónea para entenderse con las razas de Oriente que con las razas de Occidente; no en la multitud de pueblos diversos, como andan errantes por aquellos despiadados desiertos, y que ora búlgaros, ora judíos, ora escandinavos, llamándose éstos menonitas, y aquéllos molokanos, provienen de la emigracion, y odian igualmente la madrastra tierra cambiada por la madre patria; no en esos siervos, que si han visto fundirse la pesada cadena caida sobre su cuerpo, no han visto aún fundirse la cadena pegada fuertemente á sus conciencias y á sus almas. Todo eso, ni es, ni ha sido, ni puede ser materia ni elemento de revoluciones victoriosas, aunque sí de perpétuo desórden.

La verdad es que la revolucion rusa tiene todo

el carácter de una revolucion de palacio, pensada por profesores y por chambelanes, seguida por estudiantes y por empleados, puesta en práctica por ciegos y dóciles y sumisos instrumentos. Una mujer de clase acomodada, la célebre Vera, inicia los atentados y consigue inesperada absolucion de tribunales reunidos con el sacro carácter de jurados, que deben atender tanto á su conciencia como á las leyes. Al atentado de Vera en Petersburgo contra el jefe de policía siguen otros en Kiev contra uno de los fiscales de la Audiencia; otro contra el rector de la Universidad, contra un oficial de la gendarmería, y resultan obra de los estudiantes. El general Mesentzef recibe una herida en plena calle, que le asestan dos jóvenes muy bien vestidos, los cuales, despues de consumado su crímen, suben á un coche muy lujoso. El general Krapotkme muere á manos de un enmascarado que no ha podido ocultar tras su máscara el aire distinguido y las maneras aristocráticas. Kuvop, alto empleado de Odessa, apareció muerto en su lecho y llevando sobre la herida un cartel en correctísima ortografía, que sólo allí entre los rusos posee con perfeccion la gente de muy superior categoría. Y distinguidos eran tambien los asesinos que mataron al Gobernador de Arkangel, y distinguido el audaz que disparó cinco tiros sobre el Emperador, una ma-

ñana de invierno, á la puerta misma de su palacio. ¿No prueba todo esto que la revolucion tiene sus sectarios en las altas clases, ó cuando más, en las clases medias?

Indudablemente, el crímen último no ha podido perpetrarse sino con la complicidad de la gente de palacio. No se introducen cinco quintales de dinamita en una cueva sin que álguien se entere. No se monta un monstruoso aparato de relojería sin que álguien lo oiga. Nada tan revelador como el crímen. La huella por todas partes aparece, y los que dejaron aquellas materias explosibles debian de tener una seguridad indudable, la seguridad de que nadie podria descubrirlos. La revolucion está en las cimas sociales. Así, nadie extraña que el Canciller privado del Emperador haya aparecido muerto en su cama, víctima de un suicidio. Nadie extraña que el general Gurko, gobernador militar de la capital, haya mandado prender á varios palaciegos. Nadie que el primer guardian del Palacio de Invierno, el capitan Delsalle, sea tambien el primer complicado en esta causa. No hay otro remedio sino dar una constitucion, para que las altas clases, hoy pervertidas por el espíritu nihilista, nacido de su servidumbre, aprendan los límites de sus derechos en las prácticas diarias de la política. El emperador Alejandro, que comenzó su reinado

dando libertad á los siervos, debe concluirlo dando libertad á los pueblos. El emperador Alejandro, que inició la reforma judicial y administrativa, debe coronar su obra con la reforma política. Nada hay tan incontrastable en el hombre, ni tan invencible, como la indómita aspiracion á la libertad.

El emperador Alejandro ha pensado en abdicar, y nada conseguiria con tal expediente, porque la pugna política de ninguna suerte se halla establecida con su persona, sino con su sistema; de ninguna suerte con el Emperador, sino con el Imperio. Mucha, muy grande tristeza debe experimentar si recuerda los dias felices de su juventud, en que acababa de manumitir á los siervos; y aunque veia en torno suyo algunos señores feudales disgustados, escuchaba en cambio las bendiciones de todo un pueblo, satisfecho de su reciente libertad, y embriagado de exaltadas y brillantísimas esperanzas. La aspiracion ha crecido mucho, sobre todo en esas altas clases, donde las nuevas ideas prenden con mayor facilidad á causa de su educacion, y no hay otro remedio sino ceder ó sucumbir. Las exageraciones represivas no bastan, no, contra males tan arraigados. Han convertido cada habitante de Petersburgo en espía ó esbirro de su convecino, y en las salas del Palacio de Invierno está ya la dinamita, cuyo

empuje destroza las techumbres y mata los soldados. Han trasformado al audaz vencedor de los Balkanes en una especie de segundo Czar; y el que tomó aquellas empinadas cimas de montes abruptos, no puede tomar estas sombras vagas, conspiradores juramentados. Han constituido una especie de comision dotada de muchas facultades dictatoriales, y esa comision tendrá la lentitud y la irresponsabilidad de los cuerpos colegiados, sin poder, no ya aventajar, sino sustituir la presteza y el acierto de Gurko en la defensa del Emperador y del Imperio. Han preso cinco mil personas en la capital solamente; han conducido á Siberia innumerables víctimas; han rehecho la horca, destrozada por antiguas tradiciones y prácticas; han puesto en olvido todas las garantías que el derecho moderno impone al procedimiento judicial; la dictadura de arriba ha crecido hasta tocar en el despotismo turco, y la servidumbre de abajo se ha agravado hasta desaparecer toda seguridad; pero la revolucion permanece en sus amenazas, sin disminuirse ni debilitarse en lo más mínimo; porque nace de un sentimiento tan universal como la vida misma, y en las raíces de la vida ha arraigado del sentimiento de la libertad.

Inútilmente pide la administracion moscovita, en sus apuros, auxilio á las administraciones de los pueblos extranjeros. La policía alemana le

advirtió que se tramaba la conjura del Palacio de Invierno, y de nada le sirviera tal advertencia. La policía francesa, en estos dias, ha puesto su mano sobre el principal agente de la voladura del ferro-carril de Moscou, á quien persiguieron los esbirros rusos con tanto afan y no encontraron ni vivo ni muerto en ninguna parte. Más fácilmente se coge á un asesino del Czar en la capital de la República francesa que en la antigua santa ciudad moscovita, córte de los emperadores, cuartel de los ejércitos, santuario de la ortodoxia, nido de todas las reacciones. Y el Gobierno ruso ha pedido al Gobierno frances la extradicion del reo. Y pidiendo la extradicion del reo ha traido una nueva dificultad al seno de la República francesa. Enorme crímen, ciertamente, el crímen de Hartman, reo convicto y confeso de un atentado contra el Czar. Quien pierde la luz de la conciencia hasta atentar á la vida de sus semejantes merece el mayor de los castigos materiales y la mayor reprobacion moral; y no puede esperar piedad, ni de la ley escrita, ni de la conciencia humana. Pero sobre esta consideracion se encuentran principios de derecho internacional, á los cuales no puede faltarse en manera alguna, sin que las relaciones de los pueblos civilizados entre sí lleguen á perturbarse con profundas perturbaciones, y la federacion moral,

formada por las nacionalidades del continente europeo, llegue á destruirse con estrépito y en daño general de todas. El atentado contra la vida del Czar es un delito enorme; pero es un delito político. Su móvil está en creencias más ó ménos supersticiosas; su fin es el cambio más ó ménos radical de una forma de gobierno. Y el deber de dar asilo á los criminales políticos se encuentra entre los deberes más rudimentarios de los pueblos cultos; deberes de que no puede prescindir, sin riesgo de suicidarse, el Gobierno de la República francesa. Si lo hubieran cogido en Rusia, le castigáran con ménos consideracion y con mayor presteza que á un reo comun. Pues lo excepcional de su delito, que le hubiera perdido en la tierra patria, le salva en la tierra extranjera. Francia no puede entregar á Hartman, porque sería tanto como entregar su honor y su independencia.

LA MANZANA DE LA DISCORDIA.

La Bulgaria: hé ahí la manzana de la discordia arrojada entre las tres grandes potencias; entre Rusia, Austria y la Gran Bretaña. Inicióse la actual cruzada con pretexto de favorecer á los pueblos cristianos de Turquía, y quedan todos heridos ó maltrechos. Bosnia y Herzegovina, que comenzaron la campaña y se decidieron á requerir sus armas y empeñar el combate, yacen olvidadas, ignorando si continuarán adscritas á Turquía ó servirán para entretener un poco la impaciencia y satisfacer un tanto los agravios del Austria. La eslava Sérvia, que despues de Bosnia se arriesgó á la guerra, y en la guerra lo perdió todo, hasta el honor, duélese de que tamaños sacrificios no hayan recibido los correspondientes premios. Grecia, heredera natural de Turquía, pide y no logra voz y voto en los consejos donde ha de tratarse su futura suerte y

decidirse su ulterior destino. Rumanía, la más útil, resulta la más castigada. Erigiéronla en nacionalidad verdadera las potencias occidentales, para interponerla, como amortiguante de los futuros choques, entre el Imperio turco y el Imperio ruso. Centinela á servicio del Occidente, debia guardar el Pruth y le entregó; debia combatir para que los rusos no llegáran al Danubio, y les franqueó el paso; debia, en último apuro, servir á su soberano el Sultan ó guardar una neutralidad necesaria por la falta de fuerzas, y entregó administracion, policía, ejército al invasor, consagrándole desde la sangre de sus hijos hasta la honra de su nombre. Y la recompensa dada por el vencedor á toda esta campaña contra el vencido, consiste en arrebatar á Rumanía su region más importante, su provincia más querida, la parte de tierra á cuya propiedad debe todo su influjo, la Besarabia, donde se encuentran las bocas del Danubio, los desagües naturales de todo el comercio aleman con el Oriente. En cambio los búlgaros, que ni siquiera pertenecen á la familia eslava, reciben toda suerte de dones. Su region formará un grande Estado casi independiente; príncipes de sangre real lo regirán con arreglo al espíritu moderno en la práctica de instituciones parlamentarias; y sus límites geográficos no se detendrán, no, en las cres-

tas de los Balkanes, sino que pasarán al Sur y tallarán, si es necesario, sobre la misma Rumelia, espacio anchísimo para este primogénito de la última guerra, verdadero Benjamin de la Rusia. Y Bulgaria no siente correr sangre eslava por sus venas; y Bulgaria no presta servicio alguno en la guerra; y Bulgaria, en su ignorancia y en su miseria, ni siquiera aspira al mayor de los bienes, ni siquiera aspira á la libertad. Durante la última guerra, esos búlgaros, por los cuales quieren los rusos que nos interesemos nosotros, como se interesaron nuestros padres por los griegos, no han hecho más que inmolar á los turcos cuando triunfaban los cristianos, y á los cristianos cuando triunfaban los turcos, portándose con mayor ferocidad que los chacales de sus desiertos, y los lobos de sus cavernas, y los buitres y cuervos de sus aires, incapaces, al cabo, de distinguir entre vencedores y vencidos cuando se ceban ferozmente en los abandonados cadáveres.

¿Por qué este empeño á favor de los búlgaros? Por una razon sencillísima. Con las anexiones inminentes, con la retroventa de la Besarabia, con la extension dada á la Bulgaria desde las orillas danubianas hasta allende los Balkanes, con toda esta revolucion semi-geológica en el Oriente europeo, la estepa rusa, la planicie uniforme y estéril, á manera del despotismo, llega á

las puertas de Constantinopla, como esos desiertos asiáticos que andan y andan hasta cubrir con su estéril sudario de arena las ciudades y sus imperios. Lo cierto es que en 1856 se arrancaron á Rusia las bocas del Danubio; se privó á su soberanía del dominio eminente sobre el mar Negro, con una habilísima declaracion de neutralidad; se despojó á su Sínodo del patronato ejercido sobre las iglesias griegas en los territorios turcos; se la obligó á sacrificar una parte considerable de sus escuadras; y ahora nos encontramos con que, obligada á una invasion por tierra en carros como los antiguos hunnos, ha conseguido ventajas y acaparado posiciones, cuya realidad no creerian, si de sus sepulcros se levantáran, ni Pedro el Grande, ni la gran Catalina, esos dos gigantes de las ambiciones moscovitas y de las empresas orientales.

¿Por qué ha sucedido esto? No me cansaré de repetirlo: porque Rusia ha contado con un verdadero ideal, miéntras los enemigos de Rusia no han tenido ninguno. ¿Quién es el enemigo continental de Rusia? Austria. ¿Quién es el enemigo marítimo? Inglaterra. Una y otra potencia, en cuanto el Imperio ruso creció hasta aparecer tan formidable, á fines del siglo pasado, en Oriente, como á comienzos del siglo décimosexto el Imperio español en Occidente, proclamaron un prin-

cipio de imposible realizacion : la integridad de Turquía. Aun desmintió Inglaterra este principio en la guerra del año 22, cuando sus liberales y sus poetas la impelieron á despojar al Sultan de su más bella aureola, de la divina Grecia; pero Austria, entregada entónces á la política inmóvil de Meternich, clave necesaria de la Santa Alianza, espía de los pueblos opresos, no exceptuó, por bella, por sagrada, por artista, de su implacable rigor á la santa madre de la cultura universal. Y Turquía no puede sostenerse con su mezcla de régimen teocrático y régimen pretorianesco en medio de la Europa moderna. Absoluto es el Imperio ruso cuando se le considera en sí mismo; pero resulta una especie de América cuando se le compara con su rival, ese Imperio turco, entregado á libro único, que rige su conciencia, y á Califato omnipotente, que regula con sujecion á dogmas intolerantes y á prácticas intolerables toda su existencia. No habia más remedio que aceptar las leyes providenciales de la Historia, contra las que nada podemos, como nada podemos contra las leyes mecánicas del universo; no habia más remedio que aceptar la muerte y la descomposicion de Turquía, buscándole en Grecia un heredero, cuya política ahuyentase la sombra funesta del panslavismo, y trajese el aire vivificante del espíritu moderno á esas

regiones emponzoñadas por el fatalismo mahometano, que, como toda supresion de la libertad, es al fin y al cabo una supresion de la vida. Ahora se acuerdan los ingleses de Grecia; ahora, que todo el Oriente se encuentra á merced de Rusia; ahora, que ha nacido Bulgaria; ahora, que se ha agrandado Sérvia; ahora, que las bocas del Danubio se han caido de manos de Rumanía; ahora, que la península de los Balkanes queda reducida en el fondo á mísero departamento moscovita. Y Austria ahora se acuerda de oponerse á Rusia, despues que ha dado fuerza á todas sus combinaciones, base á todos sus cálculos, alas á todas sus esperanzas, sombra á todas sus intrigas, aliento á todas sus empresas, con esa imposible alianza de los tres emperadores, en la cual solamente le tocaba un triste destino, visto por todos, y no por su incurable ceguera: el destino tristísimo de propiciatoria víctima.

Ahora se encuentran, pues, Austria é Inglaterra en verdadero apuro. La primera no puede consentir los dos terribles accidentes que van á suceder en las cuestiones orientales: el paso de las bocas del Danubio, su rio, á Rusia, y la constitucion de Bulgaria, ese principado que se ha convenido en bautizar con el agua eslava, y que ejercerá atraccion muy perturbadora contra Austria, cuando sirva de ejemplo y de estímulo á los

pueblos, confundidos con él por consanguinidad misteriosa, y que forcejean bajo la inmensa pesadumbre del cetro austriaco. Así el canciller Andrassy ha hablado con vehemencia en contra de las adquisiciones rusas, y ha pedido con instancia recursos para prosperar los derechos de la nacion y de sus diversos pueblos, aunque sea á precio de una guerra. No me extraña : liberal de conviccion, húngaro de nacimiento, político de véras, previsor como todos cuantos se han educado en largas desgracias, presiente la inferioridad irremediable de su patria el dia en que la Rusia quede señora y soberana de Constantinopla. Por léjos que estén otros dias, por borrada la memoria de los funestos combates del 48, por dulce que parezca la prosperidad presente, no puede olvidar cómo los rusos sacrificaron implacables la nacion húngara, ayudados por los croatas, y moviéndose todos al magnetismo milagroso de esa idea eslava, cuyas corrientes han herido á Turquía y han galvanizado á sus siervos. Pero si el estadista mira á su pueblo, la córte mira á su poder. Para Andrassy, el consentimiento á la política moscovita produciria la mengua de Austria; para Francisco José, el crecimiento de su autoridad y de su poder. El uno ve con penetracion clarísima en el predominio ruso la extincion de las libertades austriacas y húngaras, miéntras

el otro ve la esperanza de una restauracion absolutista. Su antiguo aliado, disponiendo de una confederacion de naciones jóvenes, acaso le dará fuerza moral para rehacer la autoridad menguada, y Bosnia y Herzegovina, para cohonestar con algunas conquistas y algun poder territorial tamaño cambio. Parece imposible; pero un rey que ha nacido en el poder absoluto nunca se resigna á perderlo y nunca desespera de recobrarlo. Austria faltará al ministerio que le tenian encomendado la Providencia y la Historia; faltará al ministerio de germanizar los pueblos eslavos, ya definitivamente rusificados; pero, en cambio, su emperador habrá sido amigo de sus enemigos; habrá pasado por el sueño fantástico de la alianza de los tres emperadores, como si fuera una consoladora verdad; habrá adolorado, ó por lo ménos inquietado, á los que le han impuesto las libertades modernas con las instituciones parlamentarias, y habrá soñado con la restauracion insensata de un poder absoluto, al cual nunca renuncian cuantos una vez han subido á las cimas de esos tronos seculares, y desde allí han visto, con vértigos inolvidables, los hombres en el polvo postrados, y por único rival de su poder, en los cielos, á Dios.

La opinion se ha exaltado con exaltaciones mucho más graves en la amenazada Inglaterra. Lle-

vado por una idea cosmopolita, si en esencia justa, en esta sazon inoportuna, el partido liberal ayudó el verano último á formar esa leyenda búlgara, con la cual se han conseguido dos cosas igualmente trascendentales : deshacer el Imperio turco y ahuyentar de su herencia á nuestra hermana la nacion helénica. Sujeta la política á inevitables contingencias, por ser la parte más complicada de la naturaleza humana, sucede en ella, como en medicina, que remedios probados para una enfermedad dañan cuando sobrevienen complicaciones con otras enfermedades diversas. La agitacion por Bulgaria ha dañado lo mismo á las ideas liberales que á los intereses británicos, cediendo, como cede, en pro de esa eterna enemiga de la libertad y del Occidente que se llama Rusia. Acostumbrados los ingleses de antiguo á que todos los movimientos por la libertad resultáran movimientos favorables á su política y á su interes, imaginaron encontrarse enfrente de una guerra de independencia, saludable á los pueblos, y no de una guerra de conquista, fausta á los tiranos. De un lado le inspiraron esta idea los tres maravillosos estadistas de la libertad : Russell, con sus cartas á favor de los pueblos cristianos; Gladstone, con sus reuniones en contra del Imperio turco; Brigth, con su oposicion á toda guerra. De otro lado, le confirmó en tal creencia esa

política incierta del Gabinete británico, que ni se decidia, como hubiera hecho Palmerston, resueltamente por la integridad del Imperio turco, ni se inclinaba á favor de las soluciones liberales, manteniéndose en la penumbra de una incertidumbre más dañosa cuanto más apremian los acontecimientos y más medidas supremas requieren y necesitan. Pero el velo se ha caido de los ojos, y las ilusiones se han disipado de la mente. Esa guerra de emancipacion resulta guerra de conquista, como anunciábamos cuantos veiamos los sucesos sin las telarañas de las supersticiones en los ojos. Por la anexion de la Besarabia, por el establecimiento de la nueva Bulgaria, Rusia se queda en realidad con las dos orillas del rio de los rios, del Danubio, y con las dos vertientes de la cordillera de las cordilleras, con las dos vertientes de los Balkanes. Digan lo que digan, el equilibrio europeo está roto; la distribucion de las fuerzas políticas, alterada; el eje de nuestro continente, cambiado; las regiones orientales, subvertidas; el incontrastable predominio moscovita puesto sobre todas las grandes potencias; la solucion oriental, enmarañada; y la Turquía, reducida á un vasallaje real, á una dependencia servil, á una sumision ciega, hasta el momento en que, ménos poderosas las viejas monarquías de Austria é Inglaterra, y más afirmadas las recientes conse-

cuencias de las nuevas conquistas, quede, por una resolucion definitiva, el codiciado vellocino de oro, la preciada Constantinopla, en manos de los rusos, los cuales dominarán el Mediterráneo y amenazarán con nuevas irrupciones á todo el Occidente. Así es que la opinion inglesa se ha despertado; los periódicos se han conmovido; el grito de alarma se ha puesto en las estrellas; las irreverencias contra los oradores liberales han menudeado, y Gladstone se ha visto constreñido en Harley-street á demandar auxilio á la policía para que lo libertase de manos de un pueblo, indudablemente ebrio de cólera y falto de respeto, que creia desahogar su ira y enderezar sus errores maltratando é hiriendo á la más preciada gloria de su tribuna y su Gobierno.

Confesemos que las aprensiones británicas son justas. Confesemos que su imperio asiático sufre rudo golpe. Y sin embargo, una parte de la opinion se muestra muy serena. Para los optimistas ingleses no significa gran cosa todo cuanto acaba de suceder. Hay quien se burla de esa patraña del camino de las Indias, cerrado por las conquistas rusas, y la atribuyen á desconocimiento completo de la Geografía y de la ruta que sigue el comercio. Miéntras tengan las naves británicas á su disposicion el estrecho de Gibraltar en la entrada del Mediterráneo, la isla de Malta en la mitad, el

canal de Suez en la desembocadura sobre el mar Rojo, y la cadena de posesiones que se extiende por el Asia, nada les importan ni los Dardanelos, ni el Bósforo, ni el mar Negro, ni las plazas fuertes de Armenia, ni siquiera el Golfo Pérsico. Hasta se dice que ese interes por el Ponto Euxino, por el estrecho de Tracia, por la Mesia y otras regiones, proviene de las escuelas, de las arengas de Ciceron, de las traducciones de Tito Livio, de los exámetros aprendidos en las *Heroidas* y en las *Tristes* del fecundo Ovidio. Pero yo creí siempre que el daño temido por los estadistas británicos no se derivaba tanto de esos obstáculos materiales, por nadie creidos, como de grandes fuerzas morales, que al fin y al cabo rigen los hechos en la sociedad, como las fuerzas materiales rigen los fenómenos en el universo. Yo creí que Inglaterra no temia tanto un obstáculo material en su camino, como que la inmensa Rusia se presentase rodeada de prestigiosas victorias y soberana de la sin par Constantinopla á los ojos supersticiosos del Asia. Un pueblo dotado de mezquino territorio, necesitadísimo de grandes mercados, marino y colonial por excelencia, como el pueblo inglés, necesita curarse, ántes que de todo en el mundo, de los mares y de las colonias. Así, cuando por la revolucion de América perdiera sus posesiones en las Indias occidentales, tuvo que volver los

ojos á las Indias orientales. Y los volvió, dando el bill de la India en 1784, durante cuya discusion Pitt columbró con su patriotismo revelador celajes deslumbradores de poder y de riqueza, sobrepujados por la realidad con un imperio fabuloso de doscientos millones de almas, extendidas por los bosques y los rios cuasi mitológicos, donde tuviera su cuna misteriosa nuestra raza, y sus primeras revelaciones y sus primeros altares nuestros dioses de la poesía y del arte. Cuanto Inglaterra ha hecho en sus guerras con el Imperio frances, en sus esfuerzos para hundir la marina española, en sus conflictos de Oriente, lo ha hecho por esas Indias, últimamente elevadas á Imperio, para que su soberanía tuviese un nombre legendario, como el que han llevado los dominios de Alejandro, de César, de Carlo-Magno, de Cárlos V y de Napoleon, los grandes conquistadores de la Historia. En ese Imperio existen ciento sesenta millones de pacíficos bramistas, que pasan su vida en místicas contemplaciones y en religiosas plegarias, sometidos é inermes; pero hay cuarenta millones de musulmanes, que ciñen la cimitarra, que leen el Koran, que aman la guerra, que suspiran por hazañas en las cuales puedan ganar el Eden de delicias prometido por el Profeta á los héroes y á los mártires de su fe guerrera. Sabemos que hay dentro de esas doctrinas sus

herejías y sus sectas; sabemos que ciertas tendencias llegan hasta una especie de puritanismo, sólo comparable al puritanismo británico; pero tambien sabemos que las más fuertes son las más ortodoxas. Y no puede ser indiferente á Inglaterra que el jefe religioso de esas gentes, el Califa heredero de Osman, y revestido por los últimos Abasidas del Pontificado mahometano, el que lleva en su corona la media luna de los conquistadores, y en sus manos el sable encorvado de los profetas, dependa de la aristocracia de Westminster ó dependa de los eslavos de Moscou. Así es que la paz firmada en San Estéfano, que parece como la partida de defuncion del Imperio turco, ha herido de muerte al Imperio británico. Hoy se niega á reconocerla; pide que vaya íntegra al Congreso europeo, y si no quiere caer para siempre de su trono, tendrá mañana mismo que sostener esa rogativa con la guerra. No tiene otra salida lo supremo de la situacion y lo terrible de los acontecimientos. ¡Que triunfen la libertad y la justicia!

MAS COMPLICACIONES.

En Rusia, adonde las clases medias se ilustran y las clases superiores gozan, reina la invencible aspiracion al régimen parlamentario y á las libertades modernas. Hace pocos dias reuníanse varios literatos rusos en modesto banquete, para festejar á uno de los novelistas más célebres de nuestro tiempo, á Tourgueneff, cuyo nombre recuerda como una dinastía de héroes consagrados á la defensa de la libertad. El célebre novelista ha creado esta palabra de *nihilismo*, que ha recorrido toda Europa, con el fin de caracterizar un sistema político. Y no podia darse ninguna más apropiada. Nada de religion, nada de Estado, nada de familia, nada de propiedad; el comunismo más bárbaro, dirigido por la anarquía más desenfrenada. Y Tourgueneff, como escritor liberal, ha señalado al absolutismo despiadadísimo, reinante en las cimas de aquel Estado, la anexion estrecha

entre la utopia nihilista y la arbitrariedad imperial. Esta creencia suya le cerraba las puertas del Imperio y le impedia residir en su patria. París le ha dado asilo, y la clara y flexible lengua francesa, un verdadero medio de expresar toda la movilidad de sus sentimientos eslavos. Y últimamente, olvidada por la virtud del tiempo la enemiga del Gobierno, ha podido recibir homenaje, que en otros dias le hubiera costado un viaje á Siberia. Y el escritor ha tenido la idea felicísima de poner el dedo en la llaga, hablando en pleno Petersburgo, y cerca del palacio de los czares, con una independencia estoica, de la necesidad que hay en Rusia, para conjurar el nihilismo, de sostener y fundar la libertad en el régimen parlamentario.

Regocijémonos al ver cómo las ideas adelantan, y cómo en las regiones donde se arraigaban las esperanzas absolutistas entra, por la virtud milagrosa del progreso moderno, el aire vital de la libertad. Lo cierto es que la revolucion relampaguea en los horizontes de Rusia, y el suelo se conmueve y agrieta, como si lo atravesasen los sacudimientos de un terrible terremoto.

Un terrible accidente lo demuestra. El Emperador ha estado á punto de morir en tranquilo paseo matinal á manos de fanático nihilista. Providencialmente no han podido alcanzarle cuatro disparos dirigidos casi á boca de jarro sobre su

persona; justa esterilidad del crímen. Pero la repeticion de estos terribles casos, propios de los imperios asiáticos y de los serrallos orientales, prueba el hervor de horrible y devastadora lava revolucionaria bajo el hielo de aquel implacable absolutismo. Y como hay que persuadirse ante los excesos demagógicos de la necesidad del órden público, hay que persuadirse ante las monarquías absolutas de la necesidad de las públicas libertades. Sin ellas, el espíritu, necesitado de aire y de luz, rompe la sociedad que lo oprime, como la semilla rompe, al germinar, la tierra que la envuelve. El último atentado hará que se exagere el sentido de represion arriba, y estas exageraciones traerán abajo nuevas y más exageradas tendencias nihilistas. Por fortuna, del exceso mismo del mal podemos esperar algun bien; por ejemplo, el aplazamiento de la guerra.

Y un asunto, á primera vista baladí, ha despertado nuevas complicaciones, que podrian con facilidad suscitar la célebre cuestion de Oriente y sumirnos en dificultades innumerables. La Hacienda y la Administracion de Egipto encontrábanse, como se encuentran por regla general en todos los Estados mahometanos, completamente perdidas. Los europeos que pusieran sus ahorros en renta egipcia llenaban cielo y tierra con sus clamores y con sus demandas de proteccion y

amparo á la diplomacia europea. Por fin, lograron que Francia é Inglaterra tomáran bajo su tutela al Virey, sujetándolo á la vigilancia de dos tutores ó ministros, hechuras de París y Lóndres, frances naturalmente el uno, é inglés el otro. Dolíale mucho semejante sujecion al buen mahometano, y pugnaba noche y dia por contrastarla y por romperla. Y acaba de hallar una ocasion propicia y una coyuntura increible, ofrecidas por sus propios opresores. El Ministro de Hacienda inglés, despues de estudiar todos los recursos del potentado árabe, ha dicho que no es posible el pago íntegro de la renta á los acreedores impacientes. Y el Virey, para captarse la voluntad europea y redimirse de la extraña tutela, ha declarado que la renta puede pagarse íntegra, y ha despedido á sus dos incómodos huéspedes. Tamaña resolucion trae á mal traer el ánimo de la diplomacia occidental. ¿Qué hacer en tanto apuro? ¿Destituir al Virey de Egipto? Y si, como es natural, se resiste á la destitucion, ¿no traerá eso complicaciones graves? ¡Imponerle de nuevo á sus ministros! Y si no quiere recibirlos, ¿no habrá necesidad de apelar á la fuerza para imponérselos? Y si á la fuerza se apela para imponérselos, ¿no traerá semejante imposicion todos los azares y todos los peligros de una guerra? Porque precisa no ocultar las dificultades, sino

ponerlas de relieve, para que la paz europea no sufra por exceso de imprevision ó exceso de confianza. Todo movimiento de Inglaterra hácia las pirámides determina otro movimiento de Rusia hácia Constantinopla. Toda alianza militar de Francia suscita los recelos y las sospechas de Alemania. El Virey de Egipto puede, con grande facilidad, volar todo el edificio de la estabilidad europea, con sólo insistir en sus últimas determinaciones y negarse á las demandas de Inglaterra y Francia.

Bien es verdad que esta última nacion ha tomado ya, por ejemplo, en los asuntos de Grecia resuelta actitud, que la obligará, quiera ó no, á intervenir en el complicado problema oriental. Francia oye y repite, como es natural, las quejas de Grecia, nuestra madre en el arte, nuestra diosa en la libertad, nuestro oráculo en la ciencia. Y Grecia pide una rectificacion de fronteras, en cuya virtud recobre la ciudad que el Pindo antiguo señorea, que el Aqueronte adormecedor baña, que los bosques misteriosos de Dodona circundan, madre de héroes, la cual á su gloria antigua une su admirable posicion geográfica, como se observa con sólo ver que las corrientes de sus aguas van al mar Egeo y al mar Adriático, cual término medio que es entre las últimas familias latinas y las primeras familias

griegas. Y si el Sultan de Constantinopla verdaderamente insiste en negarse á la devolucion de Janina, ¿ no será necesario moverle por fuerza ? Y si le obligan á moverse por fuerza, complicado este asunto con la cuestion egipcia y con los inconvenientes en las guarniciones de Bulgaria, resultará por necesidad una nueva fase de la cuestion de Oriente, preñada de ruidosas tempestades.

Dé las esperanzas que quiera, no puede, no debe ocultarse á Disraelli una verdad evidentísima : tras las últimas victorias de los rusos viene, como una consecuencia de todo punto infalible, la guerra europea. Si, como lo indica todo, se instalan allá en Armenia á sus anchas ; si exigen una compensacion territorial en Europa por la imposibilidad de contar con las indemnizaciones de guerra, dada la penuria del Erario turco ; si trastornan los principados danubianos ; si ensanchan el Montenegro en premio á las hazañas del príncipe Nicolas ; si dan condiciones de autonomía á la Bosnia y la Herzegovina ; si chocan materialmente con la frontera austriaca por Occidente, y por Oriente amenazan el inmenso Imperio índico, no tendrán otro remedio Inglaterra y Hungría, los dos pueblos cuyos intereses más unidos se hallan con los intereses turcos, que arrojarse en mitad de la pelea como héroes, ó morir como resignados ó tristes penitentes. La solucion final

del conflicto ruso-turco, despues de todo lo sucedido, ó trae una disminucion capital del Occidente, ó trae una guerra inmediata entre todas las naciones. No se pueden cometer las faltas cometidas por el Gobierno inglés; no se puede abrazar esa mortal indiferencia; no se puede seguir esa pérfida incertidumbre, sin que inmediatamente sobrevenga el castigo correspondiente á las cobardes deserciones. El conflicto de Oriente no es conflicto de términos medios. Ó habia que sostener al Imperio otomano, de igual suerte que en la campaña de Crimea, con una intervencion armada y eficaz, ó habia que matarlo, y hasta buscarle el único sucesor legítimo, el pueblo griego. Pero excitarlo y no sostenerlo, para mí es la mayor de las faltas, próxima á ser castigada con el mayor de los castigos. Habrá el Gobierno inglés hecho mil indignidades para evitar la guerra sin otro resultado que hacerla más cruel y más meritible. ¿Lo dudais? Dejarémos la palabra á los sucesos, que con harta elocuencia hablarán muy pronto.

MISTERIOS DE RUSIA.

Difícil comprender política tan oscura como la política de San Petersburgo á los míseros mortales imposibilitados de todo ingreso en los palacios autocráticos. Ó el despotismo no tiene explicacion alguna posible, ó se explica por la superioridad incontestable de un hombre ó de una familia sobre su tiempo y sobre su pueblo. De aquí la oposicion radicalísima entre el despotismo y las asambleas populares en cualquiera de sus grados; pero tambien la oposicion radicalísima entre el despotismo y la dictadura en cualquiera de sus manifestaciones. Si el déspota convoca cualquier Asamblea, reconoce la superioridad de una clase ó de un pueblo, y está perdido; si el déspota declina su poder omnímodo en cualquier persona, bien puede asegurarse que ha traspasado el despotismo. Estos poderes absolutos, ó se heredan, como el de Alejandro II, ó se

adquieren, como el de Napoleon I, por razones personales; y de todas suertes se conservan y se vinculan necesariamente en una personalidad, más ó ménos digna de ejercerlos. Pero remitirlos á manos ajenas, despues de tenerlos largo tiempo, ¡ah! equivale á renunciarlos. El despotismo, gobierno patriarcal segun sus más ardientes apologistas, se ha fundado, se funda, se fundará, en la omnímoda superioridad del patriarca.

No comprendo cómo el czar Alejandro ha erigido la dictadura misteriosa del príncipe Loris Melikoff. Ó este gobernante le supera y le vence en autoridad y en fortuna, ó no. Si no, su nombramiento es inútil; y si le supera, él será tarde ó temprano el czar. Por el método escogido ahora en el atribulado Petersburgo se llega pronto á esas dinastías de mayordomos de palacio, que sustituyen á las dinastías hereditarias, como los carlovingios sustituyeron, por la usurpacion de Pipino, á los reyes legítimos de Francia. Por análoga suerte se alzó la dinastía de los Romanofs, cuyo nombre lleva el emperador Alejandro, allá por los años primeros del siglo décimoséptimo. Verdad que no usurpó; verdad que debió su exaltacion á general movimiento de los moscovitas, desesperados de sus dolores y decididos á salvarse por una de esas intuiciones milagrosas que iluminan súbitamente á los pueblos;

pero verdad tambien que los Romanofs jamas sustituyeran á los infelices descendientes de Ivan el Terrible, si no mostráran una serie de servicios en la Historia, que ciñera naturalmente una diadema de recuerdos en las sienes de sus príncipes. Líbrese el Czar de que un hombre como Melikof pueda, favorecido de la fortuna, pensar en la fundacion de una dinastía, cosa más fácil de lo que á primera vista parece, en pueblos primitivos, perturbados por la electricidad de la revolucion radicalísima. El ánimo y el entendimiento ménos cavilosos adivinan con facilidad que, si Melikof resulta desgraciado, la responsabilidad recaerá sobre el Czar, que lo ha elegido; y si afortunado, la gloria irá sobre él, que ha sometido la fortuna. Bien para la política de fuerza, ó bien para la política de reforma, precisaria la presencia del Czar, primer motor y primer responsable de todo cuanto sucede en Rusia. Todavía la tradicion, la Historia, el derecho antiguo, la autoridad heredera, pueden amortiguar un tanto los errores y los excesos del despotismo; pero un general escogido á la desbandada, elevado por los impulsos del miedo, con un poder no bien definitivo, dictador sobre un autócrata, resulta el ejemplar más extraño y más incalificable de todos cuantos ha podido producir en su ciega actividad la política moderna. Si hay necesidad de resistir,

resístase en nombre del Czar, que representa la personificacion del derecho; si hay necesidad de conceder, concédase en nombre del Czar, que debe recabar toda gloria allí donde quiere imponerse á todas las generaciones. Pero omnipotente autocracia rematada por transitoria dictadura deroga de tal suerte las ideas más admitidas en las ciencias y en las prácticas políticas, que parece triste pesadilla de un cerebro enfermo. Bien sé que el príncipe Loris tiene historia sin mancha, cuenta triunfos sin nombre, administra en sus respectivos gobiernos sin arbitrariedad, prepara innovaciones sin apresuramiento, lleva en el recuerdo de su abnegacion durante las pestes que ha combatido, una aureola de heroismo y de martirio, propia para dar autoridad á sus pensamientos y para revestir de cierto carácter sagrado á su persona; mas en todos estos títulos puede y debe ver ese Czar, que abdica y desaparece, graves peligros para su propia dinastía. Desgraciado estuvo en la designacion de las personas que debian moderar las conspiraciones. El general Gurko, á quien diera el gobierno de Petersburgo, sólo acertó á organizar en guardia los simones, y en policía los porteros, miéntras el férreo general Totleben, especie de tártaro sangriento, encargado de várias provincias, les ha infligido castigos tan bárbaros como aquellos de

los antiguos conquistadores á los pueblos conquistados, exacerbando cada dia más los ánimos, y produciendo la contínua explosion de sus nuevos atentados. En su desventura, podrian resultarle al emperador Alejandro tan dañosas las elecciones felices como las elecciones infortunadas, y tan peligroso Melikof como Totleben ó Gurko.

La situacion del Czar no ha de prolongarse mucho tiempo. Circuido por un ejército que no puede guardarle, y por una policía que no puede precaverle de tanta tentativa de asesinato como amenaza diariamente á su persona; obligado por las leyes más rudimentarias del instinto de conservacion á blindarse como los buques ó como los cañones recientemente descubiertos; sustituido muchas veces en sus viajes y paseos, para esquivarse al peligro, por un maniquí de pintor ó por un caballero de la córte; asaltado de mortal melancolía al ver cómo concluye en la impopularidad y entre universales maldiciones gobierno comenzado bajo tan risueños auspicios, llega á la peor y más peligrosa de las situaciones, á la de aquellos condenados á no saber qué resolucion tomar; tristes juguetes de la casualidad y del destino. Lo sucedido últimamente con el asesino de Melikof debe advertirle de su falsa situacion é impulsarle á resoluciones supremas. Cegado sin duda por la impaciencia, corre el fanático á cla-

var un puñal en las entrañas del dictador con esa decision que caracteriza á los suicidas. Frustrada su tentativa, muere mostrando el cartel de los reos de Estado, como pudiera mostrar un patricio sus blasones, y subiendo á la horca como pudiera subir un rey á su trono. Y en las incidencias de este drama se descubre que Melikof prepara y madura reformas; descubrimiento tras el cual sobreviene misterioso anuncio de suspension á todas las tentativas y á todas las maniobras contra su omnipotente persona. Si esto prueba que la resistencia cede, que la reforma llega, que el nuevo régimen surge, debiera el Czar recoger para el término de su reinado la gloria de establecer el régimen constitucional, como recogió para el principio la gloria de fundar la emancipacion de los siervos. Toda vacilacion de cualquier género en estos momentos traeréle una deshonra indeleble para su nombre en la Historia, y una ruina inevitable para su familia en el trono.

La situacion de Rusia, que embarga naturalmente el ánimo de Europa, engendra libros sobre libros, los cuales procuro leer en los momentos de vagar, permitidos por más apremiantes ocupaciones y por más elevados estudios. Sobre mi mesa tengo dos, uno inglés y otro italiano, que nada nuevo añaden á cuanto en mis cartas os he dicho. Interesan á Rusia, no sólo á causa del ma-

ravilloso espectáculo que ofrece una sociedad cuasi asiática, asaltada por una revolucion ultra-europea, sino por la coincidencia de haber pasado los primeros meses de mi emigracion, allá el año de 1866, en una sociedad rusa, que habitaba á las orillas del lago de Ginebra, y en cuyo seno encontré consuelos no borrados de mi corazon, y enseñanzas no olvidadas de mi memoria. Aun recuerdo la casita de Pré l'Evêque, toda ceñida de enredaderas y madreselvas, á cuyas puertas crecian seculares álamos de ramas gigantescas, entre las que brillaban las cúpulas doradas de la recien construida iglesia moscovita. Aun recuerdo el gabinete donde tres distinguidas jóvenes, de la instruccion más variada que he conocido y más profunda, despues de escanciarme aquel té célebre de China, traido por las caravanas y hecho en una colosal tetera, semejante á nuestros aguamaniles de Andalucía y de Valencia, tocaban al piano con maestría y sentimiento sonatas de Chopin, ó traducian á libro abierto en correcto frances versos de Lermentoff y de Pouchine; despues, elevándose poco á poco en la conversacion, pintaban cuasi de relieve aquella sociedad de apariencias imperiales, minada toda por los trabajos tenaces de pensadores ultra-comunistas. ¡ Cuántas veces vi pasar á mis ojos, admirablemente dibujados, los tipos del esbirro ruso,

del estudiante radical, de las jóvenes revolucionarias, de los conspiradores socialistas, de los escritores eslavófilos y de los escritores revolucionarios! ¡Imaginaos qué impresion dejaria en mi exaltado sentimiento, cuando á los treinta y tres años visitaba por vez primera extrañas tierras, aquella sociedad tan apartada de la nuestra en ideas, en sentimientos, en religion, en costumbres, en todo cuanto constituye la esencia de la vida! Debo decir, en verdad, que cuanto me dijeron y anunciaron se ha ido confirmando por el trascurso de los años y por el desarrollo de los acontecimientos. La revolucion socialista ha tenido su primer apóstol en Hertzen; su segundo apóstol, en Ogareff; su organizador, en Bakounine; su más intencionado profeta, en Tcherniscerski, literato y economista á un mismo tiempo, hoy todavía desterrado en Siberia, donde purga el enorme crímen de haber escrito algunas novelas revolucionarias y de haber proyectado una Enciclopedia de ciencias filosóficas y sociales. El nombre de la secta más revolucionaria se debe al escritor Tourgueneff, que llamó nihilista al personaje principal de una de sus principales novelas, llamado Bazaroff. Y las legiones de esta dogmática nueva se reclutan con especialidad en los jóvenes de las familias más distinguidas y en los estudiantes de las universidades más célebres de

Rusia. De esta suerte ha podido formarse ese Apocalípsis, en el cual late la ruina de un mundo mezclada con el vagido de otro. Todas estas ideas han extendido en las conciencias y en los aires esos celajes arrebolados, entre cuyos matices vuelan los ángeles exterminadores, caballeros en sus monturas fantásticas, que destilan sangre, y relucen las ciudades comunistas de lo porvenir, llegando, como la tierra prometida al judío esclavo de los Faraones en Egipto, con sus perfumados rios de leche y miel. No se puede aplicar el oido á la tierra rusa sin oir los estremecimientos del terremoto, ni al corazon de los rusos sin oir los latidos de la revolucion. Sus ideas son lógicas consecuencias de las doctrinas más extravagantes; pero por la equivocacion de sus ideas no pueden juzgarse los sentimientos de estos innovadores, que tienen decidida vocacion al heroismo y al martirio.

¡Caso raro! Los dos filósofos que más influencia han ejercido en la juventud socialista rusa no son dos filósofos avanzados, sino todo lo opuesto; dos filósofos conservadores, y áun reaccionarios en política. Sobre los primeros nihilistas ejerció grande influjo Hegel, y sobre los segundos nihilistas ejerce hoy grande influjo Schopenauer. Lo comprendo respecto al primero, porque, si bien, al llegar á las consecuencias prácticas de sistema,

sostiene la monarquía representativa, en la metafísica, en la parte esencial, aquella idea que se mueve en eterno movimiento, produciendo la Naturaleza y sus fuerzas, el Estado y sus leyes, el arte y sus inspiraciones, la ciencia y sus verdades, aquella idea eterna constituye y constituirá siempre la gran filosofía del progreso. Pero la filosofía de Schopenauer es la individual genialidad de un atrabiliario, que en la tierra ve una sucesion de generaciones sacrificadas, y en el universo los inmensos dominios del mal y de la culpa. Esa filosofía, tan pesimista en metafísica, es mucho más pesimista todavía en política, y combate con sin igual encarnizamiento la revolucion como medio y la democracia como fin de la política moderna. Jamas se han dicho del Estado republicano, del sufragio universal, de la emancipacion democrática, las blasfemias dichas por el violento y atrabiliario Schopenauer. Un filósofo de tal naturaleza ¿puede ser el filósofo de la emancipacion de una raza? ¿No prueba todo esto que el exceso de despotismo ha llevado la democracia rusa al exceso de demagogia, y que el exceso de demagogia les ha llevado tambien á la terrible monomanía del suicidio?

La estruendosa y terrible alarma producida por los armamentos desproporcionados y rápidos de Alemania comienza en bastante grado á sere-

narse. Olvídanse las ficciones, aunque recientes, de la futura batalla de Varsovia; olvídanse los artículos amenazadores de la *Gaceta del Norte;* olvídanse las maniobras para separarse de Rusia y unirse al Austria; y comienza todo el mundo á comprender que tales vueltas y revueltas obedecian á un plan de estrategia en apariencia, dirigido á subvertir hoy los ánimos, y en realidad á obtener mañana la votacion unánime en el Reistach de las abrumadoras leyes militares. La Comision se ha reunido, y el proyecto ha pasado sin ninguna enmienda; y desde que la Comision se ha reunido en paz, y el proyecto ha pasado sin enmienda, el íris tiende sus matices sobre el agitadísimo oleaje de la encrespada Europa. Diez y nueve mil reclutas más que en las antiguas quintas dará hoy Prusia, y el Canciller pretende que con este aumento, demasiado por el ascenso de la poblacion, sólo tendrá Alemania nueve regimientos más que Francia, y treinta y uno ménos que Rusia, para el caso de un próximo conflicto. Sin embargo, los entendidos en achaques militares suponen la estadística prusiana omitiendo cincuenta y ocho baterías suplementarias, muchos batallones de reserva, otros llamados cuartos de campaña, y varios dispuestos á movilizarse en cuanto asome el más ligero anuncio de guerra. Aparte estas cifras poco tranquilizadoras, ciertas

inquietudes nerviosas del receloso y precavido Canciller han comenzado á calmarse. La última negativa de la República francesa, tan fundada en razon y tan previsora para lo porvenir, á la entrega del regicida Hartman ha venido á resfriar las ántes ardorosas simpatías de Francia por Rusia y de Rusia por Francia. El gobierno frances ha hecho lo debido; primero, porque la personalidad de Hartman no estaba suficientemente justificada; segundo, porque el crímen no era conocido en toda su claridad para juzgar y proceder con arreglo á justicia; tercero, porque no existe tratado de extradicion alguno entre las dos potencias; cuarto, porque áun suponiendo el reo conocido, el crímen patente, la sentencia justa, los principios de derecho internacional protegen con escudo incontrastable la delincuencia política en todas las naciones del mundo, y no puede consentir en dar el huésped amparado en la equidad universal, en las seculares costumbres públicas. Hay quien dice que el príncipe Orloff prometiera irreflexivamente á su Gobierno la extradicion, y al ver desmentida su promesa, se airára fuertemente hasta pedir su retirada de París, donde no podria continuar en paz. No creo que los intereses diplomáticos permanentes de las naciones se sacrifiquen así á los arrebatos transitorios de un momentáneo disgusto. De todas suertes, este

incidente ha cambiado mucho los ánimos en Prusia, porque se ha reunido con una carta del papa Leon XIII al Arzobispo de Colonia, en la cual declara que consentirá la prévia notificacion de los curas elegidos por los prelados á la autoridad civil y laica; declaracion que yo esperaba de la alta sabiduría de Su Santidad, que corresponde al proceder seguido con Francia y con Bélgica en las últimas dificultades, y que calma los ánimos y tranquiliza, en bien de todas las conciencias, prometiendo una era de libertad religiosa muy necesaria despues de tantas agitaciones, y una reconciliacion entre la Iglesia y el Estado, que facilite y asegure las lentas, pero progresivas, trasformaciones del derecho moderno en nuestra Europa.

LOS MALES DEL DESPOTISMO.

La bomba, cuyos cascos han destrozado al emperador de Rusia, resuena con tanto estrépito hoy, que no ha lugar en el escritor ni en los lectores atencion para ningun otro asunto. Narremos, dejando para más tarde las consideraciones inspiradas por esta tragedia verdaderamente horrorosa. Desde que la emancipacion de los siervos llegó á cumplirse, las clases pudientes y letradas llegaron en el inmenso Imperio moscovita, no á idear, como en otro tiempo, á querer la libertad. Sucedió, pues, al período de los libros, de los cánticos, de las cátedras, al período literario y de propaganda, el período de accion. Aquel partido de apóstoles, acosado por la persecucion imperial, se convirtió en un partido de combatientes y de revolucionarios, los cuales pugnaron por emancipar su palabra y su pluma, como el siervo su persona, y por obtener la propiedad de su derecho,

como el siervo la propiedad de su terruño. La proscripcion sistemática, las deportaciones á Siberia, la confiscacion de bienes y la clausura de la patria y del hogar, á pesar de sus crueldades, no mellaron la voluntad de los afiliados, que, en el extranjero, tocaban la campana de rebato y difundian sus ecos alarmantes por todos los ámbitos de Rusia. En esto vino la guerra última de Oriente, y con la guerra última de Oriente, una enorme agitacion política. En vez de resultar empresa tan grande la cruzada de los ortodoxos, la rehabilitacion de la leyenda panslavista, el dominio de Constantinopla para los Czares y el triunfo de la Iglesia griega sobre el mahometismo tártaro de los descendientes de Ostman, resultó una guerra verdaderamente revolucionaria, de propaganda liberal, á virtud de la que reuniéronse Asambleas constituyentes, como en la Francia y en la América libres; promulgáronse derechos fundamentales; y pueblos de orígen eslavo y de condicion triste, como los búlgaros y los servios y los montenegrinos, tuvieron Constituciones públicas, en las cuales constaban todas las libertades difundidas por las revoluciones modernas en la humana conciencia, y escritas en la legislacion universal; y los revolucionarios rusos dijeron que, así como la guerra de Crimea fué la emancipacion de los siervos, la guerra de Bulgaria debia ser la

emancipacion de los rusos; y al calor de esta idea empeñóse entre el Emperador y el pueblo una porfía, que acaba de desenlazarse por tan tremenda catástrofe.

Despues de las dos tentativas, la que tiró á volar el ferro-carril de Moscou, y la que tiró á volar el palacio de invierno, parecia calmado el furor revolucionario en Rusia. El Emperador, frecuentemente recluido en Livadia, dejaba la iniciativa del Gobierno y la carga del Estado en manos de Loris Melikoff, cuya prudente administracion restañaba un tanto las heridas antiguas y calmaba los ánimos sublevados. A mayor abundamiento, despues de aquella voladura del comedor tan espantosa, las pesquisas incesantes habian logrado coger muchos hilos misteriosos de las conjuraciones, y áun acaparar el tesoro secreto de la revolucion, que subia, segun cuentan, á cerca de quinientos mil francos. Algo se habló de una mina, en el camino férreo abierta, y de una máquina encontrada en buque inglés, cuando el Emperador se hallaba por las costas meridionales de su Imperio; mas la frecuencia de tales hallazgos embotaba la pública atencion, creida en estos últimos dias de que, habiéndose concentrado en otra cabeza la política de los czares, sobre aquella cabeza, y no sobre la del triste Alejandro II, casi dimisionario, iria el fulminante rayo. Mas en esta

última quincena comenzaron á sonar tristes presagios y siniestros anuncios. El astuto jefe de la policía parisien supó cómo menudeaban misteriosas citas entre los emigrados en Ginebra y los emigrados en Lóndres; los periódicos alemanes publicaron oscuros telégramas, semejantes á verdaderos jeroglíficos; la redaccion de la *Revista Nueva*, que dirige la ilustre Madame Adame, vió penetrar en sus oficinas un desconocido, quien anunció próximos acontecimientos; y el Emperador recibió anónimos previniéndole que no saliera de palacio el domingo 13 de Marzo, porque le aguardaba en la calle inevitablemente la muerte. A pesar de que, en dias anteriores, so pretexto de mandarle píldoras para el asma, tan frecuente allá en los climas frios, le mandaron fulminantes para matarlo, y debió á un aviso y á un milagro su preservacion, los anuncios de peligros contínuos menudeaban tanto, que ya se habia habituado el ánimo imperial á ellos, como se habitúan los cuerpos achacosos á las enfermedades crónicas, y acababa por no prestarles atencion ni hacerles caso alguno. ¡Oh! No andan los antiguos historiadores tan descaminados al decir que, en el mundo interior y exterior, á causa de las estrechas relaciones entre la sociedad y la Naturaleza y entre el universo y la Historia, se notan presagios, á los cuales no presta el debido cuidado y estu-

dio nuestra incuria, muy dada, por su mal, á creer que no existe aquello que no conoce, cuando hasta por los poros nos penetra insensiblemente la luz etérea del astro lejano y el efluvio magnético de una aurora boreal que no se ha dibujado en nuestra retina, y la chispa eléctrica de una nube tonante que no ha resonado en nuestros oidos. El Emperador salió del palacio de Invierno, despues de almorzar, y se encaminó á un lato picadero, donde estuvo algunas horas entretenido en pasar revista militar á parte de la guarnicion. Concluida la revista, se dirigió á casa de una de las archiduquesas, y de casa de una de las archiduquesas volvió, á eso de las tres de la tarde, á recogerse al palacio de Invierno.

Aunque no he visitado San Petersburgo, me la finjo en mi fantasía, recordando las innumerables relaciones leidas de esa ciudad, fundada por el poder de un Czar con el mismo empeño que si fuera un solo edificio, en medio de lagunas pestilentes, á orillas del Neva, que parece la mayor parte del año un rio de cristal; ciudad compuesta de edificios surgidos merced á despóticas disposiciones, las cuales obligaron á cada noble, poseсor de treinta y siete cabañas de esclavos, á la ereccion de un edificio, cuyos planos se le daban ya dispuestos; ciudad de pretorianos, de guerra,

de conquista, colocada á seiscientos kilómetros de la capital antigua y hácia el Occidente y los mares glaciales, para que pudiese lanzarse, á guisa de una declaracion de guerra, sobre Polonia, Lithuania, Finlandia, si queria tener fronteras y tierras á su espalda; por lo cual, no obstante su coqueta forma de abanico, seméjase, con sus calles regulares y estratégicas, con sus perspectivas inacabables, con su ciudadela ceñuda junto á las torres asiáticas y á los cimborrios áureos de sus catedrales ortodoxas, seméjase á una especie de alojamiento militar, todo él ocupado por un ejército, á cuya cabeza se encuentra un emperador que tiene al mismo tiempo mucho de general y mucho de pontífice, para sojuzgar así la voluntad como la conciencia, y extenderse por mar, por tierra y por cielo, cual una inmensa sombra, nacida de la negra y terrible alma de un tirano, ensoberbecido y divinizado en su trono, cuyo dosel se dilata como un sudario sobre una gran parte del planeta. En una de sus plazas más regulares, frente al teatro Miguel, no léjos de aquellos innumerables canales que del Neva se derivan, hallábanse varios grupos en el momento en que el Emperador pasaba de regreso al palacio, de un solo ayudante acompañado, en berlina ligera, circuido por su escolta de cosacos, que revolotean en torno suyo con el siniestro aspecto de

una bandada de cuervos. Tengo la seguridad de que cualquier observador vulgar que hubiese podido seguir los grupos, en aquel teatro de una próxima tragedia esparcidos, leyera en su inquietud, en su impaciencia, en las miradas febriles, en los paseos errantes, en la zozobra, en los estremecimientos, en todo aquello que no pueden dominar ni la voluntad ni la conciencia, el secreto de una extraordinaria maquinacion. ¿Qué se ha hecho la policía rusa, tan conocida en el mundo por su diligencia en el proceder y por su intuicion en el adivinar? ¿Qué se han hecho aquellos esbirros, los cuales sentian el volar de una mosca en los aires y el amanecer de un pensamiento en las conciencias? ¿Cómo? ¡Se pueden abrir minas bajo los ferro-carriles; dilatar venas cargadas de dinamita por las bases de las casas; reunirse una docena de asesinos inquietos en sitios públicos, sin que la policía moscovita, numerosa como un ejército, implacable como la fatalidad, investigadora como la Inquisicion, alcance ni un asomo siquiera de maquinaciones ruidosas, en las cuales entran jóvenes inexpertos, aquejados, en la impaciencia natural á su edad, por el afan de revelar sus secretos y de lucir su heroismo! La desaparicion de ciertas especies demuestra cómo la tierra pasa de un período á otro período en su desarrollo natural, y la desaparicion

de los esbirros prueba cómo la sociedad rusa va siendo cada vez más incompatible con el absolutismo y va estando cada vez más necesitada de la libertad.

Por fin, el Emperador llega en su carruaje y con su comitiva, poseido de esa imprevision que nos oculta la hora de nuestra muerte, al sitio de la catástrofe. Una bomba estalla, y varios cosacos caen heridos, y un niño de diez años muere destrozado entre las ruedas del coche. Salvador instinto mueve al cochero á fustigar el tiro de su carruaje y á separarse con la mayor celeridad posible de aquel sitio de horror. Pero el Czar lo detiene, y le obliga imperiosamente á pararse, á fin de que los heridos arrojados por el suelo tengan auxilio y socorro. Mal de su grado, cede el doméstico al mandato del señor, que pone el pié sobre la tierra helada y se inclina hácia los cuerpos maltrechos y magullados. Y en este mismo instante un conjurado, con lisa bola de caoutchout en sus dedos, muy parecida ciertamente á una bola de nieve, se dirige al espacio mismo donde se habia verificado el descenso, y la dispara con tanta seguridad y precision, que mata y muere, mezclándose su sangre con la sangre de su víctima, por lo mismo que tan separadas estaban sus almas y sus conciencias. ¡Terrible espectáculo! El suelo estremecido, el aire ahumado, la nieve

roja, multitud de heridos revolcándose en las ansias de su agonía, varios muertos inertes sobre el suelo helado, los circunstantes corriendo en todas direcciones, los caballos sin jinete, espantados, y el Czar, el pontífice, el generalísimo, el semidios, á cuyas órdenes se han apagado tantas vidas y se han caido de los hombros tantas cabezas; el mayor potentado de la tierra, pastor y amo de cien pueblos tendidos á sus piés como rebaños, con toda esa omnipotencia, destrozado y casi exánime, cubierto de heridas, con las piernas rotas y las tripas fuera, los primeros estertores de la agonía en el pecho, y sobre la frente las últimas sombras de la hora postrera de su tormentosa existencia.

En el momento de caer, llegó uno de los próximos deudos del Emperador, que le sostuvo y le quiso llevar, para curarlo con rapidez, á contigua casa. Pero Alejandro, despues de indicar que sentia su fin muy próximo, dijo, reuniendo sus fuerzas y expresando el último pensamiento quizás de su apagado cerebro, que deseaba morir bajo el techo de su palacio y en los brazos de su familia. Colocáronle en un trineo; y chorreando sangre, llegó á su morada. No parecia una persona; parecia un monton de carne machacada por los carniceros. La sortija de boda que llevaba y el guante le penetraron dentro de la carne; las

piernas apénas se ligaban al tronco; los intestinos le salian fuera del vientre; la cara misma estaba cuajada de heridas abiertas por los tubos de vidrio en los cuales se encerraba la dinamita. Vino la muerte dos horas despues del atentado y cuando ya hacía una hora que estaba perdida en el Czar por completo la conciencia de su estado. Cuatro asesinos principales se han mostrado en esa obra terrible; y de los cuatro, el uno, Russakoff, ha caido en manos de la policía y ha intentado inútilmente envenenarse; el otro ha muerto al dia siguiente que el Czar, en la cama de un hospital; el otro se ha pegado un tiro al ir á prenderlo; y el que logró perpetrar el crímen ha muerto ántes aún que su víctima. No puede darse una sucesion más terrible de espantosas tragedias.

Nosotros, delante del cadáver, no queremos recordar ni los errores que el Czar cometió en vida, ni los crímenes perpetrados en su nombre. Mucho tendriamos que decir de la represion en Polonia. Sus cosacos entraban en las iglesias católicas como lobos hidrófobos en los poblados rediles. Los niños, las mujeres, los ancianos, que iban en procesion á rogar á Dios por la paz de los muertos y la resurreccion de la patria, caian á las descargas de los sicarios rusos, nunca hartos de carne ni saciados de sangre. La nacion entera

fué mártir. Así, á nadie ha extrañado que en medio del dolor universal por el horrible crímen y la universal reprobacion que ha suscitado en la conciencia humana, los polacos de Austria no hayan querido en el Parlamento tener una palabra de compasion y de duelo. El regicidio borra hasta las mayores manchas de sus víctimas y rehabilita á los mayores culpados. Nunca tendrá palabras bastantes con que reprobar el crímen la humana lengua, ni bastante ódio el humano corazon para aborrecerlo. Así, como oracion fúnebre delante del cadáver, sólo puede recordarse la emancipacion de los siervos, brillante página de la historia desenlazada con esta horrible tragedia. Verdaderamente da horror al ánimo y escalofrío al cuerpo todo cuanto acaba de suceder en Rusia. Ese combate exterminador entre un partido proscripto y un Czar omnipotente pertenece á edades bien diversas de las nuestras, como pertenecen á otros dias del planeta los monstruos de piedra encontrados en las antiguas zonas geológicas. Imaginaos que ahora surgieran bajo vuestras plantas el helecho enmarañado de las selvas carboníferas, y se deslizáran entre sus ramas las turbas de hormigas blancas y ciegas que combatian á orillas de los océanos bituminosos y al resplandor de los volcanes vacilantes; imaginaos que vierais las ranas del tamaño de nuestros bue-

yes, buscando, al traves de las aguas espesas, los primeros alientos del aire caliginoso y enrarecido; pues eso es el Czar, el Pontífice, el general, sumados por una sola personalidad increible, á quien llaman sus vasallos autócrata en el lenguaje de la servidumbre. Así las maniobras terribles; los conjurados semejantes á duendes y fantasmas; las explosiones parecidas á catástrofes del universo; la persecucion de unos contra otros, tan sin conciencia y sin justicia como las mutuas é implacables de los peces en las profundidades del abismo; las voladuras de palacios y caminos y calles entre la erupcion de la pólvora, parecida en sus horrores á una tempestad; el destrozo de criaturas humanas, cuyos miembros se desprenden del cuerpo al estallido de esos proyectiles diabólicos, cual en las tétricas pinturas en que todas las teogonías nos han descrito las furias y las penas del infierno. Mucho indudablemente tienen que ver las instituciones cuasi asiáticas de Rusia con estos crímenes que recuerdan las orgías de Sardanápalo, la toma de Jerusalen, la noche última de Cleopatra, el incendio de Tiro, la caida de Cartago, las irrupciones de Atila. Como decia con razon un grande escritor, el gobierno ruso es el despotismo templado por el regicidio. Y el despotismo engendra estos grandes crímenes, como el agua estancada los miasmas palúdicos, y

como los miasmas palúdicos las fiebres mortales. Así, en la antigua Roma de la república morian de muerte horrorosa los cónsules, ó peleando por su patria ó en su hogar y en su lecho; miéntras en la Roma del Imperio el fundador de esta institucion perecia bajo el puñal de los tribunos; el astuto Augusto, envenenado quizás por unos higos que le diera su propia mujer Livia; el feroz Tiberio, ahogado en su lecho, allá en Bayas, por los jefes de su palacio; Calígula y Claudio, heridos por sus propios pretorianos; Neron y Othon, víctimas de un suicidio, al cual sus propias legiones le forzaron; Galba y Vitelio, arrastrados por las calles de la Ciudad Eterna: que el crímen produce naturalmente el crímen.

Pues en Rusia, desde los tiempos en que la terrible autocracia moderna se constituye, desde los tiempos de Pedro el Grande, los crímenes se suceden uno tras otro con la misma regularidad que los monstruos coronados en sus ciclópeos tronos. Todos los sentimientos de la naturaleza humana se apagan á una en esos corazones durísimos; todas las voces de la conciencia se estrellan contra la razon de Estado, cuya ferocidad raya en la ferocidad de los animales carniceros. Nacer un príncipe allá en cuna imperial, destinado desde el vientre materno á reinar sobre los hombres, con una corona en la frente y el derecho al poder

en la vida, es nacer para calabozo hondo y oscuro, como sepulcros repletos para dolores intensos y terribles, como penas eternas, objeto de odios feroces, blanco de atentados contínuos, víctimas del puñal y del veneno, cuando no de conjurados que, venidos de regiones desconocidas, como los ensueños siniestros que asaltan el ánimo en las noches zozobrosas de las pesadillas insanas, ahogan, asfixian, degüellan con la fuerza de una fatalidad implacable. ¿Cómo? El pretorio en Roma, el serrallo en Constantinopla, la córte en Petersburgo, engendran todos esos seres, los cuales habitan los palacios del despotismo, como las aves nocturnas las tinieblas, y como las víboras ponzoñosas los desiertos; y no se quiere atribuir al despotismo en sí la raíz de donde brota como un fruto maldito la venenosa fruta del regicidio. Los nihilistas tienen su genealogía en los verdugos de Alexis, en los asesinos de Pedro III y Paulo I, en los chacales que despedazan el cuerpo de Ivan, en los esbirros que envia Catalina contra todos sus enemigos, en los placeres suicidas de la córte, en las ratas que dentro de los calabozos, inundados por el Neva, se comen vivas á las pobres princesas de la sangre de los Rousanoff, en las cruentas demencias que acompañan al despotismo y que lanzan, como venenosas culebras, los déspotas todos sobre la tierra.

No habia nihilistas en Rusia cuando Pedro empalaba los partidarios de su hijo y ponia sus cabezas en lo alto de las torres. No se conocian tales ideas la noche en que el fundador de la monarquía autocrática dictaba la sentencia de muerte contra su propio primogénito y hacía que le diesen drogas mortíferas en copas de plata. Ninguno de los revolucionarios rusos habia escrito ántes de la madrugada en que el matador de su hijo llevaba su mujer Catalina al patíbulo, donde Moens pagaba los adúlteros favores de la soberbia Emperatriz, erigida de sierva en autócrata. Orloff y Balafré, los que ahogaban á Pedro III en aguardiente, no eran refugiados de Ginebra ó de Lóndres, sino cortesanos de los palacios imperiales. No ideaban, ni por casualidad, ninguna teoría revolucionaria los que herian al último heredero de la rama primera de los Romanoffs en su prision sepulcral. Pahalen, el asesino de aquel Pablo I, ahorcado con las fajas de los generales, como los perros sin amo con las sogas de los pilluelos, Pahalen jamas leyera otro libro que su ordenanza. Ved los reyes constitucionales que desde la Santa Revolucion se han sucedido en el trono de Inglaterra, y los autócratas que en igual período de tiempo se han sucedido en el trono de Rusia; comparad la muerte de los unos con la muerte de los otros, y decidme luégo si es verdad

ó no que el despotismo engendra el regicidio. Así hoy corren por Europa las especies más particulares sobre la muerte del Czar. Aumentados los agentes de policía desde mil á tres mil, ¿cómo no han impedido nada? Hecha una mina en calle principal de Petersburgo, ¿cómo nada se ha traslucido? La gente cree que los ministros del Czar estaban en la conjuracion, y que en el palacio mismo de los parientes del Czar se fabricaban las bombas regicidas. Y no puede dudarse que tales maniobras provienen de las alturas donde comienza la voluntad á latir y el pensamiento á arder, y no de esas muchedumbres, cuasi esclavas de Rusia, reducidas á las condiciones de las especies inferiores, que, si tienen palabra, no pueden apénas usarla; y si tienen voluntad, no saben cómo quieren ni lo que quieren; y si tienen vida, la reducen al propio individuo, á su familia, como los animales pareados, ignorando en su terruño, del cual se alimentan como los vegetales, sin conciencia que existan la humanidad y la patria.

El crímen ha sido verdaderamente horrible. No hay reprobacion bastante con que poder estigmatizarlo, ni en la conciencia ni en la palabra. Se necesita descender á los círculos de la creacion donde reina el combate animal por la vida, para encontrar instintos tan carniceros y tan feroces. Dios ha condenado á esterilidad esos crímenes y

no ha querido que de ellos saliera el bien. Más han hecho por la humanidad los mártires resignados que los verdugos exterminadores. Las obras del sable han caido, pasajeras como la violencia, miéntras que la redencion de la cruz penetra de siglo en siglo en todas las ergástulas y rompe todas las cadenas, eterna como la justicia. Un pueblo levantado por sus libertades merece el concurso de todos los corazones generosos, miéntras merece un anatema de la razon universal quien cree herir la tiranía por haber herido á los tiranos. Reprobable el crímen, reprobados los criminales. Mas no puede consentirse, no, que se imputen á las ideas modernas los vicios de las instituciones antiguas. Sobre esos delitos se levantan nuestros ideales, como se levantan las estrellas sobre las tinieblas de nuestras bajas y oscuras noches.

VIAJES DIPLOMÁTICOS DE IGNATIEFF.

La cuestion de Oriente, que tantas amenazas de guerra entrañaba, parece tomar un aspecto pacífico, gracias al carácter de nuestro siglo y al progreso de nuestras costumbres. En otro tiempo, rivalidades tales como las rivalidades entre Rusia é Inglaterra; enconos como el encono entre la raza eslava y el Imperio turco; sublevaciones como la sublevacion de Sérvia, y triunfos como el triunfo de Montenegro, hubieran traido una guerra universal en los continentes y en los mares. El siglo décimooctavo no está muy léjos de nosotros; y á pesar de lo mucho que habia adelantado el espíritu público, y de la influencia que tomaba la filosofía sobre la política, resultaba á cada paso una guerra, por el reparto de Polonia, por la toma de Silesia, por la anexion de Baviera al Austria, por la supremacía de las provincias del Báltico, por la conquista de Crimea, por la ambicion

de los reyes y su anhelo á extender y dilatar sus territorios. La guerra se reduce ahora á un conflicto entre Rusia é Inglaterra, y debemos registrar esto como un gran adelanto. Desde luégo, el espectáculo que ofrece Turquía pasando del régimen absoluto al régimen constitucional debe causarnos extrañeza y maravilla. ¡ Cuántas revoluciones en Inglaterra para traer esa combinacion de los poderes públicos! ¡ Qué catástrofes tan tremendas las catástrofes de Francia en el tránsito de un régimen á otro régimen! Nosotros mismos y los italianos hemos sufrido medio siglo de convulsiones y de guerras. Prusia y Austria, la conquista, la revolucion, trances de muerte. Y Turquía deja tras sí el régimen más absoluto que ha conocido Europa, entra en su opuesto, y no se conmueve ni se agita. Las elecciones, tan ruidosas en todos los pueblos, se han distinguido allí por su frialdad y por su silencio. Cuestiones religiosas, cuestiones territoriales, cuestiones de raza y de sangre, cuestiones económicas, cuestiones constituyentes, han podido pasar sobre ese imperio sin conmoverlo, como pasa sobre un cadáver el fuego. Para los espíritus superficiales todo esto aparece como señal de vida y áun de robustez en la vida. Para nosotros queda semejante enseñanza como una prueba más de la irremediable decadencia de Turquía. Lo pasado tiene allí tan

pocas raíces, que no resiste; y lo porvenir tan poca esperanza, que no combate. Los vientos de las ideas pasan sobre esa tierra como sobre un mar de plomo. Lo único que hemos sabido de sus elecciones y de sus juntas puede reducirse á esto: á que los hábiles griegos, teniendo mayoría de electores en Constantinopla, tendrán minoría de diputados. Cierto turcófilo propone en uno de los periódicos más respetados y respetables de Europa extraña confederacion entre las cualidades culminantes de las diversas razas reunidas en el Imperio turco. Que los otomanos, sin rival en el mando y en la disciplina, se encarguen del poder; que los armenios, grandes calculadores, de la Hacienda; que los griegos, hábiles y finos como sus padres, de la política. Pero los turcos, al encargarse del poder, se encargan de la parte del leon, y por ende piden para sí toda la presa.

Personas imparciales, que no tienen supersticion por los eslavos, ni supersticion por los turcos, y que miran los sucesos como son realmente en sí, huyendo de engranarlos en los planes y en los sistemas *à priori*, confiesan que la Constitucion del Imperio no ha cambiado gran cosa su vida y su naturaleza. El jóven Sultan continúa encerrado en su serrallo, dándose al goce de tantos placeres como en naturalezas jóvenes han de despertar por necesidad las gracias y seducciones

acumuladas en aquellos templos del sensualismo. Los gobernadores de las provincias continúan tan despóticos y arbitrarios como ántes, nombrando representantes para el Congreso, cual si nombráran empleados del Imperio. La ausencia de Midhat-Bajá, el único que habia manifestado elevacion de ánimo y energía de carácter, da á todas esas reformas, separadas de su principal iniciador, cierto carácter de farsa oriental, que no puede engañar á nadie. El Imperio turco aparece más enfermo cuanto más se empeñan sus innumerables partidarios en darle falsas apariencias de robustez y de salud.

Así el Montenegro se aprovecha de esta debilidad para obtener las mayores ventajas posibles y dificultar la paz interior de Turquía. Los hombres de la Montaña Negra se asfixian allá en sus desfiladeros y piden libre navegacion por el Boyana, y un puerto en el Adriático. Asistia á la primera conferencia, donde han presentado estas proposiciones, el vencido general turco, que no ha necesitado de muchos esfuerzos para demostrar cuán fácilmente, á pesar de su derrota, hubiera dado razon de los montenegrinos, á no haber intervenido el armisticio. Pero nadie sigue con verdadero interes tales negociaciones, porque todos saben dónde está su verdadera solucion. El Montenegro es una especie de agente diplomático ruso, que

alarga la terminacion completa de la paz, por si á Rusia le conviniera declarar al fin y al cabo la guerra. Pero tantos plazos, armisticios, aplazamientos, conferencias, viajes diplomáticos, protocolos, proposiciones y contra-proposiciones arruinan á Turquía, obligándola á tener en pié de guerra un ejército muy superior á sus fuerzas y sus recursos. En el estado de su Tesoro, con la bancarota por todo refugio, el hambre en muchas regiones, los bandoleros en auge, los terrenos en el abandono más completo, las pasiones sobreexcitadas, no hay más remedio que ir pronto á la paz ó á la guerra, pues el actual estado no puede durar de ninguna manera sin que traiga precisa y necesariamente la muerte.

La cuestion de Oriente, con todos sus problemas y todas sus incidencias, se encuentra en los viajes del general Ignatieff, viajes diplomáticos, que han tenido una inmensa importancia. Primero se ha presentado en Berlin, donde no puede haber encontrado de muy buen humor al canciller aleman. Su Parlamento del Imperio se le subleva por completo. Deseaba trasladar á Berlin el Tribunal Supremo, que se encuentra en Leipzik. Pero los representantes de las diversas córtes alemanas se han sublevado contra esta desmedida pretension centralizadora, y se han negado á sancionarla. Con tal motivo, discursos en el Par-

lamento y artículos en los periódicos. Los discursos, que muestran resentimientos bien profundos, han amenazado con una alteracion del código fundamental, encaminada á dar al Emperador de Alemania el predominio necesario sobre sus inquietos vasallos. Los artículos, ménos sujetos al yugo de las conveniencias, y mucho más explícitos, han mostrado que Alemania no es todavía aquella nacion comun, por la cual han suspirado tantos genios; aquella querida patria única, por la cual han muerto tantos mártires, sino la triste confederacion feudal de los antiguos tiranos, que la tuvieron esclavizada tanto tiempo y la entregaron por sus rivalidades y por sus odios á merced del extranjero. A estas dificultades se ha unido un discurso del diputado por Metz, protestando contra la anexion de Alsacia y Lorena, inmensa falta política, de inmensas consecuencias para lo porvenir. Dos hechos perturban á Europa, ha dicho: el problema de Oriente y la anexion de la Alsacia y la Lorena. Metz ha caido en la mayor ruina. Sus propiedades urbanas, que valian setenta y dos millones de francos, no valen hoy cuarenta. En cambio, las quiebras crecen con una progresion espantosa. Y á medida que baja la propiedad y suben las quiebras, se agravan los tributos, pagados por la mitad no más de la poblacion, pues todos los ciudadanos emigran. «De-

volved la Alsacia y la Lorena á sí mismas», ha gritado en medio del asombro de una Asamblea que ha sabido prestar el homenaje de su atencion á esta voz angustiosa, pero sublime, de la justicia y del derecho. Yo he creido siempre que Alemania tuvo razon contra Francia oponiéndose á que esta nacion se mezclára en sus asuntos interiores. Pero creo tambien que Alemania extremó su derecho y cometió una verdadera falta política al anexionarse la Alsacia y la Lorena. Todas estas dificultades, unidas al lastimoso estado económico presente, habrán sido parte á que el Canciller aconseje la paz, porque la guerra oriental, suscitando problemas infinitos, traeria consigo infinitas dificultades. Nadie puede presumir qué sería de Alemania si el Austria se viese empeñada en la guerra, y los eslavos desatáran contra los germanos sus antiguas iras históricas, que hace siglos preparan y acarician una sangrienta venganza.

Desde Berlin el general se encaminó á París.

Aquí sus conferencias han sido numerosas, y sus palabras dobles. Miéntras á uno de los más importantes periodistas de París le decia que estaba resuelto á imponer duras condiciones á los turcos, decíale á otro, importante tambien, de Lóndres, que estaba resuelto á una inteligencia con Inglaterra. Sin duda alguna el General ha

querido saber si podia contar con una alianza francesa para el caso de una ruptura con Alemania. Mas por mucho que Francia desee su desquite, no puede comprarlo á costa de una disminucion de nuestro Occidente, inevitable si predomina la tutela rusa en Oriente. Así es que el General habrá encontrado en Francia palabras de paz y de concordia, como conviene á un pueblo que no puede comprometer su rápida interior reposicion política en aventuras dañosas á la paz del mundo. Francia, señora de sí misma, gobernada por una Asamblea nacida del sufragio universal, con República y con moderacion en la República, pendiente de maravillosa Exposicion universal, que ha de reunir todos los pueblos bajo el techo de su nacionalidad, es hoy seguro instrumento del progreso pacífico y de la paz universal. Por consiguiente, no hay que contar con ella en una obra de perturbacion y de guerra. Así es que, al llegar á París, han cambiado por todo extremo las disposiciones hostiles del General, y han venido á someterse sus bélicos deseos á un decoroso arreglo, que por algun tiempo asegure la paz del mundo. Las potencias registrarán y protocolizarán todas las promesas de Turquía respecto á los pueblos cristianos. Despues que las hayan registrado, le darán un plazo para cumplirlas. En esta cuestion del plazo habia grandes divergencias.

Miéntras Inglaterra queria un año, Rusia queria tres meses. Por fin, parece que el plazo, no habiendo podido ponerse de acuerdo, se ha dejado en una indeterminacion completa.

Mas yo digo que semejante proceder nos deja en una terrible situacion. Exigirle á un Gobierno que reforme en seis semanas, ó en seis meses, ó en seis años, país tan probado por largos siglos de absolutismo como Turquía, nos parece cosa de un candor verdaderamente inverosímil tratándose de viejos diplomáticos y de estadistas tan experimentados como los que hoy dirigen los negocios de Rusia y de Inglaterra. Un grave conflicto guerrero no daña tanto por sí mismo como por la perturbacion y el desórden que lleva necesariamente á todos los negocios, y por la parálisis y el estancamiento que trae á todas las transacciones. Si Europa ha de pender de las interpretaciones que den á las reformas turcas, así los interesados en promover la guerra, como los interesados en continuar la paz, pareceríame preferible una determinacion decisiva á una indecision é incertidumbre verdaderamente mortales. No lo olvide, sobre todo, la Rusia. Su estado financiero prospera más cada dia. En su presupuesto hay un excedente de catorce millones de rublos. Su comercio exterior, que era de setecientos doce millones de rublos en 1873, se ha elevado á ocho-

cientos cuatro millones de rublos en 1874, ó sea doce mil millones de reales. Su deuda no sube á la tercera parte que la deuda francesa. Por consiguiente, su estado económico acusa una gran prosperidad, que debe acrecentarse cuando el trabajo libre haya dado todas sus naturales consecuencias, y la emancipacion de los siervos todos sus sazonados frutos. Rusia atraviesa una profunda crísis. Tiene que dar muchas garantías á la propiedad y al trabajo en este tránsito de un estado social á otro estado social, del estado de servidumbre al estado de libertad. Tiene que indemnizar á multitud de propietarios, obligados á ceder una parte de sus tierras á los siervos. Tiene que perfeccionar sus líneas de ferro-carriles y concluir su armamento nacional. En situacion como ésta, en condiciones tales, en crísis tan grave, la guerra puede destruirlo todo; la guerra, que sustituye al progreso pacífico los sacudimientos violentísimos, y en la cual no podemos acertar qué cosa sea peor, si la derrota ó la victoria. Prusia es victoriosa, todo le sonrie, y, sin embargo, ¡cuánto la ha empobrecido su victoria! Que aprenda el pueblo ruso en ese ejemplo, y no comprometa su recomposicion interior en una aventura guerrera, á cuyo término pudiera sobrevenir una irreparable catástrofe.

En la cuestion de Oriente hay dos cuestiones,

que ni pueden ni deben, por manera alguna, involucrarse; hay la cuestion de reformas necesarias para los pueblos cristianos, y la cuestion del predominio moscovita. Si de apaciguar á esos pueblos cristianos se tratára por el respeto á su propiedad y á sus libertades; por la concesion de esas garantías, sin las cuales no tiene precio alguno la vida; por una autonomía política y administrativa, que les diese la direccion necesaria en todos sus asuntos, no podria haber más que una voz en Europa, porque el derecho no cambia segun los climas y las nacionalidades; el derecho no se altera ni por el tiempo ni por el espacio; es ingénito á la misma naturaleza del hombre y consustancial á su misteriosa esencia. Queremos que razas tan ilustres como las razas greco-eslavas no sufran absolutismo tan absurdo como el absolutismo turco. Pero por lo mismo que todo esto queremos, rechazamos indignados que poderes autocráticos quieran constituirse en tutores de pueblos bastante desgraciados para no poder salir de una servidumbre sin caer en otra más larga y más hipócrita. Si la propia autoridad de Turquía, si su constitucion, que nos parece á nosotros mismos falaz é ilusoria, no bastan á dar garantías á los pueblos opresos, que todas las potencias intervengan; pues no puede guardarse el derecho de gentes á favor de aquellos que no res-

20

petan otro más alto y más sagrado: el derecho de la humanidad. Si Rusia quiere verdaderamente la emancipacion de los pueblos cristianos, preferirá la accion comun de las potencias, por más segura y más firme, al incierto éxito de una guerra. Así nosotros, desde el principio de esta crísis, hemos sostenido, como constante criterio de nuestra política y norma de nuestros juicios, que no se dejára exclusivamente á Rusia la representacion de derechos tan respetables como los derechos de los pueblos cristianos á su libertad y á su autonomía. Esta consideracion no se ha perdido en lo vacío, porque Inglaterra ha llevado ya su asentimiento á un programa de reformas que los turcos deberán realizar, y cuya realizacion podrán exigir los pueblos cristianos. Que sean oidos estos votos por la libertad y por el derecho. Y que, realizándose, nos eviten al mismo tiempo presenciar un espectáculo horrible: el espectáculo de una guerra que pudiera dañar á la causa de la libertad y de la civilizacion general en esta nuestra Europa.

Es necesario evitar á toda costa una reaccion vergonzosa, en la cual se puede caer por la falta y por la vacilacion de un solo dia, y de la cual no se puede luégo salir tan fácilmente. Si estudiais gran parte de las revoluciones, veréis que una concesion hecha á tiempo quizá las hubiera

evitado todas, y que resistencias inoportunas é inconsideradas las han recrudecido y exacerbado tristemente. El Senado frances, que debia preciarse de Cámara conservadora, se empeña en aparecer Cámara resistente y reaccionaria. Pues no lo olviden los ilustres senadores; esas cámaras reaccionarias son los agentes más seguros y más eficaces de todas las revoluciones. Hallábanse frente á frente dos candidatos; uno republicano moderado, Mr. André, y otro bonapartista, monsieur de Lome. Aquél queria el régimen vigente, y éste la aventura de lo desconocido y de lo imprevisto; aquél, los progresos legales, y éste, las reacciones violentas; aquél, la legalidad en vigor, y éste, los golpes de Estado en perspectiva; aquél, un gobierno que ha redimido á Francia, y éste, un gobierno que la ha entregado, atada de piés y manos, á la irrupcion extranjera. Parecia natural que entre dos programas tan diversos optase la Cámara por el más conservador, que es tambien el más republicano. Pues no; monstruosa coalicion ha preferido un candidato del Imperio á un candidato de la República, lo desconocido á lo conocido, lo incierto á lo legal, lo reaccionario á lo conservador. Y en esa coalicion abigarrada acaban de entrar desde los orleanistas, aquellos enemigos implacables del Imperio por sus repugnancias al régimen republicano, hasta los consti-

tucionales, que se creian fundadores de la Constitucion vigente y encargados de cumplirla. Y por un voto han ganado la batalla y han conducido á la Cámara alta un senador más que apoye las soluciones reaccionarias, en cuyo fondo truena siempre una revoluccion inminente. Y el plan es conocido: formar pára la hora de la crísis suprema, para la disolucion del Senado, un gobierno reaccionario que presida las futuras elecciones; conseguir, forzando más ó ménos la mano al cuerpo electoral, que vote una Cámara resuelta á restringir el sufragio popular y á traer la monarquía. Pero no comprenden todos cuantos de esa suerte piensan que, al restringir, despues de treinta años de ejercicio, el sufragio universal, restringen realmente la soberanía de la nacion, y al restringir la soberanía de la nacion, desatan sobre nosotros las revoluciones. Luego la monarquía no es un principio metafísico y abstracto, sino un principio personal y dinástico. Cada dinastía cree tener sobre las demas dinastías un derecho superior, y esta competencia de derechos trae tarde ó temprano la guerra civil, con todos sus desastres. No puede olvidarse que la dinastía de Borbon es la dinastía de la legitimidad y de la historia; que la dinastía de Orleans es la dinastia de la revolucion y del régimen doctrinario; que la dinastía de Bonaparte es la dinastía del

cesarismo y del sufragio universal, y que estas tres dinastías se excluyen con tanto exclusivismo entre sí, como excluyen todas á la República. Miéntras tanto, el Gobierno republicano tiene el asentimiento de las clases populares; abre horizontes indefinidos á una juventud que suspira por el progreso pacífico; admite y consagra la soberanía de las naciones y el derecho que tienen de gobernarse á sí mismas; y evitando la revolucion y su cortejo de irreparables males, realiza el progreso por una serie de evoluciones sucesivas, en las cuales nunca puede entrar el desórden ni la violencia, como que cumplen leyes naturales de la historia. Por consecuencia, todo ataque á la república es una complicidad con la revolucion. Luego la monarquía no ha muerto de muerte artificial. Principio tan secular, expresion fiel de la idea de casta, no sucumbió de improviso; se descompuso por una serie de descomposiciones sucesivas, que deberiamos llamar verdaderamente providenciales. Y así como se ha descompuesto la antigua monarquía con la rota de los Bonapartes, se ha disuelto la antigua política ultramontana con la muerte de Pío IX. Ingerimos estos dos sucesos en las reflexiones sobre la política rusa, porque una República consolidada en Francia es una gran tentacion para los revolucionarios rusos, y un Papa transigente en Roma,

una gran levadura para tanto pueblo católico y romano como hay en la raza eslava. El interes despertado por la muerte de Pío IX en todos los pueblos prueba que no se ha extinguido aún aquel espíritu universal por cuya virtud consumó Roma las tres obras más universales de la Historia: el Imperio, el Pontificado y el Renacimiento. Imaginaos que muere el obispo de las grandes ciudades europeas ó americanas, de París, de Toledo, de Viena, de Méjico. Pues interesa en primer grado á sus feligreses y á su gobierno. Muere el obispo de Roma, é interesa por igual á todas las naciones cristianas, áun á las herejes y cismáticas. No puede, no debe atribuirse tamaño privilegio á ninguna otra virtud, sino al prestigio de esa ciudad única, que con sus ideas, con sus instituciones, con sus leyes, ha formado casi el espíritu de la humanidad. Sus grandes rivales desaparecieron del planeta, y si algo de ellas queda, se reduce á restos encargados de demostrar cuánta fué su grandeza y es su estrago. Jerusalen, la ciudad de Dios; Aténas, la ciudad del hombre; Alejandría, la ciudad del Verbo; estas tres ciudades, que han elaborado las primeras ideas de que áun vive la conciencia humana, yacen, como grandes sepulcros destrozados, en medio de áridos desiertos. Pero la Ciudad Eterna, con sus lagunas pestilentes, que la envenenan; con sus restos destroza-

dos, que la gravan; con sus tres cordilleras de ruinas, que la abruman; en medio de las desolaciones y de los desiertos; sobre sus aras rotas, como los despojos de una batalla, y sus templos destrozados, como los restos de un naufragio; bajo su corona de cipreses, que le dan aires tan fúnebres; aunque parezca á primera vista el cementerio de los dioses caidos y de las ideas muertas, tiene aún tanta parte en la vida moderna como Lóndres ó como París, ademas del poder religioso y moral con que á todas vence y supera, pasmo y maravilla de la Historia. Así es que ha muerto Pío IX, obispo de Roma; y el telégrafo habrá llevado la noticia desde el estrecho de Behering hasta el estrecho de Magallánes, desde la Zelandia hasta el cabo de Buena Esperanza; y todos los pueblos se habrán agitado, y todos los gobiernos conmovido, y todas las iglesias enlutado, y todas las campanas plañido, y todas las inteligencias embargado, porque éste es el privilegio de Roma, convertir sus propios asuntos en asuntos interiores de los demas pueblos; durante el mundo antiguo, por su poder político y su derecho civil; durante el mundo moderno, por su religion y por sus pontífices.

Y no me digan que las ideas religiosas tienen escasa influencia en estos tiempos. Hay tantas

tendencias á lo sobrenatural en nuestra complexion, que, si desechamos la idealidad religiosa, en seguida viene, ó la magia, ó el espiritismo, ó cualquier otra tendencia extraña á llenar con su mitología el abismo que deja vacío la ausencia de lo infinito moral. Siempre recordaré lo sucedido en el siglo pasado á la mayor parte de sus incrédulos y de sus ateos, olvidados de un Sér como Dios, para atribuir virtudes sobrenaturales á un flúido como el magnetismo.

El hombre es social y es religioso. A satisfacer sus necesidades materiales contribuye todo el universo, y á satisfacer sus necesidades morales contribuye toda la inmensidad de ese cielo invisible que se llama el espíritu. Mortales por nuestra naturaleza, en el misterio de la muerte se encontrará siempre el misterio de la religion. Una tendencia incontrastable nos lleva á imaginar cómo nuestro sér no puede encerrarse todo entero en el puñado de cenizas que contiene un palmo de tierra y que disipa un soplo de aire. La aspiracion á la inmortalidad, que todos sentimos, no debe clasificarse entre las mentidas ilusiones, sino entre las necesidades eternas. A satisfacerla, en cuanto cabe, contribuye el sentimiento religioso, que no podréis suprimir miéntras no podais suprimir tambien la muerte. Se renovará como

todos los sentimientos se renuevan; cambiará de ideas y hasta de manifestacion, pero quedará en el fondo de la naturaleza humana como los instintos sociales, como las intuiciones artísticas, como el amor á la familia, como el Estado, como la ciencia. Y no cabe dudarlo: á manera que la antigua Grecia nos dió sistemas filosóficos imperecederos, dentro de los cuales vivirá el espíritu humano, como las ideas viven por fuerza dentro de una serie y de una clasificacion inevitable; á manera que la antigua Roma nos dió un conjunto de relaciones civiles en la esfera de la familia y en la esfera de la propiedad, que alteraréis, pero no cambiaréis; en aquel período singularísimo de la Historia, en que la raza semítica y la raza aria se unian; en que Aténas y Roma se comunicaban por la conquista, y Jerusalen y Alejandría por el comercio; en que el mesianismo judío pasaba á los mismos pueblos paganos, y la idea griega del Verbo, del Logos, á los mismos pueblos judíos; el cristianismo trajo ideas y principios que serán eterna base de toda concepcion religiosa en toda la sucesion de los siglos. Nosotros nos llamamos indiferentes, y la muerte de Pío IX ha conmovido al mundo, como no conmovió en ningun otro tiempo la muerte de tantos y tan ilustres pontífices.

El Papa nunca gozó de excelente salud. Siendo niño, cayó en el estanque de los jardines que rodeaban su casa señorial de Sinigaglia, y estuvo á punto de ahogarse. El celo de fidelísimo criado le arrancó á una muerte cierta, para dejarlo caer en una epilepsía contínua. A estos ataques epilépticos se debió que, en vez de las armas, á las cuales su primera vocacion le llamaba, escogiera los hábitos religiosos y se consagrára á la Iglesia. Delicado, sensible, nerviosísimo, sujeto á accidentes graves por los cambios de temperatura, y á exaltaciones frecuentísimas por los sucesos políticos, la fuerte familia á que ha pertenecido, y en la cual se vincula como una herencia esa longevidad tan explotada por los neo-católicos y tan explicada por la moderna fisiología; esa fuerte familia, decia, le ha dado una constitucion con la cual ha conseguido naturalmente contar dias de pontificado mucho más largos que los dias mismos de San Pedro. Pero hace ya años que una fuerte hinchazon á las piernas le tenía enfermo y con frecuencia postrado. El desahogo que algunas llagas abiertas contínuamente le daban servia á la conservacion de su vida. El papa Pío ha sido en sus últimos momentos mejor asistido que lo fué el papa Gregorio XVI, el cual murió en el mayor abandono; de tal suerte, que al llevarle

los sacramentos de la Iglesia, habia pasado casi de esta vida. En la mañana de su muerte quiso Pío levantarse, y faltándole por completo las fuerzas, hubo necesidad de acostarlo. Cerradas herméticamente las llagas, subiéronsele á los pulmones y á la garganta humores que le ahogaban. Bien al reves de Gregorio XVI, que habia prohibido hablar de su muerte, Pío IX le hablaba á todo el mundo, con la mayor tranquilidad, de este supremo é inevitable trance. La muerte de su personal amigo Mr. Thiers le conmovió profundamente este otoño, y mucho más la muerte de Víctor Manuel, á quien profesaba particular afecto. Así es que, al presentarse el médico poco ántes de su agonía, leyó en su mirada que no le quedaba ninguna esperanza de vida. Pidió en seguida los sacramentos, y los recibió con su acendrado fervor. Hizo que le lleváran cerca de los labios y de los ojos un crucifijo de marfil, para decirle, en el momento supremo en que la luz de su mirada, tan viva, se extinguia, y el eco de su voz, tan argentina, se apagaba, que habia servido con toda su alma y con todas sus fuerzas á la Iglesia. Despues aguardó la muerte con verdadera entereza. Y al caer la tarde del dia 7 de Febrero cayó su alma en la eternidad. El cardenal Camarlengo, Pecci, llamó á la puerta de su habitacion particular con

un martillo de bronce. Entrado en el aposento, llamó á la frente del Pontífice finado con un martillo de plata. Volviéndose luégo á los asistentes, les comunicó que Pío IX habia muerto; y arrodillándose á los piés de su lecho, recitó las oraciones de rúbrica, y entregó en seguida el cadáver á los embalsamadores.

CONSECUENCIAS

DEL

TRATADO DIPLOMATICO DE BERLIN.

Los plenipotenciarios de Berlin concluirán tarde ó temprano por convertir esta tierra europea, cuna y escena de la libertad, en mísera sucursal de esa inmensa Asia, cuna y escena del despotismo. Desde que los griegos dieron al hombre el culto, prestado ántes por la mayoría de los asiáticos á los animales; desde que reemplazaron los vastos imperios con las diminutas repúblicas, y recogieron los rayos del calor de la vida, no en palacios, sino en ciudades, parecia principio adquirido por el mundo que todo interes capital, como toda cultura verdadera, debia concentrarse en este nuestro continente, habitacion predilecta del humano espíritu. Pero, digámoslo con claridad, por una desventura inexplicable, los germanos, los que se llamaban á sí mismos únicos europeos, los miembros por excelencia de la raza aria, los

herederos de la antigua Grecia por su arte y por su filosofía, los representantes más genuinos de los antiguos pueblos, que fueran como la levadura de esta nuestra sacra tierra, cogieron un dia del ensangrentado suelo de Sedan el férreo cetro de Europa, y nos llevaron á todo vapor en torno de la árida estepa, donde unos cuantos tártaros y kalmukos, restos de bárbaras irrupciones, usurpando el nombre y la representacion de los eslavos, han fundado imperio idéntico á los imperios asiáticos, por la autocracia que corona su desolada cima y el comunismo que se arrastra en sus oscuros fundamentos. Con todas sus hazañas, Alemania ha conseguido una interior ventaja: acercarse más rápidamente á su unidad y disponer más á su arbitrio de los pueblos esparcidos en los terruños feudales, surcos de su castigado y roto suelo; pero quien ha conseguido mayores ventajas del engrandecimiento aleman; quien ha conquistado; quien ha puesto léjos, muy léjos, sus fronteras, aquende el Danubio, en las crestas de los Balkanes, amenazando al Bósforo, ha sido esa santa Rusia, soberana de territorios alemanes en el Báltico, enemiga de los escandinavos, tutora de los eslavos, cuyos crecimientos van constituyendo poco á poco uno de esos califatos, pontificados y monarquías al par, amenazadores para el Occidente, y que no pueden vivir sino soltan-

do á los cuatro vientos las aves carnívoras de la conquista y de la guerra. Lo que flota sobre el Concilio ecuménico de la diplomacia; lo que sobresale á la vista de todos hoy es Rusia, agrandada con la Besarabia y con la Bulgaria; enriquecida con várias plazas del Asia Menor; libre de los tratados de 1856; apercibiéndose, con estas nuevas dilataciones de su territorio y estos nuevos refuerzos de su ejército, á suscitar, en virtud del fácil enardecimiento de esos pueblos, que, por puro viejos, resultan primitivos y medio salvajes, otras cruzadas eslavonas, á cuyo término se encuentre la Santa Sofía de Constantino, elevada á Vaticano de un catolicismo greco-asiático, ideal de otro greco-asiático imperio, constante aspiracion de una leyenda ambiciosa, acariciada por una raza inquieta, que quiere resueltamente dominar con absoluto dominio todo el Mediterráneo.

La retrocesion de la Besarabia significa la boca del Danubio cerrada por Rusia, y el mar Negro constantemente amenazado de su incontrastable predominio. La fundacion de la Bulgaria significa la antigua frontera turca y el paso peligroso del rio de las invasiones completamente borrados para los invasores moscovitas. La cresta oriental de los Balkanes, señalada como límite al nuevo principado búlgaro, significa la supresion de todo límite á la propaganda panslavista, que soplará

desde allí viento de revolucion sobre la Bulgaria occidental y sobre las aguas mismas del mar Egeo y del Cuerno de Oro. La ciudad de Sofía entregada á los rusos, aquella ciudad donde quiso poner la capital de su imperio Constantino, significa la prepotencia rusa en la península entera de los Balkanes. No hay que equivocarse: todo aquello del amparo á los pueblos eslavos, de la emancipacion cristiana, de la guerra en favor de los oprimidos, y de la cruzada por el derecho; toda aquella retórica de la Universidad de Moscou, tan repetida por los filántropos kuákeros, queda ahora probada en su piedra de toque, en la experiencia, y reducida á su verdadero valor, á música puesta al pensamiento fundamental de una verdadera conquista. Díganlo, si no, esos pobres rumanos, llamados á Plewna cuando el valeroso Ostman-Bajá estuvo á punto de aprisionar al Gran Duque heredero, llamados en socorro de la cristiandad amenazada, y acudiendo al llamamiento con presteza y sacrificándose en la guerra con heroismo, para encontrar, por premio á su cristiano sacrificio, el cambio de un territorio con novecientos mil habitantes por otro con trescientos mil escasos. Y Mr. Gladstone se duele de este terrible desengaño. Y el partido liberal inglés se subleva contra el tratado de Berlin. Ceguera profunda no ver cómo relampagueaba la pálida codicia en los ojos

de Rusia. Sordera irremediable no oir el resuello de las seculares ambiciones panslavistas. Ignorancia de la historia natural de los pueblos no saber el instinto ciego que aguijonea las razas del Norte á la conquista del Mediodía, drama de una eterna uniformidad, repetido desde el principio al fin de los tiempos en toda nuestra Historia. Si el lobo carnicero ha entrado en el redil y ha comido las ovejas, ¿quién le ha abierto la puerta? Áun no comenzaban las perturbaciones en Bosnia y Herzegovina despues del viaje emprendido por el emperador Francisco José á Venecia en la primavera de 1875, cuando anuncié yo en repetidos y meditados escritos, con toda seguridad, cómo precisaba adelantarse á resolver la cuestion oriental en favor de los griegos y contra los eslavos, por la iniciativa del Occidente, para evitar que las maniobras de los tres emperadores del Norte nos trajeran más cerca aún de nuestras costas y de nuestros mares la sombra letal de un temible imperio, del imperio ruso.

No hay cosa peor en política que la imprevision, ó prever ciertos males con seguridad y no atajarlos con urgencia. Para nadie era un secreto que el imperio turco, imposibilitado de renovarse, tenía que hundirse. Para nadie era un secreto que su hundimiento señalaba una guerra universal. Para nadie era un secreto que en esta

guerra universal nos convenia á nosotros, occidentales todos, mantener las esperanzas de la raza griega contra las esperanzas de la raza eslava. Para nadie era un secreto que, en la imposibilidad de mantener un absolutismo teocrático apoyado sobre el dogma de la fatalidad y el sentimiento de menosprecio á las razas cristianas, precisaba intentarlo todo ménos el sostenimiento de ese sultan podrido, y ocurrir á todo, á la guerra misma, como á una necesidad enevitable, ántes que á dejar el campo libre á la diplomacia rusa, y á la bandera rusa los honores de la victoria. Cuanto se ocurrió á Inglaterra en este desarrollo de problemas gravísimos, en esta agitacion de ideas humanas, en este movimiento de razas históricas, cuando los minutos aprovechables pasaban tan pronto y la irrupcion moscovita se veia tan cerca, fué adquirir las acciones del istmo de Suez, mostrando así cómo en aquel supremo trance de Europa, y en aquella angustia del espíritu europeo, solamente le embargaban los vapores de su estómago y los intereses de su comercio, ¡eterna negociante! El partido conservador inglés creyó en la posibilidad de que el gobierno turco se salvase por sí mismo, y el partido liberal inglés creyó en la posibilidad de que Rusia consumase una guerra de emancipacion y de libertad, en vez de consumar una guerra de irrup-

cion y de conquistas. Los dos se equivocaron, y los dos pagan ahora y hacen pagar á su patria bien caramente sus respectivas equivocaciones.

El jefe del Gobierno, festejado por sus partidarios de Lóndres y puesto sobre el paves en la Cámara de los Lores, ha dicho que le han subido como Cristo á una montaña, que le han mostrado los hermosos reinos del imperio turco, y que no ha querido ninguno, tan sólo por salvar la integridad de Turquía. Y en prueba de que ha logrado más de lo qũe habia creido, muestra la inmensa Bulgaria ideada por los rusos muy restringida, y la alta indemnizacion de guerra muy rebajada. Pero ¿puede oirse con paciencia que se llame integridad de Turquía sinceramente á lo que es division y reparto de Turquía? Se queda Rusia con la Bulgaria; Rumanía con la Dobroutzka; Grecia con una rectificacion de fronteras; Sérvia y Montenegro con otra rectificacion de fronteras; Austria con la Besnia y la Herzegowina; Inglaterra con Chipre y la tutela sobre el Asia; y luégo se dice que todo ha sido sacrificado á la integridad del imperio turco. No, mil veces no. A lo que todo se ha sacrificado ha sido á la imprevision, á la indiferencia, á la incuria con que Inglaterra ha visto amontonarse las dificultades, sin tener á mano ninguna solucion que darles, cuando la razon y la Historia demuestran á una que

en estos casos supremos solamente prevalecen y predominan aquellas soluciones que tienen el carácter de humanitarias y de progresivas, y que solamente son perdurables las obras selladas con el sello divino del derecho. Una cruzada en favor de los griegos hubiera sido digna de los mejores dias de Inglaterra. Un expediente como el encontrado hoy sólo ha sido señal de incurable decaimiento, que tarde ó temprano llegará á verdadera impotencia. El imperio turco queda ahora como quedó el reino granadino en sus postrimerías. Tambien conservaba cierta independencia relativa, tambien ciertos reyes famosos; pero los tratados con el cristiano, los tributos contenidos en esos tratados, las discordias civiles alimentadas por la desventura universal, los bandos de zegríes y abencerrajes, cuyos odios atizaba el natural heredero de sus errores, los pretendientes á la corona y los rivales implacables, movidos por misteriosa mano, abrian las puertas de la vega al Rey de Castilla y le empujaban á poner la cruz en las bermejas torres de la Alhambra, para perfeccionar y concluir con este epílogo magnífico el secular poema de la Reconquista. Los rumanos, y los servios, y los montenegrinos rompen las últimas ligaduras que los ataban al imperio de los Osmanlíes; los rusos se encargan así de las fronteras del Danubio, como de las plazas del cuadri-

látero, y llegan á los Balkanes, y hasta los rebasan, por la posesion injustificable de Sofía; los austriacos se encargan de las provincias del Oeste; los ingleses, de Chipre y de la tutela sobre el Asia turca; y despues de esta desmembracion general, se dice y se sostiene con gravedad británica que Inglaterra lo ha sacrificado todo, absolutamente todo, á la integridad del imperio turco, cuando lo ha sacrificado todo á conseguir un beneficio deslumbrador y engañoso, sin emprender una campaña y sin disparar un tiro.

Lo cierto es que el imperio turco está disuelto y convertido en monton de codiciados y codiciables despojos. Lo cierto es que el necesario reparto de esos despojos entraña una guerra entre todas las potencias europeas. Lo cierto es que, en prevision de esa guerra inmediata, cada potencia ha tomado ya su respectiva línea estratégica: Rusia, la que necesita para caer como un alud sobre Constantinopla; Austria, la que necesita para contener á los servios y sus maniobras en los eslavos del Sur; Inglaterra, la que necesita cerca de Siria y cerca de Egipto para proteger su imperio asiático; porque el tratado de Berlin no puede considerarse como un pacto de concordia, sino como un gérmen de violencias. Todo su empeño ha consistido en remitir á mañana una guerra que deberá estallar luégo. Así como la paz de Villafranca de-

tuvo un momento la unidad de Italia, sin conseguir impedirla, esta paz de Berlin detiene un momento la guerra de Oriente sin conseguir evitarla. Tantas heridas reabiertas, tantos proyectos frustrados, tantas ambiciones exacerbadas y no satisfechas; el malestar consiguiente á todas esas medidas á medias; la seguridad indudable de una guerra inmediata; las dificultades inmensas para realizar arreglos arbitrarios; todo este enmarañamiento de problemas, que sólo pueden cortarse con la espada, prepara uno de los mayores conflictos vistos en la Historia, y abre una era de profundo é irremediable malestar á nuestra Europa.

Jamas descontento mayor siguió á obra de diplomacia. Los más favorecidos aparecen los más agraviados. El encanto de las ideas humanitarias, la esperanza de las empresas redentoras, toda la magia de la elocuencia y del arte se desvanece, quedando como triste realidad un reparto de territorios entre los poderosos y los fuertes á costa de los humildes y de los débiles. Nadie habla ya de los cruzados griegos yendo á lavar la afrenta inferida por la media luna á la Basílica donde se reunieron los concilios ecuménicos y se elaboraron los dogmas cristianos; nadie habla ya de levantar en las orillas del Danubio, al pié de la muralla de Trajano, las colonias hispanas y lati-

nas puestas allí en el comienzo casi de nuestra historia moderna para detener en sus fuertes pechos las temibles irrupciones bárbaras; nadie habla ya del reino de Milosch, y de la leyenda sérvia, y de la venganza de Kossovó, el Guadalete de los orientales; nadie habla de esa Grecia querida, en cuyo resplandor se abrasará eternamente la humana fantasía, y por cuya emancipacion entonára Víctor Hugo sus primeros y Byron sus últimos versos; nadie habla ya ni de confederaciones eslavas, ni de confederaciones helénicas; porque nadie se atreve á despertar un sentimiento grande, ni á remover una idea generosa, ni á herir una dificultad grave, cuando sólo se oye en el silencio y en la oscuridad de eterna noche el ladrar de los perros, el roncar de las hienas, que machacan entre sus dientes los huesos de un cadáver. La fatalidad mecánica pesa sobre nosotros con inmensa pesadumbre. Las ideas ceden su paso á la fuerza. Un grande imperio hace en las sociedades humanas lo mismo que un grande animal en la ciega naturaleza: vivir de los reinos chicos. La guerra por la vida allí; la guerra aquí por la conquista. El más fuerte es allí y aquí el vencedor, por razones bien ajenas al derecho y á la justicia. Por consiguiente, el Congreso de Berlin no ha hecho más que consagrar las conquistas de Rusia, y por un resto de pudor no ha sido osa-

do á ponerlas bajo el amparo y la garantía universal de toda la Europa.

¿Quién no se siente herido por este tratado? La teocracia turca queda prisionera en el Bósforo, con mayores obligaciones que ántes y menores recursos, infestándonos todo el aire de miasmas de guerra. Si áun sobrevive alguna tradicion de pasadas grandezas en su flaca memoria, solamente aspirará desde hoy á lo que puede aspirar un vencido, á morir con alguna honra, aceptando en este supremo trance, como el cumplimiento de un deber moral y religioso, la obediencia á las leyes inflexibles de la necesidad. En su desesperacion no tendrá, como todos los desesperados, contemplaciones con nadie. Suscitará dificultades que otros hayan de resolver, y atizará pasiones procelosas, lo mismo contra sus naturales enemigos que contra sus naturales protectores, todos igualmente nefastos para ella. En su desventura irremediable, en su desesperacion trágica, en sus estertores supremos, cuando por todas partes se cierran á sus ojos los horizontes de la vida, yace ahí tendida exhalando guerras de su seno, como exhalan fiebres mortales ciertas podridas marismas. Todavía no he sacudido el asombro que me ha causado leer en el Memorandum de Salisbury una frase relativa á las esperanzas puestas por el gobierno inglés en la prudencia de Turquía.

¡Qué desconocimiento, cierto ó fingido, de las leyes históricas y de los movimientos sociales! Un pueblo en decadencia pierde todas las virtudes, y sobre todas, y ántes que todas, las indispensablemente necesarias para regirse por reflexivos movimientos en política. Cuando un grande imperio se muere, todo lo perturba con esa mezcla de estremecimientos violentísimos y de aspiraciones insensatas á que condenan el recuerdo de las grandezas pasadas y la seguridad de un nefasto porvenir. Descuartizada, disyecta, con sus provincias esparcidas, bajo la tutela de unos, sobre la indócil esclavitud de otros, Turquía no puede hacer más que estremecerse con dolor y comunicar sus violentísimos estremecimientos á Europa. Es una ley que no podrá romperse por ninguna arbitrariedad del poder humano, ni por ningun capricho de la variable suerte. Turquía es hoy en el mundo un semillero de guerras.

¡Y si los favorecidos hubieran quedado satisfechos! Pero están heridos por igual así los pueblos musulmanes como los pueblos cristianos. Rusia no renuncia á la gran Bulgaria, con que ha soñado, y de la cual solamente tiene la mitad entre sus uñas. La Besarabia ha caido del régimen liberal y casi democrático en la tiranía rusa, es decir, la han enterrado en vida. La Dobroutzka, com-

puesta de judíos y de musulmanes en su mayor parte, ha pasado al poder rumano en cambio de la perdida Besarabia. El reino servio, que deseaba constituirse en núcleo de toda la raza eslava del Mediodía, competidor de Grecia, aspirante á primer heredero en el testamento de Constantinopla, tomando como moneda corriente y contante las épicas imaginaciones de los panslavistas, cuya erudicion le daba un ministerio de primer órden, se ha visto, por no estar en las fronteras rusas y en el paso más corto al Bósforo, pospuesto, con todo su eslavismo clásico y de escuela, á los búlgaros, á esos eslavos, si no fingidos, inciertos. El Montenegro ha encontrado, para dilatarse por el Adriático, la insuperable oposicion de poderosos vecinos. Aquellos bosniacos tan decantados, los primeros en la insurreccion, los últimos en ceder á la fuerza, pastores y guerreros dignos de tantas y tantas odas como los han exaltado hasta fantasearlos y convertirlos en redentores de su raza, por haber iniciado guerra tan lucrativa para Rusia, pasan de las mazmorras de Turquía á los calabozos de Austria. Y los griegos, sostenidos por los ingleses, empujados por la prensa francesa, creidos de que áun hay helenos como en los tiempos heroicos, esperanzados en el prestigio de su nombre y en la grandeza de su historia, se han encontrado ahora con un sencillo aumento de

fronteras y sin la reivindicacion de su heroica y desdichada Creta. ¡Ah! Todos estos agravios sólo servirán para alimentar con nuevos combustibles el terrible incendio.

Y si al cabo las grandes naciones se halláran satisfechas, áun podria evitarse el próximo conflicto. Pero no puede haber aleman verdadero que no vea con recelo el crecimiento de los eslavos, enemigos implacables de su raza. Y no puede haber tampoco verdadero húngaro que no presienta cuán letal influjo van á ejercer los propagandistas de la leyenda eslava en ruthenos y croatas, indóciles á la direccion de Hungría por razon de antiguo eslavismo. Y no puede haber austriaco y bávaro que no se estremezca al mirar su patrio rio, el venerable Danubio, desaguando bajo el férreo cetro de Rusia, que puede cerrar cuando quiera al centro de Europa esa artéria principal de su comercio. Y no puede haber italiano que no se revuelva airado contra los crecimientos de las dos potencias que significan supresion de nacionalidades, como Austria y Rusia, ó que no deplore á grito herido el menosprecio á sus aspiraciones nacionales sobre el Trentino y Trieste. Y no puede haber frances que no lamente la extension dada á su tradicional enemiga la Rusia, por intrigas y maniobras de su reciente enemiga la Alemania. Y no puede haber español que, recordando su

posicion excepcional en el Mediterráneo, no sienta ver cómo la usurpadora de Gibraltar fortalece su posicion central en Malta, y no contenta con tener un extremo de nuestro mar por su tutela sobre el itsmo de Suez, toma otro extremo de nuestro mar por su tutela sobre la isla de Chipre. Este tratado de Berlin no ha sido un arreglo pacífico, sino un agravio unive .

¿Aprenderá la Europa latina alguna vez lo conveniente á sus intereses? ¿Sabrá cuán necesitada está de adherirse á una idea que ha sido la primera en concebir y no puede ser la última en realizar? Esta idea es la unidad de las razas. Cuando nosotros habiamos constituido ya nuestras nacionalidades, Alemania se asemejaba á un haz de feudos, y Rusia no entraba todavía en el gran escenario de la Historia. Por el siglo décimotercio comenzamos á combatir nosotros la idea de que los reinos pertenecieran como patrimonio á los reyes, y comenzamos á entrever la unidad de los pueblos, sin conseguir la realizacion completa de ambos pensamientos hasta el siglo luminosísimo de las nacionalidades, hasta el siglo décimosexto, en que verdaderamente se fundaron las tres naciones primeras de la historia moderna: Francia, Inglaterra y España. Pues bien, una idea flota hoy en los aires: la idea de la unidad de razas. Los pueblos aproximados por los límites geográ-

ficos, por las matrices lengüísticas, por las trasformaciones históricas, por sangre proveniente de un mismo abolengo, hasta por mutuas dominaciones y guerras, deben buscar aquel fondo de ideas y de intereses comunes que hay entre todos ellos, y componer por medio de un anfictionado, semejante al que ilustró é inmortalizó la antigua Grecia, una de esas confederaciones por razas, en cuyo regazo puedan vivir libres las naciones diversas, como hoy viven dentro de las naciones libres y felices várias familias derivadas de diversos pueblos. No desconozco que estas ideas caminan lentamente por las resbaladizas impurezas de la realidad. Pero no desconozco tampoco cuán difícil es realizar en el espacio principios no divulgados ántes por las voces inspiradas del genio en los senos de la humana conciencia. A toda encarnacion precede un Verbo. Todo progreso necesita un ideal. Jamas emancipáramos á Grecia si no tuviéramos ántes esas legiones de oradores y de poetas consagrados á predicar su emancipacion. Moviéronse, ántes que esas erupciones volcánicas llamadas guerras en los espacios, esas ideas inspiradas, especie de ángeles místicos, abriendo sus alas en lo infinito, y elevando, por medio de un *Sursum-corda* sublime, el vuelo de las almas hácia el sentimiento y el amor á lo ideal. Jamas viéramos la obra más difícil de este siglo, la uni-

dad de Italia, sin que los italianos pusieran mucho ántes esa idea, verdadera musa de todos sus pensamientos, entre los recelos de tiránica censura, como un bajo relieve al pié de sus estatuas y en las losas de sus sepulcros; como un matiz, reflejo del sol interior de sus almas, en los colores y líneas de sus cuadros; como un estro en sus versos, y una nota melancólica y de contínuo repetida en sus melodías, que expresaban el anhelo por aquella patria ideal, precursora de la patria pedida en la realidad, para que jamas profanase el extranjero los sepulcros de sus padres ni oscureciese en la servidumbre las cunas de sus hijos. Hasta la emancipacion del esclavo no se realizára en América sin que ántes corriera la idea emancipadora desde los sermones de los predicadores á las novelas de los poetas. No lo olvidemos, pues. Las razas del Norte se han apoderado de regiones pertenecientes por derecho natural y derecho político á las razas del Mediodía Posee el aleman Estrasburgo; posee el austriaco Trieste; posee el ruso Besarabia; posee el britano Gibraltar, Malta y Chipre. Es necesario que reivindiquemos nosotros todas estas tierras. Y para réivindicar todas estas tierras nuestras, es necesario que comencemos por aliarnos en torno de una idea fecunda. Que la unidad de la raza greco latina se predique al Mediodía, como la unidad de la raza

ruso-eslava se predica al Norte. Y penetrados de esta verdad ideal, pronto encontrarémos los medios prácticos de realizarla; pues todo es fácil á la virtud de la fe y á la perseverancia en el trabajo.

EL NUEVO CZAR.

La política europea se enlaza en este instante supremo toda ella en torno de una personalidad, en torno del nuevo Czar de Rusia. Por virtud de tan grave suceso, la triple alianza de los imperios del Norte se ha hundido; la amistad entre Rusia é Inglaterra se ha estrechado; y al Oriente de Europa surgen nuevas y próximas esperanzas de Grecia, y al Occidente, remotas, pero seguras, esperanzas de Francia. Dos sucesos capitales, el uno en Asia y el otro en África, señalan cambios profundos en la política intercontinental. En el continente asiático abandona Inglaterra la ocupacion de Candahar y en el África austral hace Inglaterra la paz del Transvaal. Por el primero de estos actos el Gobierno inglés demuestra que renuncia de todo en todo á los ensueños imperiales, avivados al soplo de la política romántica de Disraelli; por el segundo de estos actos el gobierno

inglés demuestra que quiere vivir en paz con el imperio ruso, dejándole su obra de civilizar una parte del Asia, miéntras él se impone á sí mismo el deber de civilizar la otra parte. Naturalmente, estas evoluciones de la política inglesa denotan una separacion de los intereses de Austria en Oriente, una separacion de los intereses de Alemania en Europa, y una inteligencia con Rusia, tanto para concluir con el Sultan de Constantinopla, como para rematar la emancipacion de los griegos y de los eslavos. Pero todos estos hechos gravitan en torno de la personalidad del nuevo Czar.

Alejandro III pertenece decididamente al partido que de antiguo se llama en su imperio el partido ortodoxo. Los ortodoxos han tenido tres hombres que descollaban sobre todos: Komekof, el dialéctico; Kireyesfki, el místico; Aksakof, el fanático. Komekoff era un moscovita vigorosísimo de inteligencia y de carácter; en memoria, prodigioso; en fantasía, poeta; en argumentacion, poderosísimo; en el debate, incansable; pronto siempre á la pelea, último en la retirada, armado de silogismos y de invectivas, de tradiciones poéticas y de dilemas insalvables; ya encastillado en la ciencia, ya espaciándose en el misticismo, y cuyo único propósito se reducia á demostrar en todas sus conversaciones que la razon humana

está tocada de incurable ceguera para conocer la verdad, y la voluntad humana de irremisible impotencia para cumplir el bien, no quedándole otro recurso en la tierra que acudir al auxilio de Dios, cuyo órgano es la Iglesia griega, depositaria del espíritu divino y de la divina palabra. Kireyefski, con su hermano, representaba el misticismo, el éxtasis. Filósofos humanitarios un tiempo, horribles desventuras los habian lanzado al pié de los altares, donde padecian, se desesperaban, como náufragos sobre escollos desiertos, que han huido de una muerte súbita para encontrar una muerte lenta. Eran como dos monjes: corrian á las iglesias, se arrodillaban al pié de las imágenes, absorbian su vista y su idea en la contemplacion, desvaneciéndose en plegarias perfumadas de misticismo, y cuando habian concluido los piadosos ejercicios y se miraban uno á otro con los ojos enrojecidos por cálidas lágrimas, decíanse con mutuos dichos: pronto se cumplirán nuestros únicos deseos; pronto llegarémos al descanso eterno de la muerte.

Aksakof representaba la accion. Su entusiasmo era tan grande, que creia encontrar en los campos rusos el granito para fundar una sociedad perfecta, y en la reaccion hácia los tiempos verdaderamente rusos, el único medio de acerar el carácter y esclarecer la inteligencia de su raza.

Por el ódio que á todo lo occidental sentia iba vestido á lo moscovita, con pantalones anchos recogidos dentro de botas de campana, túnica abrochada á lo campesino, alto gorro de pieles, que le daba, como á Rousseau en sus postrimeras extravagancias, el aspecto de un armenio ó de un persa. Llevando á extremos tan pueriles su patriotismo, no hay para qué decir cuáles serian sus odios á todo lo occidental. Pedro I, que habia recorrido Inglaterra y Holanda en pos de civilizacion y de trabajo, le causaba invencible repugnancia, y no veia en él sino al perturbador de la vida rusa; al asesino, como Felipe II, de su propio hijo; al verdugo cruel que se gozaba en atormentar y rematar en persona á sus víctimas; al plagiario de Occidente; al fundador de Petersburgo, la ciudad anti-moscovita, fastuosa córte de los tiranos alemanes. Y si este horror experimentaba hácia Pedro I, experimentábalo más intenso aún hácia Pedro III, hácia Catalina II, alemanes de nacimiento y orígen, fundadores de la dinastía germánica que áun oprime á los rusos. La vida entera de Aksakof se compendiaba en la reivindicacion del espíritu nacional. Cuanto más estudiaba la historia, más crecia su fanatismo. La pasion le perturbaba. Su excesivo celo por la patria cegaba su clara inteligencia. Creia exclusivamente ruso el desarrollo de la vida popular, y era

una ilusion tal creencia. De todas suertes, esta escuela elevó la personalidad del Czar, capaz de volver, por contradicciones rusas, á los altares de los dioses.

Pero ¡ah! en éstas ha sucedido el horrible atentado. Con mayor compasion trata el carnicero á su res que el nihilista á su czar. El semidios ha muerto destrozado. Eso sí, despues de tal muerte se han celebrado unos funerales magníficos. No podia ningun alma viviente asomarse á las calles y á las ventanas para verlo; pero tenian mucho que ver. Y junto á los cosacos del Don, ligeros como los cuervos de sus matanzas, los árabes del Cáucaso, blancos cual las águilas de sus picachos; junto á las tropas regulares de tan correcta formacion, como los regimientos germánicos, las tribus irregulares, que parecen llegar por irrupciones violentas; los pajes con sus dalmáticas heráldicas, y los oficiales de la casa imperial llevando las insignias de la soberanía, y entre ellas una diadema de brillantes, por cuyo precio podria comprarse un reino; los grandes dignatarios del Estado, con sus cascos de plata, sobre los cuales tienden sus alas pájaros de oro, y los grandes dignatarios de la Iglesia, con sus capas pluviales recamadas de brocados, y sus relicarios bizantinos de ricos metales y deslumbradora pedrería; vistosa comitiva de arreos deslumbradores, seme-

jante á evocaciones fantásticas de edades históricas, que van á enterrar, no el cuerpo de un czar asesinado, sino el alma de una institucion destruida.

El nuevo Czar lleva por nombre de pila el mismo que su padre, y por número ordinal de este nombre el tercero. Segundogénito, ni él habia pensado en la púrpura, ni los suyos habian pensado á su vez que pudiera vestirla nunca. Su hermano mayor mostraba suma robustez, y se apercibia en su florida mocedad á preparar con bella y jóven princesa un enlace henchido de amorosas ilusiones y seguro de larga posteridad. ¡Ah! El frio de Rusia rompe los pulmones más fuertes; traspasa los costillares más templados; extingue el fuego de la vida en los pechos más ardientes; y el Príncipe heredero, en vez de contraer un matrimonio con la mujer querida, contrajo una tísis que le llevó á la eternidad. En la hermosa Niza de los tísicos, á la luz del cielo meridional y á la vista del mar celeste, extinguióse la vida del primogénito, quien, al contemplar á su prometida y á su hermano llorando al pié del lecho, poseidos de verdadero dolor, les sonrió con dulce sonrisa, les entrelazó las manos con cariñosa efusion, les bendijo desde el dintel de la tumba, y envolvió en la última de sus ánsias el primero de los votos elevados al cielo por la felicidad de la pare-

ja que el cielo destinaba en sus designios á ocupar bien pronto, y tras pavorosas catástrofes, el trono de las Rusias. Mirando á los dos hermanos se veian dos personificaciones: en el muerto, en el mayor, predominaba la complexion germánica; y en el sobreviviente, en el segundo, predominaba la complexion moscovita. ¿Y cuántas veces las resoluciones mayores y más trascendentales de los omnipotentes se deben á su respectiva complexion?

Uno de los principales encargos dejados á sus herederos por Pedro el Grande fué que se enlazáran siempre con princesas germánicas, para tener por tal medio más cerca de sí la cultura alemana, única, en su sentir, capaz de civilizar la monstruosa nacion de los czares y de los siervos. Por tal encargo, su hija, la emperatriz Isabel, enlazó al heredero de su corona con célebre princesa de Anhalt, y casi todos los monarcas rusos desde entónces han hecho lo mismo: llevar de Alemania las destinadas á perpetuar la dinastía de Rusia. Con una princesa de Prusia estaba casado el padre de Alejandro II, y casado con una princesa de Hesse el padre de Alejandro III. Pero habia una diferencia notabilísima entre las dos princesas germánicas. La madre de Alejandro II creyó siempre, como era natural, destinado su primogénito al trono, y en virtud de esta creen-

cia le imbuyó ciertas ideas y ciertos sentimientos favorables á su raza y á su patria, miéntras la madre de Alejandro III no creyó al segundo de sus hijos llamado á reinar, y no se cuidó, por consiguiente, de su educacion política todo cuanto debiera, dejándola, en su imprevision, á segundas personas, las cuales concluyeron por darle un carácter puramente ruso y principios y afectos eslavos. Luégo la madre de Alejandro II tuvo un matrimonio felicísimo, en tanto que la madre de Alejandro III, una santa, enamorada con exaltacion de Alejandro II, sufrió contrariedades, reveladas por la boda última del Czar, y dió á su manera de vivir tal tristeza, que la condujo hasta entristecer naturalmente el alma de sus hijos. Alejandro II amaba la patria de su madre, y no amaba la patria de su madre Alejandro III. Ademas, rendido amador éste de su esposa, la princesa Dagmar, debia naturalmente atender á sus ideas con profunda atencion y seguir sus consejos con fiel obediencia; y su esposa pertenece á Dinamarca, la nacion ofendida por las armas y desmembrada por el poder de la omnipotente Alemania.

A virtud de grandes conjunciones de la educacion y de la naturaleza, es el nuevo Czar todo un eslavo. Léjos de tener la estatura colosal de los czares germánicos, tiene la estatura media de los

czares tártaros. Su cabellera un poco encrespada, sus hombros anchos, sus ojos vivos, su ademan resuelto, denotan el eslavo, á quien los fisiólogos suelen llamar árabe rubio. Y dejaria de pertenecer á la raza eslava si no sintiese irreconciliable enemistad con la raza germánica. Por tal afecto se ha guiado en todas sus acciones y por tal afecto ha dirigido y determinado toda su vida. Revélanse los pueblos más en sus leyendas poéticas que en su historia civil, y la leyenda poética de los eslavos se reduce á dos ideas capitalísimas: la conquista de Constantinopla y el castigo de Alemania. Quizás Alejandro II aparecerá en lo porvenir como el último emperador aleman de Rusia. Alejandro III, de haber tenido en sus manos la autoridad que hoy tiene cuando la guerra prusiana, se decide por Francia. En su ódio á los alemanes, prohibia hasta hablar el aleman á la córte propia, y se negaba siempre á participar de las manifestaciones germánicas. Así, la bomba nihilista que ha inmolado la persona del Czar ruso ha herido la política del Canciller aleman. Entre los consejos de Pedro el Grande se halla uno maquiavélico, segun el cual sus herederos deben alternativamente ayudar á Francia contra Alemania, y á Alemania contra Francia, para tenerlas débiles y sumisas á ambas. Nadie extrañará, pues, los angustiosos telégramas de la córte de Berlin á

la córte de Petersburgo en el trance último, y la palabra del emperador Guillermo al nuevo Czar: «Ya sabeis que contais siempre con fieles y leales vecinos.»

El nuevo Czar asistió en persona, rodeado de su estado mayor, á la guerra eslava por excelencia, que las profecías apocalípticas de los moscovitas habian con tanto empeño preparado, á la guerra llamada por nosotros última guerra de Oriente. Si abrierais un cronicon de la Edad Media para investigar en su latin bárbaro las emociones de aquellos cruzados, á quienes la voz de los frailes exaltaban, impeliéndoles á dejar sus hogares y á vestir el sayal con la roja cruz al pecho, para encaminarse, sin saber por qué vías, con el instinto de las aves viajeras, hácia la santa Jerusalen, donde murió el Salvador, concebiriais la pasion que del eslavo se apodera en cuanto acierta de algun modo á oir en su estepa el nombre de la ciudad de Constantino, en cuyo seno triunfó el cristianismo y surgió el dogma; y la necesidad que siente de arrancar la media luna de Ostman y devolver la bizantina cruz de Justiniano á la basílica de las basílicas, á Santa Sofía, madre sacrosanta é inmortal de la Iglesia helénica. Esta idea impulsó al heredero del trono ruso á mover el ánimo de su padre para que entrára como libertador en el imperio musulman, con ries-

go de encender la guerra europea. A la luz de esta fe oyó el clamor revolucionario de los insurrectos bosniacos; sostuvo las declaraciones guerreras de los soberanos servios y montenegrinos; lanzó sus ejércitos á las orillas del Danubio, y sus escuadras á las aguas del mar Negro; congregó la confederacion militar en que entraban todas las naciones dispersas por la península de los Balkanes; atravesó las líneas de defensa que Turquía tiene, así en sus anchos rios como en sus elevadas cordilleras; trazó con sangre de los suyos la línea que se extiende desde Sistova hasta Andrinópolis; holló los pasos formidables, sobre los cuales todavía corre la sombra de Trajano; mantuvo el terrible sitio de Plewna, en que tantas veces su empuje llegó á quebrarse en la tenacidad de las tropas turcas; rindió Erzeroum y Kars, hasta disolver el imperio de los califas, erigir en reinos los antiguos principados danubianos, emancipar á Bulgaria, tender un puente por medio de la Besarabia y la Dobroutzka, desde la Moscovia triunfante á la Turquía rendida, dejar en pié el problema de Grecia, y despertar las ambiciones de Austria, con el fin de coronarse algun dia, como los héroes de Venecia ó como los cruzados de Francia, emperador de un nuevo imperio de Oriente, á las orillas paradisiacas del Bósforo, en la redimida y rebautizada Bizancio, dispuesta,

segun sus providenciales vocaciones, á llevar el Evangelio y el nombre griego por los caminos de Alejandro hasta los centros del Asia.

Esta guerra despertó las primeras ideas políticas en la mente del Czar, y por virtud de esta güerra se moverá, creedlo, en su reinado. Las tenaces aspiraciones del partido ruso histórico se personificarán todas en él; esas tenaces aspiraciones, que tienden en el interior á devolver á Rusia su primitiva originalidad y á destruir las sobreposiciones alemanas, y en el exterior á tener una guerra con Alemania, principio de sus irrupciones hácia Occidente, y otra guerra con Turquía, por la cual puedan los czares ceñirse la diadema bizantina en la iglesia matriz de Constantinopla. Los pueblos, á manera de esas aves agoreras descritas en las geórgicas virgilianas, sienten adivinaciones súbitas de sus fines históricos; y al ascender el Czar á su trono, Alemania se ha conmovido de terror, y Grecia de esperanza. Y no hay sino ver que los griegos le abren el camino de nuevo á Constantinopla, miéntras sus plazas fuertes de Armenia y sus guarniciones del Cáucaso le abren el Asia menor, y sus posiciones militares en el Turkestan y en la China, el Asia central. Ahora, en los primeros dias, no podrá moverse Alejandro III, paralizado por la inmensidad de esta gran catástrofe y por los vapores de san-

gre y las sombras de terror en que su exaltacion á la terrible autocracia se halla envuelta. Pero el tiempo lo borra todo, hasta la memoria del crímen, y la nueva política, detenida hoy en altas consideraciones de prudencia, concluirá por tomar el predominio que le corresponde y que le toca en el Estado ruso. No debe olvidarse cómo Alejandro III se encuentra con un partido formado por las tradiciones nacionales, y fuerte, así en la prensa como en las universidades, único capaz acaso de contrastar al nihilismo. El mal de su padre estuvo en que, para combatir esta horrible calamidad moscovita, se apoyaba en base tan frágil como el partido aleman, cada dia más debilitado. Ya no hay que forjarse ilusiones. Cuando voló parte del palacio de Invierno dije que los nihilistas se reclutaban allá en las altas clases. La estadística, con sus demostraciones experimentales, ha venido á fortalecer la verdad de mis asertos. Las clases nobles han dado ochenta reos de atentados nihilistas en los últimos tiempos, miéntras sólo han dado cinco las clases pobres. El nihilismo está mucho más cerca del palacio de los czares que del tugurio de los pueblos.

UN ESTADISTA BRITÁNICO

Y

UNA DINASTÍA MOSCOVITA.

Ha muerto el judío Disraelli, que, entre los títulos y honores adquiridos durante su larga vida pública, tuvo el pomposo de lord Beaconsfield. Gran pérdida para la causa de los conservadores en la Gran Bretaña. Por muy superiores que aparezcan los pueblos y las instituciones á los individuos , no puede nunca desconocerse que en estas grandes inteligencias se iluminan las generaciones, y en estas vidas excepcionales se aumenta la vida general, como los caudales de un rio con los tributos de sus afluentes. Una de mis mayores penas por la expulsion de los judíos, que tan sin motivo decretaron los Reyes Católicos, dimana de la consideracion tristísima del número de ingenios de primer órden que, á causa de tanta iniquidad, perdimos en la sucesion de los siglos.

El mayor filósofo de los tiempos modernos, Espinoza; el más ilustre hijo de la Venecia contemporánea, Manin; y el estadista ilustre que en Inglaterra hoy ha muerto, pertenecian á la raza hebreo-hispana, tan rica en grandes hombres. Sucede con los judíos españoles exactamente lo mismo que sucede con los árabes españoles; son los más ilustres de todos los suyos, unos y otros, en la moderna historia. Disraelli tenía el carácter aventurero de los españoles y la tenacidad inquebrantable de los judíos; en su mente brillaba la fantasía andaluza unida con la fé semítica; el «no importa» de nuestros padres le valió para empeñarse en guerras titánicas por ganar un nombre ilustre y una posicion brillante; y esa esperanza inextinguible de sus profetas le mantuvo en la espinosa ascension desde la infamia horrible á la gloria inmortal, y le dió fuerza para cumplir vocaciones que parecian destinadas á estrellarse contra el escollo más insuperable, contra la supersticion religiosa y social de una oligarquía aristocrática. Pocas historias tan románticas, en verdad, como la historia de este hijo de una raza maldita, elevado á primer ministro de una monarquía cristiana y patricia en el pueblo más pagado de su prosapia y de su sangre. Nacido bajo tan abrumadoras maldiciones, habia de soñar, como soñaban sus progenitores, en Babilonia y en Ní-

nive, apocalípticamente. Por tal razon sus primeras ideas toman subido tinte socialista, y forman una especie de epopeya, en la cual arde vivísimo el deseo de renovar con renovacion súbita desde el planeta hasta la humanidad, y desde los intereses económicos y materiales hasta los orbes siderеos. Mas pronto habia de cambiar esta ideal adoracion á ciertas abstracciones por el culto egoista y contínuo á su propia persona. «El mundo, decia, es una ostra, y yo lo abriré con mi espada. El mejor medio de abrirlo en el pueblo británico es abrir las puertas del Parlamento.» Disraelli, que gozaba de una buena posicion, se presentó en várias elecciones y devoró amargas derrotas. Por fin, una de esas familias que poseian colegios en feudo le dió un acta; y esta acta le abrió, como un talisman verdaderamente mágico, los áureos alcázares de la fortuna y del poder. Disraelli cambió de ideas y perteneció al partido conservador. Parecióle más fácil medrar halagando los instintos de las clases poderosas que combatiéndolos; y el plebeyo, más que plebeyo, el pária de otros dias, lanzado de la sociedad política y civil, se transformó en jefe de los nobles y en cortesano de los reyes; y el judío, converso al protestantismo, descendiente de los oprimidos, cuyas creencias se arrancára del alma, pero cuya sangre no pudo arrancarse de las venas, se alzó

á protector de los opresores, juramentándose como paladin de la intolerante Iglesia anglicana; y el socialista se constituyó en conservador, cariátide que sostenia los templos antiguos despues de haber querido derruirlos; apóstata que alimentaba los viejos privilegios despues de haber querido incendiarlos. Dos cualidades tenía el jefe de los conservadores muerto: una imaginacion romántica, que le daba raras aptitudes para la novela, y una elocuencia sarcástica, que le daba raras aptitudes para la elocuencia parlamentaria. Sus obras de literatura no pueden compararse á las obras maestras de Dikens, modelos acabados de la novela británica, pues pecan todas de difusas; sus discursos no pueden compararse, no, en rara elocuencia á los discursos de Bright, ni en copia de ideas á los discursos de Gladstonne, pues todos pecan de combatientes por exceso; mas, de todas suertes, merece contarse entre los escritores y los polemistas notables. Sus enemigos, sin embargo, lo han maltratado mucho con esos calificativos brutales, propios de los ingleses, y que tanto se asemejan á sus rudos puñetazos. Bright dijo de él que no tenía ni moralidad pública ni privada; Gladstonne lo comparó á un payaso que hace contorsiones para provocar á risa y suena los cascabeles para llamar el público interes sobre su persona; Duff lo confundió con Félix Pyat en el

desarreglo de la fantasía, en la vulgaridad de la inventiva, en la extravagancia de las ideas, en los cambios bruscos de creencias; un Félix Pyat demagogo por naturaleza y convertido por egoismo á protector de la Monarquía y de la Iglesia. Pero Disraelli, que brillaba en los discursos sarcásticos cual en ningun otro género de elocuencia, devolvia golpe por golpe á todos sus enemigos, y los insultaba con esa libertad de lenguaje que no tiene allá entre los ingleses ni siquiera la sancion del duelo. En los últimos tiempos se dió á la política de aventuras y de engrandecimientos, deseando convertir la corona de Inglaterra en vasto y cuasi legendario Imperio. De aquí su decision por dar á la monarquía británica el carácter de satélite del vasto Imperio índico. La sangre oriental en las venas le hervia cuando miraba los celajes del Himalaya y las aguas del Gánges, y á su lado las cunas sagradas de todos los dioses, las raíces eternas de todos los templos, las larvas primeras de todas las ideas. Así, envió al príncipe de Gáles á su fantástico viaje por las selvas paradisiacas, donde el género humano comenzó su carrera, y le hizo entrar en las pagodas pobladas de ídolos, ir bajo los palanquines de oro á montar en los elefantes de color sagrado, asistir á procesiones, en las cuales aparecian los príncipes tributarios, que lanzaban á los piés del fu-

turo monarca las perlas de los mares y los diamantes de las montañas, con todo lo cual podria creerse un semidios en la tierra. Como consecuencia de esta política, el título de Emperatriz á la reina Victoria; la estrecha alianza con los emperadores férreos y con los imperios fuertes del Norte; la posesion de la isla de Chipre; la entrada triunfante en Candahar; la conquista ruidosa del Transvaal; las pretensiones sobre Egipto; la política de engrandecimientos y de aventuras. Sobre todo ese poema cayó ¡ay! el pesado veredicto de la última derrota electoral, y sobre todo ese poeta cae ahora la eterna noche del sepulcro.

Nadie nos gana en profundo y verdadero entusiasmo por la causa de Grecia, que creemos unida con la causa de toda civilizacion y progreso. Desde los comienzos de la guerra oriental dijímos que la existencia de Grecia unida y libre allá en Oriente nos importaba mucho, como la existencia de Italia unida y libre aquí en Occidente. Los pueblos eslavos, los pueblos latinos de la gran península de los Balkanes, han menester una confederacion democrática entre sí; pero esta confederacion democrática necesita, para tener unidad, libertarse definitivamente de los turcos y huir de la letal tutela de los rusos; necesitan, decia, una direccion, ó con mayor exactitud, una hegemonía de Grecia. El Congreso de Berlin se

reunió cuando estas ideas se hallaban como diluidas en los aires, y las respiraron sus diplomáticos y las redujeron á fórmulas prácticas en sus protocolos. El Epiro y la Thesalia quedaron consignados á Grecia. Mas el Imperio turco sabe con profundidad hasta dónde alcanza la validez de los acuerdos diplomáticos, y se propuso desbaratarlos con destreza. Entre tanto, Grecia creyó que bastaba un artículo promulgado para que fuera cumplido, y reclamó la fiel observancia de los decretos dictados por la voluntad general de Europa. El turco reune, como la raza mongólica en general, á la fuerza del tártaro la doblez del chino. Gran guerrero, su valor no obsta para que tenga tambien, por su particular temperamento, la astucia de los débiles. Y se propuso ganar por su histórica habilidad lo que perdiera por su irremediable decadencia, y oponer la notoria habilidad de sus artimañas á los inflexibles decretos del destino. Empezó por resistir la entrega de Dulcigno á Montenegro, con el fin de mostrar cómo resistiria la entrega del Epiro á Grecia. La demostracion naval sólo demostró la imposibilidad de un concierto europeo y la destreza y la penetracion de los turcos. Tras esta triste campaña comenzaron las dos potencias occidentales más devotas de Grecia y sus derechos á disuadirla de todo ataque violento, y meterla en el camino de

las concesiones y de los acomodamientos. Resistió Grecia con resolucion, armó sus reservas á costa de inmensos sacrificios, amenazó con la guerra, porfió con lamentos, y mostró la resolucion verdaderamente inquebrantable de fiar á las armas el acaparamiento de las prometidas reivindicaciones territoriales y la defensa de sus antiguos derechos. Europa le anunció que no podia tolerar su impaciencia, y se reunió en nuevas conferencias para llegar á una transaccion pronta y definitiva entre las demandas de la nacion cristiana y las negativas del Imperio turco. Rectificóse la concesion antigua y se limitaron las fronteras antiguamente concedidas. Grecia pugnó por la totalidad de las promesas que le dieron y de las esperanzas que allegára. Mas el abandono total en que la dejaron sus aliados acaba de obligarla hoy mismo á una resignacion. Mucho le ha costado, en verdad, pero no ha nacido aún ni en los cielos ni en la tierra quien pueda vencer un imposible. Y Grecia no ha tenido más remedio que aceptar la resolucion de Europa. El pueblo se ha agitado, el ejército se ha conmovido, Aténas há hablado con su natural elocuencia, el Gobierno se ha visto amenazado de una grande impopularidad, el Rey ha tenido que refugiarse en el Pireo; mas Grecia sale agrandada, y disminuida Turquía.

La dinastía rusa es terrible. Su historia da es-

calofríos, como la historia de aquellos antiguos atridas que se bebian su propia sangre. Los monstruos se suceden unos á otros, cual en esos períodos geológicos que sólo producen seres deformes y titánicos. Desgraciados hacen á sus súbditos, pero desgraciadísimos son ellos tambien. Cuentan que el Emperador hoy reinante decia en secreto á uno de sus camaradas de colegio, que sabía, y de muy buena tinta y por un verdadero milagro, cómo su bisabuelo, Pablo I, muriera asesinado, ni más ni ménos que si fuera una salvaje alimaña. Pues si le contáran la verdad, dijéranle que Alejandro I murió de melancolía negra, y Nicolas I murió de pena horrible, casi locos, casi suicidas, víctimas de una maldicion, sin duda, porque Dios quiso mostrar en ellos la impotencia de los omnipotentes. Bien es verdad que no ha menester Alejandro III advertencia ninguna para averiguar cómo mueren los czares. Él ha visto su propio padre destrozado, como las presas desgarradas por los tigres en el desierto. La tierra le ha faltado bajo las plantas, como si á sustentarlo se negára, y el aire respirable ha estallado, como si hubiera en cada una de sus burbujas contenido un volcan horrible, negándose tierra y aire á prestarle la vida que le prestan al último de los insectos. Su trono ha sido un patíbulo; su diadema, peor que la triste argolla, cuyo siniestro

círculo sujeta el ahorcado á la horca. Si esta tragedia le conmueve tan profundamente como le conmovió á Nicolas I la tragedia del dia de su ascension, por cuyo recuerdo se consagró al despotismo, bien puede asegurarse que le persigue un hado hereditario. Alejandro I no habia tenido herederos legítimos y directos, por lo cual dejó su trono á su hermano mayor Constantino. Éste, horrorizado aún del asesinato de su padre; unido á mujer de inferior categoría, por la cual sentia vivísima pasion; repulsivo á las grandezas abrumadoras del trono y á las tristes magnificencias del Imperio, renunció á la corona, cediéndola, ó mejor dicho, abdicándola en Nicolas, su hermano. Las ideas modernas habian corrido mucho por los senos de la vieja Rusia, y á la sazon estallaron ardientes en el tránsito del Emperador finado á los dos emperadores herederos. Un regimiento se sublevó al grito de viva Constantino y viva la Constitucion. Si Nicolas, á quien detenia su familia desolada, echándose de rodillas en su camino, ¡ah! no sale del palacio en persona y no impone á los rebeldes obediencia, primero con el prestigio mágico de su figura, despues con la voz apocalíptica de sus cañones, aquel dia quizás fuera el dia último de su dinastía y de su Imperio. Pero persiguió á los revolucinarios con su seccion tercera, semejante á los antiguos inquisido-

res católicos; encerró á muchos en las minas de los montes Ourales, más hondas y negras que los tristes plomos de Venecia; mató á varios en la horca, como al héroe Pestel y al poeta Hilejef; y desde aquel dia, desde el 18 de Diciembre de 1825 hasta su muerte, acaecida treinta años más tarde, se constituyó en tirano implacable de su patria. La catástrofe tras la cual acaba de subir Alejandro III al trono de Rusia, ¿le habrá tan tristemente conmovido como le conmovió al czar Nicolas aquella catástrofe, que coincidió con su coronacion? Si tal hubiera sucedido, bien puede asegurarse que en los Romanoff es hereditaria la desgracia.

¡Qué terrible para el desdichado Alejandro III su ascension al trono! Ha visto al autor de sus dias acosado por las furias; bajo cien puñales; inseguro hasta del suelo que pisaba; por los fanáticos acometido en los actos más naturales de la vida y en los senos más sagrados del hogar; desplomándose bajo sus piés hasta los pavimentos de su imperial palacio; saltando en mil pedazos á sus ojos hasta los ferro-carriles que acababa de recorrer en persona; objeto del ódio implacable de una secta, que parecia sobrenatural por lo misteriosa y oculta, y al fin, víctima de una bomba, la cual ha destrozado sin piedad á quien parecia sin duda el padre de toda una raza, que

se diria incapacitada de vivir sin aquel hombre, siniestra representacion del más vasto y más sumiso de todos los imperios. Y á este horror han sucedido otros horrores. En una de estas mañanas, los jueces de Petersburgo se asentaban sobre un tablado, y el verdugo de Moscou se erguia cerca de ellos junto á un palo, del cual pendia siniestra y horrible soga. Varios condenados, con hopas largas al cuerpo, las manos juntas sobre las espaldas, las cabezas rapadas, el confesor al lado, el siniestro título de parricidas al pecho, subian las gradas del cadalso, se acercaban al horrible palo, recibian la cuerda en la garganta y espiraban lanzados al aire; tristes reos de regicidio, arrastrados, ántes por la exaltacion de sus ideas que por la perversidad de sus sentimientos, pero engendros nefastos del asolador despotismo. Iba entre ellos una mujer, y jóven, y hermosa, y artista. El amor, que crea, la condujo con su incontrastable impulso á la muerte, que destruye. Hubiérase de un ortodoxo enamorado, y fuera quizás una santa del calendario ruso de la Iglesia griega. Enamoróse de un nihilista, de un discípulo de Bakonine, de un revolucionario, de Hartman, el autor de la catástrofe de Moscou, y ha ido á la conjuracion, al crímen, al patíbulo. No buscaba en esas terribles sirtes sino volver á mirar en la patria y bajo su techo al preferido de

su corazon, al que llevaba en sí el alma amante de aquella mujer enamorada. No la idea, no la patria, no la libertad; el amor la ha sacrificado. Creyó al Czar incompatible con su felicidad, y lo ha inmolado, imaginándose la infeliz, en su delirio, que tenía derecho á la vida de quien se oponia por siniestro hado á la felicidad de su vida, como si, áun prevaleciendo y triunfando, la hubieran podido dejar en paz sus remordimientos. De todas suertes, ¡cómo esta hermosa figura, que pasa entre tantos horrores, les presta una misteriosa poesía!

La fantasía ménos viva puede adivinar una reunion de jóvenes rusas, con leer tan sólo cualquiera de las animadas descripciones que en sus novelas nos ha dejado Tourgueneff, ó en sus memorias Herzen. El implacable clima obliga con sus rigores á encerrarse dentro de una casa, dulcemente calentada por caloríferos, los cuales mantienen primaveral temperatura noche y dia, bien diversa del aire de fuera, que trueca en piedras blancas y trasparentes, así las aguas como las nieves, y empieza por helar las extremidades del cuerpo, y concluye por detener y hasta suprimir la circulacion de la sangre. La mezcla de mongol con bizantino, que tienen los esclavones de Rusia, resalta en los cuadros religiosos, semejantes á los trazados por los pintores mosaistas

de la oriental Venecia antigua, y en los siervos vestidos con túnicas burdas y pantalones bómbachos, calzados con botas de colores, cubiertos con gorras orladas de pieles, cuyos caracolados y sedosos pelos contrastan con el rubio color de la encrespadísima barba, tan eslava como son tártaros los diminutos ojos, llamados ya por el célebre historiador de las irrupciones húnnicas, en su latin semi-bárbaro (*plus puncta quam lumina*), puntos más que retinas. Los varios tapices y alfombras de Persia; los grandes sillones y bancos de baqueta; las pesadas mesas, sobre las cuales descansan algunos vasos con flores exóticas; la gran tetera, semejante á un aguamanil antiguo de los nuestros; las librerías cargadas con volúmenes de importancia; el piano casi siempre abierto con su papel de música en el atrilillo; las muchas labores femeniles por doquier esparcidas, indican bien claramente que la vida se concentra en la interioridad del hogar, diverso, por cierto, del pórtico de Aténas ó Corinto, y del patio de Córdoba ó Sevilla. Allí el principal esparcimiento se encuentra en la lectura. Yo he estudiado el tipo de la jóven rusa consagrada á la revolucion. En mis viajes por Europa encontré, hace algun tiempo, una muy original, á quien jamas olvidaré. Gustábanla mucho las instituciones francesas, poco la literatura y las artes de Francia,

no obstante preferir la lengua de los escritores de allende el Rhin á la propia lengua nacional. Bien al reves le sucedia con Alemania; gustaba de su literatura y no gustaba de sus instituciones. Los poetas y los pensadores alemanes privaban en su educacion, y la lengua germánica le era tan familiar como el frances mismo. La literatura inglesa, y áun las instituciones, por lo que tienen de parlamentarias, formaban uno de los principales objetos de su culto. En música preferia Bethoven á todos los músicos. En filosofía sustentaba las ideas materialistas, sin retroceder ante el más desolador ateismo. Sin embargo, como hay que rendir párias á las costumbres y á las leyes; como hay que granjearse la estima de una sociedad donde la religion tiene antigua y poderosa influencia, la rusa nihilista iba todos los domingos á misa. En aquellos templos griegos tan ricos, bajo las rotondas bizantinas tan doradas, á las puertas del santuario, á traves de cuyas celosías se ven los divinos oficios, como la gloria celestial á traves de los ensueños místicos; entre las solemnes salmodias de un coro á voces solas, que ninguna orquesta ni órgano acompañaba, cuando salia el sacerdote con su túnica blanca de seda, ceñida con faja de púrpura al cuerpo, y su capa pluvial verde cogida con broches de piedras preciosas al pecho, y sus dos incensarios de oro en

las manos, despidiendo nubes, al traves de las cuales tomaban aspectos fantásticos las rígidas efigies bizantinas, destacándose del fondo etéreo de sus cuadros; todas las devotas se echaban casi por el suelo, ponian su frente en las losas de mármol, y elevaban el murmullo de su rezo austero, miéntras ella volvíase indiferente al grandioso espectáculo, hácia donde estábamos nosotros con aire de espectadores curiosos, y deslizaba con gracia y coquetería femeniles várias ingeniosas, pero sacrílegas blasfemias Jóvenes educadas de esta suerte, poseidas por ideas tan radicales, exaltadas de sentimiento y de imaginacion, poco dispuestas á comprender la distancia existente entre la teoría científica y el grado de cultura que han menester los pueblos para llegar á ciertos progresos, ¡ah! explican el tipo de la pobre ahorcada en las terribles horcas de San Petersburgo.

Estos horrores de patíbulo entenebrecen los primeros dias del reinado de Alejandro III y presagian horas bien nefastas á su reinado. Para firmar la sentencia de muerte contra los revolucionarios, ha tenido que separarse de la propia córte y familia, temiendo encontrar espías y asesinos en sus próximos servidores. Y no se equivocaba ciertamente; pues en su propia familia, entre sus primos, ha topado con audaz conspirador, el cual pretendia nada ménos que alzarse en

armas á favor de su padre, el Gran Duque Constantino, hermano mayor de Alejandro II, y príncipe singular, que ha tenido siempre algo de aventurero y mucho de ambicioso, como todos los nacidos al dintel del trono, que sienten la sed rabiosa de reinar y no pueden satisfacerla, exacerbándosela por fuerza la cercanía de las fuentes que manan la autoridad y el poder. Cuentan que, engendrado despues de 1825, solia hacer notar cómo él era hijo del emperador Nicolas, ya reinante, miéntras su hermano era hijo del Gran Duque Nicolas tan solo. De todos modos, su mando en las escuadras, donde quiso inmortalizarse; su paso por el Ministerio de Marina, que le valió el título de progresista, por haber abolido los castigos corporales; su viaje á Tierra Santa, en cuyas incidencias, al recibir los homenajes de las várias clerecías griegas, se imaginó un semidios; su gobierno de Polonia, cuyos actos le valieron la implacable guerra de los terribles ortodoxos; su presidencia honoraria de los consejos de la nobleza y su presidencia efectiva de los comités esclavones; toda su vária y tormentosa vida, sólo ha servido para mostrar que habia en su sér y estado algo del príncipe Napoleon, algo de la dinástía de Orleans, algo del Duque de Montpensier; la inquietud congénita siempre á todos esos segundones, la cual suele arrastrarlos á tristes agi-

taciones sin medida y sin objeto, que dañan á su familia, y no ceden, no, en su propia medra. De antiguo se le atribuia el temperamento audaz, la inteligencia irreflexiva, el deseo de reinar; mas nunca se ha visto este último tan claro como ahora, en que la ligereza del hijo ha revelado y vendido las maquinaciones del padre. Mas no puede tener un czar á quien le sucede esto seguridad alguna en el corazon de sus súbditos, cuando no la encuentra en el seno de sus parientes.

¡Ah! Su triste suerte se halla trazada por implacable destino, con rigor inflexible: ó proclama una Constitucion que inaugure la intervencion de las clases altas y medias en la política, ó sucumbe á las conjuraciones misteriosas, cuya férrea red se extiende sobre toda Rusia. Mucho le costará, de seguro, abdicar el poder absoluto; pero vea cuán quebrantado lo ha recibido, y de qué catástrofe lo ha sacado tan pavorosa y tan terrible, continuacion de antiguas, y anuncio de nuevas no ménos espantosas catástrofes. El emperador Nicolas no queria oir hablar de Constitucion, porque la oyera proclamar á tiros, en las puertas mismas de su palacio de Invierno, el dia de su exaltacion al trono de Rusia; el emperador Alejandro II no queria hablar de Constitucion, por supersticioso culto á la memoria sagra-

da del Emperador su padre; pues si le sucede lo mismo al nuevo Emperador, bien puede asegurarse que ha heredado extraña y terrible fatalidad. Las grandes duquesas, entre otras la llamada gran duquesa Helena, se han mezclado mucho en política, porque allí donde no hablan y legislan las Córtes, hablan y legislan los cortesanos. Y tenía en su casa las constituciones de todos los pueblos libres de Europa, traducidas al ruso y magníficamente encuadernadas. Una noche que, allá por los salones imperiales, iluminados con todo esplendor, se celebraba magnífico baile de trajes, preciosa jóven, disfrazada de abeja y emisaria de la archiduquesa Helena, se presentó al Emperador; y fingiendo el unísono zumbido del insecto que representaba, murmuró la palabra Constitucion-liberal en las augustas orejas, desacostumbradas á tales frases. El Czar lo tomó muy á mal, y hubiera seguramente infligido un castigo cruel á la inocente y atrevida beldad, de no ser tan hermosa y no ir de parte de tan querida y respetada persona. Pues aquella palabra, que destilaba miel cuando salia de los rosados labios de una jóven, ha brotado ahora del terrible y siniestro hueco de una bomba. Y aquel Emperador, tan horriblemente inmolado, que subió al trono para lavar la marca del convenio de París puesta sobre la frente del autócrata, y

que llevó á cabo la emancipacion de los siervos, tenía una prestigiosísima corona, de la cual carece por completo su triste sucesor. Aquél, despues de realizar tan profundo y progresivo cambio social, habia extendido su poderosa mano sobre los Estados de sangre eslava, agrandado la Sérvia y el Montenegro, constituido la Bulgaria libre, destrozado el Imperio turco, devuelto la Besarabia de los rumanos al seno de los pueblos moscovitas, roto las limitaciones arbitrarias puestas por la diplomacia y los diplomáticos á la navegacion del mar Negro, entrado en el Asia Menor victorioso, recorrido las tierras del Turquestan, donde comenzaron las grandes inmigraciones entre ruidosos triunfos; amenazado á China, extendido y dilatado un Imperio que, por su extension y grandeza, solamente con el Imperio español puede compararse en la tierra y competir en la Historia. Un Emperador así áun podia resistir; su desdichado hijo no tiene más que un remedio : ceder ó sucumbir.

FIN.



ÍNDICE.

Páginas.

FIN DEL ÍNDICE.



BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PRECIOS EN MADRID.

El Matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca.—Edicion reformada. Dos tomos, 8.° mayor frances. — 8 pesetas.

La Cuestion de Oriente, por don Emilio Castelar. Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

Recuerdos de Italia (Segunda parte), por D. Emilio Castelar. Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

Cuarenta siglos. Historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica. — Un tomo, 8.° mayor frances.— 3 pesetas.

* **Guía ilustrada de Madrid**, con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital, por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios. Un tomo 8.° prolongado. — 6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

Un libro para las damas (estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª María del Pilar Sinués. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.° mayor frances.— 4 pesetas.

La vida íntima.—En la culpa va el castigo, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

Un libro para las madres, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

Hija, esposa y madre, por doña María del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.° mayor frances.— 8 pesetas.

La abuela, por D.ª María del Pilar Sinués Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

El Sol de invierno, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

La Senda de la gloria, por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

* **Las esclavas del deber**, por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.° mayor. — 4 pesetas.

* **Cortesanas ilustres**, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.° mayor. — 4 pesetas.

* **Los mártires del amor**, por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.° mayor. — 4 pesetas.

* **Tres Genios femeninos**, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

* **Luz y sombra**, por D.ª María del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.° mayor frances. — 8 pesetas.

Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas. Un tomo, 4.° mayor. -- 12 pesetas, lujosamente encuadernado.

Várias obras inéditas de Cervántes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro. Un tomo, 8.° mayor frances.—8 pesetas.

Delicias del nuevo paraiso, por D. José Selgas. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Cosas del dia, continuacion de las *Delicias del nuevo paraiso*, por D. José Selgas. (Tercera edicion.) Un tomo 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Escenas fantásticas, por D. José Selgas. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **Hechos y dichos**, por D. José Selgas. Un tomo.—3 pesetas.

* **Un Retrato de mujer**, por don José Selgas.—2,50 pesetas.

* **El Mundo invisible**, continuacion de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas. Un tomo, 8.° mayor.—4 pesetas.

Un libro para las pollas, por

D.ª Francisca Sarasate. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Mari-Santa, por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Nuevos cuentos populares, por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Amores y amoríos (Historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Verdades y ficciones, por D. Ramon de Navarrete, con un prólogo de don Luis Mariano de Larra. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Sueños y realidades, por D. Ramon de Navarrete. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

El Comendador Mendoza, por D. Juan Valera. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Las Ilusiones del Doctor Faustino**, por D. Juan Valera. Dos tomos en 16.º—5 pesetas.

* **Dáfnis y Cloe, ó las Pastorales de Longo**, traduccion directa del griego, con introduccion y notas, por un aprendiz de helenista. Un tomo en 16.º —3 pesetas.

De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Letra menuda, por D. Manuel del Palacio.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Adriana de Wolsey, original de Ventura Hidalgo, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Cuadros viejos, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por don Julio Monreal. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Una docena de cuentos, por D. Narciso Campillo, con un prólogo de D. Juan Valera. Un tomo 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Retórica y poética, ó literatura preceptiva**, por D. Narciso Campillo y Correa. Un tomo en 4.º—4 pesetas.

La Leyenda de Hixem II.—El Capitan Morgan, por D. Enrique R. Saavedra, Duque de Rivas. Un tomo 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Manual de la Moda Elegante. —Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º frances.—4 pesetas rústica y 5,50 encuadernado en tela.

Cuentos, por D. José Fernandez Bremon. Un tomo 8.º mayor frances.—3 pesetas.

El Libro azul, novelitas y bocetos de costumbres, por D. Eduardo Bustillo. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Memorias de un Setenton, natural y vecino de Madrid, por D. Ramon de Mesonero Romanos. Dos tomos, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

* **Principios generales del arte de la colonizacion.** Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por D. Joaquin Maldonado Macanaz. Un tomo en 4.º—6 pesetas.

Venturas y desventuras, coleccion de novelas del capitan de navío don Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Disquisiciones náuticas**, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

* **La mar descrita por los mareados** (*Más Disquisiciones*), por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

* **Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos**, libro tercero de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

* **Los Ojos en el cielo**, libro cuarto de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

* **Estudios sobre nacionalidad, naturalizacion y ciudadanía**, consideradas como asunto interior de las legislaciones, y sobre todo en sus relaciones con el derecho internacional, por un primer secretario de legacion. Un volúmen, 4.º mayor, bastante abultado.—12 pesetas.

* **Nuevos poemas y doloras**, por D. Ramon de Campoamor. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

* **Doloras y cantares**, por D. Ramon de Campoamor; única edicion completa, con el retrato y autógrafo del autor. Un tomo en 16.º frances.—7 pesetas.

* **El Bazar**, revista literaria ilustrada. En las páginas de este ameno periódico hay novelas, poesías y artículos de costumbres, escritos por nuestros primeros poetas y literatos, y multitud de bellos grabados de los más distinguidos artistas nacionales y extranjeros. En su primera parte está impresa la novela *La Fe del Amor*, original

de *D. Manuel Fernandez y Gonzalez*, y en la segunda se puede leer íntegra la más popular y trascendental novela del insigne *Víctor Hugo*, titulada *Noventa y tres*, con ilustraciones artísticas notabilísimas.—Cuatro tomos, 25 pesetas.

El Tren directo, por J. Ortega Munilla. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Malas costumbres. Apuntes de mi tiempo, seguidos de algunos bocetos biográficos y poesías, por D. Eusebio Blasco. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **La Cigarra,** por J. Ortega Munilla. Un tomo, 8.º mayor.—Pesetas 2,50.

* **Sor Lucila** (segunda parte de *La Cigarra*), por J. Ortega Munilla. Un tomo en 8.º—2 pesetas.

* **El Médico de las Locas,** notable novela escrita por Javier de Montepin, traducida por la señorita doña Joaquina G. de Balmaseda. (Cuarta edicion.) Dos tomos, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **Una página de amor,** novela escrita por Emilio Zola y traducida por don José Aguilera. Un tomo, 8.º mayor frances.—Pesetas 1,50. De este interesante libro se han hecho en París 45 ediciones en el trascurso de ocho meses.

* **La Escuela del gran mundo,** novela original de D. Guillermo Graell. Un tomo en 8.º—2 pesetas.

* **Don Juan Solo,** por J. Ortega Munilla. Un tomo.—2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

* **El Fiacre número 13,** por Montepin. Tres tomos, pesetas 4,50 en toda España.

* **Teresa Raquin,** por E. Zola. Un tomo, 3 pesetas en toda España.

* **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.** Un tomo en 16.º frances, con más de 700 páginas, de edicion microscópica, propia para viajeros.—Pesetas 7,50.

Panorama Matritense (Primera série de las Escenas), 1832 á 1835, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Escenas Matritenses (Segunda série), 1836 á 1842, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Tipos y Caractéres, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, de 1840 á 1841, su autor El Curioso Parlante. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

El Antiguo Madrid, paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa, por D. Ramon de Mesonero Romanos. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

La Rusia contemporánea, bosquejos históricos, por Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

NOTA.—De todos los títulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuadernados, con un aumento de 4, 6 ú 8 reales vellon por volúmen.

OTRA.—Los títulos marcados con * no pertenecen á la BIBLIOTECA, pero pueden adquirirse pidiéndolos á nuestra Administracion.